

El buen padre

Esteban Navarro



se

Unos sicarios secuestran a una niña de apenas siete años de edad en un barrio marginal de Medellín (Colombia). El padre de la niña, Gabriel Cortés, viaja hasta España siguiendo el rastro de su hija, que al parecer ha sido vendida a un matrimonio adinerado que no puede procrear.

Una vez en Madrid encuentra todo tipo de dificultades legales para demostrar que Belinda es su hija hasta que termina detenido y encerrado en los calabozos de la Comisaría de Centro. Allí, Moisés Guzmán, un veterano policía nacional de esa comisaría decide ayudarlo a encontrar a la pequeña, para lo que tendrá que enfrentarse a una trama política y policial que los embarca en una aventura por el Madrid más oscuro.

El buen padre ha obtenido el premio de novela La Balsa de Piedra-Saramago 2011.



Esteban Navarro

El buen padre

Moisés Guzmán - 1

ePub r1.2

Karras 26-02-2020

Título original: *El buen padre*
Esteban Navarro, 2011

Editor digital: Karras
ePub base r2.1



Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Sobre el autor

*A Ester y a Raúl,
por comprender mis ausencias
cuando escribía este libro*

1

A ese hombre lo habían detenido, esa misma mañana, dos eficientes agentes de la Policía Nacional destinados en la flamante Comisaría Centro, la más imponente de Madrid, cuando fue sorprendido pisoteando un nicho en el enorme cementerio vecinal del barrio de Vallecas. El ochentón vigilante municipal, Sebastián Maldonado, hombre de espalda encorvada y brazos nervudos, alertado por una anciana que visitaba la tumba de su marido, muerto hacía treinta años, y que reparó en la nada respetuosa actitud de aquel atolondrado, les llamó. La anciana se acercó hasta la caseta de las herramientas, tapándose la boca con un pañuelo, pues la ausencia de dentadura le producía salivar en exceso, y le dijo que alguien estaba golpeando uno de los nichos del cementerio. «¡Allí!», señaló con su mano comida por la artrosis.

El guarda del cementerio entornó los ojos y aunque no estaba lejos de su caseta le costó distinguir la silueta del loco. «Ese hombre está fuera de sí», dijo la anciana. Sebastián Maldonado, después de comprobar que era cierto lo que la anciana le dijo, pidió a la buena mujer que se marchara, pues temía por su seguridad, y se encerró en la barraca, corriendo el oxidado pasador y cerrando la única ventana de la choza con un pestillo desgastado por el orín. Desde su anticuado teléfono móvil marcó, apresurado, los números del servicio de emergencias de la Comunidad de Madrid. Sus dedos, temblorosos y sudorosos, tropezaron entre sí. Tuvo que cambiar varias veces de posición hasta cerciorarse de tener cobertura suficiente. Lamentó no ser más hábil en el manejo de esos chismes, como él los solía llamar. Sentíase tan ansioso y desasosegado que pensó que iba a ser golpeado por aquel loco en caso de ser descubierto. Lo imaginó derribando la puerta y se vio a sí mismo troceado en diminutos cachitos con las pocas herramientas de que disponía para los entierros. Y mientras pulsaba las teclas, miró de reojo el pico oxidado y con mango de madera resquebrajada que yacía, descuidado, al lado de unos ladrillos húmedos, algunos rotos. «En caso de necesidad podré utilizarlo como arma defensiva», se dijo para su tranquilidad. Y escondió bajo la mesa un serrucho enorme y un par de cinceles, lejos de la vista. No quería que aquella alimaña que troceaba tumbas bajo sus manos desnudas pudiera hacer lo mismo con él.

Cuando la telefonista le anunció que una patrulla se dirigía al cementerio se dedicó a observar los movimientos del loco a través de un hueco de la ventana. No perdió detalle. Lo vio levantar la lápida de una de las tumbas, acaso la mejor cuidada. Distinguió entre los arbustos cómo arrancaba de cuajo el mármol que la recubría y cómo, armado únicamente con sus manos, despedazaba los rojos ladrillos, acuosos y cuarteados, hasta descubrir un cadáver. Entonces trozos de ropa desgarrada asomaron por encima de los adobes desechos. Desde la caseta le pareció a Sebastián

Maldonado que aquel cuerpo fuese un pelele, un monigote en manos de unos niños. Apaleado, deshaciéndose bajo la rabia de un desposeído. Indefenso. El vigilante martilleaba los zapatos contra el suelo sin soltar el teléfono que asía con fuerza en sus manos. Lo apresaba como si se tratase de una humeante taza de café hirviendo que le calentara en las frías y brumosas mañanas de enero.

«¿Dónde estarán esos policías?», masculló entre dientes. «¡Vamos, venid ya!».

Se creyó más seguro fuera de la barraca y viendo que el loco andaba a lo suyo y que era difícil que reparara en su presencia, abrió la puerta y se ocultó detrás de unos matorrales en la cercanía de la caseta. Se fijó en una inapreciable senda tras él, la que comunicaba la barraca con la entrada del cementerio, y que podría usar en caso de huida.

Desde allí observó cómo el cadáver recién destapado, cayó sobre la arena del suelo. No hizo ruido. Le pareció como si unos invisibles cojines hubieran amortiguado el golpe. El cuerpo se revolcó, cachazudo, sobre su propia cadera. Giró media vuelta y quedó hecho un guiñapo boca abajo. El anciano seguía mirando agazapado entre el polvoriento follaje que le parapetaba. El cadáver no llevaba demasiado tiempo enterrado, pues su rostro aún era reconocible. Fue un hombre joven. O eso le pareció. Ataviado con traje a modo de mortaja, los restos reposaban en el circuito de ilustres de la ciudad. Desde luego el difunto no era desconocido, ni pobre, pero no había leyenda al pie del sepulcro, ni epígrafe o inscripción alguna que delatara a quién perteneció aquel cuerpo, sucio de barro, que ahora se esparcía por el suelo, ridículamente dispuesto. Espantosamente siniestro. Nadie se había preocupado de inscribir sobre la lápida su nombre, algo de lo que ahora se daba cuenta Sebastián Maldonado. Un sinsentido. O un descuido. Trató de recordar el instante en que su cuerpo fue insertado dentro de aquella tumba y en los rostros de quienes presenciaron el cortejo fúnebre, pero su memoria se hallaba tan embrollada que apenas pudo rememorar nada. Solo le vino a la mente una alusión lejana de que fueron pocas personas las que asistieron al sepelio y que entre ellos había algún vigilante de seguridad. Algunos rostros que recordaba de haber visto en otras ocasiones y en lugares custodiados. Uno de ellos le pareció el vigilante armado que protegía el banco donde le ingresaban la nómina. A otro lo había visto en alguna ocasión patrullando con un pequeño vehículo de dos puertas por la zona industrial alguna tarde, cuando fue a comprar herramientas y cemento para el cementerio.

Sonaron doce campanadas. Doce escandalosos timbrazos que la maquinaria de la iglesia próxima tuvo a bien en ordenar. El anciano siguió escondido. «Si trata así a un indefenso cadáver, qué no hará con un viejo», repitió para sus adentros. Pensó en esconderse otra vez en la caseta de las herramientas, pero supuso, sin riesgo a equivocarse, que aquel loco la hubiera derribado de un simple empujón. Aquella barraca no se construyó para soportar los embistes de un demente. El sudor de sus manos empañaba el teléfono. La pantalla del móvil se tornó acuosa, ya no se distinguían las letras que en su interior había. Por un momento pensó en que alguien podría llamarle, quizás la policía para comprobar la llamada. El timbre del teléfono alertaría al loco y delataría su improvisado escondite. Intentó recordar la combinación de teclas para quitar el sonido del móvil, pero los nervios le impedían dar con ella. No quiso tener miedo, pues ostentaba la valentía de la ancianidad. Una guerra mundial y otra civil no habían pasado por su vida para que ahora se asustara de un desequilibrado que la había tomado con un muerto de su cementerio. Pero sabía que él, solo, no se podría enfrentar a un hombre más joven y armado con la fuerza que da la locura de los que no tienen nada que perder. Dejó el teléfono móvil en el suelo, de nada le

serviría si el hombre se percataba de su presencia y se abalanzaba sobre él. Lo alejó de un puntapié para que en caso de que sonara estuviese lejos de su posición. Agarró un escoplo de hierro que vio próximo, fuera de la caseta, y que utilizaba para abrir tumbas y se lo puso en la mano derecha. Miró el reloj de pulsera, pasaban dos minutos de las doce del mediodía y la policía seguía sin aparecer por ningún lado. Ahora el vigilante sintió temor por la anciana que le advirtió de la presencia del loco. Él no tenía nada que perder, pero ¿y la anciana? No sabía si ya había abandonado el cementerio y desconocía qué haría ese hombre con ella en caso de ser sorprendido. Entonces apresó el escoplo con tanta fuerza que sus dedos iniciaron un tenso hormigueo.

El loco siguió a lo suyo, ajeno a todo, y le arrancó de cuajo la chaqueta, de color azul marino, al cadáver. La hizo migajas mientras palpaba apresurado cada uno de sus bolsillos. Algo buscaba, se dijo el anciano, puesto que el loco metía las manos frenéticamente en cuantos huecos hallaba. Palpó desquiciado cada uno de los recovecos de la chaqueta del difunto, ahora un trapo sucio, y la hizo trizas en cuantos trozos, fue capaz de fraccionar. Asemejaba una mucama preparando trapos para limpiar. De vez en cuando sondeaba el ataúd con la mirada, como si se le hubiese escapado algún detalle del interior de la tumba. En ningún momento miró a su alrededor vigilando su entorno. No albergaba miedo de ser sorprendido. Estaba tan enfrascado en su búsqueda que ni siquiera se percató de la llegada de los agentes. No oyó el ruidoso coche de la policía cuando sus ruedas levantaron la tierra al frenar frente a la caseta del guarda.

Y finalmente, cuando extrajo una pequeña caja metálica, parecida a la de las pastillas para la tos, los policías, que ya se habían apeado del vehículo, lo encañonaron furiosamente.

—¡Quieto! —le gritaron los agentes—. ¡Pon las manos donde podamos verlas!

El loco quiso abrir la cajita que sostenía en sus temblorosas manos, como si allí dentro hubiese la piedra filosofal o un lugar donde poder guarecerse del asedio de los policías. Estaba ausente, ajeno a las armas que casi le tocaban la nuca con sus cañones. Frotaba aquella cajita como si al abrirla fuese a desaparecer, como si cuando destapara la cubierta metálica despertara de un mal sueño y se encontrara de nuevo en la impasibilidad de su habitación, en otro lugar bien distinto a este. Como si de su interior tuviese que surgir un genio como el de la lámpara de Aladino y sus deseos se materializaran al instante.

—Un movimiento más y abriremos fuego —advirtió el policía más veterano ante la mirada inquieta de su compañero.

El vigilante del cementerio se atrevió, por fin, a salir de su escondrijo, se sintió seguro por la presencia de la patrulla. Los dos relucientes uniformes azules se reflejaban en los cristales de un panteón próximo. Los cañones de las armas destaparon el nebuloso cielo y pronosticaron una languidecida mañana.

El loco deslizó sus ojos por el cuerpo del cadáver y cerró la mano con la caja dentro. La apretó tan fuerte que incluso dobló una de sus esquinas.

—¡Levanta las manos! —insistió el policía.

De nada le hubiera servido hablar con ellos y explicarles los motivos que lo llevaron a destapar la tumba y qué es lo que buscaba allí, dentro de esa pequeña caja metálica. Los policías no le hubieran creído. Más bien, no le hubieran entendido. No comprenderían lo que una caja tan pequeña podía albergar. La vida que aquel diminuto cofre contenía. Supo, consternado, que los agentes no entenderían que las cosas más frugales, más insignificantes, pueden albergar el secreto

de la vida misma. No sospecharían que la muerte cabe en la perla de un anillo y que la vida es del tamaño de la cabeza de una aguja. Que aquella caja contenía la salvación de un ser querido. Que aquella caja era todo lo que él tenía. Aferró tanto su mano envolviendo el cofre que apenas se veía. En su lugar mostraba un puño amenazante.

El tiempo pasaba deprisa y los pensamientos se agolparon en su cabeza a tal velocidad que se quedó inmobilizado, meditabundo..., perdido. Los agentes, percibiendo que aquel hombre no comportaba un peligro real para ellos, se acercaron lo suficiente como para poder inmobilizarlo con sus porras. Los policías observaron que no portaba armas encima, que su fortaleza física no era rival para sus defensas y sus armas. Calibraron la situación, con profesionalidad, y se acercaron tanto que no tuvieron problemas a la hora de atizarle varios y certeros golpes en la espalda y unos cuantos más en los muslos. El de la rodilla le dolió y hasta profirió un chasquido de labios, pero fue finalmente un porrazo en la muñeca derecha el que le hizo soltar la cajita. Esta cayó encima de un montón de tierra que él mismo había extraído minutos antes del interior de aquella tumba. Su rostro se convulsionó por el suplicio del golpe y maldijo entre dientes.

El anciano vigilante del cementerio se sintió confuso al principio, pues vio que hubo desproporción en el trato con el loco, por el que ahora sentía pena. Quiso intervenir, mediar para que no siguieran golpeándole. Pero ya era tarde, los agentes habían iniciado la maniobra de detención y aplicaban cuantas reglas de paralización y bloqueo conocían. Siguieron a lo suyo y lo precipitaron contra el suelo, la nariz del loco se golpeó contra los tallos de unas flores que había desparramadas y las manchó de sangre. La hoja de una margarita se tiñó de carmesí. Se frotó la muñeca por el dolor del último golpe. La rodilla le dolía horrores por el impacto de la defensa del agente más joven. Por un momento pensó que se la había fracturado. Pero eso no importaba. No había dolor comparable a la pérdida de la *cajita* metálica.

Tumbado en el suelo, boca abajo, y una vez le hubieron colocado las manos en la espalda, las inmobilizaron con unos grilletos de acero. Un soniquete metálico indicó que los habían cerrado anclando sus muescas y asegurando el bloqueo de los mismos. El policía más joven aprovechó que aquel hombre estaba maniatado para palpar, con cautela, cada uno de los rincones de sus ropas. Hurgó el interior de los bolsillos buscando armas y alguna droga que justificara su comportamiento enajenado. Luego otearon el horizonte del cementerio explorando la presencia de algún cómplice. La seguridad de los agentes era lo primero para ellos. Ni siquiera detuvieron sus ojos en Sebastián Maldonado que recogía el móvil del suelo. El anciano no dijo nada. «Brutos», pensó.

Para la suerte del loco ninguno de los dos policías se percató de la caja, y si la vieron no le dieron importancia, y la misma quedó abandonada entre los restos de polvo y barro que bordeaban la tumba. Sin embargo el loco no la perdió de vista en ningún momento. Sus ojos se clavaron en ella. La siguió con la mirada cuando el vigilante del cementerio metió, en un par de palazos, todo el estropicio que él había provocado, dentro de la tumba. Contempló cómo el reflejo metálico de la cajita desaparecía bajo los escombros y cómo el rostro amoratado del morador de aquella sepultura se llenaba de tierra.

Sonó una campanada. El vigilante miró su reloj y vio que ya eran las doce y cuarto. Hacía un rato estaba inquieto entre unos matorrales esperando la llegada de la policía, que nunca venía, y ahora, tan solo diez minutos después, el enajenado había sido detenido y él recogía, presuroso,

cuantos restos del estropicio pudieran quedar. Los agentes no le dijeron nada, pues comprendieron que el sepulturero solo realizaba su trabajo. Restauraba la tumba a su estado original.

—¿Habrá denuncia? —preguntó el agente más joven, ciñéndose al protocolo de actuación en estos casos.

En su mano izquierda sostenía una libreta, en la derecha un bolígrafo.

—Tendrá que preguntárselo a los parientes del muerto —respondió Sebastián Maldonado. Después de una porción brevísima de tiempo, dijo—: Yo no pienso denunciar.

El papeleo era el peor enemigo de un policía. Pensaron los dos agentes, sus miradas los delataban, que localizar a algún familiar del cadáver y hacerlo comparecer en la comisaría, estando además tan próxima la hora del relevo, pues a las dos de la tarde finalizaban el servicio, era mucha, demasiada, complicación para un lunes. El viejo, que de viejo sabía mucho, dijo:

—No se preocupen, en unos minutos no habrá vestigios de lo que aquí ha ocurrido.

Y siguió dando paladas de tierra húmeda.

Los policías cogieron al loco por los sobacos y lo arrastraron hasta el coche patrulla. Él no hizo esfuerzos por entorpecer el traslado. De nada hubieran servido. El dolor de la rodilla empezó a mitigar y su muñeca recuperaba la movilidad poco a poco, pero aún sangraba por la nariz.

—¿Qué buscabas aquí? —le preguntó uno de los policías mientras lo incorporaba.

Le hubiera gustado decírselo, desde luego, y quizás aquellos agentes le hubieran ayudado a encontrar lo que con tanto ahínco buscaba desde hacía tiempo, pero sabía de sobras que no le iban a creer, que ellos pensarían que todo era una invención para sustraerse a la acción de la justicia. Indagarían y averiguarían muchas cosas que más que ayudarle, le perjudicarían. Así que optó por callar y esperar. No estaría demasiado tiempo detenido, pensó. La profanación de una tumba no suponía un descalabro muy grande, penalmente hablando. Sabía aquel hombre que en unos días, a lo sumo tres, estaría de nuevo en libertad y podría regresar otra vez a aquel cementerio. Memorizó el lugar exacto donde cayó la caja. La siguió con la vista y vio cómo quedó encajada entre el cuerpo del cadáver y su brazo derecho. Clavó sus ojos enrojecidos en los del anciano vigilante del cementerio. Quiso decirle con la mirada: «si tocas la cajita te mataré». Pero Sebastián Maldonado no se dio por aludido y siguió ocultando el cuerpo entre los restos del desastre. Ni siquiera pensó en la cajita. Nadie, excepto el loco, pensó en ella.

Lo apoyaron en el vehículo policial y le palparon todas sus ropas. No llevaba nada encima. Vestía unos pantalones vaqueros y unas zapatillas blancas y uno de los policías, el más joven, le hizo desprenderse de su chaqueta para poder hurgar en el interior de cada uno de los bolsillos. Miró incluso en los ribetes del cuello.

—No lleva nada —dijo en voz alta tras una exploración minuciosa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Él, lejos de contestar, siguió pendiente del sepulturero y vio cómo terminaba de echar unas cuantas palas más de tierra sobre la tumba.

—¿De dónde eres?

El enterrador apaleó unas cuantas veces más y colocó dos ladrillos, sin cemento, en el hueco roto.

—¿Por qué has abierto esa tumba?

El enterrador agarró la lápida de mármol y, con mucho esfuerzo, la colocó sin demasiado cuidado encima de la tierra. Levantó una nube de polvo que se desvaneció enseguida.

Después el silencio.

—¿Lo conocías?

Abrieron la puerta trasera del coche patrulla y lo sentaron dentro, sin ningún miramiento. Se golpeó la cabeza fuertemente con el marco de la puerta. Los grilletes le hacían daño y sintió cómo las muñecas se le dormían de nuevo. Los ojos le picaban y no podía rascarse. La lengua se le secó y hasta tragar saliva le producía dolor en la garganta. La sangre de la nariz se empezaba a secar y la costra resultante le tensaba la piel produciéndole una extraña sensación entre dolorosa e incómoda.

—¿Quién era? —le preguntó el agente más veterano al sepulturero, que ya había encendido un cigarrillo después de colocar bien la lápida.

—Un muerto —respondió Sebastián Maldonado.

Los dos policías se sonrieron.

—Ustedes seguro lo conocen —dijo.

Los dos agentes se encogieron de hombros y luego se miraron incrédulos.

—¿Por qué? —preguntó el policía más mayor.

—Pues, porque creo que era del ramo suyo.

—¿Del ramo?

—Sí, me parece que era vigilante de seguridad. En el fichero de mi caseta debo de tener el nombre —dijo.

—No hay tiempo para eso —replicó el agente más veterano—. Tenemos que ir a comisaría con este —aseveró. Y sus ojos le delataron cuando miró de soslayo el reloj de pulsera, ya eran casi las doce y media. Para los policías lo más importante era regresar a casa, comer y rellenar sus horas de ocio. Qué les importaba a ellos lo que un demente pudiera hacer en un cementerio un lunes por la mañana.

Cerraron, de un golpe, la puerta del coche. Aquel hombre, ahora detenido, miró con ojos entristecidos la sepultura que terminaba de sellar el enterrador. Los dos agentes subieron al vehículo y el más mayor se giró hacia él y le dijo:

—La has hecho buena, amigo, por eso te caerán unos cuantos meses.

Tuvo que gritar para que su voz traspasara la mampara blindada que les separaba del detenido.

Ambos sabían que por la profanación ni siquiera ingresaría en prisión, como mucho lo podían acusar de un delito de daños o deslucimiento de bienes municipales. En cualquier caso, la reparación espontánea por parte del encargado del cementerio, eliminó cualquier prueba del vandalismo provocado. Por lo que la denuncia de algún familiar se había disipado completamente.

El desconocido levantó la cabeza y miró al agente que a su vez lo miraba a él a través del retrovisor. Sus ojos se tornaron oscuros y desafiantes. El policía, indiferente, cogió la portadora de la emisora y anunció:

—Nos dirigimos a base con un paquete.

En el argot policial querían decir que iban a la comisaría con un detenido.

—Enterado —replicó una voz femenina.

Mientras el coche se alejaba del cementerio, el detenido, sudoroso y con las manos aún llenas de barro, se giró y echó un último vistazo a la tumba que acababa de profanar, la cajita seguiría allí cuando saliera de comisaría, de eso estaba seguro...

El vigilante desempolvó el teléfono móvil y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su pantalón. Encendió otro cigarrillo y limpió con agua las herramientas. Ya no se acordó de la cajita o si pensó en ella, se dijo que era mejor no quebrantar los secretos de los muertos. Los muertos han de estar enterrados bajo tierra. Ocultos. Y todos los secretos que tuvieron en vida han de ser inhumados con ellos. Aun así presintió que volvería a ver esa cajita, pero enseguida desechó los pensamientos negativos que le asaltaban y exclamó en voz baja: «¡Bah!».

Mientras daba las últimas caladas al arrugado cigarro meditó sobre lo que pudo llevar a aquel loco a desenterrar el cadáver. Pero reaccionó al instante y se dijo que los locos no tenían por qué tener motivos para hacer las cosas. Que los locos, locos son. Sí que le preocupó que regresara otro día a buscar al muerto y que volviera a levantar la losa de mármol que lo protegía de los vivos. Pero planeó que en cuanto lo viera aparecer por su cementerio llamaría de nuevo a la policía y que esa supuesta segunda vez sería definitiva para él, pues la reincidencia era algo castigado por los jueces.

Después, ya en la caseta y sentado en su silla de mimbre, puso a calentar una cafetera y se percató de que hoy comería tarde. No le importó, había perdido el hambre.

2

UN corto soniquete, apenas inapreciable, que le recordó a un revólver amartillándose, alertó a Moisés de que la alarma del despertador iba a saltar de un momento a otro. Ya eran casi treinta años de vida laboral levantándose pronto, unas veces, y en otras, a horas intempestivas para que Moisés Guzmán se anticipara al reloj mucho antes de que este prorrumpiera en la noche, con el insoportable ruido metálico de sus campanillas batiéndose entre sí. Nunca quiso desprenderse de ese antiguo y aparatoso despertador, ya que el veterano policía odiaba esos más modernos que desadormecían a base de irritantes y encrespados tañidos que destrozaban los nervios. Y que para más inri se desprogramaban cuando se iba la luz o había una bajada de tensión.

Casi dolorosamente abrió el ojo izquierdo en la penumbra. Distinguió las plateadas manecillas del despertador. Era lo único que en la tenebrosa habitación se diferenciaba del resto. Parpadeó unas cuantas veces. Las agujas ya estaban en línea recta: la pequeña en las seis y la grande en las doce. Apenas faltaban unos segundos para que estallaran las campanas, así que se adelantó a accionar la traba que mediaba entre las dos y evitar que su griterío le atolondrara el cerebro. Otras veces, cuando se había despertado sobresaltado, tardaba varios minutos en reponerse del susto. Y sabía Moisés, por experiencia, que un mal despertar es algo que se remolca durante todo el día. Había que empezar bien por la mañana. Con torpeza pulsó el interruptor de la pared, fueron necesarios dos manotazos hasta conseguirlo. Y la tenue luz de su habitación cayó sobre la cama, aporreando sus ojos que ya empezaban a abrirse. Los cerró de inmediato y esperó unos instantes a que dejaran de picarle. Luego acomodó la vista al resplandor. Balbuceó unas cuantas malsonantes palabras acerca de lo pesados que era madrugar y sin dilación puso el pie derecho en el suelo. Le obsesionaba empezar el día con el pie izquierdo ya que creía, fervientemente, que era símbolo de mala suerte y cualquier hecho calamitoso de la jornada lo asociaba a esa primera acción. Incluso en alguna ocasión que mientras dormía se había arrastrado hasta el otro lado de la cama, en cuanto se despertaba buscaba la posición para descender por el lado derecho. El caso es que era ese pie el primero que tenía que posar en el suelo.

Ya firme al lado de la cama y con sus sentidos al ochenta por ciento, se inclinó sobre la cinta de la persiana y la izó hasta que la luz de la farola de la calle entró por las destartadas aberturas de madera. La fue subiendo poco a poco para acostumbrarse al resplandor. Las pupilas se le encogieron unos segundos y por un momento tuvo la sensación de que se le llenaban de polvo. Como era una evocación conocida, no le dio importancia y se sintió a gusto consigo mismo y satisfecho de haberse encaramado tan eficientemente de la cama. No había nadie en la calle a esas

horas, como cada día. Y la luz de las farolas se confundía con el despuntar del alba. Faltaba poco para que amaneciera completamente. Muy poco.

Bostezó un par de veces mientras anduvo descalzo hasta la cocina. Le gustaba sentir el frío suelo bajo sus pies desnudos, algo que le ayudaba a orinar por primera vez. Luego encendió con una cerilla el fogón más pequeño de la encimera, donde había dejado preparada la cafetera antes de acostarse; no soportaba Moisés tener que enroscar las piezas metálicas cuando aún no se había terminado de despertar, así que, previsor, la dejaba llena de agua y café. Lista para calentar. Sacó un paquete de mantequilla de la nevera. Luego puso la tostadora del armario alto, el que había encima de la campana, sobre la lavadora. Lo hizo de forma automática, casi involuntaria. Sus manos se desplazaban por la pequeña cocina con una tosca precisión que a veces le enfurruñaba cuando sus dedos chocaban contra un armario mal cerrado o derramaban un vaso mal centrado. Todo lo colocó encima del deslucido mármol y se dirigió, ya despierto del todo, hasta el cuarto de baño donde se aseó furiosamente la cara con agua fría y orinó en el váter, limpiando enseguida la tapa, que siempre manchaba.

—¡Mecachis! —murmuró.

Moisés Guzmán era un hombre alto, atlético, de porte distinguido y con una mirada rojiza que siempre semejava triste. Albergaba las arrugas de la madurez y que a sus cincuenta años aún no le poblaban todo el rostro. De sonrisa afable y comprensiva le gustaba escuchar a la gente y procuraba hablar poco, pues pensaba Moisés que los sabios son los que escuchan y no los que hablan. Y no es que tuviese pocas cosas que decir, al contrario, si le dejasen hablaría hasta por los codos, ya que era un hombre inquieto y controvertido. Para Moisés nada estaba en su sitio, nada era correcto y todo censurable. Pero la sensatez lo tornó prudente y le había enseñado que las cosas hay que tomarlas como vienen y que de nada sirve discutir.

Como cada mañana, apenas se miró en el espejo. Nunca lo hacía. Pero sí que se fijó un momento, mientras se lavaba los dientes, en su prominente calvicie y en su nariz enorme y achatada. Apenas se entretuvo en ello, el reloj del baño ya marcaba las seis y diez y aún le quedaba tiempo para desayunar, con calma, sentado en la mesa de la cocina, y disfrutar de la primera taza de café del día, ya que hasta las siete no debía incorporarse en la comisaría, donde, y desde hacía quince años, ejercía como encargado de los calabozos. Un carcelero; aunque no le gustaba esa palabra. Un guardián de los reos que esperaban enfrentarse a su condena ante el juez. El purgatorio de la justicia. El tránsito entre el cautiverio de una mazmorra mal aclimatada y la libertad, en unos casos, y el presidio, en otros.

Moisés Guzmán era policía nacional de la Comisaría Centro de Madrid, el último destino que eligió. Antes estuvo en Barcelona, donde se marchó cuando la Policía Autonómica se hizo cargo de la seguridad ciudadana. Y mucho antes, en sus inicios, trabajó en Tarragona. Ahora, en los albores de la segunda actividad, una especie de jubilación forzosa y que se cumplía a los cincuenta y cinco años, se había decidido a pasar los últimos cinco años de servicio que le restaban dedicándose a custodiar los detenidos, muchos, que pasaban por los calabozos de la comisaría con más volumen de trabajo de toda España. No es que le encantara especialmente su actividad en la comisaría, pero era el mejor sitio para no complicarse demasiado la existencia. La tranquilidad que da la monotonía. Moisés Guzmán no tenía estudios, ni era un hombre cultivado, ni siquiera leía libros, a Moisés solo le interesaba su trabajo y pasar el tiempo libre andando por la ciudad, mirando escaparates, y viendo la televisión. Era un hombre sin aspiraciones y ciertamente

sabía, o eso creía, que la felicidad es para los que no quieren más de lo que tienen. Soltero recalcitrante, no se veía capaz de aguantar a una mujer. Solitario, consiguió engrosar su cuenta corriente a base de carencias: no tenía coche y el pequeño apartamento donde vivía, en la plaza Alonso Martínez, lo terminó de pagar en tan solo ocho años. Y solamente visitaba el bar, donde jugaba la partida de cartas, todos los domingos que el trabajo se lo permitía. Un escueto vaso de vino rosado y fresco era todo lo que se tomaba. En ocasiones, sobre todo los sábados por la tarde, sacaba una entrada para el cine de la calle Recoletos y disfrutaba de una buena película, aunque para eso era muy sibarita y solo gozaba del cine antiguo y trasnochado, del que ahora ya no se filmaba. Renegaba con más o menos entusiasmo cuando abusaban de los efectos especiales y dejaban de soslayo la capacidad interpretativa de los actores, algo que echaba de menos. «Para ver monigotes, me compro un videojuego», blasfemaba. Pero para eso existía el vídeo, del que Moisés se deleitaba, cómo no, los sábados por la noche, en que veía, con constante entusiasmo, películas de cine negro americano, del que siempre fue ferviente seguidor. Mantenía cuidadoso una nada despreciable colección que le costó más tiempo que dinero, pues sacó muchas cintas de los dominicales de su diario predilecto. Y no es que a Moisés no le gustase explorar nuevas experiencias y adentrarse en mundos nuevos, sino que esa sensatez de los cincuenta años le hacía huir de intentos superfluos de conseguir una felicidad que ya hacía tiempo que había abandonado. Su felicidad, la que ahora disfrutaba, pasaba por el día a día y contentarse con lo que tenía, sin aspirar a más, pues sabía, siempre lo supo, que no es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita.

Recogió la cocina, una vez hubo terminado de desayunar, y lavó la poca vajilla que utilizó. Las exiguas migajas las arrojó al fregadero. Y ya afeitado y vestido se encaminó hacia la comisaría. «Un día más», se dijo a sí mismo mientras cerraba la puerta de su piso. Y aunque todos los días se parecían entre sí, siempre había alguna anomalía que los diferenciaba. Distintos. Nuevos compañeros a los que conocer. Insólitos detenidos a los que custodiar. La algarabía de las mazmorras le abstraía de la somnolencia diaria. Veía Moisés a los reclusos como personas sin pasado y sin futuro que aminoraban sus vidas justo en el momento de pasar por allí. Gentes que andaban a cámara lenta en el momento de ser enrejados. Lapsos de subsistencias. Siempre era lo mismo. La rutina lo hizo más sabio y congeniaba la entrada y salida de los reos y el papeleo que ello conllevaba, con la capacidad adquirida de ahondar en sus vidas. Los conocía, la mayoría eran veteranos, y ellos lo conocían a él. Padre Moisés le llamaban algunos. Y ciertamente era un padre para ellos. Nunca le faltó a un detenido, en sus calabozos, un cigarrillo con el que mitigar sus penas y un rato de conversación con el que aminorar su secuestro. Moisés les desproveía de sus pertenencias, que guardaba en unas bolsas de nailon, y anotaba en un libro de registro todo lo que aquellos hombres y mujeres portaban encima en el momento de ser detenidos. Mientras caminaba destino al trabajo se fijó en los rostros de las demás personas. Caras de sueño. Semblantes cabizbajos y soñolientos que cruzaban los pasos de peatones, que se detenían bostezando ante los quioscos y que caminaban tiesos con los periódicos en la mano. La ciudad se desperezaba a la misma velocidad que el débil sol despuntaba por encima de los edificios. El olor de los tubos de escape de los coches, que cachazudamente circulaban por los semáforos, y ese aire frío que arañaba la cara y obligaba a enfundar las manos en los bolsillos, y a subir los cuellos de las chaquetas.

Podría haber sido un lunes cualquiera de marzo, uno como tantos otros del resto del año, pero ese lunes fue distinto. Hasta las doce y media de la mañana el día transcurrió como siempre: sereno y repetitivo. Los mismos compañeros, los mismos detenidos, los mismos jefes pavoneando sus trajes caros y sus corbatas de colorines por los estrechos y largos pasillos de la comisaría. Esa lentitud torpe de los lunes. Moisés sorbió con pachorra los dos cafés de más que siempre tomaba por la mañana y mitigó el hambre con una pequeña tableta de chocolate de la máquina de refrescos. No estaba en mala forma física y le gustaba conservarse delgado. Además suponía un engorro añadido el tener que cambiar el vestuario cuando esos kilos de más se acoplaban inmisericordes en el estómago.

Pasadas las doce y media todo cambió. La mañana sorprendió con algo diferente.

Aquel hombre no llevaba nada encima. Ni tabaco, ni mechero, ni documento que dijese quién era, ni de dónde venía. Receloso, no quiso mediar palabra alguna con Moisés. Maniatado con unos grilletes metálicos, los policías que lo trajeron lo hicieron sentar en la silla que presidía la estancia y no contestó a ninguna de las escasas preguntas que le fueron haciendo. Desde luego los agentes no eran amables con él. Tenía la cara amoratada. Una costra de sangre en su nariz delataba que los policías se emplearon a fondo en su detención. Al sentarse se tocó la rodilla derecha en un gesto de dolor. Tenía restos de barro por toda la ropa. Y tan solo levantó la mirada un par de veces. Clavó sus ojos en ellos, y luego volvió a ensimismarse, como si ya nada importara. Moisés, por su parte, lo vio como veía a todos; no le pareció diferente. Sentíase aquel reo avergonzado por haber sido detenido. La policía lo había apresado, por algo que Moisés desconocía, pues el encargado de la custodia de detenidos nunca les preguntaba por qué estaban allí, eso no era de su incumbencia. Era una cuestión de roles: él los vigilaba y ellos se tenían que sentir vigilados.

—Ahí te quedas —le dijeron los agentes.

Él levantó la mirada y puso una mueca de disgusto. Su frente se llenó de surcos.

—¿Y sus pertenencias? —le preguntó Moisés a los dos policías, que ya habían traspasado la puerta del calabozo para irse.

—No lleva nada encima —respondieron.

—¿Y su nombre?

—Prueba tú a ver si tienes más suerte —replicó el agente más veterano—, a nosotros no nos ha dicho nada de nada.

—Igual es mudo —dijo Moisés.

El agente dibujó en su rostro una mueca de sorna y replicó:

—No creo, si lo fuera nos lo hubiese dicho por señas. A este lo que le pasa es que no quiere hablar.

—¿Es español? —preguntó Moisés a los policías—. Igual es que no entiende nuestro idioma.

—Ya te he dicho que no sabemos nada de él, ni si nos entiende o no quiere entendernos, el caso es que no habla nada.

El policía palmoteó estruendosamente la puerta del calabozo y dijo:

—Ahí te lo dejamos...

Se hizo el silencio durante unos instantes. Un silencio que empezó a ser incómodo. Moisés no dejó de mirarlo en ningún momento. Luego, pasados unos eternos minutos clavó sus ojos en los suyos y le dijo en voz alta para que pudiera oírlo:

—¿Tienes hambre?

Chasqueó los labios y repitió:

—¿Quieres comer algo?

No respondió. Pero vio Moisés en sus ojos que le había entendido. Y siguió mirándolo en espera de alguna señal que vaticinara que el encuentro entre preso y carcelero iba a ser cordial. Entonces supo que no hablaba ya que no quería hablar, no porque no pudiese.

Los agentes que lo detuvieron ya habían salido del calabozo y Moisés se quedó a solas con su prisionero. Este permanecía sentado en la incómoda silla y sus manos se tensaban hacia atrás por la presión de los grilletes que las sujetaban. Su cabeza se posicionó intermedia, es decir, ni miraba al suelo ni la levantaba desafiante. Sus ojos se clavaron en el rincón más alejado de la entrada principal de las celdas. Se ensimismó en sus propios pensamientos y su mente divagó internamente. Era difícil saber en ese momento qué es lo que estaba pensando. Moisés escuchó su aliento mientras jadeaba con la respiración entrecortada y de vez en cuando suspiraba melancólico, quizás apesadumbrado. Supuso el buen carcelero que debían de dolerle los moratones producidos durante su detención; aunque ese era el menor de sus problemas ahora. La ausencia de libertad es lo bastante desagradable como para banalizar otro tipo de contrariedades. El cautivo, silencioso, poco a poco se fue calmando hasta que un estentóreo suspiro le indicó que aquel preso ya había asumido su deshonrosa situación. Y supo, también, que era vergonzante para él estar allí, ya que Moisés, con el paso de los años, aprendió a clasificar a los detenidos que pasaban por su calabozo y los dividía en diferentes tipos bien diferenciados y agrupados por tipologías. En el caso de este, que ahora tenía delante, lo clasificó como incómodo de estar detenido. Y es que los había que se jactaban de haber sido apresados por la policía. Estos solían ser los más jóvenes y que luego presumían de ello en los corrillos que se formaban en los lugares que frecuentaban. Y después los había contrariados por la detención; o porque no la esperaban tan pronto, o porque les quedaba algo pendiente por hacer en el momento de ser apresados. A este, desde luego, le quedaban cosas por hacer, se dijo Moisés mientras trató de encontrar en sus ojos algo que le indicara la mejor forma de llegar hasta él.

Le sorprendió el gesto que hizo de limpiarse restos de barro seco de los pantalones con las palmas de ambas manos, pues creyó Moisés que esa era una acción insustancial. No pensó que fuese un gesto de coquetería, ni siquiera de limpieza extrema, más bien le pareció un movimiento reflejo, por lo que presagió que aquel hombre no era un delincuente habitual. La refriega con los agentes la supuso normal, ya que sabía de muchos policías, también llamados polisaurios, que castigaban duramente a los detenidos nada más ser apresados. Más que una costumbre era un signo de debilidad de los propios agentes. Maltratadores con placa que arrojaban toda su furia descarnada sobre pobres e indefensos desechos de la sociedad. Aplicaban el mismo rasero a todos los detenidos. Para ellos, para esos brutos descerebrados, todos los que pasaban por los calabozos eran iguales.

Los calabozos nunca son lugares agradables, no fueron diseñados para eso. Se trataba de incomodar al máximo a sus forzosos huéspedes. Que no se sintieran cómodos. Que rehuyesen estar ahí. Los de la Comisaría Centro, eran más grandes de lo normal, para poder albergar el exceso de detenidos que por allí pasaban. Durante las veinticuatro horas del día llegaban hasta ellos un goteo incesante, a veces desbordante, de policías de las distintas Brigadas y Grupos de la ciudad, que arrojaban, literalmente hablando, los arrestados contra los asientos de piedra de la entrada.

Allí se les sometía a un primer cacheo superficial, llamado preventivo, donde se procuraba despojarles de los objetos cortantes y puntiagudos que pudieran poner en peligro la integridad de los agentes. Luego, una vez rellenado todo el papeleo, se inspeccionaba de forma minuciosa cada uno de los rincones de sus cuerpos, llegando incluso a desnudarlos, algo prohibido por la Ley al ser vejatorio, y palpar dañinamente la parte de los testículos. En algunos detenidos acusados de tráfico de drogas, se llegaba a trasladarlos al médico de la comisaría para que explorara de forma exhaustiva sus orificios más íntimos. Las paredes de los calabozos, alicatadas de baldosas minúsculas y blancas, hacían más fácil la limpieza de su superficie, siempre emponzoñada de manos sucias, de restos de sangre de alguna paliza repentina que nadie vio, o nadie quiso ver, de mucosidades, de eccemas o de pintadas a modo de *graffiti* de algún consumado artista de la calle. Y es que nadie de los que pasaban por allí procuraba cuidar esos aposentos, sino que cuando no eran vistos, en contadas ocasiones, aprovechaban para deslucirlos; alguna baldosa rota era muestra inequívoca de ello. Eran tres habitaciones separadas por un tabique de madera en las que había lo justo y necesario para llevar a cabo una buena detención. Cada una con su máquina de escribir y con folios suficientes como para leer unos cuantos derechos y anotar los primeros momentos del encarcelamiento. Pura rutina. Las hojas de derechos estaban en varios idiomas, como la ley disponía, y a cada detenido se le leían de la forma más comprensible posible para él. Al menos eso se intentaba. Aunque para los analfabetos, cada vez menos, o los extranjeros, eso poco importaba. Nadie controlaba que las cosas se hicieran correctamente y aquí, en el infierno, el diablo era el rey.

En las horas punta el barullo era tal, que apenas se distinguían unas voces de otras y se podía escuchar en la sala de la derecha la respuesta a una pregunta que se hizo en la izquierda. Primero se preguntaba en voz baja, luego a gritos, después ya no importaban las preguntas y tampoco las respuestas. Por sus pasillos se mezclaban uniformes: de bonito, como las patrullas de proximidad. Agresivos, como los que llevaban los de las motos. De paisano, como eran la mayoría de los que manchaban las paredes de sangre.

Ya detenidos, ya con los derechos leídos y aprendidos, los reos eran traspasados hasta el oficial de calabozo, que anotaba sus nombres y sus pertenencias en un libro registro que nunca nadie leía, y que volvía a comprobar que no llevaran nada encima con lo que pudieran lastimar y con lo que pudieran lastimarse a sí mismos. Los detenidos veían en él un purgatorio al infierno de donde venían y al infierno adonde iban. El oficial de calabozo los trataba con amabilidad forzada, puesto que tampoco interesaba que las horas, o días, que los presos tuviesen que pasar bajo su custodia, se desbocaran lo suficiente como para suponer un problema a la hora de organizarlos. Es por eso, y solo por eso, que la separación entre ellos se realizaba por su nivel de peligrosidad. Así, los más cercanos a la entrada, y por tanto los más controlables, eran aquellos que menos tenían que perder en esta vida. Los vigilantes del calabozo los querían tener constantemente bajo su supervisión. Oírlos respirar. Saber cuándo se levantaban de sus camastros o cuándo se asomaban a las rejas del pasillo, cuándo hablaban o cuándo murmuraban. Al fondo estaban los llamados presos comunes, aquellos que de tanto pasar por aquí, eran como de la casa. Conocidos y conoedores. Fácilmente domesticables y de predecibles movimientos. Los más. Y ya en medio de toda esta jauría humana se enclavaban aquellos inclasificables pero silenciosos, los que nunca hablaban, los que no sabían, los que nada veían, a quienes a veces llamaban los tres monos.

Las mujeres siempre aparte. Ellas, que no eran menos malas ni menos peligrosas, se separaban del resto siendo encarceladas en unas celdas más grandes, que había en otro pasillo bifurcado con el de los hombres; es decir, a medida que avanzaba el corredor, se separaban más y más. La separación de las mujeres era más una cuestión de evitar lujurias innecesarias que desequilibrarían la frágil ecuanimidad de los calabozos. Al fondo, en las dos últimas mazmorras, se reservaba un espacio para los menores de edad, aquellos que no podían estar junto a nadie, por su seguridad. O por la seguridad de los otros, según se podía apreciar en determinados menores. Los más jóvenes gozaban de una protección especial y hasta tenían un fiscal representativo y un juez dedicado única y exclusivamente a ellos.

Y como vio Moisés Guzmán que aquel preso sufría, y queriendo evitar males mayores que descuartizaran la calma que esa mañana planeaba sobre la comisaría, optó por encerrarlo en una celda aislada, lejos de todas las demás. Le pareció una buena decisión y a él, al reo, no le molestó, o eso dijeron sus ojos...

Moisés tiró el libro de registro de los detenidos sobre la reducida mesa del calabozo. El desconocido ni siquiera levantó la mirada. Ni dio un esperado sobresalto. Nada. Permaneció ausente, como había hecho hasta ahora.

—Mira —le dijo—, tengo que anotar aquí —señaló a unos recuadros del libro— las pertenencias que me entregas. Aquí nadie se queda nada —argumentó para dirimir cualquier atisbo de desconfianza por parte de aquel hombre silencioso—. ¿No llevas nada encima?

Por primera vez desde que había entrado en los calabozos, aquel huraño se decidió a negar con la cabeza. La giró de un lado para otro, en un movimiento lento. Y supo entonces, Moisés, que se había abierto una delgada y tenue línea de diálogo.

—Así que me entiendes ¿verdad?

No respondió, pero sus ojos le delataron.

—Yo me llamo Moisés —dijo—, Moisés Guzmán, y por lo que parece vamos a coexistir en este minúsculo espacio durante unas horas, a lo sumo un par de días.

Por primera vez el buen carcelero faltó a su idiosincrasia y le preguntó al detenido:

—¿Por qué estás aquí?

Ya debían de ser las dos de la tarde y el ruido del corretear del personal de la comisaría inundaba las paredes del calabozo. Del techo descendían pasos que asemejaban taconazos. Diríase que una manada de caballos, bien herrados, transitaban por la planta de arriba. El martilleo incesante y atormentado de una máquina de escribir, traspasaba la pared contigua y Moisés tuvo que elevar el tono de voz para hacerse entender.

—¿Por qué estás aquí? —repitió.

Algunas voces lejanas provenían del pasillo de las mujeres, eran dos y no paraban de hablar. Del pasillo de los hombres se oían gritos pidiendo cosas normales, como comida, y cosas difíciles, como libertad.

—Tengo hambre —se oyó de repente.

—¡Sáquenme de aquí! —ordenó una voz que enseguida otra más fuerte hizo callar.

—¡Cállate ya!

Para Moisés Guzmán se acababa de abrir una pequeña ventana entre él y su prisionero. Aquella extraña persona lo había oído y lo había entendido perfectamente, pero prefería callar y esperar. Cualquier cosa que dijera podría desbaratar el fin que lo trajo hasta aquí. Un pequeño

tropiezo de tantos que había tenido últimamente y que no podía, no debía, interrumpir su destino, ahora que estaba tan cerca. Ahora no.

—Mira —insistió Moisés—, no me importan los motivos por los que te han detenido, ni siquiera si es verdad o mentira, ni tampoco me interesa quién eres o si estás loco o si te lo haces, pero me gustaría saber tu nombre para no estar en desigualdad, puesto que tú sabes el mío. Y —concluyó Moisés— no es justo que tú sepas algo que yo no sé.

Aquella parrafada de Moisés arrancó una franca sonrisa del detenido, la cual no pudo contener. Y vio Moisés, en parte alegre, cómo esa primera línea de contacto con él se abría un poco más.

Carraspeó para aclararse la garganta y dijo sin apenas voz:

—Gabriel.

Llevaba tanto tiempo sin hablar que sus cuerdas vocales estaban entumecidas. Moisés lo entendió perfectamente, pero prefirió hacer ver que no lo había hecho y le preguntó:

—Perdona, no te he oído, ¿qué has dicho?

—Gabriel —repitió—, me llamo Gabriel.

—Bueno Gabriel, pensaba que te había comido la lengua el gato.

Los dos sonrieron.

—Tienes hambre, ¿verdad? No te preocupes, en cuanto terminemos te pediré un bocadillo para que puedas almorzar —dijo Moisés mirando el reloj—. ¿Llevas algo encima?

—No.

Moisés le quitó los grilletes, que le adormilaban las manos. Los surcos quedaron dibujados en sus muñecas. Le volvió a preguntar:

—Una cadena, una pulsera, un reloj...

—Nada.

—En los bolsillos.

—Nada —dijo—, y se levantó para sacarse el forro de los bolsillos fuera.

—Está bien, ¿me vas a firmar el libro? Aunque no dejes nada tengo que cumplimentarlo.

Asintió con la cabeza y garabateó donde le indicó Moisés.

Estuvo tentado Gabriel de mirar hacia la puerta de entrada, que también era la de salida, pero sabía que ese gesto por su parte pondría en alerta al buen carcelero, que había confiado en él, sabedor de que no le incumbía llevarse mal con quien le iba a custodiar durante su estancia en los calabozos.

—Mañana por la mañana saldrás de aquí —le dijo.

Gabriel lo miró como esperando a que siguiera hablando, pero Moisés no dijo nada más.

Luego, el carcelero se dio cuenta de que a aquel prisionero le podía el orgullo y quiso, al menos, echarle una mano en su salida de las celdas.

—Es bueno que colabores —le sugirió—. Si tardan mucho en saber quién eres, de dónde vienes y qué hacías cuando te detuvieron, es posible, más que probable, que estés aquí algún día más de lo debido.

Gabriel se frotó la muñeca derecha con la mano izquierda, puesto que los surcos que le dejaron los grilletes metálicos aún le molestaban. También acarició compungido su rodilla, que empezaba a dolerle de nuevo. Entonces se sentó otra vez en la silla e hizo el gesto de hablar, pero

el buen carcelero le silenció con los ojos, que es la mejor manera de hacerlo, y acto seguido le dijo:

—¡Espera! Termino de anotar tus datos en el libro, caliento algo de comida, y, si quieres, charlamos un rato.

Le pareció a Moisés que la conversación con aquel recluso le traería cosas buenas, algo que aportar a su ya más que rutinaria vida.

Gabriel asintió y Moisés lo acompañó hasta un pequeño retrete que había en el pasillo de las mujeres y los menores. Era el más pequeño de todos, pero también el más limpio. El único con espejo, puesto que en los demás los habían quitado para evitar que sus fragmentos pudieran ser utilizados como estiletes. Quiso el buen carcelero dar el primer paso en esa mezcla de confianzas y lo dejó solo en el interior del lavabo.

—¡Lávate las manos y la cara y haz tus necesidades! —sugirió.

Gabriel volvió a sonreír.

—Aún no me has dicho tu apellido para anotarlo en el libro —dijo el buen carcelero.

—Gabriel Cortés —respondió, antes de entornar la puerta del servicio a su espalda.

3

LOS Cortés se componían de Gabriel Cortés, el padre, Elisa Méndez, la madre, y una preciosa niña a la que llamaron Belinda. Vivían y trabajaban en Medellín, en el barrio Popular que los vio nacer a los tres. Gabriel estaba empleado en una compañía de transporte y se dedicaba a manufacturar artículos de importación y exportación. Muy apreciado por sus jefes y querido por sus compañeros. Un buen hombre. Elisa servía en una casa del barrio de Los Laureles, donde un matrimonio norteamericano la empleó como asistente del hogar para el cuidado de sus dos hijos pequeños y para el mantenimiento de la casa, que era enorme. Y Belinda era una preciosa chiquilla de apenas siete años, de larga cabellera trenzada y ojos azules y hermosos que se abrían como las rosas en verano cada vez que sonreía. Una familia feliz.

Todo en la vida de los Cortés fue normal, hasta una inolvidable y lamentable noche de agosto. Ese día los tres se encontraban en su casa. Gabriel estaba leyendo el diario, que no pudo terminar por la mañana, Elisa preparaba la cena y Belinda leía *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* sin dejar de interrumpir a su padre con observaciones acerca de los personajes del cuento.

—Mira papá —le decía—, el conejo blanco siempre llega tarde a todos los sitios.

Gabriel asentía con la cabeza sin levantar los ojos del diario.

—Mira papá, aquí el gato de *Cheshire* se hace invisible. Y has visto el rey y la reina de corazones qué graciosos son.

Elisa asomó la cabeza por la deslucida puerta de la cocina y les preguntó:

—¿Tenéis mucha hambre?

A lo que los dos la miraron y respondieron a la vez:

—Tanta que nos comeríamos un caballo.

Los tres rieron. Y es que esa expresión era muy característica de Gabriel y de tanto repetirla se habían contagiado todos de ella.

—Esta es la oruga y este el sombrero loco y estos los gemelos... —siguió enumerando Belinda los personajes del cuento mientras los seguía con el dedo.

Ya eran las nueve de la noche y el olor a fritura surgía de la cocina reclamando la atención del olfato de Gabriel y Belinda, cuando el timbre de la puerta sonó una sola vez. Una campanada sonora y prolongada se expandió por toda la casa. Gabriel dejó el periódico sobre la mesita de madera apolillada que tenía al lado y se levantó, con dificultad, del sillón; pues hacía rato que estaba sentado y las rodillas se le durmieron. Traspasó los apenas tres metros que le separaban de la puerta y cuando ya estaba a punto de abrirla el timbre volvió a sonar, pero esta vez dos veces.

Elisa, que se asomó por la cocina con las manos llenas de harina, le hizo una señal con la cabeza y que acompañó con un soniquete de sus labios, para que Gabriel no abriera.

«No abras la puerta», murmuró.

Y Gabriel, que ya estaba con la mano posada en el pomo de hojalata, estuvo en un tris de seguir la recomendación de su esposa, pero pudo más la curiosidad de saber quién pedía por ellos a esas horas, aún oportunas y nada intempestivas, y giró la media vuelta necesaria para desatracar la cerradura y dejar que el aire de la calle traspasara al interior de la casa. El ambiente se tornó fosco, prácticamente tenebroso. Hubo un silencio aterrador, característico de la calma que precede a la tormenta. Ese sexto sentido que todos tenemos le dijo a Elisa que nada bueno había tras la puerta. No era necesario abrirla. Fuese quién fuese podría volver otro día. Sus ojos se posaron en la nuca de su marido y le mandó constantes órdenes mentales para paralizarlo. «Gabriel, no es necesario que abras, se te enfriará la cena. Sea quien sea ya volverá otro día». Y Gabriel, menos inquieto que su esposa, se detuvo unos instantes ante la puerta. Esperaba a que volvieran a llamar, o quizás albergaba en su interior el sentimiento de que fuese quien fuese el que estaba tras aquella puerta se marchara. Ni siquiera preguntó quién era, algo que en Medellín era de obligado deber. «Gabriel, deja la puerta y ven a cenar», siguió ordenando mentalmente Elisa. Belinda cerró el cuento de Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas y lo dejó sobre la misma mesa donde su padre puso el periódico que no había terminado de leer. Sus ojos se entornaron y miró la escena visiblemente asustada. No entendía por qué su padre tardaba tanto en abrir la puerta. A pesar de que solo habían pasado unos segundos desde la segunda llamada, lo cierto es que todos esperaban inquietos el tercer timbrazo que les hiciera estremecer. Cuando alguien llamaba tres veces a una puerta en cortos y prolongados espacios de tiempo, significaba que la urgencia era ineludible. A pesar de la tensión, a pesar de las advertencias de Elisa, a pesar del miedo de Belinda, muy a pesar de todo... Gabriel abrió finalmente la puerta.

Al principio entró un hombre solo. Era muy alto y veíase fornido. Su cabeza estaba cubierta por un pasamontañas de los que usaba la guerrilla. En el cuello le asomaban varias venas gruesas que denotaban su fortaleza física. Vestía completamente de negro y en su mano derecha sostenía un cuchillo militar de hoja serrada que lanzó destellos cuando señaló el pecho de Gabriel. Elisa traspasó la puerta de la cocina y se acercó hasta su niña como un vendaval que surcara una montaña y transitara entre dos colinas. Arrinconó a Belinda contra la única pared despejada de muebles del comedor y la sensatez le hizo contener el alarido de terror que su garganta pugnaba por emitir. Gabriel se petrificó en la puerta y esperó a que aquel hombre decidiese qué iba a hacer. Pues sus ojos estaban inyectados en sangre y cualquier movimiento no esperado del buen padre hubiese acabado con la vida de todos. Detrás de aquel hombre entraron dos más, pero estos portaban la cabeza despejada y se les veía la cara perfectamente. El primer instante de terror había pasado. El poder ver la cara de los otros dos era tranquilizador, de momento. Gabriel, que ya sabía de las tropelías de la guerrilla, evitó mirarles a los ojos, pues su vida no hubiese valido nada en ese instante; aunque tampoco lo valía ahora. Toda su familia estaba a expensas de lo que esos tres hombres decidiesen hacer.

—Allí —dijo Elisa señalando con su mano la pequeña puerta donde estaba la habitación de matrimonio—. En el cajón de la derecha tenemos los ahorros —gritó.

Creía, la asustada mujer, que aquellos hombres buscaban el dinero de su sustento, así que les quiso facilitar la tarea de encontrarlo, pues cuanto menos tiempo estuvieran ellos en la casa,

menos riesgo corrían todos de ser lastimados.

El que entró último parecía el jefe, se distinguía en sus ojos el brillo de los cultos y vestía mejor y más acicalado que los otros dos. Más bajo de estatura y levemente rechoncho, en ningún momento hizo caso de las indicaciones de Elisa, ni siquiera divagó su mirada por el resto de la casa. Sus ojos se entornaron y miró hacia donde estaba la niña, pasando la vista incluso por encima de Elisa que la protegía con sus piernas.

—¡Venga! —dijo.

Aquel venga fue más que una palabra aislada, aquel venga se transformó en una orden explícita que aquellos dos sicarios ejecutaron sin rechistar. En apenas unos segundos la acción se detuvo y nadie de los de la casa supo qué iba a ocurrir. Si no querían dinero, pensó Gabriel, qué les trajo entonces hasta su hogar. Elisa sin embargo ya había advertido qué es lo que aquellos hombres buscaban. Nadie entraba en una casa de esa forma y a esas horas de la noche para llevarse los miserables ahorros que una familia como ellos podría tener. Los otros dos hombres se acercaron hasta donde estaba Elisa con la niña y quisieron apartar a la madre de un empujón, pero les fue imposible en el primer intento, pues la mujer se mantuvo firme entre ellos y su hija. Elisa sacó las uñas como una leona que se dispusiera a defender a su cría de los lobos y miró de reojo hacia el interior de la pequeña cocina. Allí podría coger un cuchillo y plantar cara a esos indeseables. Los dos hombres miraron al que parecía el jefe como esperando otro tipo de instrucciones, pero este clavó sus ojos en ellos y dijo enérgico:

—¡Deprisa, no tenemos tiempo que perder!

Los dos sicarios lanzaron a la madre al suelo, dando con su cabeza contra una mesita de madera que hacía las veces de revistero, quedando inconsciente a causa del golpe. El canto de la mesita se tiñó de rojo y la niña lanzó un alarido que convulsionó el interior de la vivienda. El periódico que estaba leyendo Gabriel y el cuento de Belinda cayeron al suelo y se desparramaron en medio del comedor. Antes de que nadie se recobrase, los dos hombres agarraron a la pequeña Belinda por los brazos y uno de ellos se la echó a la espalda como si fuese un saco de patatas. La niña dejó de gritar, pues supo que de nada le serviría. Gabriel, que para entonces ya había reaccionado, se acercó hasta el que portaba a su hija con la clara intención de arrebatársela, pero la hoja del cuchillo dentado se interpuso entre él y Belinda y pensó, con acierto, que de morir ahora nunca podría hacer nada por recuperarla, pero si se mantenía vivo tendría más posibilidades. Elisa se despertó del trauma y aún tuvo tiempo de musitar en voz baja «¡Belinda!».

Los tres hombres salieron raudos de la casa con Belinda en brazos. Unos vecinos se habían aproximado hasta la puerta alertados por los gritos de la chiquilla, pero cuando vieron el cuchillo dentado y el rostro encapuchado, se quedaron inertes ante la casa de los Cortés. La niña no gritó, pues el que la portaba a hombros le tapó la boca con un pañuelo y seguramente puso en él algún líquido para adormecerla. Los vecinos ni dijeron ni hicieron nada, eran gente trabajadora y pobre que tenía mucho que perder y poco que ganar. Antes de perderse por el hueco de la puerta, el que comandaba la misión y que salía último, se dio la vuelta y dijo:

—No se preocupen, la niña estará bien.

Y cuando ya casi desaparecieron del todo volvió a decir:

—Estará mejor que con ustedes.

El buen carcelero escuchó impávido, a la vez que denodado, las explicaciones que le daba Gabriel Cortés. Lo relató como si de una película se tratara. Moisés intentó posicionarse en la

época y en el lugar en que ocurrieron estos hechos. Colombia, Medellín, se dijo a sí mismo. Parecíale normal y creíble la historia que Gabriel le acababa de contar. Allí esas cosas son normales, casi rutinarias, reflexionó. Era lo más parecido a un wéstern americano donde los caciques del lugar se podían permitir cualquier tropelía sin ser denunciados ni perseguidos por ello. Volcó la jarra de agua sobre un vaso de plástico que había encima de la mesa y le indicó a Gabriel que bebiera, la boca se le tornaba pastosa de tanto contener las lágrimas. El preso sorbió un poco de agua al principio, luego dio un sorbo más grande y finalmente se terminó el vaso de un trago tan prolongado que incluso le hizo ruido la garganta al pasar el líquido por ella.

Y viendo que no reaccionaba y temiendo que la conversación se hubiera terminado ya, quedándose este en ascuas, se atrevió a preguntar:

—¿Qué querían aquellos hombres?

Belinda era... —se detuvo unos instantes— es una chica muy guapa.

Moisés no dijo nada.

Ahora tiene siete años, cumple ocho el mes que viene...

Supo el buen carcelero, por las palabras de Gabriel, que desde entonces no la había visto. Aunque ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que aquellos desaprensivos le quitaron a su hija.

—No se parece ni a su madre, ni a mí —dijo—. Tiene el pelo rubio, trenzado. Los ojos azules, enormes. Esbelta, con la belleza aflorando por cada poro de su piel. Con una sonrisa que nunca se desdibuja...

Moisés se silenció para dejar que Gabriel ordenara sus pensamientos y contara lo que quería contar sin ser interrumpido.

—Llevo tres meses buscándola. Tres meses de desesperación, de incertidumbre, de dolor, de ansia, de miedo, de zozobra. Tres malditos meses de muerte, de esperas, de odios, de desidia, de hambre, de afán..., tres meses de desasosiego.

El buen carcelero se levantó para llenar de nuevo la jarra metálica de agua. Lo hizo en el grifo que había justo al lado de la garita de seguridad. Los ojos de un policía de uniforme se cruzaron con los suyos desde la entrada de los calabozos.

—¿Quieres algo? —le preguntó.

—Tengo que ingresar a un detenido —dijo.

Moisés le indicó a un agente joven, de prácticas, que se hiciera cargo de la nueva entrada. Él estaba demasiado ocupado escuchando los lamentos de un preso que sufría. No le fue difícil imaginarse la historia, todo era previsible. A la hija de Gabriel la raptaron, la secuestraron, y su padre había dedicado los últimos tres meses a buscarla. Esa era la historia, así de simple, así de sencilla.

—Cada semana llamo por teléfono a Elisa para contarle mis andanzas —dijo.

Moisés levantó la cabeza.

—Es mi mujer, la madre de Belinda. Está destrozada, cada día se muere más y solamente las esperanzas, que desde aquí le doy, la mantienen cuerda. Mis noticias la sustentan lo suficiente como para seguir viviendo.

Gabriel Cortés, el buen padre, sufría. Sufría tanto que sus ojos cristalizaron y su mirada se endureció hasta el punto de que parecía una figura de cera. Empezó a hablar y sollozar al mismo tiempo y de su boca surgían palabras sin orden ni concierto relatando, en la medida de lo que le

era posible, sus días pasados al lado de su familia. Cuando eran felices y no se daban cuenta de ello. Para Moisés, el buen carcelero, aquello era un ejercicio de comprensión, ya que cuanto más escuchaba más afectuoso se sentía respecto a Gabriel.

Y esa tarde, los últimos rayos de sol de marzo atravesaron la pequeña trampilla por donde la calle solo era un tumulto de pasos desorientados. Gabriel no paró de hablar y Moisés no paró de escuchar. Le contó cómo se llevaron a su hija y cómo el azar, algunas veces venturoso, otras nefasto, le puso sobre la pista de Belinda. Supo entonces que la habían secuestrado para venderla, como si de un jarrón de coleccionista se tratara, a un matrimonio español que no podía tener hijos. Aquella esterilidad del hombre también le desprovoyó de sentimientos y no le importó pagar lo que fuese por adoptar a la fuerza a Belinda. Contrató a unos sicarios que por dinero mataban madres junto a sus hijos, que mutilaban hombres y que incendiaban casas, para que la arrancaran de su pobre hogar. Un hogar mísero y pobre, pero feliz, al fin y al cabo. Los sicarios la vinieron a buscar la noche que mejor cena hizo Elisa, como si estuviesen esperando esos momentos de dicha para sumirlos en la desgracia. La arrebataron del hogar de los Cortés y la entregaron al matrimonio español para que Belinda creciera en la abundancia, en la callada felicidad que da vivir en la opulencia, con estudios más que pagados, con platos llenos de comida, con veranos en la playa y con inviernos en las montañas, pero sin el amor de unos padres que siempre la quisieron, que siempre la querrán.

De vez en cuando el relato de Gabriel era interrumpido por unas lágrimas tan enormes como esmeraldas verdes que le resbalaban por las arrugas, pocas, que poblaban su barbilla y se le atascaban en el cuello, como si las propias lágrimas quisieran ahogarlo con fuerza y con rabia y con odio. Moisés volvía a rellenar la jarra de agua y vertía poco a poco el líquido en el vaso de Gabriel para que mojara sus labios y pudiera seguir contando aquello que quería contar y que el buen carcelero oía estremecido unas veces, complaciente otras.

Supo Moisés que a la semana siguiente de que secuestraran a Belinda y después de comunicar a las autoridades la desaparición de la niña, Gabriel fue al aeropuerto a llevar un paquete que debía partir, sin demora, en el primer vuelo hacia Londres. La empresa para la que trabajaba le dejó ausentarse el tiempo necesario para que el dolor cicatrizara, pero la pobreza corría más que la pena y tuvo que incorporarse, en cuanto le fue posible, a su puesto de trabajo. Durante esa semana esperó encontrarse a Belinda muerta en las noticias o en la portada de algún periódico, pues no soportaba pensar que hubiese desaparecido, hasta el punto de que creyó que era mejor que estuviese muerta. Pues ese día en el aeropuerto se encontró con un amigo del que hacía días no sabía y aprovechó para contarle lo sucedido y por el trance que Elisa y él estaban pasando. El amigo, un conserje de tantos del aeropuerto, le dijo que hacía una semana, más o menos, no supo acordarse del día exacto, vio en la terminal del aeropuerto, en los vuelos que salen para España, a su hija Belinda, dormida en un carrito de niño, acompañada de dos hombres. Le llamó la atención el tamaño de la niña, pues contaba siete años, al ir sobre un carrito de niño más pequeño, y se fijó en aquellos dos hombres, uno de ellos desconocido, pero sabía que el otro era un comerciante del barrio de Castilla y que alguna vez salía en la prensa por sus inciertos negocios sucios. Al principio no se acordó del nombre, pero casi al terminar de hablar le vino a la mente, y le dijo a Gabriel que se llamaba Abel Arango. Recordando este enseguida de haberlo visto en alguna ocasión en las noticias locales. Se hizo entonces un mapa mental de la situación y supo que su hija siempre estaría viva, puesto que el tal Arango la habría vendido a un catalán para que este la

criara como hija suya. Y es que Gabriel recordó haber visto ya a ese hombre antes, al catalán, como desde entonces lo conocería, y en su cabeza relacionó los acontecimientos dotándolos de coherencia.

Con ojos enrojecidos de sueño y legañas escurriéndose por cada una de las comisuras de su rostro, ahogaba llantos de emoción el buen padre mientras que Moisés no podía más que encogerse y tratar de mostrar su lado más humano, pues no creía que ese fuese buen momento para sentirse débil. Sentíase como un verdugo amarrando la soga del reo y repudiando sus últimas palabras. Pero reaccionó a tiempo para darse cuenta de que era lo único que aquel hombre tenía, así que siguió prestando sus oídos durante toda la tarde hasta que anocheció para mayor consuelo de este...

A la mañana siguiente y siendo ya martes del mes de marzo, Moisés cambió el turno con uno de sus compañeros con la única excusa de poder seguir escuchando la historia de Gabriel, ya que el día anterior les venció el cansancio a los dos y temía el buen carcelero que pusieran en libertad a aquel preso antes de enterarse de todo lo que aconteció hasta el momento de su detención. Sonaban las nueve en el lejano campanario de una ermita cuando Moisés, el buen carcelero, mandó sacar de su celda a Gabriel, el buen padre. El policía de prácticas, encargado de su excarcelación momentánea, evitó mirarle a los ojos. El buen padre surgió de la penumbra de su calabozo y anduvo tambaleante hasta el cuarto de aseo más próximo a su mazmorra. Al fondo, sentado en la mesa a modo de trono, lo esperaba impaciente Moisés, pues sabía que pronto, demasiado pronto, lo liberarían de su presidio para que pudiera seguir buscando a su hija. Para Moisés Guzmán aquel hombre le había aportado la historia más descarnada que nunca había escuchado. El sufrimiento de los que pierden todo aquello que tienen. El dolor de quienes buscan aquello que es el ligamen que les mantiene unidos a la vida, a la esperanza.

Ya sentados los dos alrededor de la mesa, ya mojando Gabriel una magdalena en un aguado café con leche, se dispuso el preso a seguir descargando toda su aflicción sobre los pacientes oídos de Moisés.

—Recordé —siguió relatando Gabriel— cuando una semana antes del secuestro de Belinda las fui a recoger a las dos al parque que hay cerca de la estación del Metrocable. Al menos dos veces por semana, siempre que el trabajo lo permitía, Elisa llevaba a Belinda hasta allí para que pudiera jugar en los flamantes columpios que instalaron e intercambiaba divertimentos con otros niños de su edad. Yo, una vez salía del trabajo, o incluso si tenía que pasar por allí de camino a la entrega de algún paquete, me gustaba acercarme hasta ellas y sorprender a mi mujer con un beso en la frente y a mi hija con un pellizco en los mofletes.

Gabriel detuvo su relato para terminar de engullir la magdalena que se le deshacía en los dedos. Moisés no dijo nada y esperó a que continuara hablando.

—Ese día —dijo—, encontré a mi mujer hablando con una señora más mayor que ella, de marcado acento americano, y que enseguida supuse, por su ropa elegante y sus buenos modales, que bien podría tratarse de la mujer de la casa donde ella servía. Así fue, Elisa me la presentó como la señora Hugges, casada con Míster Hugges, y que vivían en el barrio de Los Laureles, donde su marido se afincó momentáneamente a causa de unos negocios que nunca supimos. El matrimonio no tenía hijos, que conociéramos, y lo cierto es que nunca conocimos demasiado de ellos. Pero estando allí, charlando trivialmente con ellos, se acercó un hombre más joven, de unos treinta y pocos años, bien vestido también, con porte distinguido, y hablando español con acento

marcadamente europeo, por lo que enseguida adiviné que era de allende los mares y que venía de España.

—¿No es usted gallego? —le pregunté.

Él se rio disimuladamente y replicó:

—Ni todos los españoles somos gallegos, ni todos los gallegos son emigrantes.

Y después añadió:

—Soy catalán, de Barcelona.

—No hablamos mucho, de hecho no hablamos nada. Pero la impresión que me causó la señora Hugges fue muy buena y la del señor catalán no lo fue —siguió explicando Gabriel Cortés.

—¿Crees que aquel hombre tuvo que ver algo con el secuestro de tu hija? —le preguntó Moisés mirando el reloj y viendo que ya eran casi las diez de la mañana.

La historia del buen padre se estaba alargando más de lo necesario y Moisés estaba impaciente por llegar al final.

—Aquel día —siguió contando— entre las cortas frases que intercambiamos, hubo una en concreto que más tarde no pude evitar relacionar, que dijo aquel catalán, referente a la belleza de mi hija Belinda, a sus ojos azules, a su pelo rubio...

Gabriel se detuvo unos instantes y Moisés, impaciente, le alentó a seguir hablando:

—¿Qué frase dijo?

—Pues dijo —continuó Gabriel— que mi hija parecía española.

—Una frase encomiadora, francamente, pero no suficiente como para culpar a alguien de un secuestro.

—No —replicó Gabriel—, pero más tarde, una vez se desencadenaron los hechos, pudimos saber a través de la señora Hugges que aquel hombre y su mujer, amigos pero no mucho, según sus propias palabras, eran un matrimonio sin hijos que habían intentado muchas veces, demasiadas, tener descendencia a través de costosas inseminaciones artificiales y que probaron la adopción de niñas rusas, pero siempre les daban niños, y que las chinas no les gustaban y que en España era hartamente difícil, por no decir imposible, la adquisición de niños que estuvieran en gozosas facultades físicas y psíquicas, por lo que...

—¿Entonces crees que aquel hombre raptó a tu hija para adoptarla a la fuerza? —interrumpió Moisés para abreviar.

—No lo creo... —replicó Gabriel—, estoy seguro.

—Pero traer un niño de Medellín a España y hacerlo pasar por propio —dijo Moisés— no es tarea sencilla, más bien es imposible. Aquí las leyes cubren este tipo de desatinos —argumentó—; el registro civil de los recién nacidos está pulcramente controlado y no creo que alguien pueda inscribir una niña de siete años como propia sin el correspondiente certificado de una comadrona, sin el registro de la clínica que la vio nacer, y mucho menos con esa edad. Otra cosa bien distinta sería si Belinda solo tuviera un mes de vida, por ejemplo.

—Deja que te explique —siguió diciendo Gabriel—. Pasadas dos semanas del secuestro de mi hija y con sospechas fundadas de que aquel catalán había tenido algo que ver, me acerqué hasta la comisaría de distrito de la Policía Nacional a contarles mis sospechas. El agente que me atendió me escuchó atento y ya sabía del secuestro de mi hija, pero dijo que eso era más bien asunto de la guerrilla, o por lo menos en ese sentido dirigían sus pesquisas.

—¿No te creyó? —le preguntó Moisés.

—Más que no creerme, fue que dijo que era imposible comprobarlo, puesto que Abel Arango, el comerciante del barrio de Castilla, era un hombre poderoso e influyente, que seguro lo negaría todo, y que el hombre catalán del que le hablaba nunca sabríamos quién era.

—¿Relacionaste al tal Abel Arango con el catalán?

—Sí, le dije al agente de policía que seguro que los dos hombres que vieron en el aeropuerto con mi hija eran Abel Arango y el catalán y que el primero acompañaba al segundo hasta la terminal donde le haría entrega del dinero y este se iría de Medellín con mi hija para no regresar jamás.

—Pruebas circunstanciales, me gritó el policía —dijo Gabriel—. Y viendo que la posibilidad de saber dónde estaba mi hija se desvanecía le sugerí que citaran a la señora Hugges para que facilitara a la policía el nombre del catalán y que enviara una nota a la policía española para que investigaran si ese hombre tenía una niña de siete años y comprobaran si esa niña era suya. Yo supuse que la podría haber adoptado, pero no como hija, sino como algún tipo de intercambio para que pasara unos días en su casa y más tarde, valiéndose de algún soborno, comprara los servicios de alguien del Registro Civil y la hiciera pasar por hija suya.

—¿Soborno? —le interrumpió Moisés—. ¡Ay amigo mío!, esto es España, aquí no hay corrupción, ni sobornos, ni malas gentes...

El buen padre terminó de sorber de un trago los restos del café con leche, ya frío, ya malo, y miró fijamente a los ojos del buen carcelero y le sonrió. Y este vio en su sonrisa un resquicio de burla.

4

YA era mediodía y los demás presos aporreaban los barrotes, con cualquier objeto que tuviesen a mano, exigiendo la comida. Los dos hombres, preso y carcelero, tuvieron que interrumpir su conversación ya que Gabriel debía regresar a su celda y Moisés a sus quehaceres.

—Antes de las tres te llevarán ante el juez de guardia —le dijo— y seguro te pondrán en libertad —vaticinó—. ¿Seguirás buscando a tu hija?

—No puedo hacer otra cosa —respondió—, pero hay algo que quiero que sepas antes.

—Luego me lo cuentas —dijo Moisés sin querer perder más tiempo.

—Ahora..., por favor —insistió.

Y le miró a los ojos con tal intensidad que el buen carcelero no pudo evitar tener que restregárselos por el picor que le sobrevino de repente.

—Está bien —asintió Moisés con la cabeza.

El resto de cautivos seguían vociferando, algunas palabras malsonantes, reclamando el alimento. Sabían, los más acostumbrados y habituales de las celdas, que tras media hora de banquete vendría un rato de esparcimiento donde aprovechaban para fumar y sorber un aguado café. Esos momentos fuera de las mazmorras los ansiaban como agua de mayo y eran los escasos minutos al día que podían estirar las piernas y caminar un poco; aunque solo fuese pasillo arriba y abajo.

Gabriel retomó su historia.

—Agonizante como estaba por la desaparición de mi hija —dijo—, decidí ir hasta el barrio de Castilla a visitar al hombre de negocios con el que vieron a Belinda en el aeropuerto. La policía no hacía caso de mis indicaciones y nunca me creyeron, y supe que nunca me creerían. Yo soy pobre y la pobreza afina la voz del que habla y endurece el oído del que escucha.

Al fondo del pasillo de entrada a los calabozos se vieron transitar varios policías de uniforme que fueron tomando posiciones para repartir la comida a los presos. Para evitar males mayores y que estos se autolesionaran con las bandejas metálicas, se les sacaba de dos en dos y se les internaba en una celda más pequeña y con ausencia de cualquier objeto cortante, donde disponían de veinte minutos, más o menos, en eso no había excesivo rigor, para engullir un plato caliente, otro frío y una pieza de fruta, casi siempre naranja o manzana.

Y viendo Gabriel que disponía de poco tiempo para decir lo que tenía que decir, se apresuró a hablar y resumió, como pudo, todo lo transcurrido desde que supo del paradero de su hija hasta que llegó a España en su busca. Aquí, en el infierno, había hallado un buen hombre dispuesto a escucharle y dispuesto a creerle.

—El caso es que aquel día tenía dinero en los bolsillos de un paquete que tuve que entregar en el barrio de Castilla —habló Gabriel deprisa—, y aprovechando el lugar y la fortuna, me encaminé hasta el despacho de Abel Arango, al que suponía sabía, y luego así fue, el destino de mi hija. El hombre de negocios hizo honor a su fama y tras untarlo con unos cuantos pesos me dijo, sin dilaciones, dónde paraba Belinda. Ciertamente, y como ya supuse desde un principio, un matrimonio sin hijos y sin escrúpulos, que las carencias siempre van emparejadas, fue el que pagó, cuanto Abel le pidió, para que este contratara unos sicarios que nos arrancaron a nuestra hija por la noche y la entregaron a esa pareja. El malhechor sin alma, del que no sabía nombre ni rango, tuvo buen cuidado de ocultar su identidad y me dijo Abel Arango que el pago lo hizo al contado, como los hombres de palabra, y que solamente dejó por señas el mote del catalán y que su nombre en clave era Sobrino. Yo me acordé, como no podía ser de otra forma, que ya había conocido al tal catalán un día en el parque, en compañía de la señora Hugges, y supe entonces que ese día fue cuando vio a mi hija y creyó que le pertenecía.

Los dos primeros presos salieron de sus celdas y tres policías, altos y fuertes, los escoltaron hasta los aseos para que hicieran sus necesidades y se lavaran las manos. Gabriel los miró un momento, lo mismo hizo Moisés, y luego retomaron la historia, uno de locutor y otro de oyente.

—Cuando llegué a España sabía dónde tenía que buscar —dijo el buen padre—. Abel Arango me dijo, después de entregarle todo el dinero de la recaudación, que el catalán, el hombre sin alma, dijo antes de subir al avión la frase siguiente, y que te reproduzco tal cual me la dijo él: «la niña será feliz en Puerta de Hierro». Y Abel Arango, que como buen hombre de negocios no estaba de parte de nadie, sino solo del dinero, me dijo que Puerta de Hierro, que él supiera, era un barrio de Madrid, un barrio de gente bien. Y ya queriendo ayudarme, supongo que por la pena de haber perdido a mi hija, me dijo también que cuando estaba negociando con el hombre sin alma, este recibió una llamada de España y en un momento de la conversación oyó cómo él dijo: sí, a Peguerinos nos hemos mudado.

—Peguerinos es una calle de Madrid, que está en Puerta de Hierro —interrumpió Moisés Guzmán el apasionante relato de Gabriel.

—No me costó demasiado dar con esa calle —replicó Gabriel Cortés—. Recién llegado de Medellín, y sin tiempo que perder, me planté decidido en la calle Peguerinos. Durante tres días en que apenas comí nada anduve decidido por la Aldea Real, Hoyos de Espino y la avenida de la Ilustración.

—Son las calles que bordean Peguerinos —dijo Moisés.

Ninguno de los jóvenes agentes que daban la comida a los presos le dijo nada al buen carcelero. Los años y la veteranía lo hicieron respetable. Una manada de policías recorrían ruidosos cada una de las galerías de los colosales calabozos. Diríase que se encontraban en un purgatorio por donde transitaban las almas en pena en espera de un juicio que les concediera el cielo o el infierno. Moisés Guzmán escuchaba imperturbable la historia de Gabriel Cortés, pero el buen padre sabía que de nada serviría ser oído, puesto que el destino de su hija y su mala ventura ya estaba escrito; aun así necesitaba ser escuchado y descargar todo aquello que le quemaba por dentro para compartir la pena que le afligía. En ocasiones, aquellos a los que no conocemos son nuestros mejores cómplices.

—Una mañana temprano —dijo Gabriel Cortés—, cuando la desesperación se alió con la desesperanza y ya nada tenía sentido y pensé en regresar de vacío a Medellín y contarle a Elisa

que había visto a nuestra hija muerta, aun sabiendo que era mentira, por aquello de hacerla olvidar a Belinda y empezar de nuevo, si es que se puede empezar después de eso, mientras caminaba compadeciéndome de mí mismo por la calle Peguerinos, fue cuando a la salida de un portal vi al hombre sin alma, al que un día conocí en Medellín como el catalán. Lo reconocí enseguida. Vi sus ojos vacíos, su caminar seguro. Exageradamente bien vestido salió de una portería de lujo acompañado por un hombre con traje, más joven que él y siguiéndolo unos pasos por detrás. No tardé en darme cuenta de que era un escolta, un guardaespaldas que lo protegía. Supuse que un hombre como el catalán tendría que guardarse bien de sus enemigos, y también atisé que sería un hombre poderoso.

—¿Y qué hiciste? —interrumpió Moisés, que ya comenzaba a interesarse por la historia de Gabriel.

—Me quedé quieto, inmóvil, queriendo volverme invisible y procurando que no me viera, puesto que lo mismo que yo lo conocía a él, evidentemente él me conocería a mí. Recorrió unos pocos metros que le separaban de un coche negro y lleno de antenas que había aparcado en la calle. El escolta le abrió la puerta y ambos se subieron en el auto. Un conductor más mayor que ellos, también bien vestido, arrancó sin dilación y el coche salió rápido perdiéndose en la esquina de la calle. Miré el reloj y suponiendo que Belinda saldría más tarde para ir al colegio, esperé en la misma posición que estaba. Esperé casi una hora cambiando de posición para no poner sobre aviso a los escoltas ni a las innumerables patrullas de policía que constantemente transitaban la calle...

—¿Tienes hambre? —preguntó Moisés—. Ya te toca comer —dijo.

—No —respondió—. No tengo hambre.

Los dos presos que habían salido para comer terminaron y los agentes los trasladaron a sus celdas sacando, acto seguido, dos más y que de igual forma custodiaron hasta la habitación donde se sentaron para comer.

—No pasó mucho tiempo, o al menos eso me pareció a mí —siguió relatando Gabriel—, cuando del mismo portal salió una mujer delgada, bastante guapa, y que a la distancia que me encontraba no pude identificar.

—¿La mujer del catalán?

—Sí, en efecto, eso supuse. El corazón se me paró unos segundos y el aire me faltó lo suficiente como para casi morir ahogado. No te puedo explicar lo que sentí en esos momentos. Me hubiera abalanzado sobre ella y la hubiera golpeado hasta matarla. Tras ella no iba ningún escolta, pero esperó en la calle hasta que un coche pasó a recogerla. Hice bien en contenerme, ya que en el coche llegaron dos hombres, que seguro eran guardaespaldas de la mujer.

—¿Y tu hija? —preguntó Moisés.

—No iba con ellos, pero sé que estaba en la casa, seguramente con una cuidadora.

—¿Cómo estás tan seguro de ello?

—Durante varias horas permanecí por los alrededores de la finca y en dos ocasiones vi la silueta de una niña pasar por delante de la ventana. Enseguida la apartaba de la vista una mujer rechoncha. Uno de los porteros empezó a mirar hacia donde yo estaba y creí que llamaría a la policía, por lo que me marché de la calle ante el temor de ser detenido.

—Pero... —preguntó Moisés cada vez más escéptico—... ¿Viste a la niña o no?

—Era ella —replicó Gabriel—, de eso estoy seguro. Tan seguro como que estoy en una tierra extraña, entre gente que no conozco, entre gente que no me conoce. Y si fueron capaces de arrebatarme a mi hija en mi propia tierra, qué no harían aquí donde ellos son los amos.

—¿Entonces sabes quién es el hombre que tiene a tu hija? —preguntó Moisés un poco incrédulo—. En ese caso, ¿por qué no lo denuncias a la policía? Esto es España y aquí sí que harían las averiguaciones necesarias para comprobar si es verdad lo que dices o no. Los agentes comprueban esas cosas, ¿sabes? Si crees que ese matrimonio tiene a tu hija solo tienes que denunciarlo y ellos serán llamados a declarar en la comisaría que tramite tu denuncia. Si hay algo irregular seguro saldrá a la luz.

—Ya lo hice —dijo Gabriel—. Ya fui a una comisaría de policía y di todos los detalles que sabía del hombre que me robó a mi hija. Les dije dónde vivía, qué coche llevaba, y la descripción de la mujer que se hacía pasar por su madre. Fue lo primero que hice cuando me fui de la calle Peguerinos.

—¿Y? —preguntó Moisés sin dejarle terminar de hablar.

—Que me pidieron la documentación necesaria para demostrar lo que yo aseveraba. Me dijeron los policías que me atendieron que la presunción de inocencia era un bien muy apreciado y que de acusar a alguien era yo el que tenía que demostrar lo que decía y no él el que tenía que defenderse.

—Lógico —dijo Moisés.

—En la siguiente llamada que hice a Medellín le dije a mi mujer que buscara la partida de nacimiento de Belinda y cuantos documentos demostraran que era hija nuestra, así como fotos y una copia de la denuncia que en su día interpusimos en la comisaría del barrio Popular. Así, con esos papeles en mi mano, la policía española me creería.

—Pues no veo entonces el problema —dijo Moisés—. Si raptaron a tu hija y sabes dónde está y puedes demostrarlo, todo está solucionado, ¿no?

—Puse en conocimiento de los agentes que me atendieron mis intenciones y los dos se miraron con inquietud cuando les dije el portal de donde vi salir al matrimonio y de la ventana donde vi a Belinda. Además torcieron el rostro cuando les di todos los detalles acerca del coche que conducía. Supuse que ya sabían quién era el que yo llamo *el hombre sin alma*. También les dije que no tenía domicilio donde recibir los documentos, que en un paquete me llegarían de Medellín, y ellos me sugirieron que abriera un apartado postal. Les tuve que pedir que me explicaran qué era eso y me dijeron que era un cajetín de la propia oficina de correos donde en horario de oficina podría recibir cualquier cosa y que apenas me costaría unos euros. Como ya casi no me quedaba dinero y así lo hice saber a los policías, ellos se apiadaron de mí y me dejaron el dinero que costaba el apartado de correos. Entre los dos me dieron cuarenta euros. Así que contraté un apartado postal y me dispuse a esperar la llegada desde Medellín de los documentos necesarios para demostrar a la policía española que Belinda era hija mía y que el hombre sin alma me la arrebató por la fuerza.

Ya habían terminado de comer todos los reclusos y el bullicio de los calabozos cesó dejando paso a la calma más inquietante. El buen carcelero y el buen padre permanecían sentados alrededor de la mesa y vio Moisés que la historia tocaba a su fin, e intrigado por saber el final decidió escuchar a Gabriel un rato más. Le parecía poco creíble que una familia secuestrara sin más a una niña y la trajera a España sin levantar las sospechas de nadie. Eso era admisible en

otros países, donde la democracia aún no se había consolidado y donde el poder estaba en manos de caciques y oligarcas, pero en España le parecía del todo imposible. Gabriel relataba su historia con tal pasión que el buen carcelero no podía dejar de escucharlo. Además quería saber el final de todo y cómo llegó a parar aquí, en los calabozos de la comisaría.

—Y llegó el día en que me llegaría el paquete de Medellín con todos los documentos que me acreditaban como padre de Belinda —dijo Gabriel—. Con ellos iría hasta la misma comisaría donde denuncié los hechos y podría demostrar, legalmente, que Belinda era hija mía. Aquella mañana, incluso antes de que abrieran la oficina de correos, yo ya estaba esperando en la puerta junto a un vendedor de cupones y un repartidor de bebidas que esperaba para rellenar la máquina de la oficina. De vez en cuando, cada escaso lapso de tiempo, miraba ansioso el reloj de pared que presidía la entrada de la oficina de correos. No estaba seguro si ese era el día, pero la verdad es que esa misma espera la hice los dos días antes, siempre infructuosa, siempre inútil. Así que albergaba la esperanza de que ese día fuese el bueno.

Gabriel se detuvo unos instantes para coger aire. Contuvo las lágrimas.

—Ya faltaban unos minutos para que se abrieran las puertas cuando me fijé, no lo pude evitar, en un chico que venía caminando acelerado por la acera de mi derecha. Su paso era tan presuroso y su mirada tan combativa que sorprendía a esas primeras horas de la mañana. No tardé en reconocerlo, ya lo había visto antes.

—¿El hombre sin alma? —interrumpió Moisés.

—No —replicó Gabriel—, era la persona que acompañaba al hombre sin alma el día que lo vi salir de su casa. Llevaba el mismo traje y nuestras miradas se cruzaron y él, intranquilo, se desprendió con furia del cigarro que sostenía en sus dedos, arrojándolo contra la pared.

Moisés detuvo las explicaciones de Gabriel con un cauteloso gesto de su mano y acto seguido le dijo:

—¿De verdad no quieres comer nada?

—No te preocupes —respondió este como si ya fuesen amigos desde siempre.

Y viendo el buen carcelero la imperante necesidad de aquel hombre de desprenderse de todos los recuerdos recientes que llevaba encima, siguió escuchándole como si nada en este mundo importara más que eso.

—Mi cabeza trató de hilar, torpemente, los motivos que llevaron al guardaespaldas del hombre sin alma a transitar por esa acera, pero presentí, sin riesgo a equivocarme mucho, que lo habría mandado él mismo para evitar que el paquete con el reconocimiento de mi hija llegara hasta mis manos. No era casual que él estuviese allí esa mañana. Y ciertamente aquel sicario apartó, con la misma mano que acababa de arrojar el cigarrillo, su chaqueta y le dio la vuelta, por lo que intuí que debajo de ella portaba un arma. Y mientras yo pensaba si eso era cierto y cómo supo el hombre sin alma que yo estaba en su ciudad buscando a mi hija, el pistolero se puso tras de mí y noté su mano, firme y fuerte, en mi hombro y el frío de un cañón en mi espalda.

Ni te muevas —me dijo—, y mucho menos se te ocurra hablar y ya me pensaré si te mato por respirar.

—¡Vaya! —exclamó Moisés—, realmente es impresionante lo que me estás contando.

El buen carcelero llegó a dudar de la historia de Gabriel, pues esos tintes peliculeros que imprimía a cada una de sus frases le restaban credibilidad. Y el buen padre percibió un tono de ironía en la voz del buen carcelero cuando le dijo lo impresionante que era su historia.

—Ya sé que te puede parecer increíble y seguramente no sepa cómo contarte todo lo que me ha ocurrido. Comprendo que no me creas. A mí mismo me parece una historia realmente inverosímil. Pero has de saber que no te la cuento para que me ayudes, ya nadie puede hacerlo. Estoy en un país extranjero y con una cultura superior —se sonrió—, ¿quién va a hacer caso a un pobre sudaca?

Le sorprendió a Moisés esa última palabra que dijo Gabriel, pues no era acorde al resto del vocabulario que utilizaba y estuvo tentado de calmarlo con buenas palabras que seguro no le hubieran servido de nada.

—Ya no me importa si me crees o no, solo quiero que me escuches —dijo Gabriel.

Y el buen carcelero se silenció expectante en espera del resto del relato y asintió con la cabeza conforme con lo que estaba oyendo.

—Cuando abrí el apartado postal me dieron un papel con mis datos y el número de la cajita junto a una pequeña llave. Esa misma llave la aprisionaba con fuerza en mi mano. Desconocía qué es lo que aquel hombre sabía y qué venía buscando, así que en esos segundos de incertidumbre llegué a pensar que simplemente querría matarme, nada más. Pero cuando ya miraba a los ojos del repartidor de bebidas que tenía cerca, buscando en su mirada la complicidad de mi salvación y que se diese cuenta de la situación por la que yo pasaba, el pistolero me dijo: «venga imbécil, dame la llave».

—¿Y cómo sabía él lo del apartado de correos? —preguntó Moisés cada vez más inmiscuido en la narración.

—No lo sé, pero era cierto que sabía a qué hora estaría yo allí para recoger el paquete de Medellín. De lo contrario no me hubiese pedido la llave. Llegué a pensar que estuvo siguiéndome las dos mañanas anteriores que me acerqué hasta la oficina de correos y que seguramente se debió fijar en la llave que siempre portaba en la mano. No sé. El caso es que me preguntó por ella. No te quiero decir que posiblemente se lo chivaron desde la comisaría, porque según tú, eso no pasa en España, pero el caso es que el sicario conocía la existencia de los papeles que demostrarían que Belinda era hija mía y que esos papeles llegaban por correo. El caso —siguió hablando— es que me giré lo poco que el pescozón del cañón en mi espalda me dejaba. Lo miré a los ojos buscando restos de compasión, algún resquicio de comprensión humana que le brotara del alma. Nada. La nada más apabullante e inmunda fue lo que aquella mirada me devolvió. Quise gritar, aplastar su cara con mi cabeza, patalear en el suelo de rabia, pero me contuve sabedor de que no hubiera servido de nada morir, que dándole la llave se marcharía y que otro paquete vendría de Medellín, y lo más importante: que había dado con el paradero de mi hija y que solamente me quedaba demostrar en un país extraño para mí que ella me pertenecía, que mi sangre cabalgaba por cada una de las venas de su cuerpo, que sus ojos eran de su madre y que su boca de su abuela y algo que siempre la haría mía...

Y viendo el buen carcelero que el buen padre detuvo su relato y preocupado por su dolor, que ahora compartía, esperó a que este terminara de contener las lágrimas y siguiese hablando.

—Pues has de saber, amigo carcelero, que el rostro de mi hija está cincelado en mi corazón a modo de retrato, que su efigie se me plasmó en lo más profundo el mismo día en que nació y esa es la única prueba que Dios me dio del ligamen que nos une. Pero la ley española requiere de unos papeles para demostrar que Belinda es mía y puesto que la ley de la naturaleza nada tiene

que hacer en este sórdido mundo, es así que tengo que comulgar con ellos y demostrar, con la documentación venida de Medellín, que mi hija es mía.

—¿Entonces le diste la llave a aquel matón?

—Así es —dijo Gabriel—, se la puse en sus manos al mismo tiempo que lo maldije, pues no es de pecadores maldecir a aquellos que nos quieren mal. Deseé con todas mis fuerzas que aquel sicario enviado por el hombre sin alma se muriera allí mismo. Él metió la llave en una pequeña caja, que me pareció de pastillas para la tos, que posiblemente ya llevaba para ese menester, pues la llave cabía perfectamente y el tamaño era el adecuado. Luego me devolvió una mirada de odio, como nunca había visto antes, y se llevó dos dedos a los ojos queriendo decirme que me fuera con cuidado. Ya ves —sonrió Gabriel—, a mí que me habían arrebatado a mi hija, que mi mujer se moría poco a poco de pena, que las entrañas de mi corazón habían sido apresadas por unos desalmados a los que Dios castigó sin hijos y que ahora me gustaría que fueran presa de la ira divina y que sus almas se consumieran en el peor de los infiernos, a mí era a quien ese sicario amenazaba. Te juro Moisés que en ese instante maldije para mis adentros a aquel despiadado que se alejaba con la llave del apartado de correos. Y cuál fue mi sorpresa, o más bien la de todos los que estábamos allí, cuando el pistolero cruzó la calle con la caja en su bolsillo mientras lo seguí con la mirada esperando que se subiese a algún coche. Aguardando a que el hombre sin alma lo esperara en la otra esquina y que junto a él fuese su mujer y al lado Belinda. Albergando la ilusión de verla; aunque fuese por última vez, y gritarle a lo lejos que supiese, que siempre tuviese en cuenta, que ella era hija de Gabriel Cortés y de Elisa Méndez, y que nada ni nadie nos la arrebataría. Pero cuando el sicario cruzó la calle, presuroso como iba, un autobús, lleno de pasajeros, lo arrolló. Lo arrastró varios metros hasta que fue volteado varias veces por una de las ruedas...

Tanto el buen carcelero como el buen padre se silenciaron unos segundos y sus miradas se cruzaron varias veces escrutando sus pensamientos.

—Enseguida empezó a surgir sangre por un sinfín de partes del cuerpo del sicario. Su boca vomitó un líquido viscoso y sus ojos permanecieron abiertos unos instantes, creo que hasta llegó a mirarme. Su figura se retorció de dolor quedando hecha un guiñapo y la mano derecha, donde apresaba la caja, se abrió, soltándola y cayendo esta encima del asfalto.

—¡Cielo santo! —exclamó Moisés.

—Me quise acercar a recuperar mi llave —siguió relatando—. Pero a esa hora, cosas de la casualidad, llegaba detrás del autobús un coche de policía, del que un agente se bajó enseguida alertado por el accidente.

—¿No le dijiste nada? —preguntó Moisés.

—La verdad es que no, bastante confusión había como para embrollar más al policía. Yo solamente quería recuperar la caja con la llave antes de que llegara la ambulancia.

—¿Usted quién es? —me preguntó el agente.

—Nadie —le respondí. Y ciertamente en aquellos momentos lo que más me interesaba era ser nadie, pasar lo más desapercibido que pudiera. Quise alejarme lo suficiente para que no nos relacionaran. Para que ni el repartidor de bebidas ni el vendedor de cupones, que no era ciego del todo, pudiera decir a los agentes que momentos antes aquel cadáver estuvo hablando conmigo.

—¿Cadáver? —interrumpió Moisés.

—Sí, no hacía falta ser un experto para saber que aquel hombre había fallecido. El autobús tuvo buen cuidado de devorarlo con sus ruedas. El policía me preguntó si había visto algo y yo lo negué rotundamente, no quería pasarme horas declarando en una comisaría. Y en un santiamén montaron un control férreo para que nadie se acercara al cadáver...

Y Moisés empezó a tejer en su cabeza lo que aquel preso le estaba contando, con lo que él sabía de su detención y se atrevió a preguntar, seguro de no equivocarse:

—¿Es el hombre del cementerio cuya tumba quisiste profanar?

—¿Lo entiendes ahora, amigo Moisés? —dijo—. Tan solo quiero recuperar la llave, que ahora sé que la enterraron con el cuerpo, para poder abrir el apartado de correos y coger el paquete de Medellín donde está la documentación que me acredita como padre de Belinda y así poder denunciar al hombre sin alma y recuperar a mi hija...

Y entonces Moisés estuvo tentado de decirle que la llave no era necesaria, que en correos tendrían una copia y que si demostraba que el apartado era suyo le abrirían la caja, pero lo vio tan resentido, tan meditabundo y tan poco receptivo, que prefirió callarse y decírselo más adelante, cuando el juez le concediese la libertad.

5

UN viento tibio y cortante de marzo acompañó a Moisés Guzmán en el trayecto desde la comisaría hasta su piso. Las hojas de los árboles se movían acompasando sus pensamientos que, a diferencia de otros días, eran diferentes. No podía, no quería, el buen carcelero quitarse de la cabeza el propósito insistente de todo lo narrado por Gabriel Cortés, el buen padre. Sintióse empático y comprensivo hacia la pesadumbre de un buen hombre. Una y otra vez, mientras caminaba por la acera y centelleaban a su paso las luces de los comercios cerrando sus puertas, pues ya eran las ocho de la tarde, repetía cada una de las palabras del colombiano. La historia encajaba y por eso lo detuvieron los agentes en el cementerio de Vallecas mientras rebuscaba en los bolsillos del cadáver la llave del apartado postal. De ser cierto todo lo dicho, la cosa no sería tan complicada, no había entuerto que deshacer, pues Gabriel Cortés bien podría regresar a la oficina de correos y decir que había perdido la llave y algún empleado, diligente, le proporcionaría otra con la que abrir la caja y recuperar el paquete. Seguramente, se dijo Moisés en voz alta, esto no lo sabría Gabriel. Otra pregunta que le atormentaba era la identidad del guardaespaldas. ¿Quién sería? Este dato no sería difícil de comprobar, pues habría un registro de la intervención de los agentes que detuvieron a Gabriel y sería sencillo saber qué tumba profanó. Aunque bien pensado, «¿qué me importa a mí todo eso?», se dijo mascullando mientras esperaba a que el semáforo en rojo, donde estaba parado, cambiara de color. Pasar de todo era la forma más práctica de subsistir en un mundo donde el altruismo era una palabra sin sentido, donde las profesiones que están constantemente en contacto con la muerte, se han deshumanizado hasta el punto de que los estudiantes de enfermería se permiten hacer chistes acerca de las desgracias de los pacientes, donde los enterradores fuman al pie de los sepulcros, donde nuestras oraciones se estrellan contra el techo del mundo. «¿No hay nada más, allí arriba?», se preguntó Moisés.

El buen carcelero no tenía hijos y eso representaba que fuese dificultoso entender el sufrimiento del buen padre, pues podía imaginar su palidecer ante la ausencia de su hija, pero en ningún caso alcanzar el dolor que este albergaba en su corazón. Recordó, cuando casi llegaba a la portería de su vivienda, las últimas frases de Gabriel referentes a la efigie dibujada de su hija en las entrañas de su corazón. Se rio levemente y con la llave que portaba en la mano abrió la puerta del vestíbulo entrando deprisa, pues el viento se había acelerado y amenazaba tormenta. Supuso, sin riesgo a equivocarse, que realmente se estrecharía un vínculo invisible entre padres e hijos, lo que Gabriel interpretaría como las entrañas del corazón, donde un ligamen férreo ataba ambas existencias. Pero Moisés había visto tanto en su dilatada carrera policial, había compartido tantas desgracias, tantas penurias, que en cierto sentido se hallaba revestido de una coraza infranqueable,

de un blindaje a prueba de lamentos y sollozos. Ya le había pasado otras veces. Otras ocasiones en las que sintió pena por personas que pasaron por su calabozo y le contaron historias tristes y desconsoladas. Al principio, recién entrado en la policía, cogió la costumbre de rezar cada noche por aquellos que no tenían nada. Era más una terapia de contrición por sí mismo, que por ellos. Creía Moisés que Dios, en caso de existir, lo había abandonado, pues él no era nadie importante para los menesteres del creador. El cine tenía gran parte de culpa en toda esta insensibilidad y endurecimiento. El séptimo arte nos había acostumbrado a ver escenas horribles. Mutilaciones. Bombas descuartizando cuerpos, derribando edificios. Violaciones. Saqueos. Regueros de sangre inundando cuerpos maltrechos. Nuestros ojos se acostumbraron a esas barbaries hasta el punto de percibir las como algo cotidiano, como algo consustancial a la vida misma, al transcurrir de los días. Ya no nos estremecemos cuando un asesino descarga su arma contra una multitud enfebrecida por el ruido de los disparos. Al contrario, lo percibimos como algo normal. No entendemos una película sin escenas de acción desbocada. Sin muertes carentes de sentido. Creemos que la vida diaria es igual que el cine, que todo se soluciona cambiando de canal o esperando a que empiece otra película.

Sabía Moisés que mañana, cuando bajara de nuevo a los sótanos de la comisaría, todo habría cambiado. Los presos no serían los mismos e incluso algún policía habría sido reemplazado por otro más nuevo, más joven. Otras historias que oír y otros agentes a los que enseñar. Los policías de prácticas realizaban un mes de servicio en los calabozos, donde, y como ya era de suponer, no aprendían nada. La miseria de las profundidades del abismo, allí donde palidecen los entresijos de la desdicha. Borrachos, ladrones de coches de poca monta, drogadictos, indigentes, gentes sin futuro y algunos sin pasado, se amontonaban como cadáveres inertes desprovistos de humanidad en espera de un juicio, siempre desfavorable, siempre injusto. Regresarían a sus vidas, tristes, y luego volverían a delinquir para ser atrapados de nuevo y acabar, cómo no, con sus huesos en las celdas de los calabozos. Los purgatorios de donde saldrían en libertad provisional, siempre pasajera, o ingresarían en la cárcel, donde los pecados no son lavados nunca, sino que el estadio de su tránsito por la delincuencia se acelera notablemente.

Cinco años le restaban a Moisés para la segunda actividad, una especie de jubilación transitoria antes de los sesenta y cinco, donde se podía retirar con una paga mediocre pero suficiente como para comer cada día y permitirse algún capricho; poco succulento, pero un capricho al fin y al cabo. Reflexionó el buen carcelero mientras se adentraba en su piso y encendía el televisor y la lámpara del comedor, casi al mismo tiempo. Necesitaba escuchar el sonido del locutor del telediario que a esas horas comentaba lo más importante del día. Guerras olvidadas en países lejanos. Huelgas de empresas que cerraban sus puertas para no abrirlas más. Noticias tristes y otras, las menos, alegres. Pero para Moisés la noticia del día era que un padre estaba encerrado por querer recuperar a su hija. Y fue pensando en eso cuando recapacitó en que en ningún momento se había preguntado quién era el hombre sin alma. Quién fue la persona capaz de secuestrar a Belinda, contratar a unos sicarios, sacarla de Medellín, traerla a España y adoptarla como propia sin que nadie se diese cuenta. Era imposible, ciertamente, por lo que Moisés empezó a creer que Gabriel Cortés le había mentado y que su historia, aun con una base de verdad, seguramente estaba adornada con mentiras de su propia cosecha. Además estaba el asunto de la cajita de pastillas para la tos, conteniendo la llave de la estafeta de correos. Por qué habían enterrado al sicario con ella. Es que nadie del tanatorio supuso que esa llave abría algo. Es que no

hubo ningún investigador de la Comisaría Centro que hiciese preguntas al enterrador y a los testigos del atropello del guardaespaldas. Que se preguntara qué abría esa llave. «¿Y si el colombiano era un loco realmente y nunca llegó a ver a la niña?». «¿Por qué habría de creer su historia?», se dijo Moisés. Cabía la posibilidad de que la niña nunca hubiese desaparecido, que estuviera en Medellín con su madre. O que ni siquiera existiera.

Sacó un par de huevos de la nevera y puso dos rebanadas de pan en la tostadora. Pensó, entonces, que sabiendo quién era el matón que murió, si es que es cierto que eso ocurrió, y sabiendo para quién trabajaba, si es que trabajaba para alguien, podría conocer la identidad del hombre sin alma y de esta forma averiguar si tenía una hija de siete años y mirar en el archivo general del documento nacional de identidad, al cual tenía acceso por su condición de policía, si esa niña existió siempre desde que nació y siempre fue hija del hombre sin alma.

Mirando el aceite en la sartén y esperando a que hirviera para cascar los huevos, se acordó de que los menores de catorce años no tienen documento de identidad y que estos solamente aparecen en el libro de familia de los padres. Siendo así, tampoco tendría demasiado problema en consultar el Registro Civil y comprobar los datos de la niña, aunque para eso necesitaría un Oficio firmado del comisario jefe.

«¡Tonterías!», exclamó, y se dio cuenta de lo estúpido que era darle vueltas a algo que para nada le incumbía.

Terminó de freír los huevos y se sirvió la cena en una bandeja rectangular. Se sentó en el sofá que tenía delante de la televisión y se dispuso, con el mando a distancia en la mano, a cambiar varias veces de canal, hasta que finalmente dejó puesta una serie sobre médicos, que aunque no le gustaba demasiado, tampoco le desagradaba.

6

EL doctor Anselmo Sánchez hacía ya un buen rato que se encontraba en el consultorio de la comisaría centro. Una pequeña sala, de no más de cuatro metros cuadrados, donde recibía a los detenidos y les atenuaba su paso por los calabozos a base de pastillas y jarabes. Divorciado, pues su mujer no pudo soportar su mal carácter, ni sus celos exacerbados, sumergió su vida en la medicina, a la que vio como una forma de subsistencia. Una manera de sentirse útil. Cada día, de lunes a viernes, visitaba a los presos en los horarios de mañana y por las tardes acudía un par de horas a una pequeña consulta que tenía en la calle Postas, donde una serie de clientes habituales le permitían redondear su maltrecha cuenta corriente. Aún no había cumplido los cuarenta cuando ya se dio cuenta de que su carrera profesional había tocado fin. Conformista y acomodaticio, dejó de estudiar y cuando algún paciente mostraba síntomas de enfermedades más complicadas lo mandaba, sin dilación, a la consulta del especialista. Para lo demás siempre fue mediocre.

Terminó de visitar al último recluso de la mañana, al que trató de una cefalea galopante, y que tapó con dos tranquilizantes, y se dispuso a cambiar la bata blanca por esa chaqueta verde de la que todos se reían en la comisaría. Anselmo Sánchez, al que los funcionarios más veteranos bautizaron como el doctor muerte, consiguió sus puestos de trabajo gracias a la amistad que le unía desde la facultad de medicina con el flamante ministro del Interior: Albert Nebot. Casi todos conocían la simpatía forjada a base de encontronazos, entre el ministro y él, aunque nadie se atrevía a cuestionarla. Ambos compartieron un par de años en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma, y desde entonces se conocían muy bien, pues allí fueron buenos camaradas. Sus naturalezas se complementaban de tal forma que las carencias de uno se equilibraban con la abundancia del otro. Así pues el doctor era retraído e indeciso y Albert Nebot sociable y decidido. Uno resignado y el otro luchador. Era el ministro amigo de hacer favores, pues nunca sabía cuándo había de necesitar de ellos; fue suficiente su compañía el día que Anselmo Sánchez hubo de litigar por una plaza en la clínica universitaria y su ausencia de profesionalidad fue paliada por la presencia de Albert Nebot. El peor médico del mundo se presentó a las pruebas de acceso en compañía de su incondicional y ninguno de los directivos de la clínica quisieron menospreciar a un amigo del ministro del Interior. También se le agilizaron notablemente los papeleos necesarios para abrir la consulta de la calle Postas, en la confluencia con Esparteros, cuando las trabas del Ayuntamiento acerca de unos permisos de obras fueron sorteadas con una simple llamada de Albert. No dijo nada, solamente habló con el concejal apropiado, interesándose por el asunto de la pequeña clínica de Anselmo Sánchez, y los trámites

se agilizaron casi a la velocidad de la luz. Todos querían agradar al ministro y todos se desvivían por quedar bien con él.

Pero el tiempo es una línea de dos sentidos, y unas veces va hacia un lado y otras lo recorre a la inversa, así que el ministro necesitó de los servicios del peor médico del mundo, sin él saberlo, y no le extrañó lo más mínimo cuando quiso Albert Nebot compartir un café con él, aquella mañana de marzo en el bar del Ministerio del Interior, pues Albert lo citó con la excusa de revivir viejas amistades. Lo llamó directamente, sin mediar su secretaria, y le dijo que quería charlar y recordar juntos el corto tiempo de la universidad y saber de su quehacer diario. Así que le dio día y hora para que se personara en la sede ministerial y compartir un almuerzo amistoso. Su apretada agenda no fue obstáculo para incluir un hueco. Para Anselmo Sánchez aquello fue, quizás, la mejor llamada que recibió en tiempos, ya que le enorgullecía enormemente que un señor ministro del Interior se acordase de él aun estando en la cima, algo que desmentía la famosa erótica del poder y que contagiaba de altivez a aquellos que llegaban a lo más alto. «Albert es diferente», pensó.

Una lluvia persistente azotaba el cielo de Madrid cuando Anselmo Sánchez llegó hasta el edificio del ministerio. Pese a la probada confianza con el ministro los nervios le jugaron una mala pasada y se le clavaron en el estómago con furia. Antes de salir de casa se tomó un paracetamol para desvanecer un incipiente dolor de cabeza, pero el medicamento aún no hacía efecto. El taxi lo dejó en la puerta del ministerio, un enorme edificio de oficinas, fuertemente custodiado, y rodeado por otros bloques no menos importantes. Allí cerca estaba la Fiscalía General del Estado y el Tribunal Supremo de Justicia. Al lado varias sedes de organismos oficiales y cerca, en una calle paralela, una comisaría de distrito dedicada casi exclusivamente a la custodia de los recintos. Los agentes, de paisano y de uniforme, recorrían las calles refugiándose bajo las marquesinas de las gotas de lluvia, mientras que una ingente cantidad de cámaras de seguridad cubrían cada una de las esquinas. Nada más apearse del taxi el médico, se le acercó un hombre joven vistiendo traje y sosteniendo un paraguas en su mano derecha. Pudo distinguir en su solapa el pin característico de los escoltas del Ministerio del Interior.

—¿El señor Anselmo Sánchez? —le preguntó.

Asintió con la cabeza mientras pagaba el trayecto al taxista. El agente esperó cubriendo la cabeza del médico para que no se mojase con la lluvia.

Luego le acompañó hasta el vestíbulo principal. Y una vez dentro, esperó a su lado hasta que uno de los agentes registró su nombre en un libro y le entregó una identificación que tuvo que colgarse con una pinza en el bolsillo de la chaqueta. El escolta llamó al despacho de Albert Nebot desde un teléfono interior.

—La visita que espera está aquí —dijo.

Los dos caminaron un corto tramo hasta plantarse delante de los ascensores y el escolta apretó un botón digital de la pared de mármol. Esperaron en silencio hasta que se abrió la puerta.

—El ministro le espera en el bar de la planta quinta —dijo.

Luego se marchó hasta la puerta de entrada sin esperar a que Anselmo se subiese al ascensor. El doctor se fijó en sus anchas espaldas y en la determinación con la que caminaba. Cuando se cerró la puerta apretó el número cinco. Durante el medio minuto que duró el trayecto aprovechó para peinarse en el espejo de la cabina y comprobó que no tuviera restos de comida en los dientes. Se secó las manos con un pañuelo de tela, pues sabía que nada más llegar arriba tendría que estrechar la mano del ministro y no quería que sus manos mojadas por la lluvia le hiciesen

pensar a este que estaba sudando. Un sonido parecido a una campanilla le indicó que la puerta estaba a punto de abrirse.

Lo primero que vio fue un enorme pasillo lleno de puertas cerradas y poco iluminado. Al fondo distinguió una luz más fuerte que las demás y supuso que ese era su destino. Se colocó bien la chaqueta y anduvo unos metros hasta que llegó a un enorme salón adaptado como restaurante. Sonaba una música suave y un camarero vestido impecablemente de negro colocaba bien las copas encima de una mesa. El silencio era total y solamente se rompió cuando desde la cocina se oyó el golpe de un plato. En el salón no había nadie más excepto el ministro, que estaba sentado en la barra y ojeando un diario sin demasiado interés. Se le notaba que estaba haciendo tiempo hasta que él llegase. Anselmo se adentró en el restaurante y Albert cerró el diario enérgicamente en cuanto lo vio.

—Mi querido amigo —le dijo—. Cuánto me alegro de verte de nuevo.

Desde la última vez que lo vio apenas había cambiado. Seguía siendo delgado y portaba el pelo perfectamente arreglado. Siempre pensó que no se hubiera despeinado ni siquiera debajo de la ducha. Se puso en pie y estrechó la mano del médico que por un momento se sintió perturbado, no esperaba un saludo tan efusivo, pues no recordaba una amistad tan profunda con el ministro. Se sintió halagado.

—Espero no entretenerte —dijo al no encontrar una frase más apropiada—. Con la de cosas que tendrás que hacer.

—Todo lo contrario —contradijo Albert—, es un placer para mí poder compartir unos momentos con un buen compañero de la universidad. A veces me viene bien alejarme de los entresijos del ministerio y volver a mis orígenes. Con mis buenos amigos —le guiñó un ojo.

Mientras hablaba no pudo evitar Anselmo recordar los cables que le había echado el ministro a la hora de acceder a la plaza de la clínica universitaria y lo esencial que fue su mediación para abrir la consulta de la calle Postas. Pero nunca pensó que aquellos favores llegaran a ser reclamados. Ni siquiera se le pasó por la cabeza tal idea.

De los dos bares de que disponía la sede ministerial se citaron en el de la planta quinta, acaso el más solitario. Hasta allí solamente llegaban los altos cargos y las secretarías que hacían acopio de cafés para sus jefes. También era el lugar donde se organizaban los almuerzos y las cenas de eventos importantes y que requerían un cierto anonimato. Albert Nebot le indicó la mesa que tenían preparada para la reunión. El camarero se esperó a que estuviesen bien sentados y entonces se acercó hasta ellos y les tomó nota.

Los dos hombres estuvieron desayunando un pincho de tortilla, un vaso de vino tinto y dos cafés bien cargados que tomaron cada uno. Anselmo se fumó un purito habano que le ofreció el camarero, Albert se abstuvo, pues ya hacía varios años que no fumaba, y como se encontraba mejor físicamente, nunca quiso volver a caer en el vicio del tabaco. Y como el ministro era un hombre cultivado y gran estratega y sabía, pues los informes se lo habían dicho, que en los calabozos de la Comisaría Centro estaba ingresado un colombiano al que sorprendieron profanando una tumba y que esta pertenecía a un escolta que murió días antes en un fatal atropello. Y como fue ese mismo fiel escolta, ahora silenciado por la muerte, al que el propio ministro mandó a buscar la llave del apartado de correos, donde se supone que estaba la documentación necesaria que demostraba que Belinda era hija de un matrimonio de Medellín. Y como la aparición del padre de la chiquilla era una piedra en el camino de la adopción de esa niña, quiso

el ministro manipular al peor médico del mundo para cercenar el único inconveniente que le separaba de su recién adquirida hija. Albert Nebot no tenía un plan trazado de antemano, de hecho la cita con Anselmo Sánchez fue convocada con el objetivo de sondearlo y ver cuánto sabía y cuánto podía hacer él por solucionar su problema. El médico de la Comisaría Centro bien tendría que conocer las inquietudes de aquel colombiano apresado en el cementerio de Vallecas. Y el ministro no sabía hasta qué punto el colombiano había hablado y contado los motivos que lo trajeron hasta Madrid. Todos esos aspectos se los aclararía el médico, pues fue el que más contacto tuvo con él.

Pero todo debía hacerlo de manera que el médico no supiese que lo que aquel desesperado buscaba lo tenía él. Así que los dos hombres charlaron mientras desayunaban y se interesó el ministro por su reciente divorcio, el cual lamentó. A cambio, el médico de la Comisaría Centro elogió la capacidad de triunfo de Albert y de cómo había llegado a lo más alto del Gobierno de la nación, pues era de todos conocido que el ministro del Interior era de los que más poder tenía. Buscó en la entrevista una excusa, que sin levantar sospechas, le permitiera hablar de su trabajo, y sintióse alagado el médico de la preocupación del ministro, por lo que habló largo y tendido de su tarea en la comisaría. No era hombre acostumbrado a ser escuchado y encontró una buena oportunidad ante Albert Nebot.

—Todos los detenidos son iguales —le dijo—. Ven en el médico una justificación para salir de su encierro y disfrutar de un rato de libertad. Todos tienen los mismos síntomas —proclamó—, síndrome de abstinencia que soluciono con medicación apropiada. Ansiedad fruto del mono.

—Así que todos se drogan —vaticinó el ministro.

—Casi —replicó él—. La droga es la antesala de la delincuencia. La droga merma su capacidad de análisis y centra su vida. Y el encierro les desprovee de ella.

Vio el médico la entrevista con el ministro un modo de aproximación de este a los aspectos más intrincados de la delincuencia, y creyó, dentro de su ignorancia, que el ministro buscaba información útil de primera mano acerca de los entresijos de la criminalidad. Y a modo de excepción le habló de un detenido al cual había visitado hacía poco y que no estaba en comisaría por robar, ni matar. Le dijo además que el mismo no consumía drogas y que durante la visita médica no dijo nada, pues le pareció desconfiado.

Albert Nebot evitó mostrar cualquier tipo de emoción cuando Anselmo Sánchez le habló de ese detenido, pero sí le preguntó el nombre para recabar más datos y desviar la conversación en ese sentido, pues no pudo creerse la suerte que tuvo cuando fue el propio Anselmo el que sacó el tema por el que le había citado.

—Creo que se llama Gabriel, aunque no hablamos mucho —le dijo—. Su acento era marcadamente sudamericano. Lo tuve que visitar en la enfermería porque los agentes se ensañaron con él durante su detención y presentaba diversas magulladuras en todo el cuerpo. Ya sabes a qué me refiero.

Buscó el ministro una excusa para interesarse por ese hombre, pero sin que el médico advirtiera su disposición a ello y aprovechando la introducción hecha por él.

—Estoy al corriente del caso de ese hombre —le dijo—. Es un hombre desesperado, huyó de Colombia, al que las autoridades de su país tienen por loco —mintió—. Ha venido a España buscando algo que nunca podrá encontrar.

Sorbió un poco de café y aprovechó el médico para preguntarle:

—¿Qué busca?

—Él cree que su hija está aquí, en España, por eso vino a Madrid..., para encontrarla.

El médico estuvo tentado de preguntar al ministro cómo sabía eso, pero pensó que dado su cargo era normal que supiese cosas que los demás no sabían.

—Luego por eso está tan desesperado —dijo Anselmo.

—Sí —corroboró Albert—, pero lo que no sabe, o no quiere saber —puntualizó—, es que tanto su hija como su mujer no están en España.

El médico se encogió de hombros al no entender a dónde quería ir a parar el ministro. Pero se vio obligado a preguntar:

—¿Y dónde están?

—Según mis informaciones —respondió Albert—, tanto la mujer como la hija están muertas. A la niña la secuestró la guerrilla en Medellín, creyendo que era hija de unos pudientes que podrían pagar un rescate y al darse cuenta de que su familia no tenía dinero decidieron matarla.

Anselmo sabía que ese no era el proceder de la guerrilla, pero no quiso desmentir al ministro. Este, como percibió incredulidad en los ojos del médico, cambió su estrategia.

—Lo cierto es que es posible que hubiese muerto por enfermedad, ya que solo tenía siete años, y que la versión oficial de las autoridades de Colombia hubiese sido la del asesinato, por aquello de desprestigiar a la guerrilla. Las condiciones en la selva son muy duras para una chiquilla poco acostumbrada. Seguramente no soportó el cautiverio.

—Entiendo —dijo el médico.

—En cualquier caso es algo horrible —dijo el ministro—, pero nadie se ha atrevido a decírselo y él vive en la convicción de que aún pueden estar vivas.

—¿Y la mujer? —preguntó Anselmo.

Su mujer ha muerto hace poco, se suicidó en su casa de Medellín, pues no pudo soportar la pérdida de su hija. Se quitó la vida en un arrebato de desesperación.

—¿Y qué hace ese colombiano en España?

—Seguramente cree que su hija está aquí, no sé por qué, y vagabundea por las calles de nuestra ciudad buscándola. Las autoridades colombianas han intentado, sin éxito, ponerse en contacto con él o alguien de su familia; aunque creemos que no tiene a nadie, ni en Colombia, ni aquí, para explicarle lo sucedido.

El médico sorbió un poco de café y meditabundo dijo:

—Y si el ministerio tiene esa información —desconfió—, ¿por qué no se lo han comunicado a través de los cauces legales? Ahora ya saben dónde está, ¿no?

Albert Nebot se silenció unos instantes y esperó a que el médico diese una fuerte calada al puro que sostenía entre sus dedos.

—Lo estoy haciendo ahora.

El médico lo miró a los ojos.

—Hay noticias que es mejor que sean dadas por personas calificadas para ello. En este caso un médico es el más adecuado para decirle a ese hombre que su mujer y su hija han muerto. No sería conveniente entregar un informe al paciente con los detalles de la muerte de su hija y su mujer. Enloquecería al instante y supondría un peligro para sí mismo y para los demás. La mejor forma de hacerle sabedor de esa desgracia es a través de una persona reputada como tú, que seguro sabrás comunicárselo y en el mejor ambiente posible.

—Entiendo —dijo el médico.

—La negación de lo evidente, será su primera arma.

—Posiblemente.

—Así que lo mejor —arguyó el ministro— es decirle la verdad y que esa verdad sea dicha por alguien en quien crea. No hay que dejar que las lagunas pueblen su mente y convertir a un padre desesperado en un loco. Más tarde, cuando haya asumido la verdad, desde el ministerio se le facilitarán todos los trámites para que regrese a Colombia y rehaga su vida.

Y con esto buscaba el hombre sin alma sumir a Gabriel Cortés, el buen padre, en una desesperación tal que desistiera de seguir buscando, pues pensaba que para él ya no tendría sentido demostrar que su hija era suya, si ya no vivía. Y como en los calabozos de la comisaría estaba incomunicado, pues la ley así lo exigía, no podría tampoco llamar a su mujer y comprobar que ella también seguía viva. Dejó un cabo sin atar, y era que su mujer no había muerto, y una vez de regreso a Medellín, Gabriel Cortés se extrañaría de verla viva, pero seguro que entre los dos iniciarían una nueva vida y tendrían más hijos, pues aún eran jóvenes, y con el tiempo se olvidarían de Belinda, a la que creerían muerta. No le importaba al hombre sin alma que eso fuese mentira, pero creía que era mejor que la supieran muerta y así no seguirían buscándola. Otro viaje a España, sería demasiado costoso para una familia pobre, como eran ellos.

—No es un asunto oficial —dijo el ministro—, pero te agradecería que le dijeras a ese hombre la verdad en cuanto tengas ocasión para ello. Y sobre todo —añadió— respeta la fuente que te lo ha dicho. En ningún caso nadie debe saber que yo te he facilitado esa información. No puedo explicarte los motivos, pero espero que lo entiendas.

—Entiendo —asintió Anselmo y no hizo más preguntas aunque tenía muchas.

Y para que el médico no pensara que el objetivo del desayuno con el ministro, había sido única y exclusivamente para tratar el tema del buen padre, hablaron de otros asuntos y divagaron por la actualidad política y por los temas económicos. Luego tocaron el fútbol y cada uno defendió la gestión de sus correspondientes equipos. Y se terminaron el café y entonces Albert pidió dos más, pero como Anselmo Sánchez no quiso tomar otro, el camarero le ofreció un chupito de licor de hierbas que aceptó gustoso.

Y el médico se fue del ministerio con la extraña sensación de haber hablado, después de mucho tiempo, con su antiguo compañero de facultad, al que ahora vio cambiado. No sospechó, ni por un instante, que el maquiavélico Albert Nebot lo iba a utilizar como arma en contra de su reciente enemigo: el buen padre, el cual se quería quitar de en medio para que no siguiese buscando a la pequeña Belinda Cortés, que ahora se llamaba Belinda Nebot.

7

Y ya en el taxi que le llevaba a casa, pensó Anselmo Sánchez en todo lo hablado con su amigo y qué importancia podría tener para Albert Nebot el destino de un pobre loco que albergaba la esperanza de los que no tienen nada y se aferraba a la existencia con el único propósito de encontrar a su hija y así llevarla hasta su mujer y hacer a las dos felices y con eso conseguir él mismo la felicidad. No pensó más en el interés demostrado por el ministro en el devenir de la vida de Gabriel Cortés y solamente consideró que Albert tuvo un arrebató de humanidad y que creyó que esa era la mejor manera de ayudar al colombiano. Y supo que el ministro tenía razón en lo de que hay que decir la verdad y que era preferible recibir un fuerte *shock*; aunque doloroso, y pasar las penas de una sola vez, que no andar titubeando toda una vida en la cual se podía invertir el tiempo recomponiendo una más que quebrada existencia.

Y fue así como el doctor muerte se dejó guiar por el hombre sin alma y dijo todo aquello que era mentira a quien ya nada tenía que perder. Y desprovisto de cualquier delicadeza, le contó al buen padre cómo su hija había muerto, omitiendo cualquier detalle por aquello de no ahondar más en la herida abierta. Le dijo que Belinda murió en la selva de Colombia, desconociendo las causas de su fallecimiento. No quiso especular con ello. Solo dejó entrever que no sufrió; aunque ese dato lo desconocía, pero creyó que era lo más benévolo para los oídos del colombiano.

También le dijo cómo su mujer, Elisa, no pudo soportar la pérdida de la niña y decidió quitarse la vida al poco tiempo de enterarse de la muerte de la chiquilla.

—¿Cómo? —preguntó Gabriel Cortés.

—Se cortó las venas —mintió el médico.

Le pareció la forma más determinante de acabar con la vida de uno mismo.

—¿Sufrió?

—Solo unos minutos.

—¿Y Belinda? ¿Por qué la mataron? ¿Qué querían esos hombres? Entonces... ¿no está en España? ¿Dónde está?

Demasiadas preguntas atolondraban la cabeza de Gabriel Cortés como para poder dar respuesta a todas a la vez. El médico desde luego no las tenía; aunque creía en lo que el ministro del Interior le dijo y en haber sido designado como portavoz de la verdad. Trató de suavizar sus palabras, pero como inexperto en esos temas, pensaba que la verdad hay que soltarla de golpe y que eso sería menos traumático que andarse con rodeos que en nada beneficiarían la salud mental de su paciente. Aun así procuró mostrar una cara de pesadumbre para acompañar sus palabras.

—Pero hace apenas unos días que hablé con mi mujer por teléfono y se encontraba perfectamente —dijo el colombiano—. Nunca me comentó que Belinda podría estar en Colombia, siempre creímos que la niña estaba en Madrid.

Gabriel sabía de sobras que Elisa nunca se quitaría la vida, aun cuando hubiese perdido a su hija; algo de lo que recelaba. Empezó a pensar que el médico le mentía, no sabía por qué, y que lo único que buscaba era sumirlo en la peor de las depresiones. Sus mentiras chocaron con la coraza firme del buen padre, que nunca dejaría de buscar a su hija. Eran las aseveraciones de un desconocido para explicar algo que él nunca podría creer.

—Sí —argumentó el médico—. Pero eso fue antes de enterarse de la muerte de su niña.

Qué tontería, pensó Gabriel, no tenía sentido que alguien hubiese gastado tanto dinero en secuestrar a una chiquilla para luego hacerla matar. Además, el médico le decía que Belinda estaba en Colombia, cuando él sabía certeramente que ella estaba aquí, en Madrid. Y... ¿por qué sabía eso el médico? ¿Quién era él para conocer tantos detalles? ¿Por qué conocía el nombre de su mujer y el de su hija?

—¿Cómo sabe usted eso? —le preguntó.

—No le puedo decir mis informantes —respondió—. Solo que lo que digo es verdad.

—Acaso tiene usted una foto de Belinda muerta... —suspiró—. Y de Elisa con las venas cortadas —alzó la voz—. ¿Por qué me cuenta eso? ¿Por qué quiere envenenarme con mentiras? ¿Quién le envía?

—Tranquilícese —le dijo el doctor Anselmo—, es lógico que niegue lo evidente, pero ha de aceptar la verdad.

—¿La verdad? —elevó la voz Gabriel—. Me habla de verdad cuando se cuele en mi celda a hurtadillas para mentir acerca de mi familia. Sé que no ha venido por propia voluntad. Que le envían para confundirme. Para hacerme desistir. Sé quiénes son ustedes. Son lacayos del hombre sin alma. ¿Creen que voy a dejar de buscar a Belinda? —tragó saliva—. ¿Lo creen de verdad?

—Cálmese —insistió el médico—. Gritando no conseguirá nada.

Dos agentes de seguridad que oyeron los gritos se acercaron hasta la celda. El doctor Anselmo les rechazó con un gesto de su mano.

—Todo está controlado —les dijo—. Solamente sufre una crisis de ansiedad.

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No, no. No es necesario.

—Tómese esto —le dijo el médico exhibiendo dos pastillas alargadas en la palma de su mano—. Le vendrán bien.

Gabriel las tiró al suelo de la celda de un manotazo. El médico arrugó la frente y por primera vez tuvo un conato de enfurecimiento. La actitud del preso no estaba facilitando para nada su labor.

—¡Moisés! ¡Moisés! —empezó a gritar desde el interior de la celda el buen padre—. Quiero que venga Moisés —dijo—. Él me entiende.

Los agentes que permanecían en la puerta se impacientaron.

—¿Quiere que le ayudemos? —se ofrecieron.

—No —rechazó el médico visiblemente perturbado—. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? —vociferó Gabriel—. Dice que mi mujer y mi hija están muertas y se atreve a decir que no pasa nada.

Las palabras de Gabriel ponían en un serio aprieto al doctor Anselmo, ya que de llegar a oídos de algún inspector tendría que deshacerse en explicaciones acerca de sus afirmaciones sobre la muerte de la familia del colombiano. Eso era algo que no podía permitir, ya que en ningún caso debía revelar sus fuentes. No podía comprometer a un hombre tan poderoso como el ministro del Interior. En cualquier caso él sabía que el ministro no le había mentado, no tenía motivos para ello, ¿o sí? Llegó a dudar el peor médico del mundo sobre los aspectos tan extraños de la detención del colombiano y la implicación indirecta del ministro. Pero luego reaccionó y se dijo que eso no le incumbía. Estuvo tentado de dejar al colombiano chillando en la celda y marcharse sin más, pero era tal su estado de agitación que hubiera tardado horas en tranquilizarse, con el riesgo que eso suponía en los calabozos de la Comisaría Centro. Antes de que Gabriel siguiera gritando solicitó ayuda a los dos agentes que aguardaban en la puerta:

—Lo pueden sujetar por los brazos —les dijo—. Voy a administrarle un sedante.

Los dos jóvenes policías accedieron de inmediato a la celda y agarraron con fuerza los brazos del colombiano, que intentó zafarse sin conseguirlo. Lo arrojaron contra el suelo, golpeando su cabeza contra la dura piedra del calabozo, y el médico le inyectó en el culo un preparado que no tuvo tiempo de dosificar. El buen padre siguió pataleando y gritando. Llamaba a Moisés y su voz iba perdiendo el tono firme que tenía al principio de ser encerrado.

—No lo suelten todavía —recomendó el médico.

Uno de los agentes puso su rodilla en la parte baja de la espalda, dificultando la respiración al colombiano. El médico preparó otra carga y repitió la inyección. Casi rompe la aguja al moverse bruscamente todo el cuerpo de Gabriel, que empezó a realizar saltos espasmódicos.

—Ya es suficiente —dijo el médico.

Los agentes se levantaron del suelo y vieron cómo el colombiano echaba espuma por la boca. Se miraron preocupados.

—Es un efecto de la anestesia —dijo el médico—. En unos minutos estará durmiendo como un ángel.

Los policías inmovilizaron con unos grilletes las muñecas del preso y aprovecharon para ir a lavarse las manos, mientras el médico recogía su maletín y guardaba un par de tarros que se cayeron al suelo durante la pelea con el colombiano.

«Hijo de puta», farfulló. «Este cabrón me va a buscar la ruina».

El color del colombiano se tornó azulado y la espuma de la boca cada vez salía más blanquecina. La mezcla de anestésicos estaba a punto de reventarlo por dentro. Los dos policías ya regresaban de lavarse las manos y estaban apenas unos metros de la celda. Anselmo los rechazó casi en la puerta.

—Traigan un poco de agua —dijo.

Uno de los agentes giró en redondo y fue al lavabo a traer agua, mientras que el otro se acercó hasta la celda para ayudar al médico.

—No es necesario —lo despidió—. Gracias por su ayuda.

Luego se lo pensó mejor y le dijo:

—¡Quítele los grilletes! Ya no son necesarios.

El policía accedió y una vez se los quitó al preso y los guardó en su cinturón se fue hasta la garita de seguridad y abrió la revista por donde la había dejado mientras encendía un cigarrillo.

El preso se estaba muriendo. Apenas podía respirar por la acción de las inyecciones y el médico no quería pedir ayuda externa. Si moría, moriría también su carrera. La administración de medicamentos fue excesiva, y por lo tanto errática. Lo que suponía una clara falta de profesionalidad. Ni siquiera el ministro podría sacarle de un agujero así.

—¿Va todo bien doctor? —preguntó el policía mientras daba una calada al cigarro.

—Sí —respondió—, ya está estabilizado y durmiendo como un angelito.

Las constantes vitales del preso caían en picado y de no remediarlo perdería la vida de un momento a otro. El médico no sabía qué hacer. Si llamaba a una ambulancia, seguramente llegaría tarde y se descubriría que el colombiano murió por una mala administración de anestésicos. Si no hacía nada moriría igualmente. Giró el cuerpo inconsciente. Un chorro de espuma saltó desde la boca del colombiano hasta su bata. Durante un minuto le hizo un masaje cardiovascular que no sirvió de nada. Luego le metió un tubo por la garganta, pero solamente consiguió acelerar la agonía del preso.

«¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?».

Hacía un calor insoportable. Las gotas de sudor resbalaban por la espalda del médico y el aire se tornó seco. Irrespirable. El olor de la celda era insoportable. Uno de los otros presos gritó pidiendo ir al servicio. El policía de la entrada lo hizo callar. No podían sacar a nadie más de la celda hasta que el médico no hubiera terminado. Entonces fue cuando Anselmo Sánchez, viendo que su carrera profesional pendía de un hilo, decidió hacer algo que le marcaría para toda la vida. Cogió, como pudo, el cuerpo aún caliente de Gabriel Cortés y le quitó el cinturón de sus pantalones. Lo subió hasta el camastro de piedra y pasó el cinturón por la rendija metálica del aire del techo, haciendo un lazo con la hebilla. El colombiano apenas respiraba y sus ojos se habían vuelto completamente blancos. Las babas de la boca empezaron a secarse. El médico, en un alarde de fuerza sobrehumana, lo cogió por la cintura y lo alzó hasta que su cabeza se puso a la altura del cinturón. Pero erró en el primer intento haciendo que casi perdiese el equilibrio. No le quedaban fuerzas para estar así mucho rato, por lo que supo que solamente le quedaba un intento más. No podía fallar. A la segunda lo consiguió y la cabeza del colombiano entró dentro de la improvisada soga. No hacía falta que estuviera ajustada ya que el preso estaba prácticamente muerto. El efecto que buscaba era simular que había muerto por ahorcamiento y las marcas del cuello así lo demostrarían. Además, él solo podía haberse subido hasta el cinturón y descolgarse del camastro de piedra, rompiéndose el cuello después. Un detalle le faltaba al médico y se trataba de que después del impulso, que se supone había dado el colombiano para subir hasta la rejilla del techo, bien tendría que haberse rozado las manos, las cuales permanecían intactas. Así que se encaramó en la cama de piedra y golpeó un par de veces ambas manos del reo contra el techo, procurando que se rascaran contra el cemento y se hiciesen unos notables rasguños.

El policía de la entrada ya se había terminado el cigarro y se interesó por el médico.

—¿Todo bien doctor? —le dijo mientras se acercaba por el pasillo.

—Todo bien. Todo bien —gritó el médico.

No podía permitir que el policía viera al colombiano mientras su cuerpo aún se balanceaba dentro de la celda. El agente seguía acercándose por el pasillo. Sus zapatos taconeaban lentamente. El doctor miró el cuerpo inerte del colombiano y pensó en descolgarlo, pero ya era tarde. Podía haberlo empujado desde los pies y desenganchar su cabeza del cinturón. Hubiera

caído a plomo sobre el suelo y el ruido habría alertado al policía del pasillo. De repente uno de los presos pidió ir al servicio.

—Me estoy meando —gritó.

—Espera un poco hasta que terminemos con el colombiano —respondió el policía.

El doctor salió fuera de la celda y la cerró tras de sí. Aseguró las dos baldas que atrancaban la puerta y apagó la luz con el interruptor que había al lado de la celda. A través de la pequeña ventanilla solo se podía ver la oscuridad.

—Felices sueños —dijo en voz alta para que pudiera oírlo el policía.

—A ver si nos deja tranquilos esta noche —exclamó el agente.

El doctor sonrió forzosamente y se encaminó a la entrada del calabozo visiblemente perturbado, pues el esfuerzo de subir al preso hasta el cinturón le agotó las fuerzas. El policía iba a mirar por la ventanilla de la celda para ver si el colombiano dormía, pero el médico se giró antes de salir de los calabozos y le dijo:

—Es mejor que duerma toda la noche y esperemos que mañana se despierte con mejor humor.

—Buenas noches doctor —dijo el policía—, y abrió la celda de uno de los presos que pedía ir al baño.

—Buenas noches —respondió el médico mientras salía fuera.

8

AL día siguiente, que ya era miércoles, Moisés se levantó como siempre: pronto. El despertador no llegó ni siquiera a sonar. Para el buen carcelero tenían los miércoles un encanto especial, pues era el día que partía la semana en dos, y aunque en ocasiones había de trabajar el sábado y el domingo, veía en ese día un intermedio de la semana. Puso los pies en el suelo, los dos a la vez, pues creía que levantarse con el pie izquierdo era símbolo de mala suerte y hacerlo con el derecho denotaba previsión, por lo que, y desde hacía muchos años, siempre posaba los dos pies en el suelo al mismo tiempo. Adormilado, como aún estaba, subió la persiana y observó el leve viento que se arremolinaba en la calle, algo inusual en las mañanas de marzo, pero no le dio más importancia, pues Moisés nunca se preocupaba del tiempo y lo mismo le daba que lloviera, que hiciera frío o que nevara.

Anduvo tambaleante hasta la cocina y extrajo la tostadora del armario y la posó, torpemente, en el mármol. Miró el reloj y se dio cuenta del retraso que hoy llevaba, por lo que tuvo que acelerar el paso para no llegar tarde a la comisaría. Desde que recuerda nunca se durmió y nunca tuvo que esperar a nadie en un relevo, ya que Moisés era el funcionario más puntual que nunca se conoció. Era un hombre ordenado, pulcro, de una lentitud experimentada por el paso de los años, sin prisas, pero sin pausas. Con su cabeza casi al cien por cien calculó los lapsos de tiempo para que le diera para todo. Fue al lavabo y manchó la tapa como siempre, pero no se entretuvo en maldecir. Puso dos tostadas a calentar y enroscó deprisa la cafetera, que de inmediato posó sobre la encimera. La noche anterior no se acordó de dejarla preparada.

Cuando bajaba las escaleras se acordó de que no había cogido el teléfono móvil, así que volvió a mitad de camino. Casi nunca recibía llamadas de nadie, pues nadie tenía interés en él, pero le gustaba llevar siempre el teléfono encima esperando recibir algún día alguna sorpresa. Vivía Moisés con la esperanza inútil de que alguien, en algún momento, le llamaría para desconcertarle con alguna noticia buena, o mala, pero eso era lo de menos, el caso consistía en vivir amarrado a la perspectiva de una estupefacción. Ocurría a menudo con las personas carentes de sobresaltos, con vidas monótonas, que esperaban impacientes el momento de esa intranquilidad que a todos nos gustaría recibir de vez en cuando. Comprobó que la carga de la batería del móvil estaba bien y, una vez lo enfundó en el bolsillo, volvió a bajar las escaleras, pero esta vez más deprisa, pues había que recuperar el tiempo perdido en el olvido.

Puntual, como no podía ser de otra forma, el bueno de Moisés relevó a sus compañeros de la noche. Apenas hablaron, un libro registro plasmaba con suficiencia todo lo acontecido durante el servicio. Miró a los policías que entraban con él y como no vio caras nuevas no fue necesario

presentarse, ni que estos se presentaran. El agente saliente subió las escaleras del vestuario bostezando y dando golpes con su porra en la pared.

Ya en su puesto, alrededor de la mesa de los calabozos, se dispuso a organizar la mañana. Tenía que pausar las salidas de las celdas, controlar las reseñas de los detenidos, organizar quiénes iban ante el juez y quiénes debían permanecer otro día más. Pero lo primero era sacar de su celda a Gabriel y convidarlo a un buen café con leche. Hoy era el último día del buen padre y al mediodía, como mucho, estaría de nuevo en libertad para seguir buscando a su hija. Se puso en pie y recorrió el pasillo hasta llegar a la celda del colombiano. Antes de abrir miró por el ojo de buey de la puerta, pero no vio nada. La luz estaba apagada y no se oía ningún ruido. Quitó las dos baldas que la cerraban y cuando abrió vio el cuerpo inerte de Gabriel colgando del techo.

—¡Dios mío! —gritó.

Y se abalanzó sobre sus piernas agarrándolas con fuerza para tirar el cuerpo hacia arriba. No sabía cuánto tiempo llevaba así y si ya estaba muerto o aún vivía.

—¡Aquí! —gritó para que los demás agentes lo oyeran.

En unos segundos llegaron dos policías de prácticas y después vinieron agentes de seguridad y un coche patrulla. Entre todos intentaron descolgar el cuerpo de Gabriel, pero el peso había anudado el cinturón al cuello y no se podía soltar a no ser que se cortara el cuero. El médico, que también fue alertado, llegó enseguida y determinó la muerte del colombiano.

—Hay que descolgarlo —dijo Moisés.

—No —contravino el inspector de guardia—, no podemos tocar el cuerpo hasta que no llegue el juez.

Moisés conocía las normas y sabía que solamente el juez o el secretario judicial tenían la potestad de levantar un cadáver y que hasta entonces no se podía tocar nada. Se empezó a encontrar tan mal que tuvo que sentarse en una silla de la entrada y uno de los policías de prácticas le trajo un vaso de agua que bebió de un solo trago. Varios agentes más se arremolinaron en la celda de Gabriel. Uno de ellos sacó una foto con el teléfono móvil. El inspector de servicios, que acababa de llegar, se lo censuró y le obligó a borrarla. A Moisés se le escapó una lágrima que limpió enseguida con el dorso de su mano.

No sabe cuánto tiempo pasó, pero al levantar la vista vio la sombra de dos uniformes grises que se alargó por el pasillo de la entrada y le hizo entornar los ojos. Levantó la mirada y vio a dos empleados del tanatorio andar lentamente por delante de las celdas. Venían a buscar el cuerpo de Gabriel. Se puso en pie lo más rápido que sus piernas le respondieron y anduvo acelerado por el largo pasillo que le separaba de la celda. Quería verlo antes de que se lo llevaran. Sus ojos se cruzaron con los del inspector de servicios, alguien que solamente venía a los calabozos cuando algo andaba mal. Ya era conocido en la comisaría por ser una persona deshumanizada, carente de sensibilidad, endurecido por el quehacer de su labor. Un ángel negro que siempre aparecía a remolque de la muerte. Vino precediendo al forense que dictaminaría la muerte de Gabriel, armado con una carpeta negra, como su alma, donde anotaría las posibles causas de la muerte del reo, las circunstancias que la envolvieron y si fueron motivos justificados u oscuros.

—Está claro que fue un suicidio —dijo el ángel negro apostado en el marco de la celda—. ¿Lo encerraron con el cinturón de sus pantalones? —preguntó.

La pregunta iba dirigida hacia él, y tras tragar saliva para aclararse la garganta, respondió:

—A los presos de bajo riesgo —dijo— se les encierra con cinturón y cordones de zapatos, pues no creí en esos momentos que fuese a lastimarse.

La normativa de custodia de detenidos era bien clara en sus normas: ningún detenido debía entrar en las celdas con objetos susceptibles de ser usados como armas. Pero las normas son interpretables y todos los responsables de los calabozos las aplicaban según sus propias traducciones. Los presos que no representaban riesgos para su vida o la de los demás, eran sumergidos en sus celdas provistos de todo lo que llevaran encima en el momento de su detención, excepto, claro está, si portaban armas o medicamentos que pudiesen ingerir sin control médico.

—Pues parece ser que este —dijo el inspector de servicios— ha decidido terminar con su vida.

Moisés se sintió afligido y culpable, pues nunca sospechó que aquel hombre fuese a suicidarse. Le pareció extraño y poco creíble. Había cruzado medio mundo para recuperar a su hija y ahora, cuando ya sabía dónde estaba y tenía la posibilidad de demostrar que nació en Medellín y de que un hombre malo, sin alma, según sus propias palabras, se la había arrebatado, ahora es cuando decidía quitarse de en medio, sin más.

Pasados unos instantes llegó el médico forense, acompañado por el médico de la comisaría, Anselmo Sánchez, y dictaminó las causas de la muerte. Dijo que fue un suicidio, y verdaderamente no parecía otra cosa, pues el cuerpo sin vida de Gabriel pendía de un cinturón de cuero que seguramente sirvió para sujetar sus pantalones. Un día más en la vida de un carcelero, un día menos en la de un encarcelado. Los pasos del destino se habían bifurcado y la vida se detenía para unos y para otros continuaba. Se les tomaría declaración a los policías que estuvieron en el turno de noche y se determinaría quién fue el último que lo vio con vida. Lo demás sería puro trámite.

En una hora, no mucho más de eso, ya todo regresó a la normalidad. El secretario judicial levantó el cadáver en un documento que todos los presentes firmaron, unos como actuantes, otros como testigos. El doctor de la comisaría certificó que fue el último que lo vio con vida durante la noche y que Gabriel se quedó durmiendo plácidamente cuando le administró un tranquilizante.

—¿Qué tipo de tranquilizante? —preguntó el forense.

—Le administré una dosis de diazepam —respondió el médico.

—¿Y dice que se quedó dormido? —se interesó el inspector de servicios.

—Así es, después de inyectarle la dosis se sentó en la cama y al poco se estiró quedándose dormido en unos minutos. Sus constantes vitales eran normales cuando me fui.

Los de la funeraria se lo llevaron como un bulto que nunca hubiera vivido y el inspector de servicios dijo que se abriría una investigación para determinar las causas de la muerte. «Nada», pensó Moisés, «cuatro declaraciones de los que estuvieron trabajando de noche, quién fue el último que lo vio con vida y si le notaron algo raro cuando hablaron con él la última vez».

—Me voy, que tengo que hacer una nota de prensa —dijo el inspector de servicios.

Y se marchó por el pasillo dejando una estela de soledad en los calabozos.

Algo se rompió dentro de Moisés Guzmán. El hombre organizado, el buen carcelero, se sintió culpable más allá de la condena divina. Creyó, como no podía ser de otra forma, que pudo haber hecho más por Gabriel Cortés. Y luego, en el silencio de las celdas, pensó que aún no estaba todo terminado, pues varias preguntas se le agolparon en la cabeza: ¿Y su hija? ¿Y el paquete de Medellín? ¿Y la llave? ¿Y el hombre sin alma?

Ese miércoles de marzo Moisés se sintió enfermo, algo que no le había pasado nunca, y fue por eso que se preocupó. Gozaba desde siempre de excelente salud y tan solo unos pasajeros resfriados, que nunca llegaron a convertirse en gripe, le habían abordado en los fríos inviernos de Madrid. Notó una opresión en el pecho seguida de lo que creyó unas taquicardias, pues su corazón iba más acelerado de lo habitual, y un dolor leve en el brazo izquierdo. La mañana fue larga y se prolongó más allá de lo soportable. El buen carcelero se halló sumergido en su puesto de trabajo como si nada hubiera hecho en la vida. Como si desde que naciera hubiese sido arrojado a esas celdas endurecidas, a ese purgatorio entre el infierno y el infierno, como si no hubiera cielo. Como si no hubiese nada. Un hombre se había quitado la vida en la celda durante la noche. Como si se hubiese fundido una bombilla, como si se hubiera terminado el papel del váter. Nadie le dio ninguna importancia a la muerte del colombiano.

Se fue a casa cabizbajo, melancólico. Desde luego Gabriel no fue un preso más. Algo había cambiado en la latosa vida del buen carcelero, pues hasta su salud se resentía. El tiempo pasaba muy deprisa y apenas se adentró en sus propios pensamientos, como solía hacer cuando iba camino de casa. Cruzó las calles despacio, sin detenerse en los rostros de los otros transeúntes. Subió hasta su piso y cerró la puerta tras de sí, como si la seguridad del hogar le alejara de los problemas de los demás. Él no quería trastornos en su ordenada vida, era feliz así. Este era su mundo y nadie tenía derecho a transgredirlo. Se lamentaba de que un hombre al que nunca había visto antes se hubiese metido de lleno en su vida, porque aunque no quisiera todos sus pensamientos iban de lleno hacia Gabriel Cortés, el buen padre.

Terminó de comer una ensalada de tomate y un bisté muy hecho que se frió con aceite de oliva y se sentó en el sofá delante de la televisión. Estuvo aguantando un buen rato, mientras cambiaba los canales. Buscando algo que le hiciese dejar de recordar a Gabriel, pero una acidez de estómago, casi insoportable, le hizo decidirse a ir al médico. Preocupado.

Ya se había vestido y ya bajaba las escaleras del bloque, cuando el dolor de estómago se calmó y entonces le pareció una tontería ir al hospital por unas leves taquicardias y un dolor de brazo. Regresó hasta su piso y se planteó ponerse cómodo y echarse una buena siesta, la mejor terapia, se dijo.

Ya en casa de nuevo y sentado en el sofá, asoció su repentino malestar a la muerte de Gabriel y la pena que en esos momentos le embargaba. Y ciertamente cuanto más pensaba en él, peor se encontraba, por lo que supo en esos instantes que debía olvidarlo para no enfermar definitivamente. Sin darse cuenta se había quedado dormido y sus sueños se inundaron de pasajes de la historia del buen padre. Se encontró en Medellín, en la casa de los Cortés. Vio a Belinda y a Elisa mientras jugaban en el comedor. La voz del buen padre no cejaba de hablarle de forma ininteligible. No conseguía entender lo que quería decirle. «Busca la cajita», refunfuñaba en sus sueños. En ocasiones abría los ojos y al ver la televisión encendida recuperaba la vigilia, pero enseguida se volvía a quedar dormido. «El hombre sin alma», le repetía sin cesar la voz venida del más allá. «Las entrañas de mi corazón, las entrañas de mi corazón». Finalmente, y tras varios sobresaltos en sueños, Moisés consiguió conciliar el sueño y quedarse completa y profundamente dormido.

Un sol traicionero, pues amenazaba lluvia, despertó a Moisés a través de la rendija de la persiana del comedor. Se quedó dormido en el sofá delante de la televisión y el cansancio le hizo pernoctar durante más de quince horas. Soñó durante todo el rato y como fueron sueños apacibles y buenos, sintióse Moisés recuperado de su convalecencia y con ganas de seguir con su rutinaria vida diaria.

Despertó con feroz hambre y se encaminó a la cocina para extraer la tostadora del armario y disponerse a desayunar pan con mantequilla. Desenroscó la cafetera y la preparó con desmesurada desazón, ya que sabía que hasta que no hubiese ingerido una buena taza no estaría en condiciones de reaccionar al día que le esperaba. Hoy practicaría el forense la autopsia de Gabriel y después sería enterrado en la zona común, donde van a parar los que no tienen nada y los que nadie reclama. Mientras untaba la mantequilla y esperaba a que subiera el café se dijo a sí mismo que pediría el día libre para presenciar el entierro, pues le entristecía pensar que nadie asistiera al sepelio del buen padre. Pensó que ese hombre bien se merecía que alguien acudiera a sus últimos momentos en la tierra.

El Instituto Forense era un edificio antiguo y poco cuidado apartado de la Comisaría Centro. Se construyó a finales de los años sesenta y se utilizaba, aparte de para la realización de autopsias, para dar clases a los alumnos de medicina. Moisés conocía al forense de guardia, Mario Herrero, y este lo conocía a él. Eran de la misma edad y ya habían hablado en varias ocasiones, en las que coincidieron en sus trabajos en el momento que el propio forense se trasladó hasta algún domicilio cuando la repentina y extraña muerte de alguien así lo requirió. Era un hombre solitario, al igual que Moisés, adicto a la lectura y con una enorme barriga que mostraba sin tapujos por encima del cinturón de sus apretados pantalones. Sudoroso, masticaba chicle para disimular sus nervios.

El vigilante no interrumpió la entrada de Moisés, lo conocía de sobra. Unos buenos días, fue suficiente para dejarle pasar. El buen carcelero bajó las escaleras que llevaban hasta el sótano donde se realizaban las autopsias. A medida que se sumergía en él, el olor se hacía más irrespirable. Era tal la higiene que no se podía soportar el almizcle de medicamentos y jarabe, entreverado con lejía. Se cruzó a una mujer limpiando. La señora tuvo que detener la fregona para que él pasara. Una mueca en su cara denotó incomodidad. Ciertamente nadie bajaba hasta la sala de autopsias, excepto el forense y los estudiantes cuando estaban en período de prácticas.

—Qué sorpresa, Moisés —le dijo el forense nada más abrir la puerta.

Vestía una bata blanca, limpia pero toscamente planchada. Los ojos de Moisés se posaron en ella, pues se percató del detalle.

—¿Para qué plancharla? —dijo el forense dándose cuenta—. A él no le va a importar —sonrió señalando hacia las neveras.

A Moisés le pareció una descortesía por su parte, aún no se había acostumbrado a la muerte de Gabriel.

—Hola Mario —dijo—. He venido a ver la autopsia.

—Me parece bien —fue la respuesta del médico—. Si no has visto ninguna antes... te gustará.

Moisés no entendía cómo a alguien le podía gustar ver eso, pero no vio malicia en el forense, sino más bien un intento de agradarle.

La sala era grande, demasiado. En una pared había una especie de nevera semejante a la de los bares, con puertas cuadradas del tamaño de media ventana. A su lado, en otra pared, había varias pilas de piedra, tres contó Moisés, con sus correspondientes grifos. Le recordaban a las de la

pescadería donde a veces compraba salmón. Las otras dos paredes estaban vacías y sucias, una mano de pintura no les vendría mal, pensó Moisés. En medio y presidiendo la estancia se encontraba una enorme mesa de operaciones con un carrito de ruedas al lado y lleno de útiles de cirugía. La imagen de una sierra radial enchufada a la corriente eléctrica de una toma que salía del techo, en un cable gris, le produjo un sobresalto, ya que se imaginó a ese aparato descuartizando un cadáver.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mario—. No tienes buena cara.

—Pensaba visitar al médico —dijo Moisés—. Desde ayer que tengo molestias en el estómago y siento el pecho oprimido.

—Ummmh —chasqueó los labios el forense—. Eso no tiene buena pinta. ¿Te has hecho alguna revisión últimamente?

—No, la verdad es que tengo alergia a los médicos.

Después de responder se dio cuenta de que no había sido la mejor contestación, pero aun así no quiso rectificar.

—Bueno, ¿estás preparado?

Asintió con la barbilla.

—Allí —dijo señalando sobre la pila— hay un tarro con un producto para ponértelo en la nariz. Como no estás acostumbrado al olor de muerto te recomiendo que te lo pongas.

Moisés se puso un pellizco que arañó del tarro reseco y vio cómo el forense no lo secundó. Pensó que estaría tan acostumbrado que no lo necesitaba.

Mario Herrero caminó calmoso hacia las neveras y se aproximó a una cuya puerta era más brillante que las demás. Seguramente era la única que utilizaban, se dijo Moisés. Parecía improbable que hubiese más de dos o tres muertos a la vez en el depósito, ya que en el caso de un accidente múltiple de tráfico, que era la causa más factible de una entrada masiva de cuerpos, estos no serían trasladados aquí, sino que serían llevados al Instituto Anatómico Forense de la Ciudad Universitaria. El médico estiró de la palanca y la puerta se abrió con un ligero chirrido nada agradable. Después arrió la camilla del centro de la sala y Moisés vio que la altura era la adecuada, por lo que entendió el motivo de que fuese esa la única nevera que se usaba. La camilla con el cuerpo de Gabriel se deslizó sobre ella y en un segundo tenía ante sí el cadáver del buen padre. Un nudo en la garganta le hizo asomar una mueca en sus labios.

—Impresiona, ¿verdad? —le preguntó Mario.

Asintió con la cabeza, ya que en el caso de hablar ahora se le notarían los nervios del avistamiento del cuerpo.

Lo que más destacaba del cuerpo de Gabriel, en un primer golpe de vista, era el moratón alrededor del cuello, producido, sin duda, por el cinturón de sus pantalones cuando lo estranguló. Los ojos de Moisés se quedaron ahí, pero el forense, más experto, se fijó en sus manos.

—¿Has visto eso? —le dijo en voz alta, como si temiera no ser oído.

—¿El qué? —respondió Moisés.

—Sus manos también están ligeramente amoratadas.

Ciertamente se visionaban unas manos violáceas. Los nudillos de la mano derecha estaban rascados, con unos finos arañazos que los recorrían desde el centro hacia los dedos.

—¿Al colgarse? —preguntó Moisés.

—Nada de eso, querido amigo. No tiene sentido. Se podría haber friccionado las manos si se hubiese colgado en una columna de cemento, por ejemplo, pero este se colgó desde el centro de la celda utilizando la cama como trampolín.

Moisés no supo entender las reflexiones del forense, pero acató su dictamen.

—¿Y los zapatos? —preguntó.

El buen carcelero deslizó sus ojos por las piernas del cuerpo de Gabriel y cuando llegó hasta los pies los vio calzados con las mismas zapatillas blancas que llevaba cuando lo conoció.

—Los lleva puestos —respondió.

—Ya lo veo Moisés —dijo el forense—. ¿Y no te parece extraño que alguien que se quite la vida tenga el miramiento de calzarse?

—No sé —replicó—, igual se ahorcó sin zapatos y se los pusieron para traerlo hasta aquí.

—Eso es imposible —argumentó el médico—. Los muertos vienen hasta el forense tal cual fueron hallados, es primordial para la autopsia. Si lleva las zapatillas puestas es que murió con las zapatillas puestas —sentenció.

Y no averiguando Moisés hasta dónde quería ir a parar el forense, se aventuró a preguntarle:

—¿Y qué significa todo eso?

—¿El qué?

—Pues los arañazos de la mano y el que haya muerto con las zapatillas puestas.

—Pues está claro, ¿no?

Un encogimiento de hombros por parte de Moisés le obligó al médico a decir:

—Que creo amigo Moisés que el tal Gabriel no se ha suicidado, sino que más bien ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —gritó el buen carcelero.

—Sí, que seguramente no se ha ahorcado por decisión propia, sino que ha sido ayudado a hacerlo. Tú conoces las celdas de la comisaría mejor que yo, ¿no? —le preguntó—. Ya sabes que es impracticable un suicidio por ahorcamiento sin la ayuda de alguien. Además de la coincidencia de que justamente la noche en la que ocurrieron los hechos, el preso entró en la celda ataviado con su cinturón, pero sin los cordones de las zapatillas.

Moisés miró los pies de Gabriel y vio que, tal y como decía el forense, este no llevaba los cordones de su calzado. Aunque el buen carcelero recordaba habérselos dejado entrar en la celda la última noche que lo vio con vida.

—¿Con cinturón y sin cordones? —preguntó el forense.

Y fue cuando, y por primera vez, Moisés se sintió culpable de la muerte de Gabriel. Aunque ya era conocida la fama de exagerado y peliculero del forense Mario Herrero, que siempre fue dado a teatralizar sus actos, el caso es que tenía razón en todo lo que decía. Pero Moisés Guzmán, más pragmático, quiso no buscar causas retorcidas en la muerte del buen padre y creer lo que finalmente sería la versión oficial de que Gabriel Cortés se ahorcó por desesperanza e impotencia. Era mejor dejarlo así, al menos para su resentida salud. La investigación determinaría quién fue el último en sacarlo de la celda y si en algún momento se pudo poner los zapatos o quitarse los cordones. La teoría del asesinato, desde luego, no tenía ningún sentido. De noche solo había dos policías del turno de seguridad y que no estaban físicamente en los calabozos, sino que acudían cuando algún preso lo demandaba aporreando la puerta de la celda. Lo de quitarse la vida él solo era creíble. Sencillamente tenía que subirse a la cama de piedra, colgar el cinturón en la

rejilla de ventilación y saltar metiendo la cabeza dentro. No era sencillo, pero tampoco imposible. Y dado que era el primer suicidio en los calabozos de la Comisaría Centro, desde que él se acordase, la superioridad determinaría una investigación a fondo para esclarecer los hechos y dirimir cualquier atisbo de duda acerca de la muerte del colombiano.

El ruido de la sierra no fue problema para Moisés, lo soportó estoicamente. El forense cortó los tendones y los huesos del pecho de Gabriel. Luego fue separando sus órganos con milimétrica paciencia y colocándolos por orden en una de las pilas de piedra. Moisés se quedaba embobado con cada una de las porciones que Mario Herrero extraía del cuerpo, como si le costara asimilar que aquello había formado, hacía apenas veinticuatro horas, parte de un ser vivo. Cuando el médico retiró los pulmones de una sola pieza y dejó al descubierto el corazón, fue cuando Moisés dio un respingo que le aceleró el pulso hasta notar las palpitaciones de su corazón en las sienas, como si la cabeza le fuese a estallar. En ese despojo de vísceras atadas por arterias granates vio el buen carcelero reflejada la imagen de una niña. Era como si a través de un espejo roto y lleno de polvo se viese reflejada una chiquilla de larga cabellera y de ojos implorantes. Pero no era una imagen viva, era el reflejo de una fotografía. Los ojos de Moisés deambularon por el techo acaso buscando el origen de semejante destello, pero no vio nada. Recordó cómo Gabriel le dijo que la efigie de Belinda, su hija, estaba cincelada en su corazón a modo de retrato y que la misma se plasmó allí el mismo día que nació. «¿Qué habría de cierto en eso?», se dijo. Se restregó los ojos varias veces, pues se notaba cansado y creyó que esa imagen era fruto de la debilidad. Pero cuando pasados unos segundos volvió a mirar, el reflejo seguía allí, pero esta vez más claro, si cabe. Unas finas venas azules conformaban los dos ojos, mientras que una mancha verdusca perfilaba la nariz. Su pelo se confeccionaba con regueros de sangre seca. La visión del buen carcelero se apagó y se tornó borrosa.

—Las entrañas del corazón —musitó.

9

SE hicieron unos minutos de silencio en los que el forense continuó con la autopsia. El hombre, desde luego, era concienzudo y laborioso en su tarea. En ningún momento dejó de masticar chicle y de vez en cuando se secaba el sudor de la frente con el reverso de la mano enguantada, a pesar de estar esta empapada en vísceras. Cuando extrajo el páncreas y el hígado, Moisés tuvo que retirarse pues de seguir allí hubiera vomitado sin poder remediarlo. Se esperó en la puerta que daba a la escalera, en silencio. Mientras, el forense siguió a lo suyo como si estuviese solo.

De los nervios se le fue incrementando la acidez del estómago y la opresión del pecho. Le faltaba el aire. Sus pulmones hacían denostados esfuerzos por inhalar, pero no le servían de nada. Le punzó un dolor muy fuerte en la cabeza y terminó por desvanecerse. Se apoyó en la pared temiendo que pudiese caerse al suelo. Todo le empezó a dar vueltas y no había forma de que el aire entrara en sus pulmones. Se ahogaba. Su cuerpo se desmoronó, cayendo en redondo sobre su propio eje. La cabeza golpeó uno de los escalones. Se desvaneció.

Por suerte la mujer de la limpieza aún seguía allí, en la escalera de arriba, y tras oír el golpe de la cabeza de Moisés contra el suelo, bajó corriendo y puso sobre aviso al forense, que rápidamente llamó a una ambulancia para que lo trasladaran al hospital más cercano. Mario Herrero escupió el chicle y fue hasta donde estaba tirado Moisés. Mientras esperaban al equipo médico se cercioró de que sus constantes vitales seguían funcionando y tuvo buen cuidado de colocarlo en posición fetal para evitar que pudiese ahogarse. Le palpó la cabeza y no encontró ninguna herida grave, tan solo el chichón del golpe. A falta de enfermera, le encargó a la mujer de la limpieza varios paños húmedos que le colocó en la cabeza, pues su sudor era muy intenso.

—Tranquilo amigo —le dijo—, enseguida te llevamos a un hospital.

Y, antes de lo esperado, llegó la ambulancia hasta el Instituto Forense. Los camilleros bajaron hasta el sótano por el ascensor y el forense les avanzó los síntomas de Moisés.

—Parece que le cuesta respirar —les dijo.

Y le colocaron una mascarilla nada más subirlo a la camilla. Luego se hizo la oscuridad total para el buen carcelero.

Durante las horas que estuvo inconsciente Moisés Guzmán su mente divagó entre sueños y realidades, pues no supo distinguir lo que era verdadero de lo que era falso. Primero se adentró en una fantasía más o menos creíble acerca de unos seres monstruosos con cabeza de pájaro que experimentaban con él en lo que le pareció una sala metálica. Abrió los ojos asustado y reconoció el interior de la ambulancia que lo trasladaba al hospital. Luego se volvió a dormir. Entonces soñó con que estaba en la cama de su piso y llovía tanto que de inmediato se inundó. Cuando el agua le

llegaba hasta la nariz y la respiración se le hacía imposible, entonces despertó de nuevo y una enfermera de enormes ojos negros y excesivamente maquillados le introducía un tubo de goma por la garganta que le produjo enormes arcadas. Cerró los ojos y una inyección de calmante le sumergió de nuevo en otro sueño. Esta vez viajaba en un tren y en el compartimento iban a su vez un par de compañeros de clase que conoció cuando estudiaba el bachiller. Los dos cuchicheaban cerca de él y se reían cada vez que lo miraban. Esta vez despertó viendo a la enfermera hablar con uno de los médicos. No distinguía sus palabras, pero trató de mentalizarse de que no decían nada de él, sino que más bien estaban ligando. En el siguiente sueño los vio desnudarse, mientras se besaban apasionadamente, y las piernas de la enfermera, increíblemente bronceadas, agarraban con furia la cintura del médico, mientras este no paraba de gemir. Los dos se acariciaban rabiosamente y la chica se quitó la horquilla que le aprisionaba el pelo y una melena larga y tupida llenó por completo el compartimento de la ambulancia. La respiración de Moisés se hizo del todo imposible y el aire ya no entraba por su garganta. Intentó, sin éxito, pedir auxilio, pero la pareja de enamorados estaba tan enfrascada en su pasión que ni siquiera lo miraron. Cuando despertó se encontró con la enfermera a su lado y sacándole el tubo de goma de un fuerte estirón por lo que creyó que uno de sus pulmones había salido también. El médico le miraba el pulso y toqueteaba inquieto uno de los monitores que había sobre él. Cerró los ojos de nuevo y se quedó dormido. Dejó de soñar.

El buen carcelero perdió completamente el conocimiento y despertó aturdido en una luminosa habitación de hospital. Tardó unos minutos en recapitular todo lo que le había ocurrido desde que se desvaneció en el Instituto Forense. Los recuerdos se confundían en el tiempo y no era capaz de hilar los acontecimientos con coherencia. En intervalos más o menos predecibles entraban enfermeras a la habitación y le tomaban mediciones. Le miraron el pulso y la tensión en varias ocasiones. La temperatura metiéndole termómetros en la boca. Reconoció el rostro de algún compañero de la comisaría y hasta un inspector de la oficina de denuncias, del que hacía tiempo no sabía nada, ya retirado, se acercó por la habitación. Como le costaba hablar y su memoria era volátil, procuró no enzarzarse en estériles conversaciones, así que escuchaba más que conversaba. Se esforzaba por mantenerse despierto, ya que la medicación lo sumergía en profundos sueños y la mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo. Pero no le molestaba, más bien se encontraba a gusto.

Permaneció varios días más en el hospital y la experiencia hospitalaria fue realmente gratificante, ya que durante el tiempo que estuvo convaleciente vinieron a visitarlo innumerables personas. Llegaban hasta allí de forma paulatina, dispersa, como si se hubiesen puesto de acuerdo para no molestar su apacible estancia. Llegaron vecinos del bloque, conmovidos por su repentino desvanecimiento. Compañeros de trabajo, alguno de los que hacía tiempo que no sabía nada, por no coincidir en la comisaría o porque cambiaron de destino. La pescadera donde compraba el salmón de tanto en tanto. Pero la visita que más le impresionó y que al mismo tiempo le desazonó, fue la del inspector de servicios, el siempre implacable Cesario Arteaga. Lo oyó conversar en voz baja con uno de los médicos, aunque no pudo distinguir de qué hablaban. Pero conociéndolo, como creía que lo conocía, seguro que se estaría interesando en la pronta recuperación de Moisés Guzmán más como un herido recuperado para volver a combatir, que como un herido del que hubiese que sentir lástima.

—Vaya susto nos has dado —le dijo nada más entrar y mientras dejaba una impoluta chaqueta de lana sobre la silla de la entrada.

La habitación del hospital era como todas las habitaciones de hospital: lo suficientemente grande como para que cupiese todo y lo convenientemente pequeña como para que las visitas se sintieran incómodas. Pensó Moisés que esto sería así para facilitar el trabajo al personal del hospital, ya que las visitas no duraban más de media hora, una hora a lo sumo, y no todas. Una televisión de la que apenas se sintonizaban un par de cadenas, un lavabo que limpiaban concienzudamente dos veces al día y una salida a un balcón común donde fumaban los que no sabían de qué hablar con los enfermos.

—¡Qué sorpresa Cesario! —saludó Moisés.

Como hacía rato que no hablaba, se oyó su propia voz muy débil. Carraspeó unas cuantas veces para aclararse la garganta.

—No te nos pongas malo ahora Moisés —le dijo este—, que eres lo mejor que tenemos.

Los dos se enzarzaron en una conversación típica de hospital, evitando los silencios incómodos. Hablaron de las casualidades de la vida y de que había que cuidarse llegados a los cincuenta, algo que a Cesario no le debía de preocupar todavía, pues él solamente tenía treinta y cinco años. Mencionaron un par de veces el tiempo y dijeron que se avecinaba un marzo lluvioso, lo que implicaba una pronta finalización del invierno y un verano caluroso. Pero Moisés se sintió receloso, pues no esperaba la visita del inspector de servicios y fue cuando este tocó el escabroso tema de la muerte de Gabriel Cortés, cuando se dio cuenta, cómo no, de que su visita no era por cortesía, sino más bien por trabajo.

—Hay algunas cosas que no encajan en la muerte del colombiano —dijo.

Cesario inició el tema sin más, sin venir a cuento. De repente.

—¿El qué? —preguntó Moisés haciéndose el distraído, algo que no era cierto, pues desde la autopsia supo que había cosas que no encajaban.

—Nos ha extrañado que una persona tan pulcra y escrupulosa con su trabajo hubiera descuidado el tan importante detalle de no desproveer al detenido de su cinturón. Sabiendo —levantó la mano para seguir hablando ya que Moisés lo iba a interrumpir para defenderse— que las normas de seguridad de la comisaría son tajantes en ese sentido.

Sentíase Moisés cansado y preocupado por su estado de salud, por lo que los hechos que envolvían a la muerte de Gabriel le parecieron en esos momentos secundarios. Era cierto que no fue cuidadoso a la hora de desproveer de su cinturón y los cordones de los zapatos al colombiano, pero también era tangible que en ningún momento se le pasó por la cabeza que este se fuese a suicidar. Además, y como pudo observar durante la autopsia, Gabriel no portaba los cordones de sus zapatillas en el momento de morir. A no ser, claro, que alguien se los hubiese quitado por algún motivo. Le dolía la cabeza y se encontraba desvalido, por lo que no creyó que fuese este el mejor momento para pensar en esas cosas.

La voz del inspector de servicios le distrajo.

—Lo más curioso para nosotros es que no le quitaste el cinturón, infringiendo la normativa de seguridad hacia los reclusos, pero sí le desposeíste de los cordones de sus zapatillas, siendo, como bien sabes, susceptibles de ser utilizados para ahorcarse.

A Moisés le parecía irrisorio que todo un señor inspector de servicios creyera que unos simples y débiles cordones podían ser suficientes para que una persona de setenta kilos, más o

menos, se quitara la vida. De hecho, la normativa respecto a eso era cómica. Pero también había que tener en cuenta que los detenidos más peligrosos podían autolesionarse con cualquier objeto que tuviesen a su alcance. Por eso se les quitaban los anillos, pendientes, relojes y un largo etcétera de utensilios dañinos para un preso desquiciado. Pero Gabriel no era nada de eso, y ahí entraba la arbitrariedad del responsable de los calabozos. ¿Qué sentido hubiera tenido quitarle el cinturón y los cordones a una persona que no tenía ningún interés en quitarse la vida?

—Además —siguió hablando acusadoramente el inspector de servicios—, el forense ha encontrado una serie de arañazos en las manos del muerto. En un principio no supo a qué era debido, pero después de un examen más minucioso ha llegado a la conclusión de que se los hizo tratando de defenderse.

«Luego lo mataron», pensó Moisés mientras escuchaba. «En ese caso el que lo hizo fue el que también le quitó los cordones de las zapatillas».

—He ordenado una investigación al respecto, ya que el fiscal jefe me está apretando las tuercas —dijo Cesario—. No es que desconfiemos de ti, ni mucho menos, pero es mejor que todo este incidente se aclare satisfactoriamente para todos.

—Cuando me marché aquella noche —dijo Moisés—, Gabriel estaba tumbado en su cama. Nada me hizo pensar que fuese a quitarse la vida horas más tarde. Es posible... —se detuvo.

—¿Es posible qué? —preguntó Cesario.

—No sé, que algo le hubiese sumergido en la locura.

—¿Algo como qué? —insistió el inspector.

—No me haga caso —dijo Moisés—, estoy cansado y solo busco una explicación para el suicidio de Gabriel.

Y viendo el ángel negro que el rostro de Moisés se amorataba y que sus labios dibujaban una mueca de dolor, decidió dejar el acoso por hoy, ya que no creía este que el buen carcelero fuese culpable, aunque todas las sospechas apuntaban hacia él. Y pensó que en la investigación ya abierta, ya cursada, tendría que salir a relucir el móvil del crimen, si es que lo hubo, ya que todo buen investigador sabía que una vez hallado el motivo, llegar hasta el asesino era más sencillo.

Y fue un lluvioso sábado de marzo cuando el forense concluyó con su examen y presentó los datos ante la comisión nombrada por el inspector de servicios. En ese informe se descartaba la posibilidad de que Gabriel, el buen padre, hubiese sido asesinado, pues todo apuntaba a que pudo ser él mismo el que se quitara la vida. Precisamente las rozaduras de sus manos se las debió de hacer cuando saltó desde la cama al techo y perdió el equilibrio. Utilizó el cinturón, que negligentemente le dejó Moisés, pero era cierto que en los últimos meses perdió el hombre mucho peso, pues no se alimentó bien, seguramente debido a su locura. Le bailaban los pantalones, según se supo después y tras oír en declaración a varios policías de prácticas. Así que la comisión concluyó en que el buen carcelero le dejó portar el cinturón para evitar que se le cayeran los pantalones, algo, por otra parte, lógico. Nadie pensó ya en los cordones de las zapatillas, pues ni los llevaba el muerto, ni estaban entre sus pertenencias, pero era un detalle tan nimio que no merecía la pena detenerse en él. Además, dijeron los de la comisión: «la muerte de un loco no ha de importar tanto como para perder el tiempo con ello». El peor médico del mundo siguió con sus quehaceres diarios en la Comisaría Centro y en su consulta de la calle Postas. El ministro del Interior respiró apaciblemente cuando leyó el informe de la comisión y paralizó cualquier revisión

por parte de un sindicato de la policía que dijo que la muerte del colombiano no había quedado clara del todo. Ya no se investigó más y la vida siguió su curso...

Pasaron dos semanas de aquello y Moisés se recuperó de su dolencia. El médico le aconsejó que huyera de los sobreesfuerzos, ya que su corazón se había debilitado. Se reincorporó a su trabajo en la comisaría y ya era el mes de abril cuando las lluvias atormentaron el cielo de Madrid y el buen carcelero retomó la rutina diaria, que vagabundeaba entre sus desayunos a base de tostadas con mantequilla y sus películas de cine negro americano, de las que nunca se cansaba. En alguna ocasión recordaba fragmentos de las conversaciones con Gabriel y le venía alguna pregunta a la mente. La caja de pastillas para la tos, el hombre sin alma, los sicarios de Medellín. Luego trataba de olvidar esos recuerdos y rememoraba las entrañas del corazón, cuando creyó ver a la hija de Gabriel dibujada en las vísceras de su padre. Buscó información en la biblioteca y supo que había un tipo de test llamado de Rorschach que precisamente estudiaba eso. Una serie de imágenes sin sentido pueden ser interpretadas de distinta forma según quien las vea. Por eso él vio el rostro de Belinda en el cuerpo de Gabriel. No es que estuviese allí, sino que su imaginación fue la que lo dibujó. A veces recordaba el rostro de Gabriel, sonriente y melancólico mientras hablaba de su hija. Pero el cuerpo de Gabriel yacía enterrado en el cementerio de Vallecas, muy cerca de la tumba donde lo detuvieron el día antes de suicidarse. Nadie lo iba a visitar, pues su única familia era su mujer Elisa, que lloraba diariamente en Medellín la ausencia de su hija y la falta de noticias del padre que partió en su búsqueda. Para Elisa la vida perdió interés y la echaron de dos casas en las que servía, pues ya no rendía como antes en su trabajo y se tornó descuidada y sucia.

Un viernes por la tarde, cuando en Medellín se alcanzaban los treinta grados, algo insólito, pero que había ocurrido otros años por esas fechas, la Policía Nacional encontró el cuerpo acribillado a balazos de Abel Arango, el comerciante del barrio de Castilla y todo apuntaba a un ajuste de cuentas. Y es que el que mal anda, mal acaba, reza el dicho popular. Los sicarios que dieron cuenta de su vida lo removieron todo, posiblemente para simular un robo, pero todos en el barrio sabían de las andanzas de Abel Arango y de lo metido y entrometido que estaba en asuntos turbios y de gentes poco recomendables. Mataron también a su guardaespaldas, un joven de Don Benito que se empleó con el empresario y que este contrató receloso de quienes tenían menos que él y más que otros. Y es que la envidia siempre fue motivo de muerte y de venganza. Los agentes, que se encargaron de la investigación, fueron descuidados y rápidos y en apenas un par de horas ya habían concluido con todo. Tuvieron que abrir la caja de caudales de Abel con un soplete que trajo un herrero requerido por la policía y dentro no hallaron más que unos papeles con cifras, que nadie entendió, unos disquetes de ordenador, que nadie se molestó en ver, y un sobre cerrado y en cuyo anverso había escrito con tinta roja y en mayúsculas: para el señor Gabriel Cortés.

Los agentes de Medellín que encontraron el sobre lo abrieron de inmediato, pues creyeron que sería importante para averiguar las causas de la muerte de Abel Arango. En su interior había una misiva escrita en letra clara, de imprenta, donde el empresario le pedía disculpas a Gabriel Cortés y a su mujer Elisa Méndez por lo que hizo el día que permitió que unos desalmados se llevaran a su hija a España. Aportó también todos los datos de los que disponía sobre el paradero de la chiquilla, el nombre en clave del hombre que la compró, y dejó un cheque del Banco de Crédito de Colombia por valor de ciento setenta y siete millones de pesos colombianos y cuyo destinatario era Gabriel Cortés.

En una semana más o menos y tras vagar perdido el cheque por las distintas dependencias de la comisaría de la Policía Nacional de Medellín, finalmente unos agentes localizaron a Elisa Méndez, la mujer de Gabriel, y le hicieron entrega de tan succulento cheque, acompañado por la carta manuscrita del empresario Abel Arango y que Elisa interpretó enseguida como una forma algo estúpida por parte del hombre de negocios de pedir perdón. Aun así creyó que el demonio sería benevolente con él tras ese gesto. El nombre en clave de la persona que compró a su hija era: Sobrino.

Y ya que la buena madre no tenía nada que perder y que el grueso de su familia se encontraba en España, fue como cambió el cheque por dinero, que en euros eran sesenta mil, aprovechándose de un empleado del banco poco desconfiado que le hizo entrega de los billetes a pesar de que ella no era la titular y cogió el primer avión que partió hacia España ataviada con la última ropa que llevaba puesta, una maleta con todo lo que en ella cupo y su pasaporte colombiano. En Medellín solamente le quedaba la muerte y la única vida que conocía estaba en España.

Elisa Méndez era una mujer guapa y resuelta, de fina figura y de modales cultivados, y no es porque hubiese sido educada así, sino que de tanto servir en casas de ricos aprendió las buenas maneras de los americanos. Y como imitar lo provechoso es casi tan sencillo como instruirse con lo péfido, es por eso que Elisa supo comportarse como una dama. Y como las puertas se abren antes y más deprisa para una mujer guapa fue como la buena madre no tuvo problemas para llegar a España y encontrar una pensión donde alojarse. Y los sesenta mil euros le permitieron comprarse buena ropa, arreglarse en adecuadas peluquerías y comer en saludables restaurantes, lo que hizo que en una semana aparentara ser lo que realmente era: una señora.

10

YA era el primer viernes del mes de abril cuando Moisés Guzmán, el buen carcelero, se encontraba sentado en la pequeña mesa de los calabozos de la Comisaría Centro. Su rutinaria vida volvía a su cauce y poco a poco retomaba las riendas del quehacer diario. Ya había terminado sus tareas: los presos habían comido y los policías de prácticas retiraban las últimas bandejas de las celdas y se preparaban para el relevo. El calabozo donde se ahorcó Gabriel fue limpiado y desinfectado. Las autoridades judiciales ordenaron quitar el precinto que cubrió la puerta durante dos semanas y no hubo inconveniente en que volviera a ser utilizado; aunque durante esa semana no entró ningún preso ya que los agentes prefirieron utilizar otras celdas libres. La de Gabriel permanecía vacía de momento.

Como Moisés Guzmán era una leyenda viva entre los jóvenes alumnos de policía, se permitía el lujo de descansar mientras ellos realizaban el trabajo. Se limitaba prácticamente a supervisar que todo estuviese en orden. Se quedó unos minutos a solas, en silencio. Unos pasos tenues se deslizaban por la planta de arriba y el sonido metálico de los barrotes acomodándose a su encierro le hizo abstraerse por unos instantes. Sus ojos se deslizaron por la puerta de la celda que ocupó el buen padre. Tampoco había pasado tanto tiempo para que ya nadie se acordara de él. Y se zambulló precisamente en esos pensamientos. Se planteó la cantidad de personas que habitaban el mundo y la profusión de historias que existen. Meditó sobre las familias que perdían hijos, sobre los hijos que perdían padres y madres, sobre las guerras, sobre las torturas, las violaciones, los saqueos, la muerte. El dolor de quienes sufren. Chasqueó los labios y se preguntó el porqué de esos pensamientos y de qué le venía a él ahora plantearse esas cosas. Ciertamente el haber conocido a Gabriel Cortés le había trastocado visiblemente su quehacer diario. Desde su muerte (o asesinato), dudó unos instantes, le pareció que nada era igual en su monótona vida. Entonces se acordó de la imagen de Belinda en el corazón de Gabriel. Vio una y otra vez esa calcomanía estampada. Esas pinceladas cinceladas entre venas y arterias y rematadas con rastros de sangre. Hiladillos de seda desprendidos de las aurículas que conformaban de forma mágica el rostro de la niña. Recordó a Gabriel. Su vida resumida ante una taza de café con leche fría. De la banalidad de la propia existencia. Y de la muerte de un padre y la desaparición de todo aquello que le mantenía unido a la existencia.

Y sin darse cuenta se echó a llorar...

Se desparramaron, por todo su rostro, lágrimas intensas que cubrieron cada una de las zanjas de su tez. Giró la cara hacia atrás, pues no quería que los demás agentes le vieran en ese estado. La muerte anda con pasos silenciosos. Sollozó. Su llanto se transformó en estertóreos gemidos y

su corazón comenzó a cabalgar con furia incontenible. Un dolor acuciante e insoportable le atenazó el pecho y tuvo que llevarse ambas manos hasta su caja torácica en un intento, fallido, de contener el calvario. El largo pasillo de los calabozos se oscureció. Le pareció como si se hubiera fundido un fluorescente. Luego la luz se fue apagando. Todos los focos que alumbraban la estancia se silenciaron paulatinamente. Dejó de escuchar los pasos de la planta de arriba. Las máquinas de escribir cejaron en su empeño de rellenar hojas de lecturas de derechos. Estaba solo. La movilidad del brazo izquierdo la había perdido por completo y tuvo miedo de no poder pedir auxilio a los demás policías. Cuanto más se asustaba, más dolor albergaba y sintióse mareado y a punto de perder el conocimiento. La frente se le perló de un sudor frío, increíblemente espeso. Casi podía sentir el agua resbalando por sus patillas.

—Moisés ¿se encuentra usted bien? —le preguntó uno de los policías de prácticas.

Su rostro desencajado fue la respuesta que activó los mecanismos de alarma del joven agente. La boca se le torció y apenas pudo mascullar un quejido corto.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó el policía en prácticas.

Moisés se desplomó en el suelo con el rostro contraído. Una mueca horrenda se le quedó dibujada en la cara y apenas podía respirar lo suficiente como para mantenerse con vida. Se quedó en un estadio entre la consciencia y el síncope. Sus ojos se volvieron hacia atrás y sin poder controlarlo empezó a soñar precipitadamente. Gabriel Cortés se le aparecía vestido con traje y sangrando por la boca. Le decía que buscara la cajita y que recuperara a su hija. Luego, como si se hubiese despertado del mal sueño, se encontró sentado en la cama de su piso y oyó cómo subía el café en la cocina, pero no podía levantarse. Sus pies estaban atados al suelo y no podía evitar que la cafetera saltara por los aires en mil pedazos. El piso se empezó a quemar y Moisés no podía pedir ayuda.

—Se le va a parar el corazón —gritó un agente.

Moisés lo podía oír perfectamente. Escuchaba los abucheos del oficial de la Guardia.

—¡Llamad al médico! —dijo alguien—. Moisés se muere.

Era mala hora para ponerse malo. La hora del relevo. Ni el médico, Anselmo Sánchez, ni la ambulancia aparecían por ningún lado. Un policía recién salido de la Escuela, con los conocimientos frescos de cómo evitar un paro cardíaco, se puso al lado del buen carcelero e inició una maniobra de compresiones rítmicas sobre el tórax de Moisés. Luego comprobó su aliento y vio que respiraba, pero con dificultad.

—¡Ya está aquí la ambulancia! —gritaron desde la entrada a los calabozos.

Un médico y dos enfermeros accedieron y de inmediato se dispusieron a estabilizar al buen carcelero y prepararon su traslado al hospital.

—Te pondrás bien Moisés —le dijo uno de los jóvenes agentes mientras lo subían a la camilla.

11

EL joven matrimonio y la chiquilla se subieron al coche. El hombre se sentó al lado del conductor. Detrás la mujer con la niña. Un coche más pequeño y de color azul marino se detuvo tras ellos. En el interior dos hombres bien vestidos, que no podían disimular su condición de policías, esperaban con el coche en marcha a que arrancara el primer automóvil para iniciar el trayecto. Accionaron un pequeño interruptor en el salpicadero y se activó el inhibidor. El dispositivo electrónico de barrido de frecuencias evitaría que nadie pudiese activar una bomba al paso del coche oficial. El conductor colocó bien el retrovisor y esperó a que todos se hubiesen abrochado los cinturones de seguridad para introducir la llave en el contacto. Cuando el hombre asintió con la cabeza giró la llave y el primer vehículo empezó a circular por la amplia calle. Despacio. El segundo coche hizo lo mismo. Entre los dos apenas había tres metros de distancia.

Durante el trayecto, el hombre se entretuvo en ojear unos documentos que sostenía con desdén en sus rodillas. Pasó las hojas apresurado. Se frotó la barbilla suavemente. Luego los volvió a guardar en el maletín. El chófer apretó un botón y una música suave inundó el habitáculo. En ningún momento hablaron entre ellos, ni siquiera la niña dijo nada. Su mirada se perdió por los altos edificios. La mujer no dejó de mirar a la chiquilla. Le cogió la mano izquierda y le acarició los dedos.

Cuando llegaron al primer semáforo el coche se detuvo en ámbar. El conductor frenó lentamente para no perturbar a sus ocupantes. Apuró hasta casi pisar la línea del paso de cebra. El hombre conminó al conductor para que apresurara la marcha.

—¡Vamos con retraso! —dijo.

El chófer tenía que calcular bien en los semáforos para que el coche del escolta tuviese tiempo de pasar también antes de que se pusiese en rojo, pero eso parecía importarle poco al ministro; sabía que nunca le pondrían una multa. Aunque ya no era motivo de sorpresa su marcado acento catalán, pues se había acostumbrado a él. Sí que le chocó los primeros días, cuando se incorporó al servicio, la mezcolanza de la familia a la que tenía que proteger. Él catalán, ella con acento inglés, y la niña sudamericana. Pero a un escolta le pagan para trabajar, no para pensar. Sabía que la vida de un ministro del Interior corría constantes peligros, ya que eran múltiples sus enemigos. Y aprendió en la academia de policía que no había que implicarse con las personas a las que protegía. Procuraba no mirar demasiado el retrovisor y cruzar su mirada con la mujer de atrás, increíblemente guapa y simpática. Meses atrás, todos los escoltas se quejaban de su carácter brusco y malcarado. Eso fue antes de tener a la niña; ahora era diferente. Ahora sonreía constantemente y se la veía una mujer feliz. Deslumbrante. Solo miraba atrás lo justo para

comprobar que no les seguía ningún coche. Las medidas de protección debían seguirse al dedillo. Además, el hombre no era amigo de conversaciones frugales, ni de chácharas sin sentido. Hablaba poco y lo poco que hablaba era enérgico. Acostumbrado a dar órdenes, sus palabras no daban pie a réplica. De vez en cuando, sobre todo en los cruces, el conductor se fijaba a través de alguno de los retrovisores exteriores para comprobar que el coche de la escolta lo seguía. En ocasiones ellos, al darse cuenta, le lanzaban una ráfaga con las luces largas. Él respondía con dos pisadas de freno.

En unos diez minutos llegaron al ministerio. El coche se detuvo en la misma puerta y uno de los escoltas de atrás se bajó rápidamente hasta llegar al lado de ellos. Mientras corría se abrochó el primer botón de la chaqueta para no dejar al descubierto su arma. Se apostó, vigilante, al lado de la ventana donde estaban la niña y la mujer. Un conserje alto y bien vestido fue el encargado de abrir la puerta de atrás. El hombre se bajó con celeridad y cruzó la mirada con ellos. El conserje desvió la vista enseguida en señal de pleitesía. El policía miró al frente. La mujer bajó la ventanilla hasta la mitad.

—Hasta luego cariño —dijo—. Y sacó la mano.

Él se acercó y la besó en la boca. Luego pasó su mano por el pelo de la niña. Lo frotó suavemente. «A la hora de comer nos vemos», dijo.

La mujer subió la ventanilla. Él comenzó a caminar hasta el vestíbulo principal. El escolta fue tras él. El coche arrancó lentamente y se perdió en la esquina de la calle. Ni la mujer ni la niña se giraron. Él tampoco lo hizo.

En la puerta del enorme edificio había varios hombres con traje. La gente de la calle ya sabía que eran escoltas. El ministerio evitaba tener personal de uniforme en su perímetro, pues ofrecía un aspecto militarizado. El ministro Albert Nebot accedió al vestíbulo principal, en su mano portaba un maletín negro con los asuntos más urgentes. Uno de los escoltas le abrió la puerta e hizo el intento de seguirle hasta el interior del edificio. El ministro rechazó el ofrecimiento con la mirada. Dentro no era necesaria la protección. El policía salió fuera y se encendió un cigarrillo.

El ministro llegó hasta los ascensores y se subió en el primero que vio vacío. Pulsó el botón de la quinta planta y en unos segundos la puerta se cerró. Miró el reloj, ya eran las nueve de la mañana. Cuando llegó a su despacho la secretaria lo esperaba en la entrada de la oficina. Pulcramente vestida, sujetaba entre sus manos una agenda enorme y mordisqueaba un bolígrafo. En cuanto se abrió la puerta del ascensor recobró la compostura y dispuso el bolígrafo en la mano derecha junto a su cintura.

—Buenos días Marta —saludó el ministro.

—Buenos días —respondió ella.

Los dos entraron, casi a la vez, por la enorme puerta del despacho ministerial. Un salón revestido de lujo y amueblado al estilo del siglo dieciocho se mostró impecablemente ordenado y reluciente. La mesa de castaño se encontraba despejada.

—¿Qué tal está ella? —preguntó la secretaria.

—Ya se ha adaptado del todo —respondió Albert Nebot visiblemente molesto.

Desde que trajeron a la niña de Colombia todos los del gabinete se habían preocupado por ella y cada día le preguntaban al ministro por su estado. Él no habló mucho de eso, era un hombre parco en palabras. Comentó que en uno de sus viajes a Colombia se trajo una niña huérfana. Todos elogiaron su altruismo al rescatar a una pobre chiquilla de los brazos de la miseria, pues sabían a

través del propio ministro que las cosas en Colombia no eran fáciles. Solamente habían pasado unas semanas y aún no la creía preparada para que viniera a la oficina. Las secretarias y los asesores ministeriales se deshacían en elogios ante su belleza y constantemente le preguntaban por ella y por la madre. Él respondía contento y todos sabían que para Albert Nebot su vida privada era precisamente eso: privada. Se entendía que un hombre que estaba al frente de un ministerio tan importante no quisiera dejar traspasar aspectos de su vida íntima. Era una cuestión de seguridad y una forma de despojar de frivolidad la vida política.

La secretaria se acercó hasta su mesa. Él ya se había quitado la chaqueta y la colgó cuidadoso en la percha de haya. Ella desplegó su agenda y comenzó a leer todo lo que había esa mañana. Una reunión. Varias llamadas telefónicas. La lectura de una normativa sobre fuerzas y cuerpos de seguridad. El ministro tendió un listado de índices de criminalidad nacional sobre la mesa.

—Almuerzo a las diez con el director de la Policía —dijo la secretaria.

El ministro asintió con la cabeza sin dejar de leer el informe que sostenía entre sus manos.

—Conversación telefónica con el presidente a las doce —mencionó la secretaria.

El ministro volvió a asentir sin levantar los ojos del listado.

—¿Café? —propuso la secretaria.

—Sí, Marta. Gracias —respondió mientras cerraba el informe de criminalidad nacional justo cuando ojeaba el listado de Madrid.

La secretaria, que hoy lo había notado especialmente irritado, salió del despacho y se encaminó a la cafetería de la quinta planta. Cerró la puerta tras de sí. Antes de recorrer el largo pasillo desvió las llamadas a su teléfono móvil. Pensó que al ministro no le gustaría ser molestado, pues lo vio más preocupado de lo habitual.

Albert Nebot se levantó de su mesa y se sentó en una de las sillas de caoba que había junto a la ventana. El cielo se había oscurecido y unos nubarrones que amenazaban lluvia se distinguían por encima de los bloques de enfrente. El extenso listado que terminaba de inspeccionar no le había dejado lo tranquilo que él esperaba. En la sección de delitos violentos, de la ciudad, vio reflejada la muerte de un recluso en los calabozos de la Comisaría Centro. La práctica le permitía inspeccionar los listados y centrarse en los detalles importantes omitiendo los carentes de interés. Cuando la secretaria le dejó la relación sobre su mesa, sus esfuerzos se centraron en localizar la muerte de Gabriel Cortés, un colombiano que había sido detenido días antes en el cementerio de Vallecas cuando lo sorprendieron profanando la tumba de uno de sus escoltas. El ministerio empleó todos los esfuerzos burocráticos para desvincular al joven escolta del ministro y así evitar que la prensa sensacionalista se cebara con él. Aprovecharon que el joven agente llevaba poco tiempo al servicio de Albert Nebot y que unos meses antes trabajaba como guardia de seguridad, para desligar cualquier relación del escolta con el ministro. Pero era a ese mismo ministro al que ahora le preocupaba que un enajenado hubiese sido detenido cuando intentaba profanar la tumba de un escolta suyo; aunque nadie lo supiera. Era posible que algún miembro del gabinete de seguridad se preguntara por qué aquel colombiano quería destapar la tumba con tanto ahínco y por qué días después se suicidaba en su celda en circunstancias un tanto extrañas. Desde luego no le convenía que alguien anduviera por ahí interesado en investigar la muerte del escolta y la del colombiano y en relacionarlas entre sí. Y lo más importante: cuanta menos gente estuviera implicada, mejor. No pudo evitar pensar que quizás hubiese sido mejor haber seguido las recomendaciones del hombre que contrató en Medellín cuando le dijo que lo mejor era matar a los

padres de la niña. Entonces le pareció una locura. Pero ahora creía que esa acción le hubiera evitado la desazón que le carcomía por dentro. La madre bien poco podría hacer desde Colombia y el padre ya estaba muerto, pero si la investigación de la Comisaría Centro seguía adelante y persistía en sospechar que la muerte del colombiano fue provocada, los agentes buscarían un culpable. Y lo menos recomendable para el ministro en estos momentos era que lo vincularan con la muerte de Gabriel Cortés. Una cosa lleva a otra y temía Albert Nebot que a través del suicidio del colombiano se averiguara que este tenía una hija y que esa hija la adoptó a la fuerza cuando pagó un precio por sacarla de Medellín. De tanto pensar negativamente le empezó a doler la cabeza. Buscó una caja de aspirinas en el último cajón de su mesa. No la encontró.

Y estaba ensimismado el hombre sin alma, contemplando el plomizo cielo gris de Madrid, cuando se vio atrapado en un callejón cuya única salida pasaba por entorpecer la investigación de la muerte del buen padre. Piensa que obró bien cuando quiso satisfacer a su mujer. Ella se enteró de que no podía tener hijos a causa de una esterilidad congénita que años de inseminación artificial no consiguieron remediar. Y creyendo que la felicidad pasaba por tener hijos y que si la naturaleza no quiso dárselos, pues bien, tenía él que encontrar la forma de obtenerlos, optando por el peor camino que nunca un ser humano debió escoger. Y pensó que la niña sería feliz con ellos y nunca albergó emoción alguna respecto a sus padres, pues la dicha se vistió de luto el día que decidió arrebatársela a sus progenitores. Así fue como el hombre sin alma recordó a Belinda y a Patricia y las vio a ambas sonrientes y el temor se desvaneció como la oscuridad frente a un haz de luz y se convenció a sí mismo de que hizo lo mejor para todos; aunque para ello sesgara las esperanzas de otros y es que los efectos de no tener alma se apoderaron de él como un mar devora la costa y arrasa con todo sin saber que la playa también forma parte del mar.

12

YA era el mes de junio y el calor asomaba tímidamente en el cielo de Madrid cuando Moisés Guzmán, completamente restablecido de una angina de pecho, se incorporó en sus labores en la Comisaría Centro. Sus jefes le aconsejaron que se cogiera ya las vacaciones de verano, pero él prefirió volver a su trabajo, algo que creía le iría bien y le ayudaría a su pronto restablecimiento. Durante los dos meses anteriores su vida había sufrido cambios, que aunque soportables, sí que le dejaron resquicios de los que necesitaba tiempo para recuperarse. Cuidaba su dieta más aún si cabe, aunque nunca fue hombre de excesos. Evitó las partidas en el bar los domingos, por aquello de no inhalar el humo de los demás clientes. Incrementó sus paseos los fines de semana. Y con cincuenta años pasados quiso también no perderse nada de lo que luego quisiera arrepentirse. Sabía, pues era comentario obligado en los corrillos de la comisaría, que existían garitos, por no llamarlos de otra forma, donde los solteros mayores y los casados hastiados de su vida conyugal, podían ir a satisfacer las necesidades fisiológicas, como a ellos mismos les gustaba decir. Nunca fue Moisés amigo de alternar, pues no tuvo necesidad de ello. En su juventud reciente anduvo con novias, como él las llamaba, y mantuvo alguna que otra relación estable; aunque nunca cuajó lo suficiente como para llegar a casarse. Pensaba que no habría ninguna mujer capaz de aguantar sus manías. No soportaba los ruidos repetitivos, los chasquidos, la luz excesiva. Gustaba de disfrutar del silencio y cuando llevaba un rato hablando con alguien, ya no sabía de qué hablar, así que se dedicaba a escuchar. Los silencios incómodos lo aterraban, tanto que nunca intercambiaba más de cuatro frases con desconocidos, por aquello de parecer lerdo.

Esa tarde del mes de junio y siendo viernes, decidió Moisés ir hasta un bar, que le dijeron, en la calle Ibiza, a tomar una copa. No quiso tampoco dejarse acompañar por alguno de los habituales de la comisaría, pues temía ser arrastrado hasta un punto de no retorno. Prefirió ir solo y así, llegado el caso, marcharse sin más. Internamente lo llamó el sondeo. Quería Moisés hacer un sondeo de la noche madrileña, a la que no estaba acostumbrado.

Ya duchado y afeitado, ya vestido y acicalado, cerró la puerta de su piso, no sin antes cuestionarse si no hubiese sido mejor ver una película de cine negro americano, como siempre había hecho, e irse a dormir confortablemente en su cama. Bajó la escalera, incómodo, pues imaginaba cruzarse con algún vecino y que este viera en su rostro que el bueno de Moisés esa noche planeaba no ser tan bueno. Fue hasta la calle Ibiza andando. Estaba lejos, pero una caminata siempre le sentaba bien. Se entretuvo, antes de llegar, en un bar donde comió un bocadillo de calamares y bebió una caña de cerveza. Se sintió molesto de su soledad, pues todos iban acompañados de amigos o amigas. Se imaginó por un momento que de haber visto una mujer sola

en ese mismo bar, bien la podría haber invitado a una copa e iniciar una relación de una noche. Las relaciones de una noche son mágicas, pues están llenas de misterios. Para ser un hombre solitario, como era Moisés, y acostumbrado a la clausura y la melancolía, le hubiera gustado, mientras degustaba deprisa el bocadillo, haber tenido algo de compañía en ese bar. Desechó sus pensamientos de inmediato, pues sabía que nunca encontraría alguien con quien compartir sus gustos y aficiones. Ojeó a los clientes y no reconoció ninguna persona a quien le interesara el cine negro y los paseos por la ciudad.

Llegó a la calle Ibiza más pronto de lo que hubiera deseado. No eran ni las once de la noche cuando se plantó delante del bar Piscis, donde había oído decir a los compañeros de la comisaría que se disfrutaba de buena compañía.

«Nada de chiquillas extranjeras», susurraban. «Allí todo son mujeronas y de aquí: españolas. Jacas auténticas».

Luego se reían a carcajada limpia, como si hubiesen dicho algo gracioso.

Moisés se entretuvo en la puerta del local, donde un enorme cristal oscuro no dejaba entrever nada de su interior. Estuvo tentado a marcharse sin más. A regresar a su piso.

«¿Qué habrá en el interior de ese local?», se preguntó sin dejar de pensar qué cara se le pondría si encontrara a alguien conocido. Aunque Madrid era una ciudad muy grande, él trataba con mucha gente: compañeros de trabajo, empleados de las tiendas donde compraba, detenidos, médicos, vecinos... Cualquiera de ellos podría estar dentro del bar Piscis.

«¿Y si el camarero estuvo detenido?».

Se le agolpaban los peores y más pesimistas pensamientos. Pero después de todo sabía que era libre de marcharse en cualquier momento.

Estaba atolondrado con sus propias introspecciones cuando alguien abrió desde dentro la puerta del local. Un hombre de su edad, más o menos, surgió escoltado por una nube de humo y un rastro de luz roja que se le reflejaba en la espalda de la chaqueta.

—Buenas noches —saludó.

Un tufo a alcohol surgió de su boca y, aunque elegantemente vestido, no ofrecía un aspecto respetable. Aun así Moisés respondió amablemente: «Buenas noches». Y se coló por el resquicio entreabierto de la puerta.

Sus ojos tardaron varios segundos en acostumbrarse a la penumbra y sus oídos en aclimatarse a la espantosa música *pachanga* que surgía de uno de los rincones, acaso el más iluminado.

Cuando una aparatosa camarera, explosivamente vestida, le preguntó qué quería tomar, Moisés giró sobre sus pasos y quiso marcharse del local sin decir nada. Pero era su primera noche de pendoneo y no quería regresar con un cúmulo de sinsabores. Desde luego no se sentía a gusto, pues el ambiente del local no era de su agrado. Ni los clientes, que percibió incultos y de bajo estrato social, ni las chicas; que aunque guapas, presintió que no ejercían la profesión con agrado, más bien por necesidad. Y es sabido que las cosas hechas a desgana transmiten inapetencia. Como había llegado pronto, el bar estaba prácticamente vacío. Dos hombres en la barra, separados entre sí, ante una copa. Un grupito de cinco chicas charlando entre ellas, en uno de los rincones más alejados de la entrada y donde una máquina de discos asolaba el ambiente con una canción pachanguera de salsa brasileña. Las chicas lo miraron nada más entrar y sus ojos escrutaron cada uno de sus gestos, al menos hasta que llegó a la barra. Buscaban, pensó Moisés, la certidumbre de un buen cliente. Pero supuso que eran tantos los que por allí transitaban, que más que personas,

eran mercancía que las chicas sopesaban a razón de su peso en oro. La camarera, bien mirada, era guapa y de ojos cálidos y resueltos, ejercía su tarea con armoniosa prontitud, pues no se había terminado de sentar Moisés en el taburete cuando ya vino ella preguntándole qué quería.

—Una copa de ron —dijo evitando ofrecer un aspecto desolado y embarazoso.

La chica se giró, aprovechando Moisés para observar sus largas piernas que terminaban en un pantalón tan corto que bien podría haber pasado por unas bragas.

Evitaba Moisés mirar a las chicas del rincón, pues no se sentía preparado para conversar con ninguna de ellas. Ciertamente aún no había previsto cuál sería su actitud en esa noche que decidió desmelenarse.

—Su ron —dijo la chica y aporreó el vaso sobre la barra—. Veinte euros —dijo a continuación.

Moisés encontró comprensible que quisiera cobrar antes de que se bebiera la consumición, ya que seguro que por ese local transitarían los especímenes más insólitos de la especie humana.

Intentó, sin éxito, acompasar sus pies con las notas chirriantes de la canción que surgía de la gramola, pero es que le parecía estrafalario verse a sí mismo ante una copa de ron, solo y en un ambiente turbio. Aun así resistió.

Una de las chicas, quizás la más joven, se acercó hasta él desde el fondo. Vestía con unos zapatos de tacón alto que realzaban más su ya exuberante figura. Con pantalón corto, al igual que la camarera, y una camiseta de tirantes que poco dejaba a la imaginación. Su mirada delataba su juventud, aunque carecía por completo de timidez.

—Buenas noches, guapo —dijo con marcado acento de algún país del este de Europa.

—Buenas noches —replicó Moisés tras aclararse la garganta con un ridículo carraspeo.

—¿Quieres compañía?

Moisés desconocía el argot de estos lugares y dudó al responder, pues pensó que igual compañía quería decir ir a la cama.

La chica se sentó en un taburete vacío que tenía delante y cruzó sus largas piernas, algo que no pasó inadvertido a los ojos del buen carcelero.

—Tengo sed —dijo.

Y Moisés entendió que debía invitarla a una copa.

«Una copa por hablar», pensó para sus adentros.

La chica pidió:

—Lo de siempre.

Y la camarera posó un vaso de algo parecido al ron sobre la barra.

—Veinte euros —le dijo a Moisés.

Y sin entretenerse, el buen carcelero dejó un billete sobre la barra que la camarera metió en la caja registradora sin decir nada. Luego se fue al otro extremo a fumarse un cigarro.

—No vienes mucho por aquí ¿verdad? —le preguntó la chica.

Y como Moisés era de la vieja escuela y creía que lo primero para hablar con alguien es saber su nombre, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Soraya —respondió con voz melosa, casi excitante.

La puerta del local se abrió y entraron dos hombres mayores, casi sesentones, que se dirigieron sin dilación al resto de chicas que quedaban al lado de la máquina de discos. La

camarera dejó el cigarro en un cenicero y le preguntó a los dos hombres: «¿Lo de siempre?», por lo que Moisés supo que eran habituales del local.

—En respuesta a tu pregunta —carraspeó Moisés— te diré que es la primera vez que visito un local de estos.

La mirada de la chica se suavizó.

—¡Vaya! —dijo—, entonces no eres como los demás.

Moisés se sintió halagado.

—¿De dónde eres? —le preguntó a la chica.

—De Rumanía.

—¿Estás aquí a la fuerza? —interpeló sin poder evitar una pregunta estrictamente policial.

—No —replicó tajante Soraya—. Pero en España está muy mal el trabajo y es la única salida que me quedaba.

—¿Qué hacías en Rumanía?

Soraya se sorprendió de que un *cliente* se interesara por su pasado.

—Trabajaba en una panadería.

—Aquí también hay panaderías —dijo.

—Sí, pero no emplean a extranjeras. Además...

Pensó un momento lo que iba a decir.

... además el sueldo es muy pequeño y yo necesito más dinero.

—Tengo una familia en Rumanía ¿sabes?

—¿Marido?

—No, aunque estuve de novia mucho tiempo. Tengo una madre, enferma, y un padre jubilado.

Dos hermanas por las que me siento obligada.

—¿Piensas traerlas a España?

—¡No! —negó tajante—. Lo que hago es mandarles todo el dinero que puedo.

Y como la chica vio que Moisés estaba receptivo, sin ni siquiera preguntarle su nombre se decidió a volcar todo su pasado en él, al que vislumbró como una buena persona. Y es que Moisés era ciertamente un buen hombre. Moisés era el buen carcelero.

13

A pesar de que Elisa Méndez tenía treinta años, cumplidos recientemente, su rostro avanzaba una edad más decana. Desde que raptaron a su hija su vida se tornó insoportable y ya nada era lo mismo; no podía dejar de pensar en ella. La desaparición de su marido, perdido en la búsqueda de Belinda, no hizo más que arrebatárle la mirada achispada y la sonrisa contagiosa, de la que siempre hizo gala. Al llegar a España se alojó en un hostel de la calle Victoria y de los sesenta mil euros con que llegó, apenas le quedaban veinte mil. Gastó casi todo en alojamiento, comida y ropa, y sabía, la buena madre, que pronto debería buscar formas de financiación para seguir hospedándose en el hostel, a riesgo de que la echaran a la calle. Los días de junio eran largos y dedicaba la jornada a seguir los pasos de su marido a través de los recuerdos de las conversaciones telefónicas que mantuvo con él antes de perderle la pista. Nadie le pudo informar del paradero de este: ni la policía, a la que consultó en varias ocasiones, ni la embajada de Colombia, de la que se cansó de frecuentar. Diríase que Gabriel Cortés no hubiese existido nunca. Se convirtió en un fantasma anónimo, de tantos que pululan por el mundo, y del que pronto se desvanecerían los recuerdos de su existencia. Algunas noches, agotada de patear la ciudad, mientras permanecía sentada a los pies de la cama y mirando a través de la estrecha ventana de la habitación, imaginaba que su marido Gabriel la había engañado para protegerla. Concebía que su hija Belinda murió incluso antes de cumplir los ocho años y que Gabriel le mintió para no desesperanzarla. Por eso la llamaba constantemente con buenas noticias acerca de la pista que seguía a la niña, para mantenerla ilusionada. Atada a la vida. Pero presintió que su marido al enterarse de que la hija de ambos estaba muerta decidió hacer una locura. Sabía que Gabriel era fácilmente impresionable y que lo único que tenía en este mundo era su niña. Por algo siempre decía que la tenía cincelada en su corazón. Pero Elisa enseguida recapacitaba y sopesaba la situación. Si su hija Belinda estaba en Madrid, como le dijo su marido, y rescatarla solamente dependía de demostrar que era hija de ellos, entonces las cosas iban por buen camino. Pero ¿dónde estaba Gabriel? ¿Dónde Belinda? ¿Por qué no tenía noticias de ninguno de los dos? Durante unos días estuvo pensando que se había equivocado de país y que seguramente su marido y su hija estaban en otro lugar. Ya estuvo en la oficina de correos, receptora del sobre con la documentación, y nadie le pudo informar. El empleado que la atendió, desconfiado, le dijo que no podía mirar en el registro para saber si un tal Gabriel Cortés había recogido un paquete, que el interesado debía presentarse personalmente acompañado de documentos de identidad. No quiso Elisa utilizar sus encantos, pues aunque guapa no era mujer coqueta. En las dos comisarías que visitó percibió cierta sorna cuando dijo que su marido había dejado de llamarla desde hacía un

par de meses y que nada sabía de él, por lo que no quiso insistir más en el asunto. Hasta un policía le respondió mofándose de su acento. Y en la embajada, bueno, allí le hicieron rellenar varios formularios y le indicaron que en cuanto supieran algo le avisarían a un número de teléfono móvil que dejó.

En un país extraño, sola, con pocos recursos económicos, poco podía hacer la buena madre por encontrar a su hija y a su marido. A veces se desesperaba y otras, las menos, sentíase débil y esa debilidad la asustaba, pues representaba pasos atrás en la búsqueda de su única familia. Poco a poco sus recuerdos se fueron desvaneciendo y junto al cansancio empezó a creer que todo era un mal sueño del que pronto despertaría. Únicamente topaba con ineptos funcionarios, deshumanizados, que le iban dando largas. «Vuelva usted mañana», se cansó de oír.

Desayunaba cada día en el bar del hostel y la hija de la dueña, una muchacha de apenas veinte años, le sonreía mientras le servía las torrijas con café con leche. Lo mismo hacían los clientes habituales, a los que empezó a conocer. La mayoría trabajadores de la construcción, y alguno con corbata y traje de oficinas bancarias de la zona. Hablaba poco con ellos pues su armazón de desconfianza era difícilmente traspasable. Pero pensaba que algo de ayuda le vendría bien. Algunos días, ya llegada la tarde, veía la espalda de algún hombre al que se le antojaba Gabriel. Entonces lo seguía hasta ponerse a su lado y su corazón le daba un vuelco al ver que no era él. Lo mismo le ocurrió un día con una chiquilla de la misma altura que Belinda a la que llegó a llamar a lo lejos gritando hasta desgañitarse. Se le saltaron las lágrimas cuando la niña se giró y vio que no era su hija. Le parecía del todo imposible e increíble que nadie pudiese decirle dónde estaba la única familia que le quedaba en el mundo. Pero evitaba compadecerse de sí misma y sentirse débil; algo que no la ayudaría en absoluto, por lo que propuso mantenerse firme a pesar de las contrariedades.

Y viendo que la estancia en España iba para largo y cansada de que la identificara la policía al menos dos veces a la semana, siempre de noche y cuando regresaba a la pensión, pues los agentes la confundían con una de tantas prostitutas que ejercían en la zona, fue como quiso regularizar su situación legal y contactó con una empresa de colombianos que ofrecían los servicios de abogados que se encargaban de todos los trámites necesarios. Pensaba Elisa que si su hija y su marido estaban en España, su vida también estaría aquí. Y no queriendo dejarse aconsejar buscó una de esas empresas a través de las páginas de un diario, de los que cada mañana ojeaba en el bar de la pensión, pues llegó a temer que algún día la detuvieran por infringir la Ley de Extranjería y que la devolvieran a su país sin más explicaciones. Algo nefasto, ya que perdería la pista definitivamente de su familia y nunca reuniría el dinero suficiente como para volver de nuevo. Tuvo suerte de que los policías que la identificaron hasta ahora no querían complicarse la vida trasladándola hasta la comisaría e iniciando los trámites de expulsión. Pero sabía que esa suerte se terminaría en algún momento y que algún agente optaría por detenerla.

La empresa estaba en una población del extrarradio, en Alcorcón, pero se podía llegar en metro. Era un lunes por la mañana cuando Elisa se personó en sus oficinas. El anuncio lo leyó el domingo y copió la dirección y el teléfono en una servilleta de papel. Le pareció correcto que un grupo de colombianos quisieran ayudar a sus compatriotas. Según el anuncio le darían trabajo y papeles para que pudiese regularizar su situación en España, y a cambio ellos se quedarían una pequeña comisión de sus ganancias durante los primeros meses. No especificaban cuánto y la palabra pequeña estaba subrayada. Se vistió para la ocasión con unos zapatos de tacón, falda

corta y un suéter *beige*, pues ese día hacía bastante calor. La chaquetilla a juego la tuvo que llevar todo el rato bajo el brazo, pero pensó que de regresar tarde, quizás pasaría frío. Tardó casi una hora en llegar y tuvo que hacer varios transbordos, pero nada más plantarse delante del portal del edificio no le gustó que la oficina estuviese en un piso y que más bien pareciese una vivienda de inmigrantes hacinados, pero dadas las circunstancias no estaba en situación de exigir. Así que se presentó de sopetón, sin ni siquiera llamar por teléfono primero. Subió por un destartado ascensor hasta la tercera planta, donde se encontraba la oficina. Fueron necesarios tres timbrazos para que le abriera alguien. Finalmente, el hombre que le abrió la puerta le pareció agradable. Era joven y bien vestido y casi había perdido el acento colombiano, según pudo comprobar en sus primeras palabras. Pronunciaba un español castellanizado casi perfecto, aun así se dejaban entrever sus orígenes.

—Buenos días —dijo enérgico.

Abrió la puerta lo justo como para dejarse ver la cara.

—Buenos días, señor, ¿es aquí la empresa Columsos? —preguntó Elisa.

A través del hueco de la entrada se veía un largo pasillo que desembocaba en una especie de salón cuyas paredes estaban repletas de pósteres conteniendo imágenes que desde esa distancia no podía distinguir. El piso se veía ordenado y de su interior emanaba un agradable olor a perfume.

—Sí, ¿quién pregunta? —dijo el hombre notablemente desconfiado.

Ya supuso Elisa en el momento que leyó el anuncio que Columsos era la contracción de las palabras Colombia y la señal internacional de ayuda; aunque no lo explicaba en ninguna parte ni se hacía referencia a ello.

Oyó un ruido proveniente del interior de la casa, por lo que supo que su interlocutor no estaba solo. Incluso le pareció que hubiese más personas en el interior.

—He leído un anuncio de ustedes en el periódico —dijo—. Soy colombiana —afirmó de inmediato, sintiendo vergüenza después por su comentario tan obvio.

El hombre asintió al darse cuenta de que su acento la delataba y vio por sus ropas y aspecto general que era una buena chica.

—¿Viene usted sola? —preguntó.

La puerta permanecía entreabierta y creyó oír el sonido de una máquina de escribir a lo lejos, seguramente de una de las habitaciones. Eso la tranquilizó, ya que dotaba al piso de una aureola de oficina que le daba cierta credibilidad.

—Sí —respondió—. Llevo unos días en España y necesito ayuda. Mi situación es ilegal —dijo sin tapujos.

El hombre sonrió forzosamente.

—Entiendo —susurró en voz baja—. ¿Tiene algún tipo de documento? Algo que nos diga cuál es su nombre.

—Poseo mi pasaporte —dijo Elisa—. Aunque no tiene ningún timbre de entrada, los de aduanas me hicieron pasar sin sellarlo. Pero ahí están todos mis datos.

Por la puerta del fondo vio Elisa cómo cruzó una mujer de mediana edad portando en su mano una carpeta. Salió de una de las habitaciones y se adentró en otra.

—Si me deja un teléfono de contacto —dijo el hombre—, en cuanto podamos la llamaremos.

Le sorprendió a Elisa que ni siquiera le hubiese pedido el pasaporte y que ni le preguntase nada más de su situación. Es más, se sintió tratada con dejadez.

—Me corre bastante prisa —argumentó Elisa.

Su voz se tornó brusca, casi suplicante.

—Entiendo —chasqueó los labios el hombre—. ¿Cómo se llama usted?

—Elisa Méndez —dijo—. He venido sola desde Medellín, pero mi marido y mi hija están en España desde hace meses. No sé nada de ellos.

El rostro del hombre se tornó incómodo y antes de que sometiera a Elisa a una batería de preguntas esta dijo: «Mi hija está secuestrada en España a la fuerza y mi marido vino en su búsqueda».

Y rompió a llorar.

El hombre terminó de abrir la puerta de par en par y la hizo entrar. Fue un gesto más por el embarazo que suponía tener a una mujer llorando en la escalera que por intentar ayudar, según supo Elisa más adelante.

Recorrieron el largo pasillo hasta llegar al salón principal. Allí vio a dos mujeres que esperaban sentadas en un amplio tresillo. Eran muy jóvenes, de apenas unos veinte años, y la señora mayor que vio antes les entregaba unos papeles donde supuso ellas debían inscribirse. Se fijó en los pósteres de las paredes y le agradó ver que eran fotografías de Colombia. Había algunas de montañas nevadas, otras de llanos y un par de ríos. La que más le llamó la atención fue la de Simón Bolívar, el cual ya había visto en otras ocasiones y en imágenes similares a esa. Vestido de militar, o eso le pareció, y con la mirada firme y serena. También se percató de una placa tallada en madera donde se podía leer en letras mayúsculas: «COLUMSOS, te ayudamos».

Las dos jóvenes se levantaron y la mujer mayor las acompañó hasta la puerta. Al pasar por al lado las oyó hablar entre ellas. «Si no hay más remedio», le dijo una a la otra.

—Trabajamos en la clandestinidad —le dijo el hombre a Elisa—. Intentamos ayudar a nuestros compatriotas de forma gratuita, pero la legislación española nos sumerge en trabas sin sentido que intentamos sortear de la mejor manera posible. No nos es fácil, ¿sabe?

—Entiendo —dijo Elisa no muy convencida.

—Necesitará trabajar —ofreció el hombre—, es la única manera que tiene de sufragar nuestros servicios. Nosotros ayudamos, pero también necesitamos que nos ayuden. Esto no se sostiene del aire —vaticinó—. Le podremos facilitar los trámites necesarios para que se nacionalice en España y los documentos pertinentes para poder trabajar de forma legal, además de cualquier ayuda profesional que necesite. Pero... —repitió lentamente— usted tendrá que trabajar.

La mujer mayor regresó de acompañar a las dos jóvenes hasta la puerta del piso y se unió a ellos; aunque no habló nada.

—Haré lo que sea —dijo Elisa después de pensar unos instantes.

Y tanto el hombre como la mujer mayor se sonrieron.

BELINDA Cortés, ahora Belinda Nebot, se encontraba con su nueva madre y amiga, Patricia Suárez, en el interior de los grandes almacenes de la calle Hileras. Querían aprovechar las dos mujeres aquella soleada mañana de junio para hacer algunas compras, en especial bañadores para el apremiante verano. Los Nebot disponían de una casita en la playa, en un pueblo de la costa catalana, donde, y desde hacía muchos años, disfrutaban del período de vacaciones y este era el primer año que irían con la niña. Durante esa semana Patricia le había mostrado fotografías de la casa y del pueblo y la había ilusionado con pasar el verano cerca del agua cristalina. También debía prepararla para los cuchicheos de los lugareños, que ya conocían a la familia, y sabían que no tenían hijos. Unos decían que era la madre, que no podía engendrar. Otros que el padre tenía los espermatozoides muertos. El hecho de que se presentaran con una niña de ocho años daría que hablar. Y más cuando no habían difundido ninguna noticia en la prensa sobre la adopción de Belinda. Pero aún era pronto para eso, planeó el ministro, por lo que preferían silenciar todo lo relacionado con el acogimiento de la niña. Su mujer le secundó.

—¿Te gusta este? —le preguntó Patricia a su hija señalando un floreado bañador.

La niña miró el escaparate y, sin dejar de sonreír, asintió con la cabeza.

—Estarás preciosa con él.

Luego le preguntó a la dependienta si tenía el mismo modelo en su talla y decidió comprarse uno igual. El parecido de Belinda con Patricia era tal que su pecho se hinchaba cuando se encontraba con alguien conocido y le decía:

«Desde luego es tu vivo retrato».

Y Patricia no dudaba en mentir ante amigas de la universidad o compañeros a los que hacía tiempo no veía, cuando se los cruzaba y le preguntaban extrañados:

«¿Es tu hija?».

Lo sorprendente de la pregunta venía dado porque no se le conocía hijos al matrimonio y desde hacía un par de meses se paseaba con una niña de ocho años y con marcado acento sudamericano. Todo el mundo intuía que la chiquilla era adoptada, pero nadie se atrevía a decirlo. Las dos mujeres anduvieron durante toda la mañana por el centro comercial y se adentraron en cuantas tiendas vieron para hurgar entre las prendas veraniegas. Cuando tuvieron hambre se sentaron en una cafetería y Belinda disfrutó de un esplendoroso desayuno a base de pan con mantequilla y zumo de melocotón, algo que le encantaba. Patricia se tomó dos cafés, casi seguidos, ante la atenta mirada del escolta que las seguía de cerca. El hombre se sentó en el taburete más cercano a la puerta y no dejó de mirar el iluminado pasillo. Una periodista que pasó

cerca las vio y se quedó parada delante de la cristalera ante la mirada desconfiada del escolta. La reportera pensó que la chiquilla sería algún familiar de la mujer del ministro y no le dio importancia. Se abstuvo de filmarlas con la cámara digital, ya que las noticias relacionadas con políticos de la talla del ministro tenían poca trascendencia televisiva y seguramente el escolta se lo hubiese impedido. Le guiñó un ojo al fornido guardaespaldas y bajó por la escalera mecánica.

Patricia disfrutaba con la niña tanto que ni siquiera se hizo preguntas sobre las extrañas circunstancias en las que llegó hasta ella. Su marido era parco en palabras y poco dado a explicarse en demasía, algo a lo que ya se acostumbró Patricia. Pero aun así le tenía toda la confianza del mundo y se fiaba de lo que él hiciese. Desde luego sería lo mejor para los dos. Se casó con el próspero ministro del Interior antes de que este se hubiese adentrado en la política. Lo conoció en una cena que organizó la empresa donde trabajaba antes y en la que coincidieron con ejecutivos de una filial americana encargada de importaciones de productos informáticos. En aquella cena quiso la casualidad que se sentara delante del que luego sería su marido. Albert Nebot era, por entonces, gran conversador y estaba versado en los más variopintos temas. La velada fue apasionante y cuando ya los comensales se arrinconaron en las tres barras de que disponía el local, ella y Albert compartieron dos cubalibres en uno de los reservados. Contaban veinte y pocos años, y tanto ella como él acababan de salir de unas tortuosas relaciones anteriores que necesitaban de una rápida cicatrización. Pasado el tiempo, unos meses, volvieron a coincidir en la inauguración de un museo que una poderosa familia donó a la ciudad y entonces Albert Nebot ya formaba parte del partido gobernante y actuó, ese día, como representante político, dotando a la inauguración de la oficialidad pertinente. Recordó enseguida a Patricia, y una vez hubo terminado de leer el discurso inaugural, se aproximó a ella con la consabida frase de:

«¿Cenamos juntos esta noche?».

Patricia, que era mujer de sonrisa fácil, aceptó sin pensar, aunque dudó unos instantes en su respuesta, que no meditó. Sus compañeras de trabajo le dieron dos puntapiés que todavía incrementaron más su rubor. Por aquel entonces debían de tener veintiséis o veintisiete años, a lo sumo, y se podría decir que fue la primera cita oficial del posterior matrimonio. Albert Nebot le habló, en esa misma cena, de sus planes de futuro y de su incorporación a la política. Ella, por el contrario, le dijo que su cumbre en la empresa donde trabajaba había tocado fin, pues no era mujer ambiciosa y se conformaba con bien poco. Las cartas estaban sobre la mesa y vio el político cómo ambos encajaban a la perfección, pues uno tenía el empuje y la otra el conformismo.

En apenas seis meses los dos contraían matrimonio en la catedral de la Almudena ante cientos de familiares y amigos. Acudió a la boda el actual presidente del Gobierno, muy amigo de Albert Nebot, y que por entonces era el principal miembro de la oposición, aunque todos apuntaban que ganaría las próximas elecciones, como así fue finalmente. Patricia Suárez planificó su vida de la misma manera que era ella: con sencillez. Se dijo que se dedicaría a su marido y a sus hijos, algo que siempre le atrajo. Soñaba con tener al menos tres y la combinación perfecta hubiera sido dos niñas y un niño. Albert estuvo de acuerdo en todo, pues le pareció un futuro ideal el que pinceló Patricia. Enseguida compraron un enorme piso en la calle Peregrinos y lo decoraron al gusto de los dos. El excesivo precio del piso no fue inconveniente para la cuenta corriente del floreciente político amigo de hacer favores y que consiguió desbancar a un matrimonio madrileño que quería ese inmueble y que incluso había llegado a dar una paga y señal. Pero Patricia se encaprichó del barrio, de su zona arbolada y de la proximidad de dos parques, alentando a su marido para que

utilizara su prestigio para adquirirlo. El constructor prefirió venderle el piso al ministro del Interior que a un matrimonio de desconocidos. A Patricia no le pareció mal ese uso de influencias, pues era por el bien de ellos. No pensó en el desconuelo de la otra pareja que optaba al piso. Eso no le importó.

Pasada la luna de miel, en la que viajaron a Italia, Albert se centró en su fulgurante carrera política y ella dejó el trabajo en la empresa, quería terminar sus estudios y dedicarse de pleno al hogar. De vuelta fueron en busca del niño. Como buen matrimonio joven hacían el amor a diario, en ocasiones dos veces. Y cada dos semanas ella se hacía la prueba del embarazo, algo que comenzó a convertirse en una obsesión. Cada mes, cuando le venía la regla, se sumía en una escabrosa depresión y no dejaba de llorar durante al menos dos días. Albert Nebot se desesperaba por tranquilizarla y le quitaba importancia, pues aunque también quería descendencia, era algo que no le quitaba el sueño.

Pasó un año y aquello iba de mal en peor. Patricia se había obcecado con quedarse embarazada hasta el punto de sumirse en una depresión que le hizo dejarse por completo. Apenas comía y su vida social se convirtió en un calvario. No quería salir ni que nadie la viera. Y lo peor era el odio que cogió a los otros matrimonios cuando tenían hijos.

«Carmen está embarazada», le dijo una amiga de la universidad a la que vio un día en la calle Serrano.

Al principio quiso simular alegría. Incluso le dijo que eso era estupendo. Luego sintió pena de ella misma, por lo que se lamentó de su mala suerte. Luego, cuando se hubo despedido de esa amiga, lo que sintió fue odio. Censuró que Carmen tuviese más suerte que ella, a pesar de haberse casado con un simple empleado de la construcción, y no como ella, cuyo marido era el ministro del Interior.

Al principio se hizo las pruebas médicas ella, pero los médicos lo encontraron todo correcto. Así que el problema era de él. Albert no quiso admitirlo hasta que comprobó que sus espermatozoides estaban muertos. Que era imposible que embarazara a su mujer de ninguna de las maneras. Pero él no se deprimió, sino que buscó otras soluciones; aunque en el fondo se sintió culpable de la depresión de Patricia.

Durante seis meses se sometieron a inseminaciones artificiales, escogiendo el equipo médico aquellos pocos espermatozoides que aún eran capaces de procrear. Sin éxito. Luego probaron una fecundación *in vitro* que también fracasó. Un médico les sugirió la posibilidad de un donante de semen. Albert no quiso volver a hablar de ello.

«De ninguna de las maneras», dijo.

Y cuando hubieron agotado todas las posibilidades médicas de tener un descendiente, se decidieron, ya lo habían hablado antes, por adoptar. Pero siempre surgían las inevitables preguntas acerca de cómo sería el niño o niña que adoptarían. Para Albert Nebot eso era lo menos importante, pero Patricia, en cambio, estaba obstinada en que tenía que ser una niña y lo más parecida a ella. No quiso ni oír hablar de la posibilidad de acoger en un orfanato español, pues siempre se dijo que los niños de allí eran descendientes de mujeres de mala vida, casi siempre drogadictas y prostitutas, y que la salud de esas criaturas era más que cuestionable. Tampoco quiso hablar de la opción de adoptar una niña china, pues Patricia estaba obcecada en que fuese quien fuese debía parecerse a ella. No quería que la señalaran por la calle y destacaran que no era hija suya. Iniciaron los trámites para adoptar una niña rusa, pensando que el aspecto físico sería

muy similar al de ellos dos, pero aparte de que el papeleo para llevarlo a cabo fue lento y les costó casi un año poder viajar a Moscú a ver a la niña, Patricia se vino abajo cuando llegaron a un orfanato ruso y les mostraron un niño, de casi cinco años, y con un ojo desviado, algo que ella no pudo soportar. Alegaba en su defensa ante Albert, que ya que compraban, palabra que quizás era poco apropiada, debían escoger la mercancía que a ellos más les gustara. El ministro le decía que en caso de que hubiesen podido tener hijos, ese riesgo también lo podrían correr, pues bien que les podría salir mal. Pero Patricia decía que una cosa es que te venga mal y otra que lo aceptes sabiéndolo. El caso es que rechazaron el segundo viaje a Rusia, no querían volver a pasar por eso y Albert no quería que la prensa empezase a tener conocimiento de su intención de adoptar y tomara cartas en el asunto.

Pero para Patricia todos esos problemas y desazones desaparecieron el día que su marido entró por la puerta cogiendo de la mano a la niña.

«Pero... ¿de dónde ha salido esta niña tan guapa?», dijo nada más verla.

La niña mostraba una mirada asustadiza; aunque confiada, no vio que los Nebot fuesen malas personas. Por su mente transitaba una confusa mezcla de sinsabores. Solamente recordaba cómo unos hombres se la llevaron en brazos de su casa de Medellín, pero como no le hicieron daño y la trataron muy bien, en su inocente mentalidad de chiquilla pensó que no eran malos. Albert apareció como un mediador, alguien que la rescataba de esos hombres encapuchados y se ofrecía a entregarla a su familia. Eso la hizo confiar en él. La versión que le dio a su mujer, Patricia, fue la misma; aunque con alguna variante, pues le dijo que a la niña la habían raptado y que sus padres habían muerto, algo que Belinda no debía saber, por su bien. Ya llegaría el momento apropiado de decírselo, pero ahora no: era muy joven para comprender. Lo que no le dijo a Patricia era que él fue el instigador del secuestro de la niña. Pero, dadas las circunstancias, se dijo, qué más daba eso. Albert convenció a su mujer de que en unos meses podrían arreglar los papeles para que la niña fuese de ellos de pleno derecho. Que no habría ningún problema.

«¿Y si la reclama algún familiar?», se lamentaba Patricia.

«No te preocupes por eso, ya he preguntado y la niña no tiene familia».

Albert le insistió en que hasta que Belinda no estuviese preparada para ello, era mejor omitir el asunto de la adopción y también las escabrosas circunstancias que la hicieron venir de Medellín.

«Es mejor que dejemos pasar el tiempo», insistió.

Belinda aceptaba esta situación sin demasiados planteamientos, pues ya hacía varios meses que estaba en España, y aunque echaba de menos a sus padres biológicos, era tal la plenitud de atenciones hacia ella que veía su situación como algo pasajero, como unas vacaciones que deseaba que nunca terminaran. Los Nebot le dijeron que pronto regresaría a Medellín, con sus padres. Mintieron respecto a su situación en España, le dijeron que unos hombres malos la habían secuestrado y que la situación en su hogar no era buena desde entonces, así que permanecería en acogida con ellos hasta que su falso padre, Albert Nebot, pudiese negociar una salida airosa al asunto y ella estuviera en condiciones de regresar a su casa. Tuvieron buen cuidado los Nebot de hablar con lenguaje complicado para que la niña estuviese confusa, pues Belinda nunca terminó de comprender qué ocurría exactamente y por qué estaba en España con un matrimonio extraño y no tenía noticias de sus padres. Aun así, cada vez que preguntaba, su nueva madre intentaba por todos los medios distraerla con otros asuntos que nada tenían que ver. Sin querer caer en la obsesión,

Patricia vestía a la niña de forma similar a ella y la peinaba en la misma peluquería con idéntico peinado. Parecían más hermanas o amigas íntimas que madre e hija. No la matricularon en el colegio aún, pues querían esperar a que pasara un tiempo y ella se sintiera perfectamente inmersa en la costumbre y cultura de aquí. También, y eso formaba parte de la estrategia de adopción forzosa, la niña tenía que ir empatizando paulatinamente con su nuevo hogar y adaptarse a su nueva situación hasta el punto de olvidar sus orígenes. Jugaba en todo este asunto un papel primordial el hecho de que Patricia desconociera aspectos de la venida a España de Belinda, pues su marido Albert Nebot, el flamante ministro del Interior, se los había ocultado. No quiso Albert que Patricia supiera que pagó los servicios de unos desalmados para que raptaran a la niña, de la cual se encaprichó nada más verla, pues reconoció en su rostro el parecido con su mujer y supuso, sin miedo a equivocarse, que cualquier cosa sería válida para salvar su matrimonio, incluso secuestrar a una niña. No supo Albert que ese día perdió algo que nunca más recuperaría: su alma.

EL Ministerio del Interior andaba en plena fase de cambios. Aún quedaban tres años para las elecciones, pero el presidente del Gobierno quería que sus ministerios se modernizaran y borrarán cualquier estamento improductivo en el que hubiesen vertido críticas cuando estaban en la oposición. Fue una promesa electoral cuando dijo en repetidas ocasiones que terminaría con la corrupción de la Administración. El anterior gabinete perdió las elecciones por falta de transparencia. Varios dirigentes fueron detenidos y mucho mucho dinero se perdió sin que se llegaran a sanear las cuentas. Además estaba el tema de las provincias disconformes con la gestión del Gobierno, las cuales exigían más autonomía financiera. Así que para ser fiel al electorado había que cambiar muchas cosas. Se trataba, en definitiva, de modernizar la Administración. Desde el Senado se confeccionaron una serie de leyes que permitieran dotar de nitidez a todos los asuntos del Gobierno. Los ministros debían presentar sus cuentas donde especificaban las propiedades que tenían y los ahorros. Una Comisión Parlamentaria revisaría esas mismas cuentas cuando abandonaran el Gobierno. El enriquecimiento estaba mal visto por la sociedad y no se podía permitir que un gobernante aprovechara su cargo para lucrarse. El Ejército se profesionalizó, la Agencia Tributaria se volvió más implacable contra la morosidad y la Administración de Justicia inició una impensable remodelación desde arriba.

Así pues, Albert Nebot, como cabeza visible del Ministerio del Interior, quería reestructurarlo y cambiar algunas cosas que no le gustaban e introducir mejoras. Pero todo debía hacerlo comedidamente y no equivocarse en la metamorfosis. Aprovechó una de las habituales reuniones con los mandos de la policía, para inducir la defenestración de Cesario Arteaga, el implacable inspector de servicios. El joven jefe había iniciado una cruzada, en solitario, contra el sistema al intentar averiguar las circunstancias tan extrañas en las que murió un detenido en los calabozos de la Comisaría Centro. Una muerte es una muerte, y para el flamante ministro suponía una mancha en su expediente el que un prisionero se quitara la vida en una comisaría de policía, y aun más cuando no quedaba claro si había sido un asesinato o un suicidio. La prensa se había hecho eco de las extrañas circunstancias de la muerte y ya habían salido sendos artículos acerca de la falta de seguridad en las celdas y de la poca transparencia del Gobierno a la hora de dilucidar la muerte. El ministerio se esforzaba por liquidar el asunto, pues aunque Cesario Arteaga no veía nada claro las circunstancias en las que se produjo la muerte, tampoco aportaba ninguna alternativa que explicase cómo pudo quitarse la vida un hombre solo, sin ayuda. Un cabeza de turco hubiera sido lo ideal para subsanar el tema, pero las órdenes desde arriba eran bien claras: pasar de la cuestión y dar carpetazo. Aun así Cesario Arteaga insistió tanto en esclarecer las causas de la

muerte, que por orden directa de Albert Nebot fue destituido y destinado a la Jefatura de Barcelona. Ofertaron la plaza de Cataluña a Cesario Arteaga como algo bueno para su incipiente carrera profesional, ya que había pocos inspectores jefe de apenas treinta y cinco años y con tantas expectativas de futuro. El caso es que se lo quitaron de en medio con esa excusa. La prensa se olvidaría del tema en unos días y ya nadie recordaría la muerte del colombiano. La versión oficial sería la que se dijo en un principio: que se suicidó. Y como era un completo desconocido, su muerte se olvidaría a una velocidad meteórica. Creyó, entonces, el ministro del Interior que con Cesario Arteaga fuera de Madrid se paralizarían las investigaciones acerca de la muerte de Gabriel Cortés en los calabozos de la Comisaría Centro. Pero aún le quedaba un cabo suelto, algo que se le podía girar en contra en caso de que no se echara suficiente tierra de por medio, su amigo por conveniencia: Anselmo Sánchez, el peor médico del mundo. Una investigación bien dirigida sería suficiente para que el buen doctor hablara hasta por los codos y dijera que Gabriel Cortés se pudo suicidar al enterarse de que su mujer y su hija habían muerto, algo que era mentira. Y esa misma investigación podría destapar que esa información la obtuvo el buen doctor directamente del ministro del Interior. Y en caso de ir más allá, el ministro tendría que explicar cómo sabía eso, que nadie sabía. Y Albert Nebot era conocedor que la declaración de un doctor venido a menos no podría nunca contrastarse con la de un señor ministro del Interior, pero no podía, de ninguna de las maneras, dejar que eso llegara a ocurrir, así que ideó un plan para quitarse de en medio al único que podía dar al traste con su matrimonio y su carrera profesional al mismo tiempo. Una vez eliminado el problema de Anselmo Sánchez, sería imposible que se relacionara la muerte del escolta con la profanación de la tumba por parte del buen padre.

Esa mañana de junio tenía varias reuniones con las que litigar Albert Nebot. Una, quizás la más importante para el país, era con el Consejo de Ministros. El tema de la creciente ola de inseguridad ciudadana que asolaba las costas por la llegada de bandas organizadas centraría los ataques en contra de su ministerio. Las autoridades locales se quejaban del abandono del Gobierno y en muchos pueblos de la costa crecieron las denuncias de robos hasta el trescientos por ciento. Grupos del este de Europa asaltaban diariamente casas y comercios creando una alarma social sin precedentes. El ministro promulgó el incremento de alumnos en las escuelas de la Policía y la Guardia Civil y una mayor profesionalización de las Policías Locales. La parte penal le tocaba al ministro de Justicia, el cual debía adaptar el Código Penal a los nuevos tiempos y exigir mayores penas a los reincidentes. Para ello; se proyectaron construir dos nuevas macro prisiones de las que aún no se había encontrado una ubicación que no perjudicara demasiado, pues nadie quería tener una cárcel cerca.

La otra reunión del ministro del Interior era importante para él. El principal partido de la oposición, que en la legislatura anterior fue el gobernante, quería saber cómo es que había muerto un detenido de los calabozos de la Comisaría Centro y aún no se había presentado un informe detallado de las causas. Delegó Albert Nebot en el director de la Policía, pero este no estaba al tanto de las circunstancias en que se produjo la muerte, pues el ministro era el portador de la mayoría de información sobre ese hecho. A riesgo de parecer un inepto, el director de la Policía le pidió a Albert Nebot todos los informes sobre la muerte de Gabriel Cortés. Pero Albert Nebot temía que en las diligencias acerca de la detención del buen padre se viera reflejado que él mismo fue apresado en el cementerio de Vallecas cuando profanaba la tumba de uno de sus escoltas, muerto por accidente la semana anterior. No pudo centrarse en la reunión con el Consejo de

Ministros, pues volcó todos sus esfuerzos en el asunto de la Comisaría Centro, del cual se quiso encargar personalmente.

—Y señor ministro —le preguntó el delegado del partido de la oposición—, ¿cómo es que ha resultado muerto un detenido en los calabozos de la Comisaría Centro sin que aún no se hayan esclarecido las causas de su muerte? ¿Es que acaso su gabinete no piensa investigar nada al respecto?

La sala se sumió en un alborotado murmullo, a pesar de que todos conocían el tono crispante de Gregorio Almansa, representante del principal partido de la oposición y acérrimo enemigo de la gestión del Ministerio del Interior desde que Albert Nebot lo dirigía.

—Tengo unos documentos aquí —dijo esgrimiendo un puñado de papeles en su mano— que demuestran que la investigación que ordené sobre ese asunto dio como resultado que el colombiano se suicidó. Es más —añadió—, esa investigación contó con personas capacitadas de todos los ámbitos que corroboraron la teoría del suicidio.

El murmullo creció y obligó al ministro a rectificar.

—Quiero decir... el señor Gabriel Cortés —dijo Albert Nebot mirando el nombre en la primera hoja que sostenía en su mano.

El adjetivo «colombiano» no era el más apropiado y mucho menos saliendo de la boca del ministro.

—Los investigadores, a los cuales quiero agradecer su labor, me han presentado un informe concienzudo acerca de esa muerte y no hay indicios de que la misma haya sido provocada.

—Propongo —exclamó poniéndose en pie para ser visto y oído Gregorio Almansa— que se cite a todos los funcionarios que estaban de servicio ese día y sean escuchados en declaración ante una comisión.

Sabía el líder de la oposición que una comisión para esclarecer los hechos, sería larga y tediosa y que posiblemente no sirviera de nada, pero con ello solo buscaba arrinconar al ministro del Interior y desgastar al Gobierno, que creía fervientemente ese era el papel de la oposición.

Por su parte, el ministro estaba en contra de una comisión política, pues el tomar declaración a todos los implicados llevaría hasta el médico de la Comisaría Centro, y este era el único que sabía que el colombiano se suicidó consternado por la pérdida de su mujer y su hija, algo que creía convencido, pues se lo dijo él mismo. Lo que nunca podría pensar el ministro es que fue el propio médico el que asesinó a Gabriel Cortés al extralimitarse con la dosis de tranquilizantes. Pero eso era algo que solo el médico sabía y, desde luego, no le interesaba mencionar.

—No me opongo —dijo Albert Nebot— a una comisión de investigación acerca de la muerte de Gabriel Cortés —volvió a mirar el nombre en el papel—, pero seguramente sus señorías tienen cosas más importantes que hacer.

Nadie dijo nada.

—Además —añadió Albert Nebot—, la investigación del inspector de servicios, ha sido lo suficientemente clarificadora —mintió, pues aún no se había despejado en ese informe que el buen padre se hubiese suicidado.

La situación del ministro del Interior era difícil, pues sabía a ciencia cierta que el colombiano se había suicidado, pero que lo hizo derrotado por la muerte de su familia, comunicado que le hizo llegar a través del médico. No había tiempo para pensar y las presiones externas empezaban a ser acuciantes. Para Albert Nebot el tema tenía que zanjarse enseguida y la única sombra que

planeaba sobre la verdad era lo que pudiera decir el médico de la Comisaría Centro: Anselmo Sánchez. Sabía el ministro que la conversación donde le dijo que la mujer y la hija del colombiano habían muerto fue privada y que sería su palabra contra la del médico, así que puso toda la carne en el asador y optó por el camino más recto.

—Propongo —dijo— que sea citado ante una comisión de urgencia el médico de la Comisaría Centro, ya que fue posiblemente el que lo vio con vida por última vez, y que diga ante sus señorías qué apreció de extraño en el comportamiento del detenido, si lo vio abatido, si presumió que este fuese a hacer una locura. En fin —concluyó—, si su estado de salud física y mental era aceptable.

Le preocupaba más a Albert Nebot que relacionaran a su escolta con la detención de Gabriel Cortés, que mentir descaradamente ante el médico, pues eso es lo que iba a hacer. Nunca le dijo a Anselmo Sánchez que la mujer y la hija del buen padre habían muerto y que ese fue el motivo por el que se quitó la vida. Y lo negaría mil veces, si fuese necesario, ante quien fuera, porque eso no era nada dificultoso para un hombre sin alma. Más bien era sencillo. Qué le importaba a él tener que bajar la cabeza cada vez que se cruzara con el médico, si no había pruebas que le incriminaran. Ya sabía lo que Anselmo diría en esa comisión: que el colombiano se suicidó. Y si tenía dos dedos de frente, no haría alusión a que posiblemente fue motivado por la conversación que mantuvieron en la última visita antes de su muerte, cuando le dijo que tanto su mujer como su hija habían muerto. Desde luego fue poco delicado, pero creyó que era la mejor forma de decirlo. De frente. Cuando le preguntaran cómo supo eso, ¿qué podría responder? Si dijese que fue el propio ministro Albert Nebot quien se lo comunicó en una charla privada, sería descargar las culpas en su amigo. Luego el ministro lo negaría y el médico sería procesado por inducción al suicidio. La palabra de un señor ministro del Interior contra la de un médico de calabozos: ¿a quién creerían? Pero pensaba Albert Nebot que el descrédito del médico se lo quitaría de en medio, pero no acabaría con él, ya que los palos duelen, pero no matan. Y un hombre resentido puede ser el peor enemigo del mundo. Y sopesaba que no podría vivir con esa incertidumbre. Pero no había otro remedio que hacerlo así. No había otra solución. El médico procesado, el padre de Belinda muerto, su madre desahuciada. En unos meses podría legalizar la situación de la niña y darle sus apellidos. Patricia no sabría nada y sería la mujer más feliz del mundo. Y él también. Ya faltaba poco para que todo acabara.

16

EL dinero de la cuenta de Elisa Méndez, la buena madre, menguaba con la misma velocidad que el agua desaparece por el hueco de un fregadero. Pasaban los días sin que la llamaran de la empresa Columsos, donde supuestamente le darían trabajo en España y normalizaría su situación administrativa, pues su estancia en el país era ilegal a todas luces. Temía que un simple control rutinario de la policía pudiese sacar a la luz que no tenía la nacionalidad española y que no disponía de permiso para estar aquí, por lo que sería repatriada. Eso nunca podría ocurrir, pues una vez de vuelta en Medellín perdería toda esperanza de encontrar a su hija y a su marido y ya no podría reunir el dinero suficiente como para volver a seguir buscando. Entonces sus caminatas por la ciudad se hicieron cautelosas. Vigilaba cada esquina, escrutando la presencia de agentes que la pudiesen identificar. En la calle Preciados había visto una tarde cómo dos policías, de paisano, montaban en un coche a una chica rubia y que por su acento, le pareció rusa, mientras ella gritaba desconsolada. El remolino de gente le permitió ver cómo uno de los agentes sostenía su pasaporte entre las manos. La chica estaba ilegal y por eso se la llevaron. Ya sabía que sería repatriada a su país, pero seguramente podría volver a venir a España o buscarse la vida allí. Pero su caso era distinto. Necesitaba, apresuradamente, normalizar su situación aquí.

Agotó el poco tiempo y dinero que le quedaba en recorrer los lugares típicos de colombianos de Madrid e intentar averiguar dónde paraba su marido. Preguntó en tiendas, comercios y empresas. Siempre sin éxito. Supo de albergues de colombianos y anduvo por ellos interrogando a sus huéspedes. Nada. Estuvo tres días completos, de sol a sol, caminando por las calles de la ciudad y mirando a los ojos de todo ser vivo que se cruzara en su camino. Ansiaba desesperadamente ver la cara de su marido en uno de ellos. Se fijaba en los repartidores de butano, en los camareros, en los dependientes de las tiendas, en los sudorosos obreros que descargaban camiones en los grandes almacenes. Su marido era un hombre fuerte y podría haber hecho ese trabajo sin apenas cansarse. De repente todos los hombres se parecían. Sus ojos, sus bocas, el peinado, todo era igual en ellos. Ya no distinguía la sonrisa de Gabriel, el aroma embriagador del perfume de los domingos, cuando todos salían a pasear juntos. La voz ronca aconsejando a Belinda. Los susurros leyendo cuentos. Ya no veía nada.

Le dijeron de un barrio donde todos eran de Colombia. Y estuvo una tarde entera hablando con la gente de la calle. Nadie recordaba haber visto a un hombre como Gabriel acompañado de una chiquilla. Tampoco lo recordaban solo, ni a él ni a la niña. Una mujer se asustó, cuando a su espalda gritó desgañitándose: «¡Belinda!».

—Perdone —tranquilizó—, he confundido a su hija.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —dijo la chiquilla.

—Nada, que te ha confundido con una niña que se llama Belinda.

Luego rompió a llorar, pero nadie la ayudó. Creyeron todos que estaba loca. Ida de sí. Enajenada. Su mirada se tornó oscura y desvalida.

Le hubiese gustado denunciar la desaparición de su marido y el rapto de su hija en alguna comisaría española, pero sospechaba que los agentes comprobarían su situación y al ver que estaba ilegal en el país la detendrían y la expulsarían sin más. Era un riesgo que no podía correr. Tal era su suerte que temía acabar detenida al no tener papeles. Papeles era la palabra más escandalosa que nunca llegó a oír. Todo pasaba por tener o no tener papeles. Un extranjero con papeles era uno más. Uno de los nuestros. Lo podían mirar con recelo, incluso apartarse a su paso, pero lo atenderían en los centros médicos y no sentiría rubor cuando lo parara la policía. Extraería su documento y lo mostraría altivo, casi arrogante.

«¡Tengo papeles!», gritaría.

Se fue, abatida completamente, hasta la pensión. Se echó en la cama y rompió a llorar con tanta furia que mojó el cabecero y tuvo que darle la vuelta. También empapó el otro lado y tuvo que tirarlo al suelo. Luego siguió llorando y mojó las sábanas. Los hierros de la desvencijada cama se oxidaron y gotas de lágrimas ardiendo resbalaron hasta el suelo. Su rostro se tornó carmesí y sus ojos, empapados, perdieron el brillo. No entendía cómo su vida podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo. Sus recuerdos se llenaron de momentos en Medellín. De las noches cenando alrededor de la mesa. De Belinda jugando. De Gabriel haciéndole el amor con esa furia apasionante que descargaba sobre ella los sábados por la noche, cuando la niña ya dormía.

Esa noche estuvo llorando hasta las seis de la mañana. Luego se quedó dormida. No soñó, pero cuando despertó se sintió de nuevo desolada, pues se acordó de que era el último día en la pensión. Se le había terminado el dinero y no sabía qué iba a hacer. Entre sollozos metió la ropa en la maleta y cargó la batería del móvil a tope, pues no sabía cuándo volvería a disponer de un enchufe. Se puso uno de los vestidos que mejor le quedaban, los demás le iban grandes, ya que perdió varios kilos en la última semana. Un vestido corto que mostraba sus impresionantes piernas desde más arriba de la rodilla. Mientras se peinaba se fijó en el reflejo de su imagen en el espejo. No se vio guapa. Su cara se había enflaquecido hasta el punto de asemejar una talla de madera. Por el cuello le asomaban varias venas gruesas que ella achacó a los lloros de la noche anterior. Pero lo peor eran sus ojos: desprovistos de vida.

Con la maleta bien cerrada bajó hasta la recepción de la pensión. Se fijó en las escaleras y en cada uno de los pocos y horrorosos cuadros que adornaban las paredes. Eran realmente feos. Brochazos gruesos de tinta negra, sin sentido, sin imagen. Una vez en la entrada se encontró con el hijo de la dueña, un chico de apenas veinte años, que la miró lujurioso. Siempre lo hizo.

—¿Ya te vas? —le dijo.

—Sí —respondió cansada—, me voy ya.

—¿A otra pensión?

—A otro sitio —dijo sin ganas de hablar.

—¿No te hemos tratado bien? —le preguntó servicial.

—Al contrario —respondió—, me habéis tratado de maravilla.

No quiso enemistarse con los dueños de la pensión. Lo cierto es que fueron muy buenos con ella.

—Pero has dicho que te vas a otro sitio —insistió el chico—. ¿Otra pensión?

—Otro sitio —repitió Elisa.

Los cincuenta últimos euros los tuvo que dar en pago del último recibo de la luz, la cual no entraba en el precio. Vio con pesadumbre cómo solamente le quedaban en su monedero unos cuantos euros de la fortuna que trajo de Medellín. El hijo de la dueña también se dio cuenta. Los ojos de Elisa calculando cuánto tiempo podría sobrevivir en Madrid con ese dinero no pudieron engañarlo.

—Hasta luego —dijo enfatizando su acento sudamericano.

—Hasta luego —repitió el hijo de la dueña.

El chico la siguió con la mirada mientras salía por la puerta y hasta se atrevió a resbalar los ojos por sus piernas. Seguían siendo firmes y atractivas. Ella pensó que aquel mozalbete, con la testosterona a punto de supurar por las orejas, pagaría sin pensárselo por pasar un rato con ella. Lo pensó mientras salía por la puerta y los ojos del hijo de la dueña se le clavaban en sus nalgas.

«¿Cuánto le podría pedir?», pensó.

Seguramente el chico pagaría cien euros por una hora de sexo. Ella, con ese dinero tendría para dos días en la pensión. Pero desechó de inmediato esa idea por encontrarla fuera de lugar. No era una puta y nunca lo sería.

Salió a la calle en un día espléndido. El sol alumbraba cada uno de los rincones y las tiendas ofrecían sus artículos a las miradas de los transeúntes. Esquivó los piropos de dos repartidores de bebidas que se cruzó y la miraron de arriba abajo con excesiva obscenidad, pero a Elisa no le importó, pues era el menor de sus males. La culpa de todo la tenía ese vestido tan corto que se había puesto. Su escote, desafiante, y la muestra excesiva de las piernas. Pero su preocupación ahora era saber dónde pasaría la noche, no soportaba la idea de ir a dormir a un albergue para pobres, ni mucho menos la de pernoctar en un cajero automático o un banco de algún parque. Sería horrible.

Empezó a andar por calles anchas y repletas de gente. El estómago le crujía por el hambre y se sentía sucia del sudor, pues el calor comenzaba a ser abrasador. El brazo derecho se le durmió del peso de la maleta y se la tuvo que cambiar de mano, pero pasado un rato se paró para descansar, pues ya no podía arrastrarla más y los dedos le dolían hasta el punto de haber perdido toda sensibilidad. Así que agotada y con las fuerzas a punto de extinguirse, se sentó en un escalón de una calle poco transitada. Ni siquiera le importó el almizcle de orín que provenía de la esquina. Tuvo ganas de volver a llorar, pero se contuvo más por economía de recursos físicos que por decencia, ya que pocas cosas le importaban ahora. Percibió una sombra alargada ante ella.

—¿Cuánto? —le preguntó un chico joven y bien vestido.

No entendió la pregunta, o no quiso entenderla, pues no era Elisa Méndez mujer mentecata. Aun así quiso hacer como que no entendía.

—¿Disculpe? —replicó.

El chico se sintió intimidado y balbuceó antes de contestar:

—Le ruego me disculpe —dijo visiblemente sonrojado—, la he confundido.

Y se marchó andando por la acera hasta que se perdió en la primera esquina.

Elisa rompió a llorar desconsoladamente. Hasta dónde había llegado su infortunio que hasta tenía que soportar ofrecimientos sexuales en medio de la calle.

El sol golpeaba con furia las fachadas de los envejecidos edificios y un trasiego constante e ininterrumpido de viandantes recorría sus pavimentos llenándolos de colillas. Se incorporó y echó a andar deprisa mientras un pensamiento le martilleaba la cabeza.

«¿Por qué no?».

La desesperación le hizo ver comprensible que una mujer vendiera su cuerpo por necesidad. Acaso no es un fin justificado. Pensó en aquel chico que minutos antes le ofreció dinero por sus servicios y en el hijo de la dueña de la pensión donde se había alojado. Pensó que quizás no hubiera sido mala idea acostarse con él a cambio de unos euros. «¿Cuántos? ¿Cincuenta, cien?».

Hubiera sido suficiente para un bocadillo y una noche de pensión, con una buena ducha para limpiarse y olvidar. «Olvidar, olvidar, olvidar...», repitió incesante. Sentíase cansada y le dolían los pies y la cabeza. Vio el reflejo de su silueta a través de un espejo de un escaparate. Se detuvo. Cogió todo el aire que pudo. Volvió a llorar. Y echó a correr por entre las calles repletas de gente. Esquivó a hombres con traje y a mujeres con vestidos lujosos. Sorteó suntuosos coches de ruedas plateadas relucientes y vio cómo un vehículo de la Policía Nacional se detuvo a su lado. Tuvo miedo, pues sin darse cuenta había traspasado la zona donde se encontraba y llegó a un barrio comercial henchido de árboles y repleto de comercios de aparatosas vidrieras.

—¡Señorita! —le gritó el agente sin apearse del coche—. ¡Venga aquí un momento! —le ordenó.

—¿Es a mí? —dijo haciéndose la tonta.

—¡Déjeme su documentación!

El conductor apartó el coche de en medio de la calle, pues obstaculizaba el tráfico. El copiloto se bajó y se puso la gorra, cogiendo una emisora y enganchándola en su cinto.

—Su documentación —inquirió.

—Verá —dijo ella—, me la he dejado en el hotel.

—¿Es usted turista?

—Así es —mintió—, he venido a pasar unos días a su maravillosa ciudad en compañía de mi marido. Soy colombiana —dijo sin ocultar su marcado acento.

El conductor del vehículo ya había llegado hasta ellos y los dos agentes se miraron.

—Este es el mes de los colombianos —dijo el más veterano—. Entonces, ¿tiene usted documentación o no? —insistió.

Elisa estaba a punto de echarse a llorar. No podía tener tan mala suerte. No tenía documentación alguna, ya que tenía un pasaporte de su país, pero que no le iba a servir de nada. Lo había enseñado tantas veces y otras tantas había salido airoso que sabía que hoy no tendría tanta suerte. Presintió que esos agentes no la dejarían marchar. Y prefirió no mostrar el pasaporte.

—Llama a la Central —dijo el agente más veterano— y solicita un indicativo femenino para un cacheo.

«¿Un cacheo?», pensó Elisa.

—¿Me dice su nombre y año de nacimiento? —preguntó el más joven extrayendo una libreta del bolsillo de su camisa y disponiéndose a tomar nota.

—Elisa Méndez —dijo—, del año mil novecientos setenta y ocho. Treinta años —indicó.

El agente más veterano extrajo la emisora de su cinto y escuchó cómo llamaba pidiendo una policía para que viniera a donde se encontraban ellos. Luego el agente que había anotado su nombre en la libreta arrancó la hoja y se la entregó a su compañero, para que comprobara sus datos.

Ella sabía de sobras cuál sería la respuesta: estancia ilegal. Y eso significaba solamente una cosa, que sería trasladada a dependencias policiales y de allí la echarían a su país. Pasó por su mente el salir corriendo, desde luego el policía más mayor no podría seguirla, pero sí lo haría el joven. Con los zapatos que portaba y el dolor de pies que la atenazaba no iría muy lejos. Y eso supondría, además de la expulsión, una detención en toda regla.

De repente se silenció todo el mundo, la calle se tornó oscura. Los coches pasaban por al lado de ellos sin emitir sonido alguno. El calor se transformó en frío gélido. Y Elisa cayó inconsciente al suelo cuando oyó por la emisora del policía: «estancia ilegal».

LA Comisión de Investigación para esclarecer las extrañas circunstancias de la muerte del colombiano ya estaba formada. El gabinete del Ministerio del Interior actuó con celeridad. Eligieron varios miembros del Gobierno, algún experto en asuntos policiales, dos comisionados del partido de la oposición, un magistrado y un fiscal. Entre todos nombraron un comité de sabios, como les gustó llamarlo, que se encargaría de explicar de la forma más imparcial posible los hechos en que se produjo la muerte de Gabriel Cortés en los calabozos de la Comisaría Centro.

El ministro del Interior, Albert Nebot, estaba al tanto de todos los avances de la comisión, pero no podía implicarse directamente, pues sabía, por experiencia de comisiones anteriores, que en democracia cualquiera era susceptible de ser descabezado. Lo único que le preocupaba al ministro era que se supiera que aquel hombre que una noche de marzo se quitó la vida en la soledad de la celda era en realidad el padre de Belinda, la niña que adoptó por la fuerza a espaldas de su mujer. Para llegar a ese convencimiento se podía topar con la declaración del médico de la comisaría, ya que este sabía, porque se lo dijo el propio ministro, que la mujer y la hija de Gabriel Cortés habían muerto; aunque era mentira. Pero con eso consiguió inducir el suicidio del buen padre al sentirse desolado. Pero para un hombre sin alma eso era el menor de los males, pues la declaración del médico, en caso de producirse, se opondría a la suya propia, pues siempre negaría haber hablado con el médico de eso. También tenía el problema de la publicidad que se le daría a la muerte del buen padre, pues lo que hasta la fecha fue un problema interno de la Comisaría Centro, ahora se convertía en un tema de calado social. La prensa se haría eco del asunto y en poco tiempo sería portada. La Dirección General de la Policía se hallaba entre las cuerdas y eso era algo que gustaba de airear. Despertaba el interés de la ciudadanía el saber que sus dirigentes no podían dominar un asunto tan escabroso. Para Albert Nebot, el hombre sin alma, el problema de que los diarios salieran a la calle con la foto del colombiano radicaba en la posibilidad, aunque remota, de que Belinda viese la foto y reconociera a su auténtico padre; algo que sería fatídico para la adaptación a su nueva familia. Además, Patricia podría sentir curiosidad en el caso de que su hija le insistiera en que la foto del periódico era la de su padre de Colombia. Así que para el ministro del Interior se abrió un segundo frente: el primero, el médico de la comisaría no era problema, pues podría desmentir todo lo que dijese, el segundo, la prensa... ese sí que era un verdadero inconveniente.

Los primeros días en que se puso en marcha la Comisión de Investigación se citó a todos los policías que estaban de servicio esa noche, pero no fue llamado Moisés Guzmán, el buen carcelero, ya que esa noche libró del servicio y no entró hasta la mañana en que se encontró el

cuerpo de Gabriel Cortés, ya muerto. Pero como la franja horaria en la que se situó la muerte fue desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana, se excluyó a todos los que no estaban trabajando a esas horas. Ciertamente, la declaración de Moisés Guzmán hubiera sido determinante, pues él sabía que el buen padre vino a España buscando a su hija y que su mujer estaba en Medellín recibiendo noticias casi diarias de los avances de su rastreo continuo. También sabía que la niña había sido raptada, eso dijo el buen padre, y que estaba en Madrid. El dato de la calle Peregrinos, como le dijo Gabriel Cortés, hubiese sido taxativo. De haberlo declarado habría puesto en un verdadero aprieto al ministro, ya que la relación sería categórica. Y habría contado lo del apartado de correos y la llegada de la documentación de la niña desde Colombia, para demostrar que Belinda era hija suya y que estaba en la ciudad en casa de un hombre sin alma. Moisés era el que más sabía de todo, pero los encargados de llamar a los testigos omitieron el del buen carcelero, porque no creyeron que fuese a aportar nada a la investigación y porque tenían varios informes médicos referentes a su precaria salud. Así que optaron por no citarlo.

Inició la toma de declaración el médico, Anselmo Sánchez, pues a él le correspondía certificar la muerte del colombiano y las circunstancias en que esta se produjo. Además fue el último en verlo con vida. Y ante él se mostraron altivos varios miembros de la comisión. Los más sanguinarios iban a ser los representantes de la oposición, a ellos les correspondía el papel de duros, ya que el resultado de la investigación podría debilitar al Gobierno. Y eso sería un triunfo para ellos. El presidente les recordó que se investigaba la muerte de un reo en los calabozos de la Comisaría Centro y que ninguno de los declarantes estaba acusado. Ese recordatorio lo hizo para evitar que se ensañaran con los testigos.

—¿Tenía usted alguna relación con Gabriel Cortés? —le preguntó el presidente de la comisión, un juez barrigón ahora metido en política.

—Nunca lo había visto antes —dijo el médico sosteniendo entre sus manos una escueta carpeta que apenas contenía unos cuantos folios.

—¿Cuándo lo vio por primera vez?

—Creo que fue el primer día que estuvo detenido —dijo rascándose la nariz—, los agentes tuvieron que emplear la fuerza para reducirlo y los derechos de los detenidos contemplan la inclusión de la visita médica obligatoria.

—¿Sabe si fue él quien pidió visitar al médico?

—Ignoro ese dato, pero todos los detenidos en los que se ha tenido que emplear la fuerza han de ser visitados por el médico por obligación.

—Entiendo —dijo el presidente.

Hubo rostros de malestar entre los asistentes tras estas palabras, pues todos ya sabían eso.

—Dos agentes lo trasladaron hasta mi consulta en la Comisaría Centro —siguió relatando—, el detenido presentaba magulladuras y golpes fruto de la detención y tenía las manos amoratadas a causa de los grilletes. Además se había encerrado en sí mismo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que se negaba a hablar.

—Y usted habló con él —le preguntó un miembro de la oposición.

—No le interrumpa —espetó el presidente de la comisión—. Ya iba a responder esa pregunta. El médico siguió con lo que estaba diciendo.

—El hombre hablaba poco, más bien nada —aclaró—. Se veía triste. Le tuve que arrancar las palabras a fuerza de paciencia y perseverancia, pero finalmente me indicó dónde le dolía y le di unos cuantos medicamentos genéricos para calmarle el dolor y la hinchazón de las manos. Presentaba algún golpe en la espalda y en una de las rodillas, creo que la derecha; no lo recuerdo, la tenía muy amoratada y era de lo que más se quejaba.

Los miembros de la comisión se impacientaron, pues la declaración del médico no les llevaba a ningún sitio y vieron cómo se alargaba en explicaciones médicas.

—¿Diría usted que era un loco? —preguntó un experto de la policía y conocido por su bravuconería, antes de que el médico concluyera.

Los demás se dieron cuenta de lo poco delicada que era la pregunta.

—Loco no —replicó el médico—, más bien una persona desahuciada, alguien que lo ha perdido todo y está más predispuesto a realizar una locura... pero por eso no era un loco —concluyó.

—¿Sabe usted qué perdió ese hombre para estar tan desesperado?

—Pues...

—¿Le dijo qué vino a hacer a España? —interrumpió el otro experto policial—, en comisaría no quiso declarar nada a los agentes.

El presidente lo amonestó.

—Tengan paciencia por favor y esperen a que conteste para hacer otra pregunta.

—Lo siento —dijo el policía.

El médico, que no era tan tonto como parecía, sabía que si decía a los miembros de la comisión que era conocedor de los motivos que trajeron hasta nuestro país al colombiano y que también se había enterado por boca del ministro del Interior de que esos motivos habían desaparecido, se podría meter en un buen lío. Pues era costumbre de las comisiones de investigación arremeter contra el mensajero. Así que, muy cabalmente, optó por centrar su declaración en los aspectos que conocía, y estos eran los médicos. Sabía, o eso pensaba, que si se ceñía a las preguntas y solamente contestaba lo que conocía, nunca nadie sabría la verdad de cómo murió Gabriel Cortés. Ese secreto se lo llevaría a la tumba. Además ese era el único obstáculo con que se encontraría, una vez sorteada la comisión ya nunca nadie más cuestionaría la muerte del colombiano.

—No hablamos nada personal —sentenció—. Simplemente me limité a curarle las heridas y recetar calmantes para el dolor.

—¿Le hizo una radiografía de la rodilla? —preguntó el fiscal.

—Esa pregunta es irrelevante —censuró el presidente.

Los demás miembros sonrieron.

—¿Es usted consciente de que esos calmantes lo pudieron confundir y sumergirlo en un estado de zozobra suficiente como para inducirle al suicidio? —cambió la pregunta el fiscal, un atractivo joven que ya había despuntado en contadas ocasiones por sus preguntas fuera de lugar en los juicios contra los trabajadores de los astilleros gallegos.

Anselmo Sánchez no se esperaba esa pregunta y evitó evidenciar cierta incomodidad. Era la primera vez que asociaban la muerte de Gabriel al tratamiento en su celda, minutos antes de ahorcarse. Le atemorizaba que la comisión enfocara la investigación en ese sentido.

—No —se defendió el médico tajante—, los antidepresivos sí que hubieran podido producir ese efecto que usted dice, pero los calmantes son exclusivos para el dolor y lo único que hicieron, en cualquier caso, es eso: mitigarle el dolor. Respecto a la rodilla —añadió— no fue necesario hacerle una radiografía pues no la tenía fracturada. Presentaba una moradura fruto de un golpe.

El médico vio la intención de incriminarlo, pues uno de los objetivos de la comisión era encontrar un culpable, un cabeza de turco, y así cerrar la investigación con una conclusión clara. Pero nadie de la comisión podía rebatir al médico, pues no entendían nada de medicina. Y este sabía que ahí, precisamente, era donde él se podía hacer fuerte.

—¿Cuántas veces lo visitó? —preguntó el presidente de la comisión.

—Dos —respondió enseguida.

—¿Y la segunda vez? —puntualizó.

—La segunda vez fue a la tarde siguiente. Me llamaron los agentes a petición del propio detenido, pues se encontraba bastante mal y tenía fuertes dolores de cabeza. El diagnóstico fue más sencillo —dijo—, el efecto de los calmantes había pasado y el colombiano se encontraba en un grado muy alto de ansiedad. Y ya no se quejaba de la rodilla —dijo mirando al fiscal.

—¿A qué era debida esa ansiedad? —preguntó el juez.

—Veinticuatro horas en un calabozo son suficientes para provocarla.

—¿Se drogaba el cadáver? —preguntó el fiscal.

Los demás le censuraron con la mirada, quizás el «cadáver» no era la descripción más acertada para referirse al objeto de la comisión.

—No encontramos síntomas en los análisis que le realizamos.

—¿Le hicieron análisis? —preguntó otra vez el fiscal, que se había erigido en portavoz al ser el que más preguntas hacía.

—Siempre se hacen —replicó el médico y desplegó uno de los folios que sostenía en las manos con un membrete de la comisaría—. Aquí los traigo —dijo—, supuse que los pedirían.

—En definitiva —concluyó el presidente—, ¿cuáles fueron los motivos que a su juicio llevaron a suicidarse al colombiano?

La sala se silenció.

—Pues... —balbuceó— no lo sé.

Durante unos segundos que se hicieron eternos nadie preguntó nada más. El médico, que retuvo en su mente sus últimas palabras, vio que faltaba algo más a su declaración, pues de esa forma quedaba coja, así que dijo:

—Soy médico, no psiquiatra —carraspeó—. Esa pregunta deberían hacérsela a un neurólogo o a un psicólogo.

La agresividad del médico al ponerse a la defensiva no gustó a los miembros de la comisión, pero razonaron que el doctor tenía razón en sus respuestas y no insistieron más.

Después de comer hicieron entrar a todos los policías que prestaron servicio esa noche, pero sus declaraciones fueron más bien pobres, pues no vieron nada extraño y todos delegaron sus respuestas a la actuación del médico, que es quien estuvo con él dentro de la celda. «El colombiano estuvo toda la noche en silencio», fueron sus respuestas.

La comisión mandó revisar los libros de los calabozos y todo lo hallaron en orden. Ninguna visita, ninguna salida extraña. Sí que se pidió a los archivos centrales de documentación todo lo relacionado con el colombiano y supieron que se llamaba Gabriel Cortés, de treinta años de edad

y residente en Medellín. El informe indicaba que no había ningún trámite de nacionalidad ni ninguna petición de documentos y permisos españoles. Su estancia era ilegal pues no tenía huella dactilar, aunque aportaron una fotografía de su pasaporte, el cual fue intervenido en dependencias policiales tras su detención. Esa misma foto fue la que utilizó la prensa para la portada del día siguiente y donde anunciaba la muerte del colombiano con casi tres meses de retraso, ya que hasta la investigación del Gobierno su muerte no fue importante. El atestado de la policía mostraba cómo el detenido esa mañana había intentado profanar una tumba y que por esos motivos fue puesto a disposición judicial; aunque no llegó a declarar ante el juez al morir la noche antes. Como el tema de la profanación no afectaba a los detalles de su muerte, o eso creyó la comisión, no se pidieron más informes a los agentes que participaron en su captura ni a los que lo custodiaron los primeros momentos en los calabozos de la Comisaría Centro. La oposición, viendo que no podía sacar tajada de esta investigación, dejó de hacer preguntas y dio por zanjado el asunto. Tampoco, y era de prever, se llamó a declarar al forense, que mucho hubiese tenido que decir. No había que olvidar que el muerto era un desconocido, sin hogar, sin dinero y sin familia. Un desconocido que a nadie importaba. Aun así la prensa local se hizo eco de la investigación y lanzó una tirada con los detalles de la comisión y el conocimiento de que el colombiano se había suicidado en su celda tras ser detenido y que la Dirección General de la Policía garantizaba que se habían respetado todos los derechos humanos. El cadáver no pudo ser repatriado al no ser reclamado por nadie y al carecer de familia en España que pudiese gestionar el traslado. La prensa utilizó la fotografía de su pasaporte para incrustarla, junto a los detalles de la comisión, en todos los diarios que salieron a la calle ese día.

18

EL anciano empleado del cementerio de Vallecas, Sebastián Maldonado, había muerto un mes antes, una lluviosa noche de mayo, víctima de un paro cardíaco. Eso dijo el forense: parada cardiorrespiratoria. Y ciertamente toda muerte es debido a eso precisamente: a que el corazón deja de latir y los pulmones de exhalar aire. Una abuela que fue a visitar la tumba de su marido, desaparecido hacía muchos años, lo encontró en la caseta donde siempre almacenaba el vigilante sus herramientas. Vio la puerta abierta y lo llamó un par de veces:

—Sebastián ¿está usted bien? —gritó.

Y como no oyó respuesta entró, sin pensárselo dos veces, en la vieja choza. Sebastián Maldonado yacía desparramado sobre la cama y con los ojos en blanco y su rostro contraído por el dolor, lo que manifestaba que murió sufriendo. Olía un tanto a humedad en la estancia, pero para la mujer eso no era problema. Sintióse triste al ver al octogenario guarda del cementerio en ese estado, al que siempre contempló repleto de energía y vitalidad mientras daba paladas de tierra o encofraba algún nicho, siempre sonriente, como si se riera de la muerte que campaba por el camposanto. La buena mujer, a quien la edad dotó de la parsimonia necesaria como para salir de la barraca y avisar a un hombre vestido de negro que justo en ese momento salía del cementerio, no se asustó, pues ya sabía que al guarda del cementerio le llegaría su hora un día u otro. Varios fisgones que entraban en esos momentos en el cementerio se acercaron hasta el lugar, unos para intentar ayudar, otros para saciar su curiosidad. Uno, que dijo que tenía conocimientos de médico y que luego se supo era practicante en Alcorcón, le palpó el cuello con dos dedos y se acercó hasta su boca para comprobar si respiraba. Los demás creyeron que lo iba a reanimar, pero el vigilante del cementerio hacía ya horas que era cadáver.

—Está más muerto que mi abuela —dijo el practicante haciéndose el gracioso.

Nadie rio y el hombre se sintió incómodo.

—Ya he avisado a la policía —dijo el hombre vestido de negro—. Será mejor que nadie toque el cuerpo hasta que lleguen los agentes —aseguró a continuación.

La mujer mayor, que fue la primera en ver el cuerpo, se alejó hasta la tumba de su marido, pues nada podía hacer allí. Los curiosos siguieron arremolinándose mientras proferían comentarios acerca del rostro encogido del guarda. El hombre vestido de negro encendió un cigarrillo y contempló el cuerpo con nostalgia, como si le recordara a un familiar muerto en idénticas circunstancias.

Al poco llegaron hasta el lugar dos dotaciones de policía, entre ellas un inspector de servicio. Nada más bajarse de los coches se pusieron las gorras y los agentes se dedicaron a tomar el

nombre y el teléfono de todos los testigos y les dijeron que podrían ser llamados a declarar en dependencias policiales, caso de ser necesario. Aunque como vieron que bien podría tratarse de una muerte natural, no se molestaron en anotar demasiadas filiaciones. El hombre vestido de negro les dijo que el cuerpo lo halló una anciana, pero como ya no estaba en el lugar, los agentes no le preguntaron más por ella y recopilaron toda la información necesaria para emitir su informe, sobradamente rutinario, acerca de la muerte de uno de tantos ancianos que a diario morían en Madrid. Solo, pues no vivía ninguno de sus familiares. Abandonado, pues a los viejos nadie los quiere. Triste, pues la muerte siempre llega a destiempo.

Los tres policías y el inspector reunieron los objetos, pocos, que aquel hombre aunaba en su cuchitril, que hacía las veces de domicilio, pues el vigilante aquí vivía, aquí comía, aquí dormía, y aquí murió. No hallaron documentos de su identidad, todos le conocían como *el guarda*. Poco apodo para una vida de ochenta años. Poco era, desde luego.

—¿Algún documento? —preguntó el inspector.

—Nada —respondió uno de los agentes.

—¿Algún teléfono en alguna agenda a quien llamar?

—Nada —contestó otro.

La anciana, que ya rezó ante la tumba de su marido, se acercó hasta ellos. El hombre vestido de negro la vio y le dijo al inspector que ella era la que halló el cuerpo.

—¿Sabía usted su nombre? —le preguntó.

—Pues claro —dijo ella molesta—. Es Sebastián Maldonado, el guarda del cementerio. Él enterró a mi marido y esperaba hiciese lo mismo conmigo —añadió.

Los agentes sonrieron y uno de ellos anotó el nombre, aunque el inspector le dijo que el Ayuntamiento, que era el que gestionaba el cementerio, tendría todos los datos del guarda.

En un armario de madera agrietada encontraron un buen puñado de libros de Marcial Lafuente Estefanía, alguna novela de Gabriel García Márquez y varios periódicos de hojas amarillentas y que alguna rata usó de festín. El baño era inaccesible, recorría la mugre cada uno de sus rincones. Sobre la mesa de madera, quemada por las colillas, había un plato con un trozo seco de *pizza* y un vaso de vino aún por beber. Al lado, con un haz de luz enfocándola que se adentraba por la ventana, había una pequeña caja que uno de los agentes señaló como de pastillas para la tos. Restos de tierra delataban que hacía bien poco que fue rescatada de entre los escombros.

—¿Y esa caja? —preguntó el inspector.

—Pastillas para la tos —dijo el agente que la sostenía entre sus manos.

—¡Salgamos afuera! —ordenó el inspector—. Hace mucho calor aquí dentro.

Los policías recogieron todas las pertenencias del guarda y las vertieron sin orden en una caja de cartón, que encontraron en el armario, y la sacaron fuera en espera del forense y el juez que vendrían a levantar el cadáver.

La cajita de pastillas para la tos, no creyendo que fuese importante, la guardó un agente de nombre Bruno Rasposo en el bolsillo de su pantalón. No lo hizo por cleptomanía, más bien por instinto protector, pues la caja le pareció hermosa y sabía, por experiencia, que acabaría en el vertedero municipal donde algún vagabundo terminaría guardando picadura de liar. O lo que era más previsible: en el armario de algún inspector, fetiche de los objetos intervenidos. Ojeó su interior y solo vio una pequeña llave que creyó abriría la taquilla del anciano o algún cajón. A

pesar de buscar concienzudo por cada uno de los muebles de la cabaña, no vio ninguna cerradura donde la llave pudiese encajar. Pero no le dio importancia.

Ya era mediodía cuando llegó la furgoneta del tanatorio y trasladó el cuerpo del guarda hasta el Instituto Forense para practicarle la preceptiva autopsia. Los curiosos se fueron alejando lentamente, cuchicheando acerca de la muerte del hombre, de lo triste que es la vida, de la soledad de la ancianidad y de quién se haría cargo del cementerio. El guarda era hombre de pocas palabras. Huraño, dedicó el ocaso de su vida al cuidado del cementerio. Solo él cuidaba de que cada cosa estuviera en su sitio. Solo él limpiaba cada mañana las hojarascas de los árboles cercanos y que el viento arrojaba en el interior del recinto. Rastrillaba las ramas secas de los pinos, adecentaba la arena que bordeaba los sepulcros y colocaba de pie los jarrones con flores que el aire tiraba al suelo. Nadie sospechaba que unas semanas antes, y después de cerrar la verja del cementerio, se acercó hasta la tumba que aquella mañana profanó un loco, y la desenterró de nuevo buscando lo que aquel hombre buscaba con tanto empeño. Creía Sebastián que tanto ahínco en encontrar algo supondría un tesoro jamás imaginado y que bien valdría la pena averiguar lo que aquella caja contenía. Era pequeña, desde luego, pero a veces las cosas más pequeñas contienen las fortunas más grandes. Creyó Sebastián que un diamante tan grande como para rellenar la caja le podría dar la felicidad que nunca tuvo. Pepitas de oro, pensó luego, contaminado por las novelas de Marcial Lafuente. Buscadores de fortunas que recorrían el oeste americano persiguiendo un sueño. Ya con la caja en su mano, ya dentro de la cabaña de las herramientas, que hacía las veces de hogar, se alumbró con la pequeña bombilla que le quitó la poca vista que tenía, y su gozo se estrelló contra un pozo cuando al abrir la pequeña caja solamente vio una llave. Una pequeña e insignificante llave. Fue tal su furia que la arrojó con odio contra el suelo. La llave rebotó varias veces y fue a esconderse debajo de la cama.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Golpeó la caja contra la mesa, por si en su interior aún quedara algún resto de oro, pero sabía que eso era imposible y que los buscadores de fortunas murieron hace tiempo.

—¿Y para qué quería una caja con una llave? —se preguntó en voz alta mientras recordaba al loco desenterrando aquel cadáver.

Cansado, preparó un té verde y se introdujo en su camastro. Encendió la radio y escuchó la radionovela, más aburrida que otros días, lo que le facilitó el sueño al principio; aunque luego se desveló.

Esa noche el guarda del cementerio apenas durmió. Recogió la llave de debajo de la cama y la metió de nuevo dentro de la caja. De haber sabido que semanas después moriría, seguramente se hubiese comportado de otra manera. Pero saber la hora de nuestra muerte era un privilegio vedado a la mayoría de los mortales. Seguramente hubiese entregado la caja con la llave en alguna comisaría cercana. Pero entre justicia y deber, optó por deber. El deber fue lo que le hizo creer que si esa caja era tan importante para el loco, bien tendría que hacer todo lo posible para que este la tuviera. Una caja de pastillas para la tos y una llave no significaban nada para él, pero sí que podría suponer la felicidad para aquel hombre que profanó la tumba con tanto ímpetu. Y tuvo Sebastián un arrebató de humanidad y quiso dedicar las horas libres del día a buscar al loco y hacerle entrega de la caja que supuso su detención.

A la mañana siguiente, y con ropa limpia, se acercó hasta la Comisaría Centro, donde sabía se encontraba detenido el colombiano que los agentes arrestaron el día anterior. Andaba Sebastián

Maldonado despacio, pues los ochenta años de sus piernas no le podían trasladar más rápido. Había amanecido un día oscuro y las nubes tapaban el cielo a modo de atardecer. Llegó hasta el policía que custodiaba la entrada de la comisaría y preguntó por uno de los detenidos.

—¿Cómo se llama? —le inquirió el policía.

—No sé su nombre, pero es colombiano —dijo.

—Tenemos muchos colombianos aquí —mintió el policía.

Y no es que fuera mala persona el agente, sino que no tenía ganas de discutir con un anciano acerca de un detenido del que no aportaba datos concretos.

—Tengo algo importante para él —dijo Sebastián.

—Déjelo aquí —señaló el agente el mostrador— y se lo haremos llegar.

—¿No me ha dicho que hay muchos colombianos? —rebató Sebastián.

El policía se sintió contrariado, pues no le gustó que un anciano le litigara verbalmente. Pero como no era mala persona terminó cediendo.

—Está bien, solamente hay un colombiano detenido, ¿qué quiere de él?

—Apenas le conozco —dijo Sebastián—, pero se dejó algo que creo necesita.

—Usted no podrá hablar con él, está incomunicado.

—¿Incomunicado? —preguntó Sebastián.

—Sí —aseguró el policía—, hasta que no pase a disposición judicial nadie puede hablar con él, excepto su abogado —matizó.

—¡Vaya! —exclamó—, eso supone un inconveniente ¿verdad?

—Así es —asintió el policía.

—¿Y cuándo lo verá el juez?

—Seguramente mañana por la mañana —dijo el agente—. ¿Sabe dónde están los juzgados?

—Sí.

—Pues sobre las diez lo espera, que cuando termine con el juez saldrá libre.

—Si no hay más remedio —lamentó Sebastián.

—¿Y qué es eso que le tiene que entregar? —indagó el policía.

—Una llave —dijo el anciano sin malicia alguna.

—¿Una llave?

—Sí, seguramente será de su casa, o de un coche, o de una maleta, o de...

—Está bien, está bien —interrumpió el agente—. Ya se la dará mañana en cuanto salga de los juzgados.

Sebastián regresó contento a su cabaña del cementerio. A la mañana siguiente iría al edificio de los juzgados y le haría entrega al colombiano de la llave que con tanto ahínco buscaba.

En el transcurso de la tarde estuvo meditando sobre ello. Si el motivo de su detención fue a raíz de la búsqueda angustiada de esa llave, quizás fuese más importante para la policía que para el detenido. No había que olvidar que aquel hombre era colombiano y que cabía la posibilidad de que esa misteriosa llave abriera una maleta repleta de droga. Llegado el caso y en el supuesto de que la policía lo detuviera, podría arrestarlo a él también acusado de complicidad. «¿Cómplice de un narcotraficante?», se agobió Sebastián. A lo largo de la tarde estuvo sopesando los pros y contras de ir a los juzgados a entregar la llave. Pensó que abriría una taquilla de la estación donde el colombiano tendría sus pertenencias, dinero seguramente. O a lo mejor era la llave de una caja

de seguridad de algún banco de Madrid donde había documentos o dinero o joyas u oro. Y volvió a sentirse embriagado por las novelas del oeste americano.

Ya pasadas las seis de la tarde empezó a pensar que lo que abriera esa llave no era de su incumbencia, y lo que tenía que hacer, como buen ciudadano, era entregarla a la policía y que ellos se encargaran de desvelar qué misterio se escondía tras ella. Luego le supo mal pensar eso, y se dijo que si la llave era importante para el colombiano lo que tenía que hacer era entregársela a su legítimo propietario. «Pero... ¿y si él no era el legítimo propietario de la llave?», se preguntó dubitativo. Hasta la aparición del loco en el cementerio la propiedad de la llave era de un cadáver desconocido. El que ese loco la buscara no quiere decir que fuese suya. Y cuando ya eran las nueve de la noche sintióse indispuerto, con fuerte dolor de cabeza y con una enorme duda planeando sobre su conciencia: «¿debo ir mañana a entregar la llave al colombiano?».

Se echó sobre el camastro y apagó la bombilla que iluminaba la estancia. Miró la poca luz que entraba traspasando la cortina y el destello que la luna emitía a través del marco de la ventana. Lo último que pensó antes de quedarse dormido era que mañana iría finalmente al juzgado y que miraría a los ojos al loco colombiano y que le diría tengo la llave y que su mirada delataría si esa llave era importante para algo bueno o algo malo y que obraría en consecuencia. Allí, en el vestíbulo principal del juzgado, rodeado de policías y agentes de seguridad, Sebastián tomaría la determinación de entregar la llave al colombiano o a los policías.

Y llegó las siete de la mañana cuando Sebastián Maldonado posó los dos pies a la vez en el suelo de su cabaña. Era hombre supersticioso y temía empezar el día tanto con el pie izquierdo, como solo con el derecho, por lo que posaba los dos al mismo tiempo. Amaneció un día nuboso, con manchas negras en el cielo de Madrid que presagiaban lluvia. Sebastián ya tenía claro lo que iba a hacer. Se acercaría hasta el edificio de los juzgados y esperaría hasta que el juez liberara al colombiano. Cuando lo viera salir por la puerta se dirigiría a él y le diría:

—Tenga señor, esto es suyo.

Y le entregaría la pequeña caja de pastillas para la tos conteniendo la llave que abría vete a saber qué. El hombre, agradecido, le diría:

—Gracias, es usted muy amable.

Y se metería la cajita en uno de los bolsillos de su pantalón. Así de fácil, así de sencillo.

Pensó Sebastián que quizás el loco no saliera solo de los juzgados, que fuese escoltado por policías, y que estos vieran el momento en que le hacía entrega de la caja, por lo que bien podría ser acusado de cómplice, pues aún no sabía qué abría esa llave. No le pareció tan buena idea lo de entregarle la caja en el juzgado. Pensó que quizás sería mejor esperar en la calle de al lado hasta que pasara por allí, nadie les vería. Pero Sebastián, aunque valiente, calculó que aquel hombre podría montar en cólera y agredirle sin que este pudiera hacer nada por protegerse, por lo que también desechó ese segundo plan.

Y de tanto pensar comenzó a sentirse indispuerto, pues la cabeza le dolía y creyó que lo mejor sería ir hasta el juzgado y entregar la caja sin más. Nada tenía que ocultar y por tanto nada tenía que temer.

Calentó una tostada en una sartén y puso a hacer una cafetera. Recogió la mesa de migas y colocó bien la sábana que le sirvió de cobijo durante la noche. El sol despuntaba por encima de una nube y pensó que hoy haría buen día. Mientras sorbía el café recién hecho estuvo a punto de arrojar la caja en la misma tumba de donde la rescató. De abrir con la paleta un hueco en la tierra

y de meterla dentro y tajarla con cemento. Qué más le daba a él esa caja y la historia del loco colombiano. «Qué más me da a mí», murmuró. Pero algo había en su interior que le empujaba a buscar a su legítimo propietario, al menos al que la vio buscar con tanto entusiasmo que parecía que le fuese la vida en ello. Si esa llave abría algo, no sabía qué, que contuviera droga o dinero, se preguntó «¿por qué el hombre no cejó en su empeño cuando llegó la policía?». Era otra cosa. Aquella llave abría otra cosa, algo lo suficientemente importante como para desproveer de cordura a un hombre, algo como para hacer que se arrancase las uñas escarbando en la tierra, como para soportar horas de encierro, como para volverse loco.

Entonces Sebastián se dio cuenta de que lo que le movía a entregar la cajita era la curiosidad. Sí, curiosidad por saber qué abría aquella llave, qué misterio se encontraba detrás de ella. Terminó el café deprisa, casi se quemó la lengua. Y salió del cementerio cuando aún no eran las ocho para llegar puntual al juzgado. No podía soportar más tanta intriga.

Durante el trayecto, que hizo a pie, creyó que alguien le espiaba. Sintió que sus pasos eran seguidos de cerca. Que no estaba solo. Varias veces se dio la vuelta y varias veces cambió el sentido de la marcha. Buscó espacios abiertos y siempre procuró estar rodeado de gente. En definitiva tenía miedo y eso le hizo sentirse humano. Cuando llegó a la puerta del juzgado y vio los coches de policía en la puerta no supo si debía estar contento o preocupado, eso también le asustó. Enfrente, en un grupo de varios bancos de hierro, buscó uno arrinconado donde sentarse y esperar. Sabía que a las diez de la mañana empezaban los juicios.

A las nueve, más o menos, salieron del juzgado un grupo de hombres y mujeres ataviados con traje y seguidos de tres hombres altos y vestidos de oscuro. Supuso, aunque no los conocía, que eran los jueces y que saldrían a tomar un café. Cruzaron la calle en dirección a donde él estaba y entraron en una cafetería. Un poco más tarde, pasados unos escasos diez minutos, comenzaron a llegar furgones de la Policía Nacional y de la Guardia Civil, que accedieron al garaje del edificio. Supo que esos eran los que llevaban los detenidos que tenían que ser juzgados a lo largo de la mañana. Un trasiego de gente trajeada empezó a llegar desde todas partes. Abogados, fiscales y algún que otro periodista. Los jueces salieron de la cafetería y entre risas y cigarros entraron en el juzgado. Los tres hombres con traje que los seguían se quedaron en la puerta, eran los escoltas. Sebastián metió las dos manos entre las rodillas, se le habían dormido, y se dispuso a esperar al colombiano. Sabía, o eso creía, que por profanar una tumba no ingresaría en prisión, por lo que no tardaría en salir por la puerta del juzgado.

Alguien famoso debía de llegar, pues un tumulto de periodistas se arremolinó en la puerta principal. Dos coches negros se pararon delante y salió una pareja que Sebastián reconoció de haber visto en la televisión en varias ocasiones; aunque no recordaba a qué se dedicaban. Y tampoco le importaba. Los fotógrafos descargaron sus cámaras y alguna periodista se acercó lanzando preguntas al aire, pero no contestaron ninguna y ni siquiera los miraron. Sí se giraron antes de entrar y saludaron a un grupo pequeño de personas que se habían concentrado en la acera de enfrente, al lado de donde él estaba.

Las nubes dejaron paso al sol y calentaron el banco donde estaba sentado Sebastián, casi agradeció un poco de calor. Luego volvieron a tapar el sol y tuvo frío. Los hombres con traje volvieron a salir y supo que se dirigían a almorzar. Ya eran las once de la mañana.

Se puso en pie y anduvo un rato estirando las piernas por toda la acera. Nadie lo miró, ni siquiera los agentes que custodiaban las puertas del juzgado. Los ancianos de esa edad obtenían el

don de la invisibilidad y podían transitar por donde fuera sin que nadie reparara en ellos. Caminó entre las dos esquinas y aprovechó un árbol resguardado entre unos setos para orinar, entonces se debió de hacer visible, porque uno de los agentes de la puerta le espetó:

—¡Abuelo! ¿No tiene otro sitio para mear?

Y se echó a reír. Oyó cómo los tres policías comentaron el asunto y siguieron a lo suyo sin darle más importancia.

El grupo de jueces regresó de almorzar, un par de ellos fumaban sendos puros y los otros cigarrillos. Reían también. Sebastián regresó a su banco de hierro y se dispuso a seguir esperando, esperando..., esperando.

Los furgones empezaron a salir del garaje de los juzgados. Primero lo hicieron los de la Guardia Civil y después los de la Policía. No los contó al entrar, pero debían de haber salido ya todos. La pareja que los fotógrafos esperaban salió por la puerta y esta vez sí se entretuvo en hacer unas declaraciones. Sebastián no los oyó, estaban lejos. Los policías de la puerta se cambiaron por otros y estos se marcharon en un coche que vino a buscarlos. El sol volvió a salir y, como ya eran las doce del mediodía, sus rayos azotaron el banco de hierro de Sebastián. Empezó a hacer mucho calor.

Tenía Sebastián la vista cansada de tanto fijarse en las caras de los que salían. El colombiano se hacía de rogar, pues ya empezaba a ser tarde y no aparecía por la puerta. Y temiendo el anciano que hubiese salido por otro sitio o dentro de una de las furgonetas del garaje, se atrevió a preguntarle a uno de los policías:

—¿Han terminado los juicios?

El agente, un policía joven, le respondió:

—Prácticamente todos.

Y Sebastián se quedó con más dudas que antes.

No queriendo que la mañana se demorara más, aunque no tenía nada mejor que hacer, y poniendo toda la carne en el asador, se decidió a preguntar:

—Estoy esperando a una persona.

Y el policía le preguntó:

—¿Si usted me dice quién es, le podré decir si ya está dentro o no?

Y Sebastián le dijo que no sabía el nombre pero sí la nacionalidad y el motivo de su presencia en el juzgado.

—Solo sé que es colombiano y que lo juzgaban por profanar una tumba.

El agente llamó por teléfono y transmitió las palabras del anciano a su interlocutor.

—Entiendo —dijo.

Y colgó el auricular con semblante serio.

—¿Es usted familiar de ese hombre?

—Solamente un amigo —replicó.

—Pues lamento decirle que el hombre por el que usted pregunta falleció ayer por la noche.

Y viendo que un montón de preguntas se apilonaban en los ojos del anciano, añadió: «No le puedo decir más, pues más no sé».

Y Sebastián se entristeció.

—En la Comisaría Centro le informarán de todos los detalles —dijo el policía.

—¿Sabe dónde lo entierran y cuándo? —preguntó.

—No sé nada más —insistió el agente—. Acabo de enterarme ahora mismo al igual que usted.

Y el anciano echó a caminar sin rumbo fijo. Las nubes volvieron a tapar el cielo y comenzó a llover. Sebastián también lloró, pues sabía que él sería el encargado de enterrarlo.

19

ANOCHECÍA en el cielo de Madrid y el calor transformó el aire en humo irrespirable cuando el sonido de las puertas metálicas asustó a Elisa Méndez, la buena madre. Sus pertenencias, extraídas con furia de su maleta, se arracimaban desordenadas en un rincón de la celda. Los dos agentes de paisano las volteaban por la habitación sin apenas mirarlas. Uno, acaso el más torpe y veterano, sostenía el pasaporte entre sus manos.

—Está buena la jodía —dijo.

Chasqueó los labios estruendosamente y la miró de arriba abajo, deteniendo su vista en la corta falda de su vestido. Era un agente de cincuenta años, pero al que la vida le trató tan mal que aparentaba sesenta. Barrigón, desdentado y desagradable físicamente, miraba a Elisa como si se la fuese a comer de un bocado.

—Qué buen polvo te echaba —murmuró.

Otro agente, este más joven, revisó a conciencia la agenda de su móvil, el cual había perdido el saldo para poder llamar desde hacía dos días. Buscaba contactos que fuesen conocidos, pues el Grupo de Extranjeros perseguía implacablemente a las mafias encargadas de introducir forasteros en territorio español. Trabajaba con profesionalidad y sus modales eran cultivados.

—¿Por dónde has entrado? —le preguntó mientras apagaba el teléfono.

—Vine en avión —respondió ella.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Quién te ayudó a entrar en España?

—Nadie —contestó—. Vine buscando a mi marido y a mi hija.

—¿Cómo se llama tu marido? —le preguntó extrayendo una libreta y un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón y disponiéndose a tomar nota.

—Mi marido se llama...

—¡Vamos hombre! —la interrumpió el bravucón—. No me digas que vas a interrogar a la puta.

El agente más joven se sobrecogió, pues aunque conocía a su compañero no esperaba una reacción tan brusca por parte de él. Le censuró con un golpe de su mirada, pero el animal no se dio cuenta de ello y siguió vociferando.

—No ves que es una puta —gritó—. Ha venido a España a follar, como todas. Lo que hay que hacer es tramitar el expediente de expulsión y echarla a patadas a su país en el primer vuelo que salga.

El policía joven se sonrojó y le pidió disculpas a Elisa con la mirada. Ella, que no era tonta, creyó que estaban jugando al típico poli bueno y poli malo, que tanto salía en las películas, por lo que optó por seguir la corriente para saber a dónde querían llegar.

Sin más palabras, el bruto salió de la celda, como si estuviera enfadado, y el agente agradable se dedicó a preguntarle por sus datos de filiación, que fue plasmando en un escueto formulario que puso encima de la mesa del calabozo.

—¿Nombre completo?

—Elisa Méndez Mendoza.

—¿Edad?

—Treinta años.

—¿Profesión?

—Empleada del hogar —dijo—. Trabajaba en una casa de un matrimonio americano en Medellín hasta antes de venir aquí.

—Entiendo —asintió el policía—. ¿Tiene profesión en España?

—No —respondió ella—. Ya le dije que vine buscando a mi marido y a mi hija —se silenció unos instantes—. Ella fue raptada y mi marido llegó a España en su busca.

—Vale, vale —lamentó el agente sin hacerle mucho caso—. Mire, usted no es una delincuente y no queremos tratarla como tal, pero su situación en España es de completa ilegalidad, por lo que... —cogió aire— tenemos que tramitar el expediente de expulsión del territorio nacional.

—¿Qué significa eso?

—Pues que en cuanto hayamos hecho el papeleo la enviarán de vuelta a Colombia en el primer avión que salga.

Elisa se echó a llorar, pero el policía estaba acostumbrado a estas situaciones y ni siquiera se inmutó. Muy a pesar suyo, él no podía hacer nada por ella y eso le dotaba de cierta inmunidad sentimental. Evitó mirarla y no quiso escuchar sus lamentos acerca del rapto de su hija, ni de la desaparición de su marido. Eso era algo que le traía sin cuidado. El otro policía se asomó por la puerta y dijo:

—En cuanto esté libre el carcelero la metemos dentro.

Se refería a que la encerrarían en una celda mientras tramitaran los papeles de expulsión. Como no era propiamente una detención, sino más bien un trámite administrativo, se le podía privar de libertad, pero no necesitaba abogado, ni juicio. En cuanto el delegado del Gobierno diese el visto bueno, Elisa partiría sin dilación rumbo a Colombia. Mientras metían sus cosas de nuevo en la maleta, todo lo desordenadamente que podían, Elisa no dejaba de llorar sentada en la incómoda silla de los calabozos. El carcelero, Moisés Guzmán, que ese día estaba de servicio, andaba liado con el papeleo de un menor de edad que debía pasar directamente a la Fiscalía de Menores, pues ya cumplía el tope de horas de detención preventiva. Esperaba, paciente, en el despacho del inspector, mientras un policía terminaba de rellenar los impresos. Este, con el que se conocía desde hacía varios años, le estuvo preguntando por su salud.

—Has de cuidarte Moisés —le dijo—, que el cuerpo lo llevamos encima toda la vida.

Moisés se limitó a sonreír, pues esa tarde no tenía ganas de hablar.

—¡Ah! Estás aquí —le dijo el policía bravucón entrando por la puerta—. Tenemos un ingreso en los calabozos.

—No paráis ¿eh? —dijo Moisés—. Enseguida bajo —añadió.

—Ya casi está —avanzó el inspector refiriéndose a los papeles del menor.

—Ahora mismo voy —le dijo Moisés al policía—. Id anotando sus pertenencias en el libro, por favor, y en cuanto estén los papeles bajo y lo metemos en el calabozo.

—La metemos —puntualizó el policía—. La metemos —dijo socarronamente e hizo el gesto de acariciar una silueta femenina con la mano.

Cuando el policía se fue el inspector le dijo a Moisés:

—Este está más salido que el pico de una mesa —dijo refiriéndose al agente bravucón.

Moisés se rio y cogió los papeles, saliendo del despacho en dirección a los calabozos. Cuando ya casi estaba llegando abajo y se disponía a entrar en las celdas, lo llamó desde el pasillo el oficial de la oficina de denuncias.

—Oye Moisés —le dijo—. Tengo dos felicitaciones para ti en la mesa de la Inspección de Guardia. Pasa a recogerlas y me firmas en el resguardo el recibí.

—Iré después —respondió—. Ahora tengo que meter a una detenida en los calabozos.

—Pero vamos —dijo el oficial—, acaso no tienes ayudantes para hacer ese trabajo. Solo es una mujer y está por Ley de Extranjería. Cualquiera de los muchachos se puede hacer cargo de ella —señaló en relación a los policías de prácticas que colaboraban con Moisés.

Y así fue como Moisés Guzmán recogió las dos felicitaciones públicas que le habían otorgado como recompensa por su buena labor y no llegó a ver en ningún momento a Elisa Méndez, la buena madre, pues se entretuvo hablando con el oficial, el cual le sacó un café de la máquina y estuvieron comentando cosas acerca del trabajo, de lo mal pagado que estaba, y de las ganas que tenían los dos de jubilarse, ya que ambos tenían la misma edad.

A la media hora del ingreso en los calabozos, llegaron hasta la comisaría dos personas provenientes de una asociación de ayuda a colombianos, de nombre Columsos, con el objetivo de dar bastante fianza por Elisa y que esta pudiese salir de los calabozos, al menos hasta que se tramitara el expediente. Ya que uno de los motivos de su detención era la de carecer de domicilio conocido donde poder ser citada en caso de necesidad, los miembros de Columsos dijeron que residía con ellos, mintiendo, pero como eran de fiar, su palabra bastaba para sacar a Elisa de la celda. Exhibieron un puñado de folios con leyes acerca de la privación de libertad, que siendo injustificada podría suponer una falta muy grave de los policías, y el inspector no tuvo más remedio que firmar su inmediata liberación y quedaron en que cuando se hubiese cumplimentado el respectivo expediente de estancia ilegal sería llamada con el objetivo de expulsarla del país. Los miembros de Columsos, un hombre y una mujer, adujeron que la chica tenía una hija aquí; aunque en paradero desconocido, y que tenían derecho a un plazo para encontrarla. Ya que de ser cierto eso no se la podría expulsar tan fácilmente, pues la protección de la niña prevalecía por encima de cualquier otra cuestión legal. Faltaba, no obstante, un documento que certificara que Elisa Méndez podía acogerse al estatus de permanencia en territorio nacional y este era el de tener dinero suficiente como para pasar diez días, el de carecer de antecedentes penales y el de estar en trámite un permiso de residencia eventual. Los dos primeros no eran problemas, pues la propia Columsos aportó el dinero, y el certificado de carencia de antecedentes penales lo extrajeron de los ordenadores de la comisaría. Pero el trámite del permiso eventual, el cual no estaba cursado, fue falsificado por el policía bravucón, a cambio de unos cuantos euros, que puntualmente le pagaron los de la asociación. Ya lo habían hablado antes, cuando el corrupto policía les llamó y les dijo que tenían una chica colombiana que les podía interesar.

—Con ella, sacaréis mucho dinero —les dijo por teléfono—. Está buenísima.

Elisa Méndez abandonó los calabozos de la Comisaría Centro, contenta de su liberación, y agradecida a los miembros de la asociación Columsos, pues estaba en la creencia de que eran buenas personas y que la iban a ayudar. Muy pronto se dio cuenta de que la verdad era bien distinta. Muy pronto.

20

LLEGARON a San Andrés de Llavaneras una sofocante noche de verano que amenazaba tormenta. El calor fue tan tórrido y pegajoso, durante todo el día, que se veía venir que no iba a tardar mucho en llover. El coche subió por la carretera comarcal, desde el acceso de la playa, y llegaron cuando empezaba a ocultarse el sol. El impresionante automóvil hizo girar los ojos de unos niños que jugaban en la calle y dos mujeres asomaron la cabeza por unas ventanas llenas de flores. Desde que Albert Nebot fue nombrado ministro del Interior los habitantes de San Andrés se habían hecho eco de la ilustre personalidad de su vecino. Ya lo conocían, pues los Nebot tenían esa casa desde que Albert la heredó de sus padres, cuando estos vivían en Barcelona y pasaban los veranos en el pueblo. El padre de Albert, un pudiente empresario del puerto de la ciudad Condal, había amasado una impresionante fortuna y se convirtió en uno de los industriales más prolíficos de Cataluña. Invirtió mucho dinero en la educación de su único hijo y le agradó sobremanera cuando este se metió en política. Lástima que no llegó a verlo de ministro, algo que le hubiese encantado enormemente, pues el hombre murió antes de que Albert accediese al cargo. Pero la fortuna de los Nebot pasó a manos de Albert y la gestionó de la mejor manera posible. En ese sentido fue continuista, pues no quiso contradecir los principios de su padre. No vendió ninguna de las propiedades de la familia y la casa de Llavaneras la reformó haciéndola confortable.

San Andrés de Llavaneras era un pequeño pueblo costero, plagado de casitas, y que los pudientes de la capital usaban como segunda residencia para estar cerca de la playa. Inmerso en la montaña, se tardaban apenas unos minutos en acceder a un puerto deportivo a cuyo lado había sendas calas de tierra fina y agua limpia. Tanto en coche como en tren se podía llegar en apenas media hora a la Costa Brava o a Barcelona. Cerca, a tan solo cinco kilómetros, se encontraba el pueblo de Mataró, reconvertido en capital del Maresme, pues ya rondaba los cien mil habitantes, lo que dotaba a San Andrés de una ubicación privilegiada, pues tenía mar, montaña y servicios al alcance de la mano.

El coche de la familia Nebot aparcó ante el porche de arcos tallados que había en la entrada de la casa. Las flores muy cuidadas y los setos recién cortados, ya que aún se respiraba el olor a hierba fresca, evidenciaban que el jardinero estuvo allí hacía bien poco. El soportal veíase limpio y decoroso y los cristales de los grandes ventanales relucientes. Un matrimonio de edad avanzada, ella sesentona y él un poco más mayor, salió del interior de la casa y se apostó ante la puerta del garaje. Miraron con paciencia cómo el chófer introdujo el enorme coche en el poco hueco que quedaba entre una pequeña moto y dos bicicletas. El guardaespaldas salió rápidamente y se apostó

casi en medio de la calle mirando a un lado y a otro. Alertados por el ajeteo varios vecinos asomaron sus cabezas y algunos niños se acercaron hasta la puerta. El escolta ni siquiera los miró. El matrimonio se acercó hasta Patricia y la besaron y la mujer cogió a la niña por la mano y le dijo:

—Eres una chica preciosa. Ven aquí, que tengo algo para ti.

El hombre abrió el maletero y se dedicó a sacar las bolsas, ayudado por el conductor.

—¿Han tenido buen viaje? —preguntó la mujer, con un marcado acento catalán, a Patricia.

—Sí —dijo—. Aunque estamos un poco cansados. Hemos pillado atasco en Barcelona y ella —dijo refiriéndose a la niña— no está acostumbrada a viajar tanto tiempo en coche.

—¿Cómo te llamas guapa? —le preguntó Montserrat a la chiquilla.

—Belinda Cortés —respondió mientras sonreía.

La madre la rectificó enseguida.

—No Belinda —le reprendió—, ya te he dicho que ahora te llamas Belinda Nebot.

Montserrat y Enric, que eran lo que en Cataluña llaman unos masoveros, es decir unos cuidadores de la finca de los Nebot, que a cambio de vivienda y sueldo mantenían la casa en unas condiciones impecables, se miraron de soslayo. Patricia, que percibió cierta complicidad, se atrevió a avanzar:

—Luego le explico Montserrat. Entremos dentro y cuando hayamos deshecho las maletas le contaré.

Cuando hubieron vaciado el coche, ya con el portón del garaje cerrado, el chófer y el escolta se quedaron fumando y hablando en la calle. Durante el viaje no dijeron nada, como siempre, ya que tanto con Patricia como con Albert eran siempre trayectos silenciosos y solamente se limitaban a responder las preguntas que les hacían. Los dos se encendieron otro cigarro y poco a poco se empezaron a retirar los curiosos que habían llegado hasta la calle. Todas las persianas de la casa se cerraron casi a la vez.

Al rato, mientras la niña se divertía en la enorme bañera, Patricia llamó por teléfono a su marido. Se acababa de duchar y estaba sentada en la cama de la habitación de matrimonio donde los últimos veranos durmieron e hicieron el amor, felices. Ahora era distinto, Albert Nebot se debía a su trabajo y este año se auguraba como fundamental para la carrera del ministro, por lo que ella esperaba pasar el verano en compañía de la niña.

—Ya hemos llegado —dijo.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó él.

—Cansados —respondió—. Ya sabes que a mí no me gusta eso de viajar en coche.

—¿Y ella?

—Bien —dijo Patricia—, está bañándose y de momento ha aceptado con agrado a Enric y a Montserrat. Ya sabes que son muy buena gente —añadió—. Cuando esté a solas con ellos les diré que sean amables con Belinda y que eviten responder preguntas que no sepan, ya que podrían confundir a la niña.

Albert no respondió, lo que dio tiempo a Patricia a seguir hablando.

—¿Cómo van los papeles? —le preguntó.

—¿Qué papeles? —replicó Albert confuso.

—Los papeles de Belinda —dijo Patricia irritada—. ¿Cuánto falta para que sea legalmente nuestra hija?

Albert estaba cansado, ya que el día había sido duro y tuvo que presenciar varias reuniones con la policía y la junta antiterrorista. Se repuso de la pregunta de su mujer y dijo:

—No te preocupes por eso. Los temas de adopciones siempre son lentos, pero utilizaré todas mis influencias para agilizarlos lo más que pueda. Espero —dijo dubitativo— que cuando termine el verano la niña sea hija nuestra de derecho.

Luego se detuvo un momento para sorber un poco de agua y añadió:

—Cuando empiece el colegio será una Nebot.

—Hoy —interrumpió Patricia— cuando le ha preguntado Montserrat su nombre ha vuelto a decir: Belinda Cortés.

—Vaya —chasqueó los labios Albert—. Aún sigue recordando a sus padres.

—No —dijo Patricia—, de sus padres apenas habla ya, pero sigue diciendo su apellido cuando le preguntan. ¿Sabes algo más de ellos?

—Solo que están muertos —respondió tajante—. Pero a Belinda le costará aceptar eso.

—Espero que así sea.

—Espero que sí —repitió Albert—. Te tengo que dejar, mañana he de madrugar y estoy bastante cansado.

—Cena algo —sugirió su mujer— y vete a dormir pronto.

—Un beso —dijo él y colgó.

Albert Nebot estuvo tentado de decirle a su mujer que evitara que la niña viera la prensa, ya que temía que pudiese reconocer la fotografía de su padre, Gabriel Cortés, en el caso de que publicaran la noticia de la muerte del colombiano en los diarios de Cataluña. Pero prefirió callar y albergar la posibilidad de que no fuese así. La eventualidad de que Belinda pudiese tener acceso a un periódico y que encima fuese el de la noticia del colombiano muerto era tan remota que ni siquiera se preocupó por eso. Las cosas, de momento, estaban saliendo bien.

La mañana siguiente amaneció soleada; aunque por la noche cayeron algunas lluvias. El chófer, que durmió fuera de la casa, llegó para recoger el coche. No le preguntaron por qué, pero tenía fama de putero, y supusieron que había estado toda la noche de juerga. Se presentó con unas gafas de sol que le tapaban completamente los ojos; aunque bien afeitado y limpio. El escolta, sin embargo, se alojó en la misma casa, en una habitación de la planta de arriba, apartada del resto.

—¿Ha desayunado? —le preguntó Montserrat.

—Solo un café.

Y la mujer les preparó, tanto a él como al escolta, unas rebanadas de pan con mantequilla y una jarra de zumo de naranja recién exprimida.

—*Que us vingui de gust* —dijo en catalán.

Los dos hombres asintieron y se dispusieron a desayunar copiosamente.

En la habitación de arriba se desperezaban Patricia y Belinda y preparaban, con cierto entusiasmo, las bolsas para ir a la playa. Belinda no había ido nunca y sentía una mezcla de curiosidad y miedo. Aunque el sol no había salido aún, se vislumbraba que más tarde sería un día claro, lo que animó a las dos a programar una mañana entera en la playa. Patricia se lo hizo saber a Montserrat y esta al escolta. El protocolo de actuación exigía que el encargado de su seguridad se pusiera en contacto con las autoridades locales para analizar la protección de la familia del ministro en todos los lugares donde pudiesen estar.

Las dos se ducharon juntas en el cuarto de baño de la planta de arriba, enorme. Belinda, muy ilusionada con pasar el día en la playa, le preguntó a su madre.

—¿Vendrá papá con nosotros?

La mujer no cabía dentro de sí. Sabía, no podía ser de otra forma, que la chiquilla se refería a Albert Nebot, su nuevo padre. Y eso la llenó de satisfacción, pues aunque la había aceptado a ella como madre desde el primer mes de llegar a España, no ocurrió lo mismo con su marido, al que rechazaba en demostradas ocasiones. Influyó en ello el hecho de que pasara más horas con ella que con él y que Albert siempre fue una persona distante.

—No, hija —lamentó—. Papá tiene mucho trabajo en Madrid y es posible que no pueda venir con nosotras. Pero —añadió— si te parece bien esta noche le llamaremos por teléfono y podrás hablar con él.

Belinda asintió con la barbilla sin poner demasiado entusiasmo en ello y siguió chapoteando las manos en la gigantesca bañera.

Luego, mientras Patricia se secaba las piernas con una toalla, la chiquilla la miró y le dijo sonriendo:

—Te pareces mucho a mi mamá. Ella también es muy guapa.

El rostro de Patricia se convulsionó y estuvo a punto de llorar, pero aguantó el estoque como pudo y una vez se hubo puesto el biquini, se enrolló la cintura con una toalla y salió al pasillo de la planta cerrando la puerta tras de sí.

«Dios mío —lamentó—, aún recuerda a su madre».

Bajó hasta la cocina y le dijo a Montserrat:

—Puede terminar de bañar a Belinda, quiero desayunar y preparar la bolsa antes de que sea muy tarde.

Montserrat asintió y subió de inmediato a la planta de arriba para terminar de arreglar a la niña. Estuvo tentada de preguntarle a la señora si había algún problema, pues la vio contrariada, pero prefirió callar y no inmiscuirse en asuntos que para nada le competían.

En la cocina estaban el chófer y el escolta, que miraron de refilón la esbelta y bien formada figura de Patricia. Ella, que se dio cuenta, bajó la mirada y se sintió violenta.

—¿Ya han desayunado? —les preguntó a los dos.

—Sí señora —respondió el escolta.

Y como esa pregunta conllevaba una despedida implícita, ya que era como un «me dejan sola en la cocina», los dos salieron por la puerta y se apostaron en la entrada a la espera de las instrucciones de partida hacia la playa.

Enric frotó el coche con una esponja y se dispuso a limpiarlo, mientras que Montserrat bajaba por las escaleras con la niña cogida de la mano. Patricia ya había untado mantequilla en dos tostadas y exprimió unas naranjas vertiendo a continuación el jugo en una jarra de cristal.

—Hola guapa —le dijo a la niña—. ¿Tienes hambre?

Sin decir nada se sentó en la silla que había ocupado el escolta y mordió la tostada enérgicamente. Montserrat, que percibió mal ambiente entre Patricia y la niña, salió al porche y se acercó hasta su marido diciéndole algo al oído. La señora vio esa acción por la ventana de la cocina y supuso, sin riesgo a equivocarse, que la mujer le estaba diciendo a su marido el distanciamiento que había percibido entre ellas dos. Vertió un poco de café en una taza y le dijo a Belinda:

—Tus padres somos nosotros.

La niña ni siquiera levantó la cabeza del plato con la tostada.

—Has de comprender —insistió—, ya tienes edad para eso, que tus padres ahora somos nosotros, que tus apellidos son Nebot Suárez, Nebot por tu padre y Suárez por tu madre —puntualizó—. Tus anteriores padres —cogió aire—, ya no están. Aún eres muy joven, quizás, para entender eso, pero has de saber que nosotros te queremos mucho, que tu mundo ahora es este, y que nada te va a faltar. Que para nosotros —se le escapó una lágrima— lo más importante es tu felicidad. Y sobre todo —dijo con voz temblorosa— es que tú y yo podamos llegar a ser buenas amigas. Las mejores amigas que nunca habrá.

Belinda, que había seguido mordisqueando la tostada, levantó la cabeza y miró a su madre. En su mente infantil sintió pena de ella. No dijo nada, pero recordó cómo entraron tres hombres encapuchados en su casa de Medellín una noche. Cómo su auténtica madre quiso protegerla y cómo esos hombres malos golpearon a su padre. Recordó cómo la llevaron en un enorme coche hasta una casa y la arrojaron en una habitación sin ventanas mientras le inyectaban algo que le hizo daño en el culo y la obligó a dormir durante mucho rato. Se despertó con la boca pastosa y con los recuerdos difusos. Durante dos días, o eso creyó, entraba en la habitación, con cierta asiduidad, un hombre a darle de comer. Ella siempre le preguntaba por sus padres. Él nunca le respondía. Al salir cerraba la puerta con llave, pero siempre se quedaba alguien fuera, pues los escuchaba hablar entre ellos. Una de las voces tenía acento colombiano, las otras no. En una ocasión, cuando ya llevaba casi dos días en la habitación, oyó cómo uno de sus captores hablaba, posiblemente por teléfono, con otra persona. No distinguió muy bien lo que decía, pero de vez en cuando, ese hombre, pronunciaba el nombre *Sobrino*. Así, dentro de sus frases, escuchó algunas como: «Sobrino mañana salimos» o «la niña está bien, no se preocupe». Belinda asociaba al tal Sobrino con alguien bueno preocupado por ella y los otros como personas malas. Así que para ella, Sobrino era alguien que la sacó de su secuestro. Luego, antes de llegar a España, le dijeron que sus padres habían muerto y que ellos se harían cargo de ella. Que la cuidarían. Que le darían un hogar. Que serían sus nuevos padres.

—Ya tengo ganas de ir a la playa —dijo para sorpresa de Patricia.

—¿De verdad? —sonrió esta—. Pues no te puedes imaginar lo que me apetece a mí pasar un día enterito contigo. Ya verás —se animó—, la playa de San Andrés de Llanerías no tiene parangón.

—¿Montaremos en barco?

Patricia se rio.

—Claro hija —dijo—, montaremos en lo que tú quieras. Ya verás cuántos barcos hay. Cientos de ellos y todos preciosos.

—¿Pescaremos?

—¡Umh! —frunció el entrecejo—, eso es más difícil, pero sí que podremos ver cómo pescan. En cuanto lleguen las barcas a puerto nos acercaremos a ver cómo descargan los peces.

Mientras Belinda se terminaba el zumo, Patricia salió al porche. Enric estaba echando agua por encima del coche y tanto el chófer como el escolta se fumaban un cigarrillo. No se dio cuenta de que aún iba ataviada con el biquini y la toalla enrollada en la cintura, pero no le importó sentirse deseada. Los hombres la miraron con impudicia.

—¡Sergio! —llamó al escolta—, salimos en unos instantes.

Y todos se pusieron manos a la obra. El escolta llamó al jefe de la Policía Local y le hizo partícipe de la pronta salida de la familia del ministro para que este hiciera los preparativos necesarios. En unos minutos se vieron pasar por allí a dos coches de la policía. Y en media hora partía el coche oficial rumbo a la playa.

Lo primero que hicieron, nada más llegar a la playa, fue clavar dos buenas y enormes sombrillas, pues aunque la niña era morena de piel, temía Patricia que pillara una insolación al no estar acostumbrada a tomar el sol de continuo. El coche oficial aparcó delante del puesto de seguridad del puerto Balís y le encomendaron al vigilante la custodia del mismo; aunque la Guardia Civil patrullaría esa zona durante la estancia de la familia del ministro. Uno de los escoltas se puso cómodo, en pantalón corto y camiseta de tirantes mostrando sus prominentes músculos, y estuvo todo el rato próximo a Patricia y Belinda. La poca gente que había en la playa no era ajena a los forasteros e incluso alguna mujer cuchicheó al reconocerlos.

—¡Mira! Ahí está la mujer del ministro Nebot.

En el acceso principal a la playa desde la carretera nacional se situó un coche de la Policía Local. Más arriba, en la entrada del término municipal uno de la Policía Autonómica y en toda la zona del puerto deportivo dos vehículos de la Guardia Civil. Uno de los escoltas intercambió números de teléfono con los agentes por si fuera necesario llamarlos. Y el otro preguntó un buen sitio para comer en caso de que la mujer del ministro decidiera quedarse a comer en la playa. Este dato era importante, pues antes de que fuera la familia al restaurante, él debía ir y cerciorarse de que la seguridad estaba garantizada y de que había una buena vía de escape en caso de un atentado.

Belinda estuvo casi todo el rato jugando en la arena y aunque no le desagradaba la playa, dijo que el agua estaba fría y solo se mojó al llegar. Luego se puso a hacer castillos de arena. Dos niños que estaban con sus familias en la playa hicieron el intento de jugar con Belinda, pero el ambiente de los escoltas mirando y los coches de policía patrullando constantemente hizo que desistieran. Belinda tampoco les hizo mucho caso, para ella todo era nuevo y necesitaba experimentar con su entorno.

Patricia se acercó hasta Belinda sosteniendo el teléfono móvil en la mano y le dijo que sonriera mientras se hacían una foto ellas dos. Colocaron sus cabezas tocándose entre sí y alargó la mano para apartar el móvil lo más lejos posible. Accionó el disparador y luego le envió la imagen al teléfono de Albert. Le haría ilusión verlas en la playa.

21

MOISÉS Guzmán, el buen carcelero, se había acostumbrado, quizás demasiado, a asistir al bar Piscis de la calle Ibiza. No pasaba un fin de semana sin adentrarse en la oscuridad del local y compartir un rato de conversación con alguna chica de las que allí había. Se hizo amigo de la dueña, una emigrante francesa a la que su acento la dotaba de una sugerencia exquisita, y que a pesar de sus sesenta y pico años, nunca dijo su edad de verdad, aún conservaba un encanto fuera de toda duda. Nunca subió a las habitaciones con ninguna chica, pues no se sintió preparado para ello; aunque ganas no le faltaron. Pero sí que conversó con casi todas y en especial con una rumana de la que se encaprichó y sentíase a gusto en su compañía. Sentado en la parte más alejada de la puerta y distanciado de la gramola lo suficiente como para no sentirse aturdido por la fuerte música, Moisés se bebía lentamente un *cubata* por noche y se fumaba un único cigarro rubio que le entregaba la madama del local. El resto de clientes, algunos ya conocían su condición de policía, lo saludaban con la cabeza y luego seguían a lo suyo. Moisés, por su parte, se había acostumbrado a la excesiva demostración de cariño de las chicas, que siempre se acercaban hasta él a saludarlo, y sus apuestas entre ellas acerca de quién sería la primera en subírsele a la habitación.

Un día del mes de julio, que tuvo una mañana muy calurosa, pero que luego refrescó cuando se hizo de noche, Moisés llegó, como siempre, al bar Piscis. Era un poco más pronto de lo habitual, apenas las once de la noche, cuando lo normal era que llegara pasadas las doce. Apenas había dos clientes en la barra y contó con la vista a todas las chicas, por lo que supo que no había ninguna en las habitaciones. La madama se acercó hasta él y puso el posavasos sobre el mostrador y le acercó un paquete de tabaco.

—¿Todo bien Moisés? —le preguntó con tono cariñoso.

—Bien —dijo sin más explicaciones.

—¿Ya estás de vacaciones?

—No las cojo hasta septiembre —respondió—. Tampoco tengo pensado ir a ningún sitio.

—En verano —argumentó ella— donde mejor se está es en la ciudad. Toda para nosotros. Sin tráfico, sin gente, sin colas...

—Cierto —replicó él.

Se fijó Moisés en el grupo de chicas que posaban y fumaban junto a la gramola, y vio que era la misma cantidad de cada día: siete, pero que una de ellas era nueva. Supo entonces que alguna de las chicas estaría en la habitación con un cliente y que una de las del grupo era recién llegada. No tardó en darse cuenta de quién se trataba. Lo que más le llamó la atención era que la chica

estaba fuera de lugar. No encajaba en aquella estampa de ninguna de las maneras. Un poco más mayor que las otras, que apenas contaban veinte años, pero con una mirada llena de energía. Y sobre todo las piernas: preciosas. Su silueta recortaba la oscuridad del local como si fuese un eclipse de sol. No hablaba con las demás; aunque estaba con ellas. Apoyada de pie en el lateral de la máquina de discos sintió pena Moisés, pues la vio distinta.

—¿Y esa? —le preguntó a la madama.

—No creo que dure mucho —respondió—. La trajeron esta mañana y hoy es su primer servicio. No está por la labor.

—Es muy guapa —advirtió Moisés.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero no es vocacional, y eso lo percibirán los clientes.

—Pero... —se sorprendió Moisés— ¿hay prostitutas vocacionales? Yo creía —puntualizó— que las chicas que trabajan en tu local es por necesidad.

—¿Necesidad, vocación? —se preguntó en voz alta la madama—. ¿Qué más da? El caso es que esas —dijo señalando al grupo de rumanas— están aquí porque necesitan dinero por diferentes motivos. Unas para volver a su país y otras porque no tienen otro trabajo. Pero la mayoría saben que no durarán mucho en la profesión y que pasados unos años, su vida será completamente diferente a la de ahora. Han asumido su situación de tal forma que ya no es deshonrosa para ellas. Cuanta más pasión pongan en lo que hacen más hombres subirán con ellas a la habitación y antes cumplirán sus sueños. Hasta contigo, viejo amigo, son agradables porque las invitas a una copa que les reporta beneficios. O acaso —se silenció un momento pensando bien lo que iba a decir— ¿crees que estarían contigo si no fuese por interés?

Moisés se mostró aturdido pues no se esperaba esa ofensa por parte de la madama, pero reconoció que no le faltaba razón.

—Y entonces ¿qué es lo que le pasa a esa chica?

—No sé, pregúntaselo tú a ver si sacas algo. Yo, como buena madama, no hablo con ellas. No me importan sus vidas ni su situación personal. Ellas vienen aquí y trabajan y yo les pago a razón de lo trabajado. Las que más funcionan cobran más y las que menos funcionan pues... bueno, ganan menos dinero. Pero eso a mí me trae sin cuidado. No bebo con ellas y ni siquiera converso. Ellas a lo suyo y yo a lo mío.

—¿Cómo se llama?

—Veo que tienes interés ¿eh? —replicó—. Se llama Elisa y es la primera vez que tengo una colombiana trabajando aquí.

—¿Colombiana? —preguntó extrañado.

—Sí, así es.

—Y... ¿por qué está aquí?

—Ni idea. La trajeron los de Columsos y no me dieron más explicaciones que las que te he dado yo a ti. Me dijeron que la tuviera unos días aquí a ver si funcionaba; aunque como siga así pronto le daré la patada en el culo para que se vaya.

—¿Has dicho Columsos?

—Sí, es una empresa de ayuda a colombianos. Ellos les proveen de papeles para regularizar su situación y supongo que las chicas tienen que aportar algo a cambio.

—Unas almas caritativas ¿no?

Los dos se sonrieron.

—Mira Moisés —dijo la madama—, el mundo está lleno de dos tipos de personas: los que comen y los que se dejan comer. Y ella —dijo señalándola con la barbilla— es de las que se dejan comer. La chica no tiene garra. Está abatida y sin ganas. Les diré a los de Columsos que la metan en una fábrica, o lavando platos en un restaurante, pero que para este negocio no sirve.

—¿Cuánto se llevan ellos?

—La mitad —respondió—. La mitad para ellos, la mitad de la otra mitad para mí, y la mitad restante para la chica.

Moisés no la creyó, pero no dijo nada.

—¿Puedes llamarla? —dijo—. Me gustaría hablar con ella un rato.

—Nunca mostraste tanto interés por ninguna de mis chicas —vaticinó—. Algo habrás visto en ella. Algo especial que conmueva tu libido agarrotada.

—Así es —replicó—. Y no es lo que tú piensas... —le dio una calada al cigarro—. Son sus ojos.

Los dos miraron hacia el rincón donde estaban las chicas. La mujer apagó el cigarro en el cenicero y le tocó la barbilla a Moisés con un ensortijado dedo.

—Tienes razón —dijo la madama—. Son bonitos.

—No, no es eso, es que están tristes.

LA entidad encargada de tramitar las adopciones en Colombia es el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, organismo del Estado que depende directamente del Ministerio de Salud y que posee una amplia trayectoria en la custodia de la infancia y la familia, cuyo principal programa es el de protección de la niñez, adolescencia y familia. Obviamente ese organismo no sabía nada de la adopción de Belinda Cortés, pues no se hizo ningún trámite a través de ellos. Pero todo el papeleo que necesitaba Albert Nebot para inscribir a la chiquilla como hija de él y de Patricia Suárez, no servía de nada si no lo certificaba dicho organismo. Sobre la mesa del despacho del ministro del Interior había multitud de documentos, perfectamente organizados, necesarios para la nacionalización, primero, y la adopción, después, de Belinda Cortés Méndez, que si todo salía bien pasaría a llamarse Belinda Nebot Suárez. Observó el Certificado de Idoneidad, el Certificado Literal de nacimiento de los dos: de Patricia y el suyo, el Certificado de Matrimonio, el de Haberes, el informe financiero, los exámenes médicos y los informes médicos de los dos cónyuges, pasaporte, fotografías y algún papel más, que sin ser necesario, aportó por si acaso. Pero el gran problema que tenía ahora era el sello del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, sin cuya aprobación no se podía validar la adopción. Obviamente no pudo obtenerlo cuando trajeron a la niña de Medellín, pues los padres aún vivían y se trataba de un rapto y no de una adopción legal.

La muerte de Gabriel Cortés, el padre biológico de Belinda había solucionado uno de los problemas. Pero aun en el caso de que muriera la madre, pensó Albert Nebot, siempre tendría que demostrar que la niña venía de un centro de acogida. Además, y eso lo desconocía, no debía tener ningún familiar que pudiese reclamar la patria potestad de la chiquilla. Desde que Belinda llegó de Medellín perdió todo contacto con el tal Abel Arango y con los dos hombres que le acompañaban. Ese fue el trato. No habría llamadas telefónicas, ni cartas, ni visitas. «Usted y yo nunca nos conocimos», le dijo el comerciante al despedirse y recibir el resto del dinero pactado. Para aquellos sicarios Albert Nebot solamente era *Sobrino*, un mote con el que lo conocían de pequeño y que era la traducción de Nebot al castellano. Albert hizo dos pagos: uno cuando cerraron el trato de forma verbal, treinta mil euros, el otro, los setenta mil restantes, cuando la niña llegó al aeropuerto de Madrid. Cien mil euros por la felicidad de su mujer, y la suya propia, no era dinero.

Y como Albert Nebot no quiso involucrar a nadie más en la adopción forzosa de Belinda, ya que cuanta menos gente estuviese implicada menos posibilidades habría de que se descubriera la fechoría, optó por gestionar el contacto de algún buen falsificador que pudiese manipular un

certificado de adopción del Instituto Colombiano de Bienestar Social. Pero la pregunta que se hizo fue: «¿A quién se lo encargo?».

Ya habían pasado unos años desde que defenestraron al director de la Guardia Civil, y al director del Banco de España, y a un ministro del Interior y a su secretario para la Seguridad. Pero eso aún estaba en el recuerdo de Albert como un trance que nunca debía pasar. La democracia se había consolidado de tal forma que la prensa estaba loca por engullirse a alguno de los servidores del Estado. Si se descubriese lo que el ministro del Interior había hecho, no solo peligraría su cargo, sino que acabaría en la cárcel y su futuro sería desalentador. Patricia se derrumbaría cuando le quitaran a la niña, que volvería a Medellín. Sus amigos le darían la espalda. Y todo, todo lo que tenía se iría por el fregadero. Estaba pensando en eso cuando tuvo conciencia del alcance de sus actos. El único en el que podía confiar era el guardaespaldas que le recomendó a Abel Arango, el comerciante de Medellín. Fue el mismo que le fue a quitar la llave del apartado de correos al padre de Belinda, la catastrófica mañana en que fue arrollado por un autobús. El mismo que le recomendó a Abel Arango, el comerciante de Medellín, para traer a una niña de Colombia de la que se había encaprichado. El mismo que yacía olvidado en el viejo cementerio de Vallecas y que ahora hubiese sido bueno tener a su lado, pues siempre fue fiel, y le hubiese sido de ayuda contar con él. Pero el ministro del Interior estaba solo en esto y no podía, de momento, confiar en nadie.

Guardó los documentos de la niña en la caja fuerte. Encima del periódico donde publicaban la muerte del colombiano en los calabozos de la Comisaría Centro. «¿Para qué guardaré esto?», se preguntó. Luego se sentó de nuevo en su despacho y le dijo a la secretaria por el teléfono interior que no le pasasen llamadas. Necesitaba pensar. Se dijo a sí mismo una frase que una vez oyó de un amigo al que nunca más vio: «cuando te hundes en la mierda no brucees, pues cada vez te hundirás más». Lo cierto es que necesitaba ayuda y con su mujer no podía contar, pues ella no sabía nada de las condiciones en que llegó Belinda. Para Patricia todo era legal. Su marido gestionó la adopción de una niña preciosa. Sola. No ahondó en explicaciones, pero le dijo que sus padres murieron y que la chiquilla era muy joven para entender eso. Que con el tiempo todo pasaría. Que la niña sería feliz y ellos también. Su mujer no entendía muy bien por qué tanto secretismo, pero Albert la convenció de que un ministro es un blanco fácil para los demás. De que no convenía decir nada hasta que la niña fuese legalmente de ellos. Y en eso estaba.

Hacía unos cuantos días que Albert Nebot tuvo una reunión con los sindicatos de la Policía Nacional, en la Junta de Seguridad, acerca de una pretendida trama de corrupción entre agentes de distintas comisarías. Se les achacaban extorsiones en comercios, apropiación de objetos procedentes de robo, incluso dinero, y amenazas a clanes de delincuentes que operaban en la zona. Hubo unas cuantas denuncias y algún juez juzgó de forma desfavorable a algunos agentes, a los que puso multas prácticamente irrisorias. Pero en esa última reunión con la Junta de Seguridad, salió a relucir el tema, y pusieron sobre la mesa el nombre de un inspector jefe que posiblemente estuviese al mando de esa mafia policial. El nombre era Jacinto Martos, un cincuentón de la Jefatura, conocido por sus bravuconerías y su acelerado tren de vida. Lo habían denunciado en varias ocasiones, pero como los trapos sucios se lavan en casa, fueron los de Asuntos Internos los encargados de investigarlo. Nunca probaron nada, pero su nombre sonaba tanto en los ambientes turbios de la capital, que en esa última reunión con la junta su nombre salió a relucir y se habló de separarlo del servicio de forma cautelara, ya que había varios periodistas tras él en busca de la

noticia del mes. Albert Nebot se fijó en la foto que los de la Junta de Seguridad pusieron encima de la mesa y delegó en sus miembros el castigo para Jacinto Martos. En esa reunión andaba atareado con la muerte del colombiano y no pensó más en eso, pero ahora, cuando un simple certificado lo separaba de la adopción de Belinda, no le pareció tan mala idea utilizar los servicios de ese inspector jefe.

Llamó a su secretaria desde el teléfono interior:

—Marta —le ordenó—. Tráigame el expediente de Jacinto Martos.

No fue necesario decirle que era un asunto confidencial, pues todo en el Ministerio del Interior tenía esa calificación.

La secretaria llamó a su vez al secretario de Estado para la Seguridad y le dijo que el señor ministro quería ver el expediente del inspector Jacinto Martos. En unos minutos llegaba una copia a través del fax del despacho. El secretario de Estado, por supuesto, no hizo preguntas.

Sobre la mesa del ministro dejó la joven una carpeta blanca con el logotipo de la Policía Nacional y con un sello que decía: «SECRETO». En el interior varias hojas en blanco y negro con los datos del expediente.

Albert Nebot lo abrió por la primera hoja y leyó el historial de Jacinto Martos. Excelente. Era un agente expeditivo, de métodos poco ortodoxos, pero eficiente. Contaba con innumerables felicitaciones públicas por otros tantos servicios exitosos y diez medallas al mérito policial, superando con creces la media de los agentes de su edad. Divorciado y sin hijos, vivía en un chalet de Puerta de Hierro, muy cerca de la casa de Albert Nebot. Prácticamente eran vecinos. El expediente terminaba con anotaciones acerca de una pretendida trama de corrupción policial que él lideraba y un enriquecimiento excesivo dado el sueldo de un inspector jefe. Los de Inspección Interna habían adjuntado un *dossier* paralelo donde se mencionaba un grupo llamado los *Pata Negra*, que eran unos agentes selectos escogidos personalmente por el propio Jacinto Martos y que le secundaban en una serie de servicios policiales sometidos a investigación. Se nombraba un alijo bastante importante de cocaína desaparecido, pues nunca llegó al registro de Sanidad. De varias denuncias de empleados de locales de la zona de copas. De alguna paliza propinada a algún portero de discoteca y en cuya denuncia reconocía a alguno de los *Pata Negra*. Y en variadas y cuestionables intervenciones policiales donde los de Inspección Interna tuvieron que husmear para intentar aclarar las cosas.

«Ese es mi hombre», se dijo el ministro, y cerró la carpeta de un golpazo.

Luego la metió entera en una destructora de papeles que había en su despacho y en unos segundos salieron por la papelera trozos, diminutos, de lo que fue el expediente de Jacinto Martos.

Esa misma noche, antes de llamar a San Andrés de Llavaneras, para preguntarle a Patricia cómo había ido el primer día de playa de Belinda, cogió uno de los teléfonos móviles del ministerio que tenían para asuntos secretos. La compañía telefónica tenía la obligación de emitir unas tarjetas de teléfono cuyas llamadas no quedaban registradas en sus ordenadores. Los altos cargos las usaban para realizar llamadas de alto secreto y que nunca podían ser rastreadas ni escuchadas aun por la más avanzada tecnología. Albert Nebot se hizo acompañar por el escolta hasta la sierra y le ordenó detener el coche en una zona alejada de cualquier vivienda. Se bajó y anduvo unos metros hasta que estuvo solo. Desde allí llamó por teléfono.

—Señor Jacinto Martos —dijo.

—Sí ¿quién es?

—Soy Albert Nebot, el ministro del Interior. Tenemos que hablar en privado.

23

HABLARON, hablaron y hablaron. Los ojos de Elisa Méndez se posaron sosegados sobre el rostro afable de Moisés Guzmán. Él la escuchaba unas veces. Otras, era ella la que le dejaba hablar. Las otras chicas los miraron celosas, pues nunca el buen carcelero había conversado tanto con una de ellas. La pareja se acomodó en uno de los rincones más alejados de la entrada. El más oscuro. Moisés pidió a la madama una de las mejores botellas de cava catalán que trajo ella misma y dejó en la mesa sin entretenerse a hablar con ellos. El buen carcelero se fumó dos cigarros más del paquete rubio que tenían en el Piscis para él solo. Se sintió nervioso e intranquilo por la presencia de Elisa, pues por primera vez desde hacía muchos años se encontraba enamorado. Y eso le asustaba. La chica era distinta. Conservaba un orgullo y una autoestima fuera de toda duda. A pesar de estar allí, en un bar de alterne, se la veía altiva y con la cabeza bien amueblada. Tenía las ideas claras. Los dos estaban a gusto.

La colombiana le habló de su vida en Medellín, omitió lo del secuestro de su hija y la desaparición de su marido, pues había asimilado que eso no le interesaría a un cliente como él. Además, los de Columsos ya le dijeron que se dejara de monsergas y que lo que tenía que hacer era ganar dinero para pagar el rescate de los calabozos de la policía. Eso se lo debía Elisa a ellos.

La conversación con Moisés se tornó profundamente agradable. Los dos soñaron. Cada uno le explicó al otro lo que le gustaría hacer.

—Tú aún eres muy joven —le dijo a ella—. Tienes todo el tiempo del mundo para hacer lo que quieras —se sintió paternalista.

—Ya sé que puede ser un tópico —rebató Elisa—, pero tú todavía estás en situación de hacer muchas cosas, ¿cuántos años tienes?

—La mitad de un siglo —respondió.

Luego Moisés se acordó de las palabras de la madama cuando le dijo que las chicas estaban con él por necesidad y no por devoción, y no queriendo violentar a Elisa le dijo que podía marcharse en cuanto quisiera.

—No —replicó—, estoy muy bien aquí contigo.

—Yo no voy a subir a la habitación —le dijo Moisés—. Nunca lo hago.

—¿Y? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que conmigo no ganarás dinero. Quizás sería mejor que fueses con otro cliente.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre Elisa, que empezó a encapricharse de Moisés. Sí que es cierto que no fue casual que se acercara hasta él, pues sabía

por las demás chicas que era policía. Y un policía amigo le podría ayudar a encontrar a su marido y a recuperar a su hija. Al verlo maduro se imaginó que sería un jefe. Pero tras hablar con él se dio cuenta, por su sencillez y humildad, que seguramente sería un simple policía. Nada más. Quizás fue eso lo que percibió Moisés y entonces se sintió disgustado. Ella tuvo que reaccionar rápido y poner toda la carne en el asador.

—Te cuento un secreto —le dijo acercándose a él.

Moisés adelantó el oído para escucharla.

—Aún no he subido con nadie a las habitaciones. Y creo que la jefa está disgustada conmigo por eso. Pero es que... —se detuvo un instante— yo no soy una puta. Y como no soy una puta no me acuesto por dinero...

Moisés se incomodó enormemente al darse cuenta de la ofensa que había proferido a la chica con su último comentario. Y quiso disculparse.

—Lo siento. No pretendía. Es que...

—Ya lo sé —dijo ella—, estás acostumbrado a tratar con putas. Pero yo no estoy aquí por gusto, ni por dinero, ni siquiera por necesidad. Estoy aquí por mi hija y por mi marido. Pero... —se detuvo un instante— este sitio no es seguro para mí, ¿podríamos ir a un lugar más tranquilo?

—No sé si la madama dejará que saque una chica del local —rebatió Moisés—. Y... —añadió— no sé si eso es bueno para mí. Apenas te conozco y bien podrías engañarme.

Luego se silenciaron un instante y ninguno de los dos dijo nada. Se miraron a los ojos y vio Moisés en los ojos de Elisa que ella era buena y de fiar. Y vio Elisa en la mirada profunda de Moisés que él era una buena persona. Después apagó Moisés el tercer cigarro que fumaba esta noche en un cenicero de cristal que había en el centro de la mesa y se puso en pie, acercándose hasta la barra. La madama lo miró y sonrió.

—A ver si esta colombiana es la que va a doblar al irreductible Moisés —aseveró.

Moisés arrugó la frente.

—Me la quiero llevar a mi casa —dijo.

—Sabes que no te conviene —advirtió la madama—. Te sacaré el dinero y si te la llevas a tu casa puede que no se vaya nunca de allí hasta que consiga lo que quiere.

—¿Y qué quiere? —preguntó el buen carcelero.

—Lo que quieren todas Moisés. Dinero, papeles, ser españolas...

—Correré ese riesgo.

—Sabes que está ilegal.

No lo sabía, pero dijo:

—Sí, lo sé.

—Supondrás que lo que quiere es regularizar su situación y que sabe que tú eres policía y seguramente la ayudarás.

Moisés no respondió. Ya había tomado una decisión y todos los esfuerzos por hacer que cambiara de opinión serían inútiles.

En la mesa permanecía sentada Elisa, visiblemente nerviosa, mientras Moisés y la madama negociaban su salida del local.

—¿Es cuestión de dinero? —dijo él.

—Ya sabes que no. Es cuestión de palabra. Les dije a los de Columsos que ella no saldría de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Moisés.

—Me lo pidieron ellos.

—Digo..., que ¿por qué no puede salir de aquí?

—No sé. Tendrán miedo a que se fugue, supongo.

—¿Crees que no te la devolveré?

—Mira Moisés —le dijo ofreciéndole un cigarrillo que el buen carcelero rechazó—, eres libre de hacer lo que te plazca y ya sé que has tomado una decisión y nada te hará cambiar de opinión. Si te la quieres llevar —dijo señalando a Elisa con la cabeza— pues llévatela. Yo me encargaré de mentir a los de Columsos si me preguntan por ella. Y si quieres un consejo...

—No lo quiero —la interrumpió Moisés—. Pero gracias de todos modos.

Dejó trescientos euros sobre el mostrador y cogió a Elisa por el brazo y le preguntó:

—¿Tienes algo que coger?

—Lo llevo todo encima —respondió ella.

—Pues vamos.

Los dos salieron por la puerta ante la mirada atenta de las otras chicas y de un par de clientes que ya conocían a Moisés y nunca lo vieron salir con una chica.

En la puerta llamó a un taxi por teléfono y mientras esperaban se sintió Moisés incómodo, pues todo el mundo lo miraba. Elisa Méndez era realmente guapa y vestía ligera, pues acababa de salir del bar Piscis y ni siquiera se puso una chaqueta encima para tapar lo poco que dejaba a la imaginación. Destacaba el contraste de la colombiana y el policía, la diferencia de edad y la notoriedad de que eran una puta y un cliente. Esa sola idea les molestaba a los dos, ya que Moisés no pensaba así, y mucho menos Elisa.

En apenas tres minutos paró el taxi ante la puerta del bar. Los dos se subieron.

—A la plaza Alonso Martínez —dijo Moisés sin demora.

El hombre puso en marcha el taxímetro y arrancó despacio, incorporándose en el carril de la derecha. Durante el trayecto nadie habló. El conductor, de vez en cuando, resbalaba sus ojos por el retrovisor y los posaba en el escote de Elisa. Luego, cuando la mirada censuradora de Moisés lo observaba, los apartaba y los posaba en la carretera. Apenas había tráfico, a esas horas Madrid estaba vacío y los pocos coches que circulaban lo hacían despacio, disfrutando de los trayectos. Los semáforos parpadeaban en ámbar y solo la sirena de una ambulancia rompió el silencio del viaje. El taxista se arrinconó en el arcén para dejarla pasar.

—Aquí —dijo Moisés.

El taxi se paró en el paso de cebrá de la calle Almagro. La pareja se bajó y Moisés pagó la carrera.

—Buenas noches —se despidió.

El taxista le echó una mirada de complicidad y clavó unos segundos sus ojos en las largas piernas de Elisa. Luego sonrió y arrancó despacio. Se perdió en la esquina de la calle Génova.

Se cogieron de la mano y cruzaron la plaza hasta llegar al piso de Moisés. La calle estaba completamente vacía, a excepción de cuatro jóvenes que pasaron gritando y riendo. Llegaron al portal y Moisés abrió con la llave que tenía preparada en la mano. Entraron y subieron las escaleras.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Moisés entrando en la cocina.

Sabía el buen carcelero que apenas tenía bebidas que ofrecer, pero supuso que Elisa se conformaría con un vaso de zumo o un refresco de cola. De pedir otra cosa hubiera tenido que conformarse con eso o con un vaso de agua.

—Agua —dijo ella.

—Siéntate en el sofá —ofreció—. Estás en tu casa.

Elisa se sentó y abrió el pequeño bolso de mano y sacó el grupo de fotos que nunca se separaban de ella. Se sintió profundamente nerviosa, pues había llegado hasta el piso de Moisés y no sabía lo que aquel hombre esperaba de ella. Pero seguía pensando que era buena persona. Se le pasó por la cabeza que sería capaz de cualquier cosa por saber el paradero de su marido y de su hija. Y pensó que el hombre en cuya casa se encontraba podía ayudarla. Apagó el teléfono móvil. Si los de Columsos querían contactar con ella no podrían hacerlo. Pero después de todo, una vez hubiera terminado de compartir el vaso de agua con el policía, tendría que volver al local y seguir trabajando para pagar la fianza que la sacó de los calabozos. Esto solamente era un pequeño sueño más dentro del conjunto de pesadillas.

—Lo siento —dijo Moisés saliendo de la cocina—. No tengo nada más que ofrecerte.

Entró en el comedor con una pequeña bandeja donde había un par de vasos vacíos y una jarra de agua templada.

—No soy hombre de vicios y carezco de bebidas con que drogarte para hacerte el amor.

Luego se rio y Elisa captó la gracia de sus palabras.

—Tu familia está en Colombia —se interesó.

Elisa negó con la cabeza.

—No, están en España —dijo—. Aquí, en Madrid.

—¿Tu marido también?

—Sí.

—Pues no entiendo cómo permite que estés empleada en un garito como el Piscis —lamentó.

—No lo sabe. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Y mi hija tampoco.

Moisés se calló un instante y tuvo un muy mal presentimiento. La miró a los ojos. Respiró profundamente, de haber tenido un cigarrillo a mano lo hubiera encendido sin dudarle. Fijó sus ojos en el grupo de fotografías que Elisa había extraído del bolso y que dejó ordenadas encima de la mesa. Estaban muy lejos como para distinguir las imágenes. Pero ya sabía los rostros que esas fotos contenían.

—Esas fotos... —la interrumpió.

—Sí, son las fotos que tengo de mi marido y de mi hija —dijo ella—. Las fotos que llevo semanas enseñando por todos los lugares que transito de Madrid para ver si alguien los ha visto o sabe de su paradero.

Luego Elisa miró fijamente a Moisés y supo en ese instante que ese hombre sabía algo de su familia. Lo percibió en sus ojos entornados.

—Él se llama Gabriel —dijo Moisés—. Y es el buen padre. El hombre que te dejó para buscar a Belinda, tu hija, al que unos sicarios, pagados por el hombre sin alma, raptaron para traerla a España.

A Elisa le resbalaron varias lágrimas por su cara. Su voz se tornó quejumbrosa.

—¿Sabes dónde está?

—El buen padre —dijo Moisés.

—¿Sabes dónde está? —insistió Elisa—. ¿Sabes dónde está mi hija?

Moisés se incorporó y miró las fotos que había sobre la mesa. Las cogió en las manos. Allí estaba Gabriel Cortés de pie, junto a un árbol. En otra estaba con la pequeña Belinda en brazos. Otra foto con los tres juntos, un estanque precioso al fondo. Una con Belinda corriendo en un parque. Otra con los tres sentados en un sofá.

—Conocí a ese hombre el día que lo trajo una patrulla de policías a los calabozos de la Comisaría Centro.

—¿Está detenido? —preguntó Elisa.

Y viendo el buen carcelero que no podía dar más rodeos sin decir la verdad, optó por contarle a Elisa todo lo que sabía. Le dijo que su marido se ahorcó una noche de desespero en su celda y que la semana anterior estuvo cerca de la pista de Belinda, pues incluso creyó que llegó a verla. Seguramente la niña estaba en Madrid y era más que probable que hubiese sido adoptada a la fuerza, o mediante engaño, por alguien muy poderoso. La documentación que ella le mandó sobre la patria potestad de la niña, para que Gabriel demostrase que era hija suya, estaba en un apartado de correos, que el propio Gabriel contrató para tal fin, pero no llegó a recogerla ya que se lo impidió un agente del hombre sin alma. Y también le dijo que él la iba a ayudar a encontrar a su hija.

—Es algo que le debo a Gabriel —le dijo—. Pues él confió en mí y yo le fallé.

BELINDA Nebot Suárez, ponía en el documento español de la hija de los Nebot. Finalizaba julio y, antes de que empezara las vacaciones de la Administración, el ministro se dio prisa por adoptar legalmente a la niña. En septiembre podrían inscribir a Belinda sin problemas en el colegio y empezar a vivir todos una vida normal. Feliz. La ayuda de Jacinto Martos fue primordial para conseguir sus fines. El ministro, a cambio, le ofreció de palabra cierta inmunidad, siempre que le fuera posible, a él y a sus lacayos: los pata negra. Lo preparó todo para que el inspector Jacinto Martos fuese destinado de jefe a un grupo de atracos de la Jefatura Superior de Policía. En asuntos policiales nadie cuestionaba las decisiones del ministro del Interior. Cuando estuvo todo atado y bien atado llamó a Patricia y le dio la noticia exultante.

—La niña ya es hija nuestra —le dijo.

Patricia casi se desmaya de alegría.

—Ya tiene documento español y todos los papeles en regla. Te digo qué pone —le dijo—. Sí, cariño —clamó—, pone Belinda Nebot Suárez.

—Gracias a Dios —exclamó Patricia—. ¿Vendrás con nosotras?

—Tengo trabajo aquí en Madrid —se disculpó Albert—. Pero en cuanto pueda me escapo una semana para ir a veros a la playa. Vosotras estad ahí hasta finales de agosto, si puedo iré y regresaremos todos juntos.

Luego Patricia llamó a la niña y se puso a hablar con su padre. La madre no pudo escuchar la conversación, pero estuvieron hablando un buen rato, en el que Albert aleccionó a la niña sobre su nueva condición. Le dijo, en resumidas cuentas, que ahora era la hija de Patricia y de él y que nada le faltaría. Le dijo que disfrutara de la playa y del sol y que en septiembre la inscribirían en un colegio privado de Madrid para que iniciara sus estudios. La niña pareció alegre, pero la sorpresa no la emocionó demasiado, algo que los Nebot achacaron a la prontitud de la noticia y a la falta de comprensión por parte de ella de todo lo que eso suponía para su futuro.

Durante la semana siguiente Patricia empezó a relacionarse con los círculos de amistades de San Andrés de Llavaneras y no ocultó la reciente adopción de Belinda, de la cual presumió. Le gustó pasearse por el puerto Balís ante la mirada curiosa de los lugareños y no se escondió cuando alguien quiso hacerle fotos a lo lejos, a pesar de la especial protección que debía tener la imagen de la niña, por ser menor de edad. Una periodista a la caza de noticias de portada la asaltó en medio del paseo marítimo de Caldes d’Estrac, el pueblo que hay justo al lado de San Andrés, y Patricia no tuvo reparos en aceptar una entrevista y explicar cómo había sido el proceso de adopción de Belinda. La noticia la pudo leer Albert Nebot, a los dos días, en una revista

sensacionalista de cotilleos de famosos, y no le agradó. Pues aunque el asunto de la adopción estaba bien atado, no le gustaba que se hiciese demasiada publicidad sobre él. Temía el ministro que alguien de Medellín, conocedor de la familia de Belinda se enterase y pudiese escarbar en los entresijos del acogimiento de la niña y se llegase a saber que la cosa no fue como ellos la contaban. Además quedaba un pequeño detalle suelto, que bien podría traerle problemas en el futuro, y este era el tema de la madre: no había que olvidar que aún vivía y él no sabía en qué situación estaba ella. La única persona que podía informarle de su estado era el comerciante del barrio de Castilla en Medellín: Abel Arango, pero la última vez que trató de contactar con él, le dijeron que había muerto asesinado, y ya no quiso seguirle la pista por temor a que los relacionaran. Respecto al comerciante, sabía el ministro que era persona de fiar, pues no le falló la vez anterior, pero no podía fiarse de las personas de su entorno, a las cuales no conocía.

—Enhorabuena señor ministro —le dijeron casi al unísono, las secretarías y personal administrativo de su gabinete, el primer lunes de agosto nada más entrar por la puerta.

El pecho del ministro se hinchó, pues la adopción de la niña había sido muy costosa en dinero e influencias, pero finalmente fue una realidad. Ese era el único hecho importante. La niña ya era de ellos y Patricia, su mujer, había recuperado la felicidad que perdió cuando no pudo tener hijos. Él fue discreto, pero su mujer presumía de hija y la prensa sensacionalista se hizo eco de ello. Durante esa semana fue portada o contraportada de diversas revistas donde se veían a la mujer del ministro y la niña (con los ojos tapados para preservar su anonimato) paseando por San Andrés de Llanerías, el puerto de Mataró o las playas de Calella de la Costa. No fue difícil que las secretarías del ministerio se enterasen de la noticia.

Albert Nebot era, durante la primera quincena de agosto, el hombre más poderoso de la nación, pues durante las vacaciones de verano del presidente del Gobierno, fue este el que ocupó su puesto. Tenía que preparar la llamada operación verano de la Jefatura de Tráfico, durante el uno y el quince de agosto, y sustituir el presidente en cuantos eventos hubiera durante esas fechas. El tema de la seguridad también era importante, pues la banda terrorista, como cada año, quería arruinar las economías turísticas y se esperaba algún atentado en zona costera. La seguridad se redobló en muchos puntos y los servicios secretos bullían constantemente. El ministro se levantaba a las seis de la mañana y no paraba hasta las doce de la noche, cuando caía muerto de cansancio en la cama. Durante sus trayectos utilizó el coche del presidente, por ser este de mayor blindaje, y sus escoltas se encargaban de planificar minuciosamente cualquier trayecto que tuviese que hacer en su apretada agenda. Tuvo que negociar una salida airosa con los sindicatos del transporte, pues amenazaron con una agresiva huelga, si no se solucionaba el problema de la subida de los carburantes. Pero el ministro lo solucionó con un pacto entre ellos y la Administración y firmó un convenio muy beneficioso que entraría en vigor a final de año, en los nuevos presupuestos generales. Cada día, a eso de las ocho de la tarde, llamaba por teléfono al presidente y le informaba de los asuntos de interés. El propio presidente le felicitó por la adopción de la niña y le dijo que había llevado el tema muy en secreto, pues nadie se enteró. Pero no tuvo que dar demasiadas explicaciones, ya conocían el carácter reservado de Albert y sobre todo para los asuntos privados.

El diez de agosto, y cuando solo le quedaban cinco días de suplencia del presidente, recibió una llamada en su teléfono secreto, el que usaba para temas delicados y cuyas llamadas no

quedaban grabadas ni registradas. En el LED de la pantalla vio que el número que le llamaba también era secreto. Lo descolgó.

—Sí —preguntó.

—Señor Presidente —oyó al otro lado.

Reconoció la voz enseguida, era la del inspector del Grupo de Atracos, Jacinto Martos, y no hacía mucho tiempo que los dos habían hablado.

—Presidente en funciones —rectificó Albert, su voz sonó con cierto retintín.

—Ya lo sé Albert —dijo Jacinto Martos—, solo era una broma. Ya he visto en la prensa la noticia de tu hija. Es muy linda ¿verdad?

A Albert le parecía extraño que el inspector Jacinto Martos quisiese chantajearle. No duraría ni un telediario en caso de hacerlo, pero su tono de voz así lo parecía. Aunque luego pensó que quizás era su manera de hablar, pues no era distinta de la otra ocasión en la que falsificó la adopción de Belinda. Fue comedido en su respuesta.

—Sí —dijo—. Tanto la madre como yo estamos muy ilusionados con esa niña. ¿Qué tal tú en tu puesto de jefe del Grupo de Atracos? —se interesó para desviar el tema de la niña.

—Estoy bien —dijo—. Siempre me gustó el barro —aludió al trabajo en el grupo—. Aunque echo de menos la Brigada de Estupefacientes.

Sabía Albert, pues no era tonto, que un policía corrupto como Jacinto Martos, podía lucrarse más rápido en una Brigada de Estupefacientes que en un Grupo de Atracos, pero convenció al inspector para que aceptara el puesto en el Grupo, ya que si seguía en Estupefacientes no tardarían en cazarle los de Inspección Interna, que le seguían la pista de cerca.

—Ya sabes que no puedes regresar —dijo.

A pesar de ser una línea privada procuraba el ministro hablar poco y poco concreto, no sabía si Jacinto Martos grababa la conversación.

—Pues como te iba diciendo siempre me gustó el barro, pero una brigada como la de Información sería muy buena para mí —dijo—. En cinco años podré ascender a comisario y allí haría los méritos necesarios y luego tirar para arriba.

La Brigada Central de Información era la encargada de todos los temas relacionados con el terrorismo y el tráfico de armas, además de la delincuencia internacional. Era uno de los pilares de la seguridad del Estado y muchos de sus agentes estaban empleados al mismo tiempo en el Servicio Secreto. Pero el ministro no quería que un hombre como Jacinto Martos estuviera en esa brigada, su poder sería más incontrolable. Los asuntos relevantes de la seguridad del Estado pasaban por esa brigada. Además, el hecho de que Jacinto ascendiera a comisario supondría un quebradero de cabeza añadido.

—No sé si la Brigada de Información te conviene —le dijo el ministro—. Piensa que los de Inspección Interna van detrás de ti. Ya los frené una vez y no sé si podré volver a hacerlo.

Jacinto rio estruendosamente.

—Vamos Albert Sobrino —dijo utilizando su apellido en castellano y lanzando una misiva amenazante al ministro—. Tanto tú como yo sabemos que el presidente en funciones puede hacer lo que quiera ¿no? Solamente tienes que llamar al secretario de Estado para la Seguridad y decirle que mañana mismo empiezo en la Brigada de Información. ¿Acaso crees que él te va a preguntar los motivos?

Albert dudó unos instantes. Necesitaba pensar y no disponía de tiempo. Luego le dijo:

—¿No me estarás chantajeando?

—Vamos, vamos, Albert, qué cosas has de pensar. No tengo nada con qué chantajearte — aseveró—. Un hombre como tú, con una mujer preciosa, con una hija muy linda... Un hombre así no tiene por qué tener miedo de nada ¿verdad?

Albert colgó el teléfono. Respiró hondo y llamó al secretario de Estado para la Seguridad.

—Ordene que el inspector jefe Jacinto Martos inicie sus servicios de coordinador de la Brigada Central de Información con fecha de hoy —dijo tras identificarse.

El secretario asintió.

ESA noche Elisa Méndez se quedó a dormir en casa del buen carcelero. Durante más de una hora estuvo sollozando. A veces, cuando le faltaba el aire, paraba de llorar, pero después, cuando se acordaba de Gabriel Cortés, reiniciaba los lamentos con más fuerza. Tenía muchas preguntas que hacerle a Moisés Guzmán, como si sufrió Gabriel cuando murió o cuáles fueron las últimas palabras que dijo o si sabía del paradero de su hija. Pero apenas pudo articular palabra alguna, pues los suspiros se entremezclaban con apneas prolongadas y le impedían poder decir nada. Moisés, algo asustado, no paraba de dar viajes a la cocina y traer jarras de agua que Elisa engullía sin apenas detenerse. Llegadas las cinco de la madrugada el sonido de la noche fue interrumpido por el teléfono móvil del buen carcelero que empezó a sonar repetidas veces. Aunque el número no estaba memorizado en la agenda, sabía Moisés que era de la madama del bar Piscis, pues conocía las tres últimas cifras y solo ella podía llamar a esas horas. No descolgó. Ya sabía lo que la señora quería: que le devolviera a la colombiana.

—Es importante que me digas quiénes son esos de Columsos —preguntó Moisés.

Elisa intentaba hablar pero del cansancio de la noche se había sumido en un sopor que no la dejaba mantenerse despierta. Su voz se tornó pastosa. Musitaba el nombre de su hija constantemente: Belinda, Belinda... Belinda.

—Me ayudaron a salir de la cárcel —dijo sin apenas fuerza.

—¿De qué cárcel? —preguntó Moisés.

—Yo no hice nada pero me detuvieron —dijo—. Estoy ilegal en España y ellos me dijeron que me darían papeles. Que sería legal. Que podría encontrar a mi hija. Belinda, Belinda —volvió a repetir.

—¿Son colombianos los de Columsos?

—Sí —susurró Elisa.

Moisés se marchó a la cocina y puso a hervir una cafetera. Sabía que el día iba a ser largo y convenía mantenerse despierto. A las ocho en punto abrían la oficina de correos y se acercaría hasta allí con la buena madre para recoger el sobre del apartado postal. El que envió Elisa desde Medellín y que buscaba con empeño Gabriel. No quería ir a la oficina de correos para ayudar a Elisa, en principio, sino que quería ir hasta allí para comprobar que lo que le dijo Gabriel Cortés la noche antes de morir era cierto. Los años de experiencia en la policía lo habían vuelto desconfiado y aunque Elisa no tenía motivos para mentirle, necesitaba comprobar que todo era cierto. Que existía Belinda y que la misma fue raptada de su casa para entregarla al misterioso hombre sin alma, que por los detalles que aportó el buen padre y por las piezas que iba

recomponiendo Moisés, ya imaginaba quién era. Si estaba dispuesto a ayudar a esa mujer tenía que estar seguro de lo que hacía. Muy seguro. Un fracaso supondría el final de su carrera, como poco, la muerte como mucho.

—Toma una taza de café —le dijo—. Te sentará bien.

—Gabriel nunca tuvo que morir.

—Lo sé —respondió Moisés.

—Gabriel solo quería recuperar a nuestra hija.

—Necesitamos los papeles que enviaste desde Colombia para denunciar la desaparición de tu hija en la comisaría.

—Claro, los papeles —exclamó ella—. Aún deben de estar en la oficina de correos. Ya fui cuando llegué a España, pero no quisieron dármelos. Fueron muy antipáticos conmigo. Me dijeron que solo Gabriel podría recogerlos. Les dije que él no estaba, que había muerto. El empleado se encogió de hombros y quedamos en que se lo preguntaría a su jefe. Ya no volví —dijo.

—¿En Colombia estarán los originales? —preguntó Moisés.

—Sí, yo solamente mandé unas copias, como me dijo Gabriel que hiciese. Pero en Colombia ya no tengo nada, todo lo que tengo está aquí... en Madrid.

—¿Sabe alguien más que buscas a tu hija y que eres la esposa de Gabriel Cortés? —preguntó Moisés mientras llenaba una taza de café.

—He sido discreta —respondió—. Sé que no es bueno que mucha gente sepa que buscaba a mi hija y a mi marido. Estuve en dos comisarías de policía, pero los agentes se burlaron de mí. En la embajada tampoco hicieron nada, ni siquiera movieron un dedo.

—Entonces... ¿quién sabe que eres la madre de Belinda y que la estás buscando?

—No sé, los de Columsos lo saben. Dijeron que me ayudarían.

—¿Quiénes son esos de Columsos?

—Es una organización de colombianos que ayudan a colombianos en apuros...

—¿A cambio de qué?

—A cambio de...

—Déjalo —interrumpió Moisés, ya sabía a cambio de qué ayudaban a una compatriota femenina.

«Hijos de puta», masculló entre dientes.

Elisa sorbió de la taza de café. Estaba muy caliente y tuvo que soplar varias veces para intentar enfriarla.

—¿Por qué? —preguntó Elisa.

Moisés ya sabía lo que quería saber con esa pregunta.

—Creo que sé quién es el hombre sin alma, el que tiene a tu hija. Y creo que sé por qué lo ha hecho.

El buen carcelero estaba enterado de las andanzas de la familia del ministro del Interior. No pudo evitar leer la prensa y ver la imagen de la mujer del ministro Albert Nebot en las noticias. Se fue a su dormitorio y vino con un periódico del día anterior abierto por la última página. Lo puso encima de la mesa del comedor.

—Dios mío —gritó Elisa derramando la taza de café sobre la mesa—. Es ella —dijo.

—Lo suponía —aseveró Moisés—. La recién estrenada hija del ministro del Interior es tu hija Belinda. Ya sabemos quién es el hombre sin alma.

—Si quieres ducharte, ahí tienes el baño —señaló—. Las toallas limpias están debajo del mueble del lavabo. Lo siento, pero no tengo mudas para que puedas ponerte otra ropa. En cuanto estés lista nos iremos a la oficina de correos y luego a la Comisaría Centro —dudó unos instantes—. O igual vamos directamente a la Comisaría Centro a poner la denuncia. Hay que desvelar la verdad lo antes posible.

Mientras Elisa se duchaba, Moisés miró un par de veces por la ventana del comedor y observó con detenimiento la calle. No había nadie a esas horas, como cada día. Cogió su arma reglamentaria del cajón de su mesita de noche y se llenó una buena taza de café. Borró las tres llamadas de la madama del bar Piscis y se dijo cuánto tiempo tardaría en llegar alguien a su piso. Los de Columsos aún no sabrían que Elisa estaba con él, sabía que la madama sería discreta. Pero le preocupaba el ministro, cuánto tardaría en tomar cartas en el asunto desde que supiera que Elisa, la madre de Belinda, estaba en la ciudad. «Si no lo sabía ya», sospechó. Pensó que pasar por la oficina de correos a recoger la documentación de la niña era algo obligado, pues había que fundamentar la denuncia de la desaparición de Belinda. El inspector de la oficina de denuncias no tenía por qué creerle, ya que tampoco él estaba seguro de lo que ocurría. Todo encajaba, pero tratándose de quien se trataba, había que atar bien todos los cabos. Por un instante pensó en la prensa y recordó una película de Jean Paul Belmondo donde citaba a todos los periodistas de la ciudad para que le cubrieran. No era mala idea llamar a la prensa y decirles que esperaran en la plaza Alonso Martínez donde recibirían la noticia más importante del año o posiblemente de la década. Sí señores —les diría—, el ministro del Interior pagó para que raptaran a una niña colombiana. Sí señores, por su culpa murió un buen hombre. Sí señores, el ministro es un asesino, el ministro es un hombre sin alma. Luego tendría que demostrar sus afirmaciones y presentaría los papeles de Belinda. En un caso extremo podría hacerse la prueba del ADN la madre de la niña y demostrar que era hija suya y aportar las denuncias de la desaparición presentadas en Medellín. De cualquier forma, y aunque los periodistas no le creyeran, se aseguraría su inmunidad. Al igual que Jean Paul Belmondo, nadie se atrevería a ponerle la mano encima a riesgo de relacionarlo con el asunto. El ministro, desde luego, no tomaría ninguna acción contra él. Y si moría en extrañas circunstancias todo el mundo sabría que algo de verdad había en sus declaraciones. Luego Albert Nebot habría de demostrar que todo era mentira, pero no podría, porque su hija fue adoptada a la fuerza e incumpliendo toda la legalidad vigente.

Elisa salió del baño y se secó la cabeza con una toalla mientras se sentaba en el sofá del comedor. Moisés le puso otra taza de café y le preparó algo para comer: una tostada con mantequilla. Pero la buena madre no tenía hambre y la rechazó.

Pensó el buen carcelero que todo era demasiado fácil, que un hombre como el ministro no podía haber hecho eso que se suponía que hizo sin haberse cubierto las espaldas. Ahora pensaba que la muerte de Gabriel bien pudo ser un asesinato en vez de un suicidio, pero no entendía por qué dejó vivir a Elisa. Era previsible que en algún momento ella viniera en busca de su hija. O acaso pensó que renunciaría a encontrarla con vida. Quizás en Colombia sería difícil acabar con ella, pero aquí en España era fácil, o eso le parecía. En cualquier caso para llevar a cabo la adopción tendría que haber presentado un sinfín de documentos que seguro falsificó y nadie creería a una puta y a un policía enfermo y a punto de jubilarse. Seguramente esa era su arma: el descrédito.

Se sentó en el sofá, al lado de Elisa que ya terminaba de beber el café, y se puso a meditar muy bien lo que haría en las próximas horas.

YA casi era la mitad del mes de agosto. El cambio de quincena se aproximaba y los veraneantes de San Andrés de Llavaneras se disponían a despedirse hasta el año siguiente. No todos, pues había muchos que vivían allí casi todo el año y aunque en invierno trabajaban en Barcelona, los fines de semana venían a disfrutar de la tranquilidad del pueblo. Patricia y Belinda salían a diario y tenían más que organizada su agenda. Por la mañana siempre iban a la playa, pues disfrutaban de un verano excelente. Al mediodía comían en algún restaurante del Puerto Deportivo o bien se trasladaban hasta Arenys de Mar o Mataró, donde se deleitaban con pescado fresco traído directamente de los barcos pesqueros. Los escoltas advertían a las autoridades del pueblo a dónde iban, de que la esposa e hija del ministro del Interior les iba a visitar, por lo que se organizaba un servicio de vigilancia especial con los agentes autóctonos. El cometido de la policía no era más que evitar que los curiosos incomodaran a la familia del político, pues siempre causaba revuelo allí donde iban. Patricia era una mujer muy guapa y la reciente adopción de Belinda acaparaba las portadas de la prensa local.

El once de agosto se desplazó toda la comitiva hasta Calella de la Costa, un pequeño pueblo muy turístico y playero que estaba entre Barcelona y Girona. El escolta llamó a la Policía Autonómica y les advirtió de que durante todo el día la mujer del ministro y su hija visitarían la villa. Trazaron un recorrido exhaustivo de los lugares por donde pasarían. Por la mañana estarían en la playa, comerían en un restaurante de Canet de Mar y la tarde la pasarían visitando las tiendas de la calle comercial. A las mujeres las acompañaría la señora Montserrat, la *masovera* de la casa de San Andrés de Llavaneras. La mujer era muy querida por Patricia desde hacía años y Belinda se había encaprichado con ella, ya que era muy buena con la niña y se deshacía en atenciones. Para Montserrat era un privilegio el poder acompañarlas durante su estancia en Calella y no paraba de reír cuando oía a Belinda chapurrear alguna palabra en catalán que ella misma le enseñaba. Belinda era extremadamente inteligente y enseguida se quedaba con las cosas.

Las mujeres se bañaron en una cala solitaria, que aconsejó la Policía Local, ante la atenta vigilancia de los dos escoltas y de varios coches de la Guardia Civil que no cesaban de patrullar la zona. Montserrat y Belinda disfrutaron jugando en la arena y Patricia estuvo leyendo un libro que se llevó y del que aún no había leído apenas unas hojas, pues no tuvo tiempo para más. Al mediodía, y como estaba planeado, se desplazaron hasta Canet de Mar donde ya tenían reservada una mesa en un lujoso restaurante. Durante el trayecto fueron escoltados por la Policía Autonómica ante las quejas de la comandancia de la Guardia Civil, ya que tratándose de la familia del ministro creían que les correspondía a ellos esa tarea. Los escoltas llamaron por teléfono al

secretario de Estado para la Seguridad, que tenía que estar informado constantemente sobre el paradero de la familia del ministro, y este, para no entrar en polémica con las autoridades locales, cedió para que fuese la Policía Autonómica la encargada de escoltar el traslado.

La comida se desarrolló con normalidad. Comieron en abundancia y el restaurante agasajó a los comensales con unos regalos típicos de la comarca. Patricia lo agradeció. Le chocó a la niña que todos hablaran catalán, pero como ya llevaba unos días en Cataluña y era muy avispada, entendía todo perfectamente y hasta empezó a decir algunas palabras con un acento impecable.

Cuando hubieron comido se trasladaron todos a un salón donde los escoltas bebieron café y las mujeres se adormilaron ante un televisor enorme. Patricia y Montserrat estuvieron hablando un rato. Nada importante, más bien la mujer del ministro le comentó sus planes de futuro para la niña. Le dijo que la iban a matricular en un colegio de Madrid y que le pondrían profesor particular para que le diese clases de inglés, pues querían que lo hablara perfectamente. Patricia también le confesó a Montserrat que si la experiencia de la adopción salía bien, intentaría convencer a su marido para adoptar otro hijo, en este caso un niño. No quería que Belinda creciese sola y ya habían descartado las posibilidades de tener descendencia por medios naturales, algo que Montserrat ignoraba, pero que intentó no delatarse cuando Patricia se lo contó, pues la mujer estaba muy sensible y hablaba hasta por los codos.

Unos periodistas locales quisieron entrevistar a la mujer del ministro, pero los escoltas, aleccionados, les dijeron que no sería posible, ya que la mujer estaba cansada y no querían que la molestaran.

—Empiezo a estar un poco harta de la prensa —dijo en el salón.

Montserrat asintió y le dio la razón, porque lo cierto es que con el tema de la adopción la prensa parecía que no tenía más noticias que dar.

—El ministro estará a punto de llegar —le dijo Montserrat.

Le chocaba a Patricia que la buena mujer se refiriera a Albert Nebot como el *ministro*, cuando y desde que era pequeño lo había llamado Albertito, pero la educación la obligaba a usar ese apelativo cuando se refería a él. Patricia no le daba importancia.

—Sí, espero que llegue la semana que viene y pueda disfrutar unos días con nosotras. Ahora está de sustituto del presidente del Gobierno y sus obligaciones no le dejan escaparse de Madrid.

La expresión presidente del Gobierno la entonó más fuerte, pues a Patricia le enorgullecía sobremanera que durante unos días su esposo fuese el que llevaba las riendas del país.

Mientras hablaban la niña salió a jugar a un patio interior y aislado que había justo al lado del salón. Los escoltas comprobaron que era seguro y que nadie podía acceder desde fuera. Tuvieron que echar a unos periodistas que se apostaron en las inmediaciones ante el temor de que le hiciesen una foto a la niña a través de unos setos vallados. Una pareja de la Guardia Civil vigiló el perímetro.

Cuando eran las cinco de la tarde y las mujeres empezaban a desperezarse y planeaban ir a ver las tiendas del centro, la niña tuvo sed y pidió a un camarero un vaso de zumo de naranja. El dueño del restaurante, que estuvo toda la tarde pendiente, le dijo al personal que ofrecieran a la niña lo que quisiese tomar. Así le dijeron que tenían zumo, horchata, helados, o cualquier otra cosa que quisiera. A Belinda le tentó la idea de un helado y una de las chicas que servía la cogió

de la mano para agasajarla y la acompañó hasta el bar donde estaba la nevera de los postres. La niña accedió gustosa.

Una vez allí se abrieron ante sus ojos dos enormes vitrinas repletas de tartas, flanes y helados y la niña, dubitativa, no supo qué escoger. Se quedó pensativa. Al lado de las neveras había una pequeña mesa con dos cómodos sillones, a modo de sala de espera, y con un revistero lleno de diarios del día y de revistas de prensa. Los dos sillones estaban vacíos, pues no dejaron sentarse a nadie esa tarde hasta que se fuese la familia del ministro. La niña cogió finalmente un helado de trufa, el más grande que vio, y se sentó en uno de los sillones. Mientras se deleitaba con el helado cogió al azar una de las revistas y la abrió sobre la mesa. Lo primero que vio fue un artículo sobre un programa de moda de la televisión y una entrevista a sus dos actores principales. Pasó las hojas y ante sus ojos se desplegaron una serie de anuncios para móviles y luego un desplegable de un coche de lujo. Siguió pasando las hojas hasta que se detuvo en una realmente alarmante. Era una noticia a página completa donde se hablaba de la muerte de un ciudadano colombiano en los calabozos de la comisaría centro de Madrid. Belinda dio un respingo en el asiento cuando reconoció la foto de su padre.

—Papá —dijo—. Y cogió la revista mientras se dirigía al salón principal en busca de Patricia.

Uno de los escoltas la siguió sin decir nada.

—¿Esta línea es segura? —preguntó Albert Nebot a Jacinto Martos en el momento de escuchar su voz.

—La más segura que hay —respondió el corrupto inspector de policía.

—Estás ya en tu nuevo puesto.

—Hoy mismo me ha llamado el secretario de Estado para la Seguridad y me lo ha comunicado oficialmente. Supongo que en unos días llegará la orden por escrito. ¿La tienes que firmar tú?

—No es necesario —replicó Albert—. Los cargos de las comisarías generales pueden ser propuestos por los secretarios de Estado y no necesitan supervisión del ministro.

—¿Y el presidente?

—Está de vacaciones, pero a él no le compete el nombramiento de los jefes de la Policía. Eso es competencia casi exclusiva del ministro del Interior.

—Me ha dicho el adjunto de la Brigada Central de Información que me coja vacaciones hasta septiembre —dijo Jacinto Martos—, y seguramente es lo que haré. Al regreso ya me pondría manos a la obra, tengo que lavar mi imagen como sea. Pero de momento me voy a poner al día con todos los asuntos de la brigada, que no son pocos.

—Necesito verte —dijo el ministro.

—Cuando quieras y donde quieras.

—Es hora de que me devuelvas el favor.

—Favor con favor se paga —dijo Jacinto Martos.

Y los dos quedaron en verse al cabo de una hora en una gasolinera de la carretera que une Madrid y Torrelodones.

—Iré solo —dijo el ministro—. Sin escolta.

Lo que dotaba a la reunión de un carácter estrictamente confidencial.

—Ya es hora —sugirió Jacinto Martos— de que sea la Brigada Central de Información la que te ponga los escoltas. Tengo un par de hombres...

—Los pata negra —interrumpió Albert.

—Sí, esos mismos, que bien podrían hacerte de escolta. Son de mi más completa confianza y con ellos estarás seguro y a salvo de deslealtades.

El ministro no se fio, tampoco era bueno que se encargaran de su seguridad los hombres de Jacinto Martos, pues ellos podrían informar de todos los pasos del ministro al corrupto inspector.

—Yo también iré solo —dijo finalmente Jacinto Martos.

Y los dos colgaron el teléfono al mismo tiempo.

Albert Nebot cogió un revólver del cajón inferior de la mesa de su despacho. Le dijo al escolta que iba a salir solo. El policía arrugó la frente, pero no replicó. Bajó hasta el garaje del ministerio y subió en uno de los coches oficiales, sin distintivos de ninguna clase. Era de color azul. Arrancó el motor y se dirigió a la gasolinera donde había quedado con Jacinto Martos.

Mientras conducía pensó en Belinda y en cómo se le estaba complicando la vida con la adopción de la niña. Ahora que casi estaba todo atado no podía dejar nada al azar. Su fulgurante carrera profesional y su familia pendían de un hilo. Todo, absolutamente todo, se iría al traste si se descubría la adopción forzosa de Belinda. Para atar ese hilo es por lo que ayudó a salir del arroyo al inspector Jacinto Martos. Sabía que ese hombre le devolvería el favor con creces y que siempre le sería leal. Luego, cuando todo esto hubiera pasado, ya se encargaría de desligarse de ese corrupto e incluso le podría hacer la cama para quitárselo de en medio para siempre. No olvidaba Albert Nebot que él era el candidato más destacado para ser el próximo presidente del Gobierno.

Faltaban pocos minutos para las doce cuando entró en la gasolinera donde habían quedado. Apenas había luz, estaban a punto de cerrar. Una hilera de varios camiones aparcados en batería se disponían a dormir. Vio dos camioneros fumando un cigarro frente a un tráiler. Los dos hombres ni siquiera se fijaron en su coche. Al lado del lavadero, donde más luz había, vio aparcado el coche de Jacinto Martos. No lo conocía pero supuso que era él. Le lanzó dos ráfagas con las luces largas y Albert se detuvo justo a su lado.

—Buenas noches, señor presidente —le dijo.

Desde el interior de su vehículo surgía una musiquilla suave que le recordó al ministro la música de ambiente que sonaba en los ascensores.

—Aún no —rectificó Albert—. De momento solo en funciones.

—Hace una noche preciosa —dijo Jacinto—. Los meses de verano son los mejores para quedarse en la ciudad. Sin tráfico, sin colas.

Albert habló rápido, pues sabía que cuanto más tiempo pasara allí, más posibilidades había de que alguien lo conociese. Además en las áreas de servicio de las gasolineras solía patrullar la Guardia Civil y no quería que una patrulla los identificara y tener que poner cara de circunstancia explicando lo inexplicable, ya que no era normal que el presidente en funciones estuviese de palique con el jefe de la Brigada Central de Información en el interior de sus coches aparcados en una gasolinera.

—Tienes que hacer algo por mí —dijo.

—Lo que sea —replicó Jacinto.

—Sin preguntas.

—Por supuesto.

—En la oficina central de correos hay un apartado postal que contiene un sobre que no debe estar allí. Es el apartado 528.

—¿Y qué debe haber en ese apartado?

—Nada, un sobre vacío.

—Y... —Jacinto iba a preguntar qué contenía ese sobre pero se acordó de que el ministro le había dicho «sin preguntas».

—¿Y? —le preguntó Albert.

—Mañana estará el sobre vacío —dijo—. ¿Qué hago con el contenido?

—Destruirlo.

Luego se lo pensó mejor y añadió:

—Me puedo fiar de que lo harás.

—Ni siquiera lo miraré. Sacaré lo que hay en el sobre y lo volveré a dejar tal cual.

Albert Nebot sabía que mentía, pero aun así accedió. Era del todo improbable que alguien acometiese esa misión y no mirara el interior del sobre. Pero poco podía hacer. Estuvo tentado a pedirle que se lo entregara a él en mano, en esa misma gasolinera donde se habían citado, pero de querer chantajearlo bien podría hacer copias, por lo que no hubiese servido de nada. Lo mejor era fiarse de Jacinto Martos, él tendría mucho más que perder si intentaba jugársela al ministro del Interior.

El inspector corrupto no habló más. Arrancó el coche y salió despacio de la gasolinera. Albert esperó un minuto exacto e hizo lo mismo.

28

NO había mucha gente en la calle. El mes de agosto vació la ciudad y casi todo el mundo disfrutaba de las vacaciones en la playa. Unos pocos eran los encargados de gestionar que todo funcionara; aunque bajo mínimos. La red de autobuses disminuyó sus coches a una tercera parte. Los taxistas hicieron lo mismo. Pero donde más se notaba era en la Administración Pública, la totalidad de las oficinas permanecían desiertas.

Moisés y Elisa se bajaron en el metro y subieron a la superficie. Anduvieron por la calle sin separarse en ningún momento y llegaron hasta la misma puerta de la oficina de correos. Un empleado descargaba unas sacas en el almacén y un vigilante de seguridad controlaba que todo estuviera en orden. A esas horas el calor aún era soportable, pues al mediodía nadie podía estar en la calle sin sentir los latigazos del verano. Entraron dentro.

En la cola solamente había dos personas delante: una anciana que portaba un papel en la mano y una chica joven, seguramente extranjera, que sostenía un paquete pequeño. Detrás del mostrador un malcarado empleado que acuciaba los efectos de trabajar en período de vacaciones.

—Tengo que recoger esto —dijo la anciana dejando el papel sobre la mesa.

El hombre no respondió y se metió dentro con el papel en la mano. A los pocos segundos salió fuera sosteniendo una caja del tamaño de un puño y la dejó sobre el mostrador.

—¡Tenga!

—¿Le debo algo? —preguntó la anciana.

—Es a portes pagados —respondió.

La siguiente en la fila, la chica extranjera, habló tan bajito que ellos no pudieron oírla, pero entregó el paquete y una hoja rellena a bolígrafo. El hombre lo pesó, le puso una etiqueta y cambió un billete devolviendo unas pocas monedas.

—¿Cuánto tardará en llegar? —preguntó la chica.

—Unos dos días.

Como era joven y guapa, el hombre fue más amable con ella que con la anciana. Incluso se permitió sonreír. La extranjera pasó al lado de ellos y se marchó metiendo el cambio en un monedero de piel que sujetaba en la mano.

Moisés se acercó hasta el empleado. Detrás Elisa.

—Buenos días —dijo—. Venimos a recoger un paquete de un apartado postal, pero lamentablemente perdimos la llave.

—¿Es usted el titular?

Moisés dudó un instante.

—No —respondió—. El titular murió.

Elisa encogió el rostro.

—Pero viene conmigo un familiar directo —dijo Moisés y acompañó con la mano a Elisa para que se acercara al mostrador.

El hombre la miró de arriba abajo.

—Lo puede demostrar —dijo—. Solamente el titular o un familiar directo autorizado por este puede recoger los paquetes. Si su marido ha muerto —sugirió—, debe traer un certificado de defunción y el libro de familia. Aunque eso —meditó en voz baja— tampoco serviría de nada, pues solo un juez puede autorizar la apertura de un apartado postal de alguien que no sea el titular.

Moisés lo miró belicoso. Aquel hombre debía de tener unos cuarenta años, si llegaba. Se le veía sucio y dejado, con barba de dos días y mal vestido. Descuidado en el aspecto físico, pues tenía los dientes sucios y el pelo grasiento. La forma de mirar a Elisa demostraba que era un perverso y un amargado.

El buen carcelero sacó la cartera del bolsillo de atrás de su pantalón. Extrajo dos billetes de cincuenta euros del interior y los puso encima del mostrador ante la mirada perpleja de Elisa.

—¿Esto abriría la caja? —preguntó Moisés.

El hombre torció el rostro al principio, después levantó la mirada y posó sus ojos en los de Moisés. Antes de que pudiese hablar el buen carcelero le volvió a preguntar:

—¿Es suficiente?

Se hizo el ofendido y buscó con la vista al vigilante de seguridad que estaba fuera pendiente de la descarga de las sacas de correos. Moisés pensó que se le iba a complicar la mañana.

—Debe de ser muy importante lo que hay en esa caja ¿verdad? —preguntó el empleado—. Ya conozco a esa chica —dijo refiriéndose a Elisa—, cuando vino un par de veces en busca de ese sobre.

Moisés pensó que al decir *sobre* era porque ya indagó lo que contenía el apartado postal.

—Cien euros, es una buena suma, pero mi honradez tiene otro precio. ¿Por cuánto pierdes tú tu honradez? —preguntó mirando a Elisa.

Levantó la mirada detrás de ellos, la fila estaba vacía; no había nadie más.

—Mira —le dijo a Moisés—, le podría decir a mi compañera —señaló a otra empleada entrada en años que despachaba en el otro mostrador— que se hiciese cargo de mi puesto. Y la chica y yo —dijo señalando a Elisa— podríamos entrar aquí detrás y una buena felación solucionaría el problema del apartado postal.

Elisa miró inquietante a Moisés. Lo que aquel desalmado pedía era una aberración y un insulto.

—No tardaríamos mucho —siguió hablando—. En unos minutos saldríais de aquí con el sobre y todos contentos.

Cuando terminó de hablar se relamió y casi le provoca arcadas a Elisa que no dejaba de mirar a Moisés en busca de una reacción. Pero el buen carcelero le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero quiero entrar también. Me gustaría presenciarlo mientras te lo hace.

Elisa estaba confundida, pero Moisés le dio un puntapié en la espinilla y prefirió callar y esperar a ver qué pasaba.

El hombre los miró a los dos y dijo:

—Vale, vale, está bien. —Sabía que no podía pasar nada malo y en caso de que las cosas se complicaran podría echar mano del vigilante que había en la puerta—. Esto también —dijo y cogió los cien euros de encima de la mesa.

«Hijo de puta», pensó Moisés manteniendo una forzada sonrisa.

—Vamos —le dijo a Elisa y los dos accedieron detrás del mostrador.

El hombre le dijo a la otra empleada que cerraba su puesto unos minutos y que desviara la fila a su mesa. Luego los tres entraron detrás de los apartados postales, en un pequeño cuarto de apenas cinco metros cuadrados donde solamente había una mesa, una silla y una taquilla metálica. Sin ventanas. Encima de la mesa migas de pan que advertían que aquí era donde desayunaban los empleados.

—Quiero ver el sobre antes —sugirió Moisés—. Quiero ver que lo tienes y que cumplirás el trato.

Elisa estaba asustada.

—Ven —accedió el hombre—. Te lo enseñaré.

—Espera aquí un momento —le dijo entonces a Elisa.

Moisés la tranquilizó con la vista. Todo saldrá bien le dijeron sus ojos.

Los dos hombres salieron del cuarto y fueron hasta la parte trasera de los apartados postales. La mayoría estaban vacíos. Llegaron hasta el número 528. El empleado metió la mano dentro y sacó un sobre marrón lleno de sellos. Se lo mostró a Moisés. En el reverso estaba escrito a bolígrafo el nombre de Elisa Méndez. En el anverso el de Gabriel Cortés. Todo estaba correcto.

—Conforme —dijo Moisés.

—¿De verdad quieres estar dentro cuando me haga la felación? —le preguntó haciéndole un guiño de complicidad.

—No —respondió Moisés—. Prefiero quedarme fuera hijo de puta.

Y le apuntó directamente a los testículos con su arma reglamentaria que acababa de sacar del cinto de sus pantalones.

El hombre estuvo tentado de pedir auxilio al vigilante de la puerta, pero los ojos coléricos de Moisés le hicieron ser cauteloso.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. Hemos hecho un trato y yo iba a cumplirlo.

—Tú no podrás cumplir más tratos —le dijo apretando el cañón por encima de sus pantalones—. En cuanto te haya volado los huevos ya no podrás hacer más tratos con nadie.

Sus ojos se tornaron suplicantes.

—¡Llévate el sobre y a la chica! —dijo.

—Es lo que voy a hacer —aseveró Moisés.

Le dio un culatazo con la pistola en la cabeza y el hombre cayó al suelo conmocionado, pero no perdió la consciencia.

—¡Cabrón! —gritó.

Su voz no era lo suficientemente fuerte para que la oyera el vigilante de la puerta, pero si seguía gritando tendría serios problemas.

—¡Calla hijo de puta! —le gritó y le dio dos puntapiés en los riñones.

El hombre se retorció de dolor, pero no dijo nada más cuando Moisés le metió la pistola en la boca y amartilló el arma con intención de disparar.

—Acaso crees que me importa lo que le pueda pasar a alguien como tú —le dijo—. Te mataría ahora mismo y alegraría defensa propia.

Sacó la cartera con su placa de policía y se la puso delante de los ojos.

—¡Mira cerdo! —le amenazó—. Soy policía nacional, ¿a quién crees que creará el vigilante de la puerta?

El hombre se silenció. Entonces se puso a llorar.

—¡No dispaes! ¡No dispaes por favor! Llévate el sobre y a la chica.

—Eso es lo que voy a hacer —le dijo—. Y tú estarás aquí quince minutos sin moverte ¿me oyes?

—Sí, sí.

Le giró la muñeca y le mostró su reloj.

—Cuando la aguja llegue aquí —le señaló—, entonces podrás salir del cuarto y volver a tu mostrador a trabajar. Si sales antes, hijo de puta, vendré a buscarte y te acusaré de intento de violación de la chica. ¿Sabes cuántos años irás a la cárcel? Allí hay buenas felaciones —le asustó—, pero serás tú el que las haga.

El hombre siguió sollozando:

—Vete, vete —le dijo—. Llévate el sobre y a la chica, pero vete...

Moisés cogió el sobre y fue hasta el cuarto donde estaba Elisa.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó ella.

—Vamos, tenemos que salir de aquí cuanto antes. Tengo el sobre.

Los dos salieron del mostrador y llegaron hasta la puerta de entrada. El vigilante de la puerta ni siquiera reparó en ellos. Cruzaron la calle y fueron hasta la boca del metro.

—Vamos a la comisaría centro a denunciar el secuestro de tu hija —le dijo Moisés a Elisa—. El hombre sin alma pagará por ello.

Y mientras subieron en el metro Moisés no dejó de tocar su arma con el codo, quería tenerla bien cerca. Quería tenerla a mano.

29

LA niña entró en el espacioso salón gritando. Todos se asustaron pues pensaron que le había pasado algo. Patricia miró inquieta al escolta y este se encogió de hombros. No sabía por qué Belinda alzaba la voz.

—Mamá —dijo.

Patricia se puso en pie y se desadormeció de golpe. Lo mismo hizo la señora Montserrat que no entendía qué pasaba. Belinda llevaba una revista en su mano y no paraba de señalarla con el dedo.

—Mi papá —gimió—. Mi papá ha muerto.

Patricia detuvo a la niña y miró el desplegable que señalaba con el dedo. El titular de la cabecera era enorme y remarcado en negrita: Un colombiano muere en extrañas circunstancias en los calabozos de la Comisaría Centro. A continuación, en letra más pequeña, indicaba que la investigación llevada a cabo arrojó que Gabriel Cortés, que era el nombre del colombiano, se suicidó. Una foto del pasaporte de este hombre acreditaba su filiación. Más abajo había dos fotos: una de la entrada principal de la Comisaría Centro y otra del tanatorio donde se le practicó la autopsia al fallecido.

—Este es mi papá —dijo Belinda sin dejar de golpear la foto con el dedo—. Mi papá ha muerto, mi papá ha muerto.

Ni Patricia ni Montserrat sabían qué hacer para tranquilizar a la niña, estaba fuera de sí. Patricia se entretuvo en leer el artículo. Había datos del colombiano muerto, decía que venía de Medellín. La madre sabía que de allí también venía Belinda. Era mucha coincidencia y además la niña aseguraba que ese era su padre.

—Tranquilízate Belinda —le dijo Patricia—. ¿Cómo estás tan segura de que este señor es tu padre? —le preguntó.

La fotografía era en blanco y negro y extraída de un pasaporte. La imagen no era muy buena pero se distinguían perfectamente las facciones de ese hombre. Sus ojos. Gabriel Cortés rezaba la foto. Patricia recordó que cuando iniciaron los trámites de la adopción de Belinda ella siempre decía que se apellidaba Cortés. Y aunque era un apellido muy común en Colombia, sí que encajaban algunas cosas. Se agachó y abrazó a Belinda con todas sus fuerzas. Montserrat no sabía qué hacer y los escoltas encogieron el rostro.

—Nos dejan solas —les dijo Patricia.

Todo el mundo, excepto las mujeres, salió del salón. Patricia se sentó en un sofá y lo mismo hizo Montserrat por indicación de ella. Belinda no soltaba la revista. Miraba la foto y lloraba sin

poder parar.

—Mi papá ha muerto, mi papá ha muerto...

—Tranquila mi niña —la consolaba Patricia—. Ya verás como todo se arreglará.

—Puede salir al patio con Belinda —le pidió a Montserrat.

La mujer accedió sin hacer preguntas. Patricia sacó el teléfono móvil de su bolso y llamó a Albert Nebot.

—Albert —le dijo nada más descolgar—. Tenemos que hablar. Ahora —insistió—. Es importante.

Era la primera vez que Albert Nebot oía a su mujer con ese tono. Siempre fue comedida y nunca alzó una palabra más que otra. Pero ahora la sentía realmente furiosa, fuera de sí.

—¿Qué ocurre cariño? —preguntó.

En el fondo sabía que solo un incidente con Belinda podría haberla sacado de sus casillas. Albert cruzó los dedos esperando que no fuese nada relacionado con la adopción.

—¿De dónde has sacado a Belinda? —preguntó Patricia yendo directamente al grano.

Albert ignoraba qué es lo que Patricia sabía del asunto, por lo que no podía arriesgarse a contarle todo. Igual solo dudaba de que la adopción hubiese sido legal o simplemente era algún comentario que le hubiese hecho la niña. En cualquier caso optó por hacerse el *longui*.

—No te entiendo —replicó—. A Belinda la adopté en Colombia, ya lo sabes.

—Lo que sé es que los procesos de adopción son lentos y que han de intervenir los dos padres para llevarlos a cabo. Yo nunca fui a Medellín a ver a la niña antes de que la trajeras.

—Bueno cariño, eso es porque he utilizado mis influencias para acelerar la adopción. No he querido importunarte con detalles superfluos acerca de cómo traje a Belinda de su país...

—¿Y sus padres? —le interrumpió sin dejarle terminar de hablar—. ¿Dónde están sus padres?

Albert supo entonces que Patricia sabía algo que no debía saber. Arriesgó su respuesta.

—Sus padres murieron —dijo—. Los dos. Y la niña no tiene a nadie más.

—¿Su padre murió en los calabozos de la comisaría de Madrid?

Albert se silenció un instante y luego respondió:

—Sí, así es.

—Pues su padre murió en el mes de marzo —le gritó—. Eso fue mucho después de que trajeras a la niña ¿entiendes? Eso significa que cuando la trajiste el padre aún vivía. Su padre estaba en España cuando iniciaste el proceso de adopción.

—Vaya —lamentó Albert—. Eso no lo sabía...

—¿Que no lo sabías! —vociferó Patricia—. No me vengas con monsergas. Es imposible que el ministro del Interior no sepa que un colombiano ha muerto en los calabozos de la Comisaría Centro y que ese colombiano era el padre de su hija adoptiva. Vamos Albert, tú lo controlas todo y una cosa así no se te puede escapar. Me estás mintiendo Albert, me has mentido desde el principio...

—Tranquila Patricia —intentó que se sosegara—. Era una niña preciosa —le dijo—. La niña más guapa que había visto. Y allí, en Medellín, vivía en la miseria. Pobre. Sin futuro. ¿Sabes cómo hubiera terminado? Seguramente muerta o trabajando de prostituta en algún burdel cuando apenas tuviese quince años o en manos de los narcos o...

—No me convencerás Albert —lo interrumpió de nuevo—. Robaste la niña y mataste a su padre cuando vino a España a buscarla. Esa es la verdad.

—Esa no es la verdad —se defendió—. La verdad es que no podemos tener hijos y que esa niña nos ha traído la felicidad. Que esa niña es nuestra niña. Que es tu hija y que con nosotros será feliz. Esa es la verdad Patricia, la única verdad.

Patricia se calló un momento para ahogar los lloros que le sobrevenían. Apenas podía hablar.

—¿Y la madre? —le preguntó.

Albert le iba a decir que estaba muerta. Que murió en Colombia. Pero para sostener la versión oficiosa debía decirle que se suicidó cuando perdió a su hija. Optó por no hundirse más en la mierda.

—No lo sé. Supongo que en Medellín. ¿Qué vas a hacer? —le preguntó a su mujer.

Ella no supo qué responder. Luego dijo:

—Devolverla a su legítima madre. Llevarla a Colombia y buscarla. No sé.

—¿Y nosotros? —preguntó Albert—. Todo el mundo sabe que tenemos una hija adoptada. Se sabrá la verdad. Mi carrera, nuestra vida..., todo al traste.

Patricia intentó pensar alguna salida que beneficiara a todos, pero estaba tan alterada y confusa que no se le ocurrió nada. Por su parte el ministro se sumergía en la desesperación cuanto más pensaba en el asunto. Pero quiso ganar tiempo y le dijo a Patricia que se quedara todo el mes de agosto en San Andrés de Llavaneras. Que intentaría solucionar el asunto de la mejor manera posible.

—Ahora mismo parto hacia Madrid —le dijo ella—. Hay que terminar con esto cuanto antes.

—Me hundirás —suplicó él—. Nos hundirás.

30

EL empleado de correos levantó la cabeza por encima del mostrador y vio que el policía y la puta ya se habían marchado. El vigilante estaba en la puerta hablando con una señora. No lo llamó. Se incorporó lentamente. Tembloroso. Su compañera de trabajo lo miró.

—Estás bien —le preguntó.

—Sí —justificó él—. Me ha dado un leve mareo.

Se metió dentro hasta el cuarto donde minutos antes quiso que aquella chica le hiciese una felación. Abrió su taquilla y sacó el teléfono móvil. Llamó a un número que le dieron aquellos hombres el día antes cuando le dijeron que les avisara si venía alguien a buscar el sobre del apartado 528.

—Acaban de irse —les dijo.

—¿Irse? ¿Eran varios? —preguntó la voz.

—Un hombre y una mujer. Un policía...

—¿Un policía? —preguntó intrigado su interlocutor.

Luego colgó y pensó que de saber que iba a ser tan complicado el asunto del sobre, hubiese pedido más dinero del que le dieron por abrir el apartado postal a aquellos hombres. Le dijeron que eran de la Brigada Central de Información, y que el tema era de alto secreto. Al principio creyó que se trataba de terroristas, pero luego, cuando vinieron ese hombre y esa puta y los oyó hablar, se dio cuenta de que no era nada de eso. Aquella mujer era preciosa y pensó que podía sacar algo más que unos euros. «Estúpido», se dijo a sí mismo, «¿quién me manda meterme en estos embrollos?».

Jacinto Martos llamó enseguida al ministro del Interior. Le dijo que el sobre lo habían ido a buscar una pareja: un hombre y una mujer.

—Él es un policía.

—¿Un policía?

Luego la policía ya estaba detrás del asunto. Pero él era el presidente del Gobierno en funciones y el ministro del Interior al mismo tiempo y debía saber si alguien estaba investigando la muerte del colombiano.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Jacinto Martos.

—No sé Albert —replicó—. Hasta ayer yo no sabía nada de tus tejemanejes.

Albert se sintió ofendido. No se podía fiar de nadie. Su mundo se venía abajo.

—¿Y la chica? —se interesó—. ¿Quién es?

—¿La que acompaña al policía? —contestó Jacinto—. No la he visto. El contacto de correos dice que era joven y guapa. De unos treinta años. Y con acento sudamericano.

«La madre», musitó Albert. La madre de Belinda también buscaba a su hija y la ayudaba un policía. Ya no le importaba quién fuese, qué más daba eso.

—Infórmame de cualquier novedad en este asunto —dijo.

Luego colgó el teléfono y se puso las manos en la cabeza. Ahora sí que no había escapatoria.

A la salida del metro se metieron en el primer bar que vieron. Uno grande y muy concurrido para ser el mes de agosto. Se sentaron en la mesa más alejada de la entrada y esperaron a que la camarera les atendiera. Moisés entonces abrió el sobre. En su interior solamente había papeles de periódico.

—¿Y esto? —le preguntó a Elisa.

Ella se encogió de hombros.

—Ahí debía estar la documentación de Belinda. Eso fue lo que mandé desde Medellín.

—Pues parece ser que alguien se nos ha adelantado.

—Hijos de puta —exclamó ella.

Moisés arrugó la boca.

Por la televisión del bar echaban en ese momento las noticias. Una locutora leía los titulares más importantes del día. En una de las imágenes salió el presidente en funciones: el ministro del Interior Albert Nebot. Luego siguieron con los titulares y repasaron el tiempo en todo el Estado. El verano era soleado y caluroso y las playas estaban a rebosar. En definitiva, hacía el mejor verano en muchos años.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elisa.

—Iremos a denunciar igualmente, pero directamente al juzgado. Conozco algún buen abogado de comisaría y haré que nos acompañe. Intentaremos conseguir que te hagan la prueba del ADN. Podrás demostrar que Belinda es hija tuya.

—Eso será lento ¿verdad?

—Sí, pero no se me ocurre nada más.

Sabían los dos que su vida valía bien poco. El hombre sin alma sería capaz de cualquier cosa por conservar a su hija adoptiva. Ya habían visto lo que hizo con Gabriel Cortés y suponían lo que haría con cuantos se cruzaran en su camino.

—¿Y la madre? —preguntó Elisa.

—¿Qué pasa con la madre?

—¿Sabrá ella que su hija adoptiva es robada? —simplificó.

—Supongo —dijo Moisés—. No creo que algo así se pueda hacer sin que se entere la mujer del ministro.

—¿Cómo podría hablar con ella?

—No creo que haya problemas en encontrar su teléfono. Conozco gente en la Policía Judicial que me lo podría facilitar. O, mejor aún, tengo un amigo en el Grupo de Escoltas que seguro lo sabe. Los escoltas tienen los teléfonos de todas las personalidades.

—Creo que si hablo con ella de madre a madre me entenderá —dijo Elisa—. Por probarlo no perdemos nada. Al menos sabrá que existo y que sé que ella tiene a mi hija.

Moisés chasqueó los labios.

—¿A dónde iremos a parar? —lamentó—. Todo esto para demostrar que tu hija es hija tuya.

Y luego reflexionó en voz alta:

—Cuántos hilos habrá tenido que mover el ministro para conseguir que la adopción de Belinda sea posible. A cuánta gente habrá tenido que untar.

Elisa no entendió la expresión *untar* pero supo qué quería decir.

Delante de ellos, en la acera de enfrente, apostados al lado de un buzón de correos, había dos agentes de Jacinto Martos. Allí había dos *pata negra*.

Uno de ellos llamó por teléfono:

—Jefe —dijo—. Están aquí. En la glorieta Bilbao. Tomando café en un bar.

—No los perdáis de vista —ordenó—. Enseguida os llamo para daros instrucciones.

Cuando hubo colgado llamó sin dilación al ministro del Interior.

—Están localizados —dijo.

Sobre la mesa del despacho de Albert Nebot había una única fotografía. Le llegó a través de su teléfono móvil y se la envió Patricia desde la playa de Llanerías al segundo día de llegar. Estaban las dos mujeres juntas. Sonrientes. Madre e hija abrazadas en una estampa veraniega. La sacó por la impresora de color y la enmarcó colocándola encima de su mesa. Estaban preciosas. Desde que recibió la foto solamente pensaba en que llegara la tercera semana de agosto para reunirse con ellas en la playa. Pero eso ahora solo era un sueño. Todo se había torcido de manera irreparable. Patricia sabía que Belinda fue adoptada por la fuerza y no aceptaría quedarse con la niña aunque le doliera perderla. Ella era una mujer justa y su conciencia podía más que sus actos.

Sacó el revólver que cogió cuando fue a reunirse con Jacinto Martos y quiso dejarlo de nuevo en su cajón. Antes lo sostuvo unos segundos en su mano derecha. Era tan sencillo, pensó. Solamente tenía que apoyar el cañón en su boca y disparar. Lo que ocurriese después ya no era problema suyo. Belinda regresaría a Colombia con su madre. Patricia era joven y muy guapa y reharía su vida de nuevo. Se casaría y disfrutaría de las propiedades y el dinero de la familia Nebot. Entonces se acordó de su padre. Todo lo que trabajó aquel hombre para que ahora se lo quedara una extraña. Pensó en la palabra extraña para referirse a su mujer, ciertamente no la conocía desde hacía mucho. Más bien poco. Pero era una buena mujer, lástima que él no pudiese tener hijos para haberla hecho feliz y tratar de remediar su esterilidad secuestrando a una niña.

Por un momento no le importó nada, incluso llegó a apoyar, mientras meditaba, el frío cañón del revólver en su sien derecha. Acarició el gatillo. Pero el rostro de su padre se le aparecía constantemente. Lo veía hablándole en el jardín de la casa de Llanerías o en su despacho de Barcelona. Quitarse la vida sería un acto de cobardía y él podía ser de todo menos cobarde. Metió el arma en el cajón y sacó un paquete de tabaco de debajo de una carpeta. Hacía mucho tiempo que no fumaba, pero ahora era una buena ocasión para volver a empezar.

Calibró la situación lo más fríamente que pudo. A su mujer ya la había perdido y sabía que nunca le perdonaría. Lo mismo ocurría con Belinda, nunca sería hija suya. Pero dadas las circunstancias eso era algo secundario. Lo que más le importaba era perder su carrera profesional y lo peor: acabar en la cárcel. Desde luego sus actos eran delictivos y ningún abogado le salvaría de pasar unos años en prisión. Lo primero, lo de separarse de Patricia era soportable e inevitable. Lo segundo era insoportable y evitable.

No había pruebas que le incriminaran. Tanto la adopción como el trámite y el papeleo se hicieron de forma legal. En caso de que se cuestionara algún certificado él podría eximir su culpabilidad y achacarla a los que falsificaron los papeles. No tenía por qué tener conocimiento

de ello. El rapto de la niña era indemostrable. Su enlace en Medellín murió y no había ningún dato que los relacionara. Y el que más sabía de sus andanzas, y que fue fiel escolta, yacía enterrado en el cementerio de Vallecas, a varios metros de profundidad nunca supondría un peligro. El sobre que acreditaba que Belinda era hija de los colombianos estaba destruido; aunque podían pedir un duplicado en la oficina de Medellín. En cualquier caso, y con un buen abogado, no le podrían juzgar por el secuestro de la niña, él simularía que todo fue legal. Entonces se acordó de la madre. Esa mujer se paseaba con un policía por las calles de Madrid e ignoraba cuál era el paso siguiente. Esa mujer buscaba a su hija y haría todo lo posible por encontrarla. Tampoco sabía qué era lo que conocía del asunto Patricia, su mujer. Hasta qué punto podría engañarla. Lo que Patricia sabía lo debió de intuir al ver la foto del colombiano en la prensa. No lo hablaron, pero seguro que eso fue lo que destapó el asunto.

No podía pensar con claridad, estaba ofuscado. Las luces del teléfono de la mesa no paraban de parpadear. Entraban llamadas constantemente, ya le dijo a su secretaria que no iba a responder. Solo las urgentes. Sin embargo el presidente en funciones estaba inmóvil. Sabía que había que hacer algo, pero no sabía qué. Intentó focalizar el problema a modo de partida de ajedrez. Había que eliminar las piezas peligrosas, las que podían hacerle jaque mate.

Los *pata negra* estaban vigilando a la pareja: el misterioso policía y la madre biológica de Belinda. Jacinto Martos esperaba órdenes. Cualquier cosa que le ordenara la cumpliría sin rechistar, era un hombre sin escrúpulos. «¿Qué consecuencias tendría matarlos a los dos?», se preguntó. Ella era una doña nadie, una mujer pobre y miserable. No sabía cuánto tiempo llevaba en Madrid pero no había conseguido acercarse a su hija ni demostrar que era suya. Seguramente vino a España en busca de su marido cuando murió en los calabozos de la Comisaría Centro. El policía lo habría conocido allí. No había tiempo para pedir informes sobre él y saber de quién se trataba. Además eso no importaba. Lo que importaba es que eran un estorbo y que si seguían indagando podrían hacerle mucho daño.

Cogió con furia el teléfono móvil con el que tenía línea directa con Jacinto Martos. Le dio al botón de rellamada. Al segundo tono descolgó:

—Aún siguen aquí —dijo antes de que ni siquiera le preguntara Albert.

El propio Jacinto Martos se había desplazado hasta la glorieta Bilbao para seguir el operativo de cerca. Él y sus dos agentes se apostaron en una de las esquinas. Escondidos entre unos coches y un buzón de correos. Había mucha gente en la calle.

—¿Qué hacen? —les preguntó Albert Nebot.

—Están sentados hablando.

—Qué raro —dijo Moisés.

Elisa lo miraba preocupada. Habían entrado en un callejón sin salida y no había escapatoria posible. Encontrar el sobre vacío solo significaba una cosa: que alguien ya sabía que ellos buscaban a Belinda.

—¿El qué?

—Que aún estemos aquí —dijo tambaleando la taza de café sobre la mesa—. Después de todo lo que ha hecho para robarte a la niña es extraño que no nos siga la pista. Seguramente al empleado de correos lo untaron a base de bien para dejarles abrir el apartado postal. Y se las ingenió para entrar en la celda de Gabriel aquella noche y simular un suicidio. Tiene mucho que perder, si esto se sabe entrará en prisión.

Mientras hablaba, Moisés levantó la cabeza por encima de las pegatinas del cristal de la cafetería. Observó cauteloso toda la plaza. Su vista ya no era buena pero podía distinguir las siluetas de los peatones. Vio al repartidor de periódicos de la esquina. Al de las bebidas en medio de la calle, incluso oyó el ruido de las cajas golpeándose entre sí mientras las metía en el camión. El topetazo de la puerta del bar le distrajo. Un hombre trajeado entró y se sentó directamente en la barra. Moisés volvió a posar sus ojos en la calle. Allí estaban. Vio a tres hombres muy próximos al lado de un buzón de correos. Los dos jóvenes no podía saber quiénes eran, estaban demasiado lejos, pero al más mayor sí que lo conoció. Era Jacinto Martos, el inspector corrupto y procesado en varias ocasiones. No era casual que estuviese allí, seguramente era el brazo de Albert Nebot y lo había mandado para espiarle. Inspeccionó el interior del bar. Vio que no había otra salida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Elisa—. ¿Hay alguien en la calle? No dejas de mirar.

—No pasa nada, tranquila. Solo estoy preocupado por que alguien nos siga.

El repartidor de bebidas entró en la cafetería y le dijo a la camarera:

—¡Me abres por favor!

E hizo el gesto con la mano de abrir una puerta.

Claro, pensó Moisés, las bebidas no podían entrar por la puerta principal de la cafetería, molestaría a los clientes. El local tendría una puerta trasera para acceder directamente al almacén. Eso sería en la calle de atrás. Moisés la conocía y sabía que era una calle poco transitada. Desde allí podían ir andando hasta la boca de metro de la calle San Bernardo. Regresar a su apartamento lo descartó por completo, ya que seguramente Jacinto Martos habría dispuesto vigilancia. Pero el metro de San Bernardo no estaría vigilado.

—Ven —le dijo a Elisa—. ¡Sígueme!

Elisa se levantó y fue tras él. Por el pasillo de los aseos distinguieron el ruido de las cajas. Abrieron una puerta y accedieron al almacén del restaurante. El repartidor de bebidas estaba descargando varias cajas de cerveza de un camión aparcado en la misma puerta. Pasaron por su lado sin decir nada. El repartidor siguió a lo suyo y no reparó en ellos.

—¿Dónde están? —preguntó Jacinto Martos en un momento que miró al bar y no los vio.

El agente se encogió de hombros.

—Dentro del bar —dijo—. Solo hay esa salida —señaló la puerta de entrada—. Estarán en el lavabo.

—¿Los dos a la vez? —preguntó irónico Jacinto—. Se han ido por otra puerta.

—La bodega —gritó el otro agente.

Los tres hombres cruzaron la plaza. Jacinto entró por la puerta principal y los otros dos dieron la vuelta hasta el almacén de bebidas. Allí se encontraron los tres.

—¡Mierda! —gritó Jacinto.

—¿Ha visto salir a alguien por aquí? —preguntó uno de los agentes al repartidor de bebidas identificándose con su placa de policía.

—Una chica y un hombre —dijo.

—¿Vio hacia dónde fueron?

—No, estaba descargando y no me fijé.

—¡Ve hasta su piso! —le dijo Jacinto a uno de los agentes—. ¡Tú, ven conmigo! —le dijo al otro—. Si no está en su piso buscará una boca de metro. Vamos hasta San Bernardo.

31

EL coche viajaba a una velocidad peligrosa. El conductor rebasaba el límite de velocidad, pero Patricia le dijo que corriera todo lo que su seguridad le permitiese. Detrás iban ella y la niña. Delante los dos escoltas: uno de ellos conducía. El coche oficial recorría los seiscientos cincuenta kilómetros que le separaban de Madrid a una velocidad alarmante. El trayecto que normalmente se hacía en siete horas debía acortarse. Era mitad de agosto y los españoles cruzaban sus vacaciones: medio país las empezaba mientras que la otra mitad las terminaba. Los atascos en las carreteras eran monumentales y se desaconsejaban las imprudencias por los riesgos de accidentes que eso conllevaba. Un coche de la Guardia Civil los siguió a la salida de Zaragoza, el escolta se identificó y les dijo que viajaba la familia del ministro del Interior. Tenían que llegar a Madrid cuanto antes. La Guardia Civil se ofreció a escoltarlos.

—No es necesario sargento —dijo Patricia desde el asiento de atrás—. Gracias de todos modos.

El agente se cuadró y el coche oficial continuó su marcha.

—¿Qué ocurre mamá? —preguntó Belinda.

—No lo sé hija, no lo sé —lamentó—. Pero en Madrid sabremos qué es lo que pasa.

Su móvil sonó varias veces. Albert no paraba de llamar, pero ella no cogía el teléfono. Entonces sonó uno de los móviles del escolta que llevaba delante. Ella le tocó el hombro y le dijo suavemente:

—No lo coja.

El escolta la miró extrañado. Era el presidente en funciones el que llamaba, cómo no iba a coger el teléfono.

—Hágame caso —insistió ella—. Es mejor para usted que no lo coja.

—Pero señora...

—El asunto es grave —no le dejó hablar—. Y si quiere mantener su puesto de trabajo y su libertad haga lo que le digo.

Los dos escoltas se miraron de reojo y optaron por seguir las instrucciones de la señora.

Cuando rebasaron el aeropuerto de Madrid Patricia les dijo que fuesen directamente a la Audiencia Nacional.

—Hoy es festivo —dijo uno de los agentes—. No habrá nadie allí.

—Siempre hay un magistrado de guardia —replicó.

El coche oficial cruzó la ciudad a una velocidad de vértigo y ni siquiera se detuvo en los semáforos en rojo. Aparcó en la misma puerta de la Audiencia. Uno de los agentes de seguridad se

acercó armado con una escopeta hasta el coche. Reconoció a los escoltas de la mujer del ministro y los saludó.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

—La mujer del ministro quiere ver al magistrado de guardia.

—Es Argimiro Contreras —dijo—. Tiene suerte, aún está trabajando en su despacho.

—¡Lléveme ante él! —le ordenó Patricia mientras se bajaba del coche cogiendo a la niña de la mano.

El policía de seguridad le hizo una indicación con la mano a su compañero y le dijo que avisara por el teléfono interno al magistrado Argimiro. La mujer del ministro del Interior quiere verlo.

Patricia y Belinda subieron por las escaleras hasta la segunda planta donde estaba el despacho del magistrado. El policía se quedó en la puerta. Entraron...

Argimiro Contreras estaba sentado ante su mesa. Fumaba una pipa a pesar de la prohibición de la Ley Antitabaco de fumar en edificios oficiales. Tenía la ventana de atrás abierta y Patricia ni siquiera le dio importancia al hecho de que estuviese fumando, él se disculpó.

—Perdone señora —le dijo—. Llevo muchos años fumando en pipa y me cuesta dejarlo.

—No se preocupe —le restó importancia ella.

—Dígame —suplicó—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito un poco de su tiempo —le dijo Patricia—. Tengo que explicarle una historia que aunque le parezca increíble, le ruego me escuche. La vida de muchas personas está en juego y solamente usted puede ayudarme.

Patricia hablaba con dificultad, tenía la boca pastosa y sabía que debía relatar bien los hechos para que el magistrado no la tomara por loca.

—Tiene agua —le dijo—. Tengo la boca seca.

—Por supuesto señora.

Dejó la pipa sobre un adornado cenicero que tenía sobre la mesa y se levantó cogiendo una jarra de agua y un vaso.

—Si quiere mando que le suban un refresco de la cafetería de abajo para la niña.

—No es necesario, gracias. Ella beberá de mi vaso.

—¿Y qué es eso tan importante que me ha de contar?

—Se han escapado —le dijo por teléfono Jacinto Martos al ministro del Interior—. Un agente va hacia su casa en la plaza Alonso Martínez y yo voy al metro de San Bernardo, creo que intentarán huir por allí. ¿En caso de encontrarlos qué hemos de hacer? —demandó órdenes explícitas Jacinto Martos al ministro.

Albert Nebot miró la foto de Patricia y Belinda en la playa de San Andrés de Llanerías. Echó en falta una fotografía de su padre encima del escritorio y le dio por pensar qué hubiese hecho él en un caso similar. Su padre no hubiera raptado a la niña, desde luego, seguramente hubiese aceptado un donante de semen y hubiera vivido soportando que su hija fuese de otro hombre. Hubiera sido la mejor solución a su esterilidad. Pero él no era su padre e hizo lo mejor para todos. Lástima que las cosas se torcieran de esta manera. Conocía lo suficiente a Patricia como para saber que estaría de camino a Madrid. Ni ella ni los escoltas le cogían el teléfono. Sabía que una vez en la capital haría todo lo posible por esclarecer la verdad, pero desconocía cuál sería su estrategia.

—Albert —le insistió Jacinto Martos desde el otro lado del teléfono—. ¿Qué hacemos con el policía y la puta cuando los encontremos?

La puta dijo Jacinto. Albert pensó que antes de que él se inmiscuyera en sus vidas ella solo era un ama de casa. Trabajadora y feliz. Intentó no sentirse culpable, pues ahora solamente le angustiaba ir a la cárcel. Aunque después de todo no estaría mal. Nunca lo ingresarían en una celda convencional, junto a los otros reclusos. Él conocía secretos de Estado y estaría bien todo el tiempo del encierro. Incluso podría escribir un libro y ganarse la vida con su publicación y con entrevistas en la televisión. Quizás era la mejor de las salidas: entregarse y confesarlo todo.

—Albert ¿me oyes? —le insistía Jacinto Martos.

—Sí Jacinto, te oigo. ¿Los tienes a la vista?

—Aún no, pero estoy seguro de que están en el metro de San Bernardo. Allí los podremos pillar, ya que no tienen salida posible. Uno de mis hombres está bajando las escaleras, desde aquí puedo verlo.

—¿Te puedes deshacer de ellos?

—Por supuesto Albert —replicó Jacinto—. Puedo hacer lo que ordenes.

—Quiero decir si puedes deshacerte de ellos y hacer que no se investigue el asunto.

—Vamos a ver presidente —le dijo irónicamente Jacinto—. No soy un vigilante de seguridad ni un controlador de los parquímetros ¿sabes? Me desharé de ellos si eso es lo que quieres, ya que

a quien estamos siguiendo son dos peligrosos terroristas que quieren atentar en Madrid. Seguramente morirán en un tiroteo con agentes de la Brigada Central de Información.

Esa excusa no convenció a Albert.

—Nadie creerá eso —le dijo—. Él es un policía. ¿Cómo podrás explicar que un policía nacional se deje matar en un tiroteo argumentando que era un terrorista? ¿No ves que no tiene sentido?

—Haremos que lo tenga. Mi gente falsificará informes referentes a ese policía. Lo crucificaremos. Descubriremos que se trataba de un infiltrado que pasaba información a los terroristas e incluso le achacaremos alguno de los últimos atentados. Hasta podemos conectar sus acciones con la guerrilla colombiana a través de la mujer que lo acompaña.

Albert dudó.

—No sé, no me convence del todo esa estratagema.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—De momento no los mates —ordenó—. Llévalos, con cualquier excusa, a los dos a la sede central de tu brigada en calidad de detenidos. Si son sospechosos de terrorismo podrán estar allí cinco días incomunicados. Ya se me ocurrirá algo.

—Tú mandas —dijo Jacinto y bajó las escaleras del metro de San Bernardo.

Albert, una vez hubo colgado, volvió a llamar a Patricia. Ella no le cogió el teléfono, pues estaba hablando con el magistrado de la Audiencia Nacional contándole todo lo que sabía. La niña escuchaba sin entender demasiado lo que ocurría, pero tuvo que responder algunas preguntas a requerimiento de su madre. Explicó con todos los detalles que venían a su memoria cómo entraron aquellos hombres encapuchados en su casa de Medellín y se la llevaron a la fuerza. Cómo estuvo encerrada varios días y cómo la trataron bien diciéndole que iba a vivir mejor en España que en Colombia, junto a una familia que la iba a querer mucho. A Patricia se le escapó una lágrima y pensó en cuánto tuvieron que sufrir sus padres cuando se la arrancaron de sus brazos. El magistrado Argimiro Contreras se interesó por los detalles del secuestro y le preguntó a Belinda si recordaba algún nombre o algún detalle importante durante su encierro. Ella solamente dijo que uno de los hombres malos hablaba por teléfono con otro y siempre se refería a él como el sobrino. Fue la propia Patricia quien relacionó ese mote con su marido, pues sabía que sobrino era Nebot en castellano y que a Albert lo llamaban así en la escuela. Al magistrado le pareció poca prueba para inculpar al ministro del Interior la declaración de la niña y de Patricia, pero aun así las siguió escuchando. Los vínculos con la muerte de Gabriel no estaban claros, pues el informe de la policía decía que fue un suicidio, pero sí sabía el buen juez que al colombiano le tuvieron que extraer muestras para hacer pruebas de ADN, ya que era obligado en casos así y que una prueba de ADN cotejada entre el colombiano y la niña no tardaría más de dos horas.

—Llame al fiscal jefe y al forense de guardia del tanatorio —dijo el magistrado desde el teléfono de su mesa.

Patricia dio un suspiro al ver que sus declaraciones habían hecho moverse al magistrado. Una prueba de ADN sería crucial para demostrar que Belinda era hija de Gabriel. Y ya puestos podrían hacer la misma prueba con su madre, si es que la encontraban. Dos horas, solamente faltaban dos horas para encerrar a su marido y devolver a Belinda a su madre.

—¿Cómo se llama tu mamá? —le preguntó el magistrado a la niña.

Ella miró a Patricia.

—No —dijo esta—, el nombre de tu verdadera madre.

A Patricia se le escapó una lágrima.

—Elisa —respondió la niña—. Elisa Méndez.

El juez llamó por teléfono de nuevo.

—Busque a una tal Elisa Méndez —ordenó—. Y tráiganla de inmediato a la Audiencia Nacional.

Había llamado a las dependencias de la Unidad Central de Policía Judicial y todos los agentes disponibles se movilizaron de inmediato. Las órdenes de un magistrado como Argimiro Contreras eran mandatos divinos. Uno de los policías escudriñó la base de datos del ordenador y vio que hacía apenas una semana estuvo detenida en la Comisaría Centro una mujer con ese nombre y apellidos. Sacó una fotografía por la impresora y se lo comunicó al inspector de judicial.

—Jefe —le dijo—. Tenemos la filiación de la mujer.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—En paradero desconocido. Pagaron la fianza los de una asociación de colombianos y desde entonces no sabemos por dónde anda.

—Llama a esa asociación y pregúntales dónde está la mujer.

Los de Columsos les dijeron que no sabían por dónde andaba, ya que se empleó en un local de alterne, por voluntad propia, pero a los pocos días dejó de ir a trabajar y ya no sabían dónde estaba.

—Si les llama para algo nos lo hacen saber enseguida —les dijo el agente y les dejó un número de contacto.

Los de Columsos llamaron alarmados a la madama del bar Piscis y la pusieron sobre aviso: No sé qué ha hecho tu chica —le dijeron—. Pero la policía anda loca detrás de ella. Algo gordo —insistieron.

—¿La colombiana? —preguntó ella.

—Sí —advirtió—. Han venido los de la policía judicial buscándola para detenerla —exageró—. No les hemos dicho nada para no implicarte.

La madama nada más colgar llamó a Moisés Guzmán pero este no le cogió el teléfono. Insistió varias veces: «¡Vamos Moisés, cógelo de una vez!».

Luego se encendió un cigarrillo, visiblemente nerviosa: «Ya sabía que esa chica le traería problemas», meditó.

Justo estaba Moisés escondido en el baño del metro junto a Elisa cuando recibió la llamada de la madama del bar Piscis. Quitó el volumen al móvil, pues acababa de ver entrar por las escaleras a Jacinto Martos y a uno de sus agentes. Ahora no podía hablar.

—No digas nada —le susurró a Elisa.

Había muy poca gente en el metro a esas horas. Ni siquiera vio un triste vigilante. Moisés sacó el arma y comprobó que la tenía cargada. No sabía qué iba a pasar, pero apreciaba demasiado su

vida como para que se la quitaran esos dos corruptos que les perseguían. Elisa estaba completamente sudada. La miró y la tranquilizó. Deslizó su mano por su pelo. Era la primera vez desde que la conoció que la vio *sexy*. Increíblemente atractiva. Los agentes se acercaban por el vestíbulo principal y no tardarían en mirar los servicios públicos. Era una acción casi de manual de policía.

—¿Qué haremos? —preguntó en voz baja Elisa.

Entonces a Moisés se le ocurrió una idea descabellada, pero por eso mismo tendría que funcionar. Sabía que Jacinto Martos habría dispuesto vigilancia en su domicilio. A estas horas ya estaría un agente dentro.

—¿Tienes teléfono? —le preguntó a Elisa.

—Sí.

—¡Déjame! —le conminó.

Elisa sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Estaba apagado. Se lo dio a Moisés y lo encendió apresurado. Los pasos de los agentes de Jacinto Martos se oían por el vestíbulo del metro. No hablaban entre ellos para no delatar su posición, pero ya habían empezado a revisar el puesto de periódicos ante la atenta mirada del vendedor y muy pronto entrarían en los tres aseos: el de hombre y mujer y el de minusválidos. Moisés marcó el número de su casa y antes de llamar le dijo a Elisa en voz muy baja:

—Llamaré a mi casa. Allí habrá un agente que no cogerá el teléfono pero escuchará los mensajes por el altavoz. Tienes que decir que eres Elisa y que me estás esperando en la entrada principal del parque del Retiro. Nada más.

Elisa no comprendió muy bien lo que se proponía Moisés, pero aceptó.

Al minuto de llamar entró una llamada en el móvil de Jacinto Martos que estaba entrando en el andén de la estación de metro. Tuvo que salir fuera para no perder la cobertura. El otro agente, el que fue al piso de Moisés le dijo que la colombiana estaba en el parque del Retiro.

—¡Vamos! —le dijo al otro agente—. La chica está en el Retiro.

Y los dos salieron corriendo por la escalera. Desde la estación de San Bernardo podrían ir en taxi en apenas diez minutos. No había tiempo de llamar a un coche patrulla. Durante el trayecto Jacinto llamó al agente que estaba en el piso de Moisés y le dijo que no se moviera de allí.

—Es posible que regrese —observó.

Desde el interior del lavabo no tenían forma de saber si el plan de Moisés había surtido efecto, así que el buen carcelero se arriesgó. Abrió la puerta despacio y salió al vestíbulo escondiendo el arma en su mano. No había nadie, únicamente el vendedor de periódicos y una mujer de la limpieza que recogía unas colillas del suelo con una escoba y un recogedor.

—¡Ven! —le dijo a Elisa mientras la cogía de la mano—. Y los dos salieron corriendo por las escaleras de la estación de metro.

Caminaron deprisa por la calle Carranza, todo lo deprisa que podían sin llamar la atención. Moisés no sabía a dónde ir, pero tenían que ir a algún sitio. Pensó en refugiarse en la Comisaría Centro, su comisaría, pero estando por medio el ministro del Interior, que era al mismo tiempo presidente en funciones y el tal Jacinto Martos, que vete a saber qué cargo ostentaba ahora, lo mejor para ellos era estar lo más lejos posible de una comisaría.

—Será mejor que callejemos —le dijo a Elisa.

Ella no entendió la expresión pero intuyó que quería decir que fuesen por calles secundarias. Y cuando casi estaban llegando al cruce con la calle Monteleón, fueron interceptados por una patrulla de policía. Los agentes reconocieron a Elisa ya que desde la Audiencia Nacional se habían distribuido fotografías a todas las dotaciones de servicio. Cruzaron el coche en medio de la calle y se bajaron de prisa gritándole a Elisa para que no se moviera. Por la emisora dieron su situación y dijeron que tenían localizada a la chica de la foto.

—La tenemos localizada —dijo el policía—. Esperamos instrucciones de traslado.

Moisés escuchó lo que decían y supo que el asunto no iba con él, por lo que no tenía relación ni Jacinto Martos ni el ministro del Interior. Se arriesgó con los agentes:

—Soy policía —dijo extrayendo la placa del bolsillo de su pantalón—. Acabo de capturar a esta chica y esperaba me dijerais compañeros dónde hay que trasladarla.

Uno de los agentes no necesitó de la identificación de Moisés pues ya lo conocía.

—Eres el carcelero de la Comisaría Centro —dijo en voz alta—. Ya te conozco. Buen palote has hecho compañero.

La expresión palote estaba en desuso entre los más jóvenes, pero los agentes veteranos utilizaban esa expresión para referirse a una buena intervención.

—Aún no lo sabemos —replicó—. Es una orden del magistrado de la Audiencia Nacional. Debe de ser un tema delicado.

—¿El magistrado? —pensó en voz alta Moisés.

Miró de reojo a Elisa y pensó para qué querría un señor magistrado ver a Elisa. Qué sarta de mentiras le habrían contado los hombres de Jacinto Martos para que interviniera la Audiencia.

—Si me dejáis un coche, compañeros, la traslado en un periquete.

—Eso está hecho —asintió el policía veterano.

Sabían que el código de honor de la policía premiaba a los agentes que hacían una intervención buena con la exclusividad. Si Moisés había apresado a aquella mujer, solo él se merecía trasladarla hasta la Audiencia y colgarse la medalla. Era algo que los policías de la calle respetaban al máximo.

Subieron a Elisa, algo contrariada, a uno de los coches de policía. Moisés se sentó delante y el policía veterano dijo que conduciría hasta la Audiencia.

—Ya nos han dicho que hay que llevarla ante Argimiro Contreras.

—¡El súper magistrado! —exclamó Moisés.

Y ciertamente Argimiro era conocido como uno de los más implacables magistrados de la Audiencia Nacional. El buen carcelero se giró y miró a los ojos de una agotada Elisa. Su cara ofrecía un cansancio sobrehumano de alguien que ya no podía aguantar por más tiempo esta situación. No dijo nada, pero Moisés la tranquilizó con un: «Todo saldrá bien».

El policía veterano se extrañó del trato cariñoso de Moisés y supuso habría algo más entre los dos. Pero no dijo nada ni pensó mal, pues el buen carcelero era compañero y a los compañeros no hay que censurarles nada.

«Pareces cansado», le dijo.

—Sí —respondió Moisés—. Ha sido un día muy duro y hace tanto calor que tengo la boca como el esparto. ¿Cómo te llamas? —le preguntó a continuación.

—Bruno Rasposo y estoy destinado en la Comisaría Centro.

—Me sonaba tu cara de haberte visto en alguna ocasión por los calabozos, pero somos tantos que es difícil acordarse de todos.

—Yo sí que te conozco a ti. Eres casi una leyenda.

—Ah sí —dijo Moisés sin mucho entusiasmo.

—Una pastilla —le ofreció Bruno abriendo una pequeña caja de pastillas para la tos.

—Sí gracias —y cogió una.

—La relleno de *juanolas* —dijo—, aunque la caja..., bueno, es una larga historia.

El policía Bruno Rasposo le iba a contar a Moisés cómo se quedó esa caja el día que fueron a buscar el cadáver del guarda del cementerio y que este ocultaba entre sus pertenencias. Y que la caja contenía una pequeña llave que tiró, pues pensó que no había nada importante. Desde aquel entonces, a mediados del mes de mayo, rellenaba la caja de *juanolas*. No se lo contó porque pensó que tampoco le interesaba la historia: «La Audiencia está cerca», dijo, «No tardaremos en llegar».

EL coche patrulla llegó hasta la plaza Alonso Martínez. Iba escoltado de cerca por otro coche de la misma comisaría. Bruno y Moisés apenas dijeron nada, pero el trayecto era corto y no había tiempo para entablar una conversación. Elisa suspiraba en silencio y no sabía lo que le esperaba cuando llegara ante el magistrado. Pensó que quizás el juez supiese algo del asunto de su hija y hubiera tomado cartas en el asunto. «Ojalá», pensó. Desde atrás podía ver la nuca sudorosa de Moisés. Era un buen hombre pues la creyó desde el principio y se ofreció a ayudarla a cambio de nada. En ningún momento buscó mantener relaciones sexuales con ella y ni siquiera se le insinuó. Si hubiera sido mentira lo de su hija y la muerte de Gabriel una coincidencia, él perdería su puesto de trabajo, pese a todo, la estaba ayudando sin contrapartidas.

Los dos coches de policía giraron la plaza para bajar hasta la Audiencia cuando fueron interceptados por tres coches camuflados. Eran policías de la Comisaría General de Información, solamente ellos podrían tener unos coches tan lujosos. Los tres Peugeot de alta gama se cruzaron en medio de la plaza e impidieron el paso de los coches patrulla. Jacinto Martos había escuchado por el canal de la policía la detención de Elisa y su traslado a la Audiencia. Ni siquiera informó a Albert Nebot, no había tiempo que perder en llamadas de teléfono. Lo vital ahora era coger a la chica y al policía y llevarlos a un lugar seguro. Desde allí llamarían a Albert y esperarían instrucciones.

—¿Qué querrán estos chupatintas? —exclamó Bruno.

El coche de policía que les seguía paró detrás de ellos y se bajaron los dos agentes. Uno armado con una escopeta.

Uno de los agentes de la brigada se acercó hasta el coche patrulla. Al fondo, detrás, vio Moisés cómo se acercaba Jacinto Martos.

—Pase lo que pase —le dijo Moisés a Bruno— llévanos a la Audiencia Nacional. Son las órdenes. No nos dejes en manos de esos agentes corruptos.

Bruno lo miró extrañado.

—¿Me he perdido algo, verdad? —preguntó—. Aquí hay más cera de la que arde.

—Es un asunto de Estado —dijo Jacinto Martos cuando llegó hasta el coche de policía—. La Brigada Central de Información se hará cargo.

Los dos policías de atrás se relajaron al ver que los de paisano eran agentes de la brigada.

Bruno se bajó entonces del coche. Era un policía alto, fornido. Con la cabeza completamente rapada ofrecía un aspecto desafiante, casi temible. Se puso de pie junto a la puerta del coche patrulla apoyando su mano derecha sobre la pistola.

—Tenemos órdenes, inspector —le dijo a Jacinto Martos—. Órdenes de la Audiencia Nacional.

—Lo sé, lo sé agente —dijo suavizando la voz Jacinto Martos—. Pero le corresponde a la brigada el trasladar a estas personas hasta allí. Antes tenemos que llevarlas a nuestras dependencias y seguir el protocolo de actuación. ¿Quiere que le dé la orden directamente el ministro del Interior? —amenazó el inspector.

Moisés sacó despacio su arma y la puso entre las rodillas. No pensaba bajarse del coche patrulla a no ser que fuese estrictamente necesario.

—¿Trasladar a estas personas? ¿Tenemos que llevarlas? —preguntó dubitativo Bruno—. Si tan solo es una chica... ¿por qué habla en plural?

Y miró hacia el coche de policía como si dudara de que hubiese alguien más detrás.

—El policía también viene con nosotros —dijo Jacinto Martos mientras señalaba con la barbilla a Moisés, que permanecía sentado en el coche y sin decir nada.

Bruno lo miró y le guiñó el ojo.

—La chica vale —dijo—. Es suya inspector. El policía no. Es nuestro.

Jacinto intentó ser lo más paternalista y protector posible.

—Vamos agente este asunto le viene grande. Muy grande. Nos llevaremos a los dos y aquí paz y después gloria. Nadie tiene que salir perjudicado. Espere —dijo y sacó su teléfono móvil.

—Sí —dijo— señor ministro tengo aquí un agente de la Policía Nacional destinado en... ¿dónde está usted destinado? —le preguntó a Bruno Raspo.

—En la Comisaría Centro —respondió.

—... que parece tiene problemas a la hora de acatar las órdenes. ¿Su número de carné profesional? —le solicitó al agente.

—Dígale al ministro que llame a la Audiencia Nacional y lo pida allí.

—Sí señor ministro —dijo Jacinto intentando asustar al agente—. Parece que nos ha salido rebelde el policía. ¿La expulsión del cuerpo? Sí, por supuesto, me parece buena idea. Tenga —le dijo a Bruno acercándole el teléfono—, el ministro quiere hablar con usted.

El agente cogió el móvil y se lo puso en la oreja. Reconoció enseguida la voz del ministro del Interior Albert Nebot, su acento catalán era inconfundible.

—Sí señor ministro. Sí, le entiendo, pero espero que usted me entienda a mí.

Y colgó.

—¿Qué? —preguntó Jacinto Martos—. ¿Ha quedado la cosa clara?

—Sí —dijo el agente—. Que nos vamos a la Audiencia Nacional con los dos: el policía y la chica. Y no tendrán ningún problema en seguirnos y decirle al magistrado que se los quieren llevar. Si él lo autoriza... por mí conforme.

El policía del coche de atrás vio las cosas negras pues montó la escopeta. Un chasquido inconfundible anunció que el cartucho estaba en disposición de disparo. Los coches que circulaban por detrás se detuvieron al ver las armas y los que pasaban por al lado aminoraron la marcha asustados. El tiempo pasaba y cada vez era más gente la que se detenía a observar el circo que estaban montando los agentes.

—Inspector, ordene que aparten los coches para que podamos seguir hasta la Audiencia —dijo Bruno Raspo.

—No lo muevas —gritó Jacinto Martos a un agente que se subió al coche—. De aquí no nos vamos sin el policía y la chica. Y como siga en esa actitud, agente, usted también vendrá con nosotros.

A lo lejos se oyó el ruido de sirenas. Los policías pensaban que eran más agentes de la Brigada de Información que acudían al lugar y los de la brigada pensaron que eran más patrullas de la Policía Nacional que venían de refuerzo. Nadie se movió. Al fondo, en las confluencias de la calle Almagro, vieron cómo la Policía Local dirigía el tráfico para que unos coches que venían de esa calle pudiesen pasar. Había entre cuatro y cinco coches, todos de alta gama. Eran vehículos blindados y el de en medio llevaba la bandera de presidencia. Jacinto Martos sonrió, pues supo que era Albert Nebot que estaba de sustituto del presidente el que venía a tomar cartas en el asunto. Se iba a enterar ese *agentucho* de lo que valía un peine.

Los coches llegaron lo más cerca posible y se bajaron varios agentes de la escolta del presidente. Detrás de ellos cuatro miembros del Grupo Especial de Operaciones ataviados con su característico traje negro y portando armas automáticas. Apuntaron directamente a los agentes de la brigada. Uno de ellos encañonó a Jacinto Martos.

Del enorme Audi se bajó el presidente. Era quince de agosto y había terminado sus vacaciones un día antes de lo previsto. El magistrado de la Audiencia Nacional Argimiro Contreras lo llamó personalmente y le explicó la situación. Los análisis del ADN entre la niña y el colombiano que murió en los calabozos de la Comisaría Centro demostraban que la chiquilla era hija de Gabriel Cortés. Solo quedaba una comparativa entre Elisa Méndez y la niña. La mujer del ministro del Interior lo explicó todo y llamaron, mediante la Brigada Central de Extranjería, a Medellín y comprobaron que nunca se expidió desde el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar un certificado aprobando la adopción de Belinda. Además se pusieron en contacto con la comisaría de distrito de Medellín, ordenado directamente por el magistrado, para que comprobaran los datos de Gabriel Cortés y Elisa Méndez. Les mandaron por fax copia de la denuncia de desaparición de la niña, que coincidió con la semana en la que Albert Nebot dijo que la había adoptado. En dos horas la Audiencia tenía pruebas más que fiables para ordenar la detención de Albert Nebot Capdevila. Pero su estatus de ministro requería que esa orden la diese directamente el presidente del Gobierno. Y así lo hizo. Cuando le llamó el magistrado de la Audiencia y le contó lo que ocurría no dudó en ordenar que trasladaran al ministro del Interior a dependencias de la Audiencia Nacional, pero estaban en ese trámite y en comunicarlo al secretario de Estado para la Seguridad cuando llamó una patrulla desde la calle Carranza para comunicar que habían localizado a la chica sudamericana y que la trasladaban a la Audiencia Nacional. El magistrado fue informado de inmediato de estos hechos y temió por la vida de la chica, ya que Patricia le dijo que su marido estaba dispuesto a todo. Así que le aconsejó al presidente, que estaba de camino, que fuese directamente hasta la calle Carranza, cualquier orden que diese el ministro del Interior sería anulada. Desde Guadalajara llegó un helicóptero con miembros del Grupo de Operaciones Especiales, el asunto era delicado y podían saltar chispas en cualquier momento.

Al poco tiempo llegaron varios coches más de la Policía Nacional. Desarmaron a los agentes corruptos de la Brigada de Información y los trasladaron a los calabozos de la Audiencia Nacional. Moisés y Elisa fueron conducidos por el policía Bruno Rasposo, que los trasladó directamente ante el magistrado Argimiro Contreras. El médico forense les esperaba para hacer la prueba de ADN a Elisa y terminar de concluir las pruebas en contra de Albert Nebot. Por el camino estuvo gritando constantemente el inspector Jacinto Martos. Le echaba la culpa de todo a Albert Nebot diciendo que era un asesino y que fue él quien mandó a que apresaran al policía y a la colombiana. Su declaración terminaría de hundir al propio Albert, ya que Jacinto grabó todas las conversaciones en su móvil y quiso buscar un trato especial con el magistrado.

Cinco coches de policía arribaron hasta la sede del Ministerio del Interior. Los agentes de la puerta vieron cómo se bajaba el magistrado de la Audiencia Nacional. Los hombres iban armados y subieron deprisa hasta la planta del ministro ante el asombro de los funcionarios que allí había en ese momento. Recorrieron el pasillo deprisa y llegaron hasta la misma puerta de su despacho. Una vez allí la abrieron de un empujón. Sus armas apuntaron al pecho del ministro, que estaba sentado en su sillón. Sostenía entre sus dedos un cigarrillo. No estaba nervioso, más bien esperaba su detención con altivez. Se puso en pie despacio y escuchó calmado al magistrado cuando le dijo:

—Albert Nebot Capdevila queda usted detenido por un delito de detención ilegal, otro de homicidio, dos delitos de falsificación y varios de prevaricación. Tiene derecho a guardar silencio y no declarar si no quiere, ni contestar a alguna o algunas de las preguntas que le formulen. Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Derecho a designar un abogado y a solicitar su presencia para que asista a las diligencias policiales y judiciales de declaración e intervenga en todo reconocimiento de identidad del que sea objeto. Si no elige ninguno se le designará uno de oficio. Tiene derecho a que se ponga en conocimiento del familiar o persona que desee, el hecho de la detención y el lugar de custodia en que se halle en cada momento.

Cuando hubo terminado le preguntó:

—¿Entiende usted todos los derechos que se han mencionado?

—Sí —respondió.

Varios policías de paisano se acercaron hasta él y le solicitaron que levantara las manos. Palparon sus ropas y luego le pidieron que no se moviera mientras le ponían los grilletes.

—¿A quién quiere que le comuniquemos su detención? —le preguntó el magistrado.

Se quedó perplejo un instante. Miró la fotografía que había sobre su mesa y luego respondió: «A nadie».

Y cuando los agentes anclaron los grilletes dijo mostrando sus manos:

—¿Es esto necesario?

—Es la Ley —le respondió el magistrado—. Solamente cumplimos con la Ley.



ESTEBAN NAVARRO SORIANO es un escritor nacido en Moratalla, (Murcia) el 18 de marzo de 1965; aunque ha fijado su residencia en Huesca, afamado por sus novelas de género policíaco y la creación del veterano policía nacional Moisés Guzmán y la joven y resuelta policía Diana Dávila.

En el año 2011 cosechó numerosos éxitos de ventas con la trilogía del policía nacional Moisés Guzmán, protagonista hasta la fecha de tres novelas: *El Buen Padre*, *Los fresones rojos* y *Los ojos del escritor*.

Ha sido el organizador de dos primeras ediciones del concurso literario «Policía y Cultura» a nivel nacional y ha escrito numerosos artículos de prensa. En su currículum se encuentran numerosos premios literarios de relato corto. También ha recibido el I Premio de novela corta Katharsis por la novela *El Reactor de Bering* y el I Premio del Certamen de Novela San Bartolomé - José Saramago, con la obra *El buen padre*. Su novela *La casa de enfrente* se situó en los primeros puestos de las listas de más vendidos de Amazon desde su publicación.